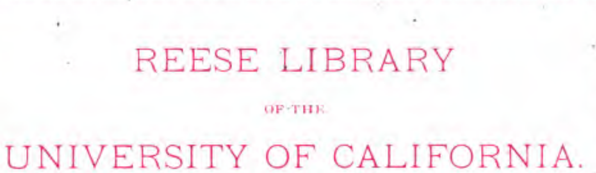

UC-NRLF
$B 296 760





HISTORIA

DE LOS

MUSULMANES ESPAÑOLES.

HISTORIA

DE LOS

MUSULMANES ESPAÑOLES

HASTA LA CONQUISTA DE ANDALUCÍA POR LOS ALMORAVIDES.

(711-1110.)

POR R. DOZY,

Comendador de la órden de Carlos III, académico corresponsal de la de Historia de Madrid, sòcio extrangero de la Sociedad Asiática de Paris, profesor de historia en la Universidad de Leiden.

TRADUCIDA Y ANOTADA

POR F. DE CASTRO,

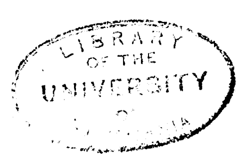
Ex-catedrático de Historia de España en la Universidad de Sevilla.

TOMO XV.

SEVILLA.
Administracion
de la Biblioteca Científico-Literaria, Moro 12.

MADRID.
Libreria de Victoriano Suarez,
Jacometrezo, 72.

1877.



LIBRO IV.

LOS REYES DE TAIFAS.

LIBRO IV.

LOS REYES DE TAIFAS. (a)

I.

Hacía muchos años que las provincias de la España musulmana se hallaban sin querer abandonadas á sí mismas. El pueblo en general lo sentía, no pensaba sino con miedo en el porvenir, y echaba de menos lo pasado. Los capitanes extranjeros eran los

(a) El texto dice: «Les Petits Souverains,» pero hemos creido deber traducirlo de este modo, no solo por ser el generalmente adoptado entre nosotros para designar este período, sino porque determina de una manera mas característica la idea que quiere espresarse en el original.

únicos que se habian aprovechado de la descomposicion total de la península. Los generales berberiscos se dividian el Mediodía, los Eslavos reinaban en el Este, el resto tocó en suerte, yá á advenedizos, yá al pequeño número de familias nobles que por un accidente cualquiera habían resistido á los golpes que Abderramen III y Almanzor habian dado á la aristocrácia. Por último, las dos ciudades mas importantes, Córdoba y Sevilla se habian constituido en repúblicas.

Los Hammuditas eran, aunque solo de nombre, los jefes del partido berberisco. Pretendian tener derecho á toda la parte árabe de la península, pero en realidad no poseian mas que la ciudad de Málaga y su territorio. Sus vasallos mas poderosos eran los príncipes de Granada, Zawí que elevó esta ciudad al rango de la capital, (1) y su sobrino Abbuz que le sucedió. Había además príncipes berberiscos en Carmona, en Moron y en Ronda. Los Aftasidas que

(1) Hasta entónces había sido Elvira la capital de la Provincia, pero habiendo tenido que sufrir mucho esta ciudad con la guerra civil, hácia el año de 1010 emigraron sus habitantes y se trasladaron á Granada.



reinaban en Badajoz, pertenecían á la misma raza, pero completamente arabizados, se suponian de orígen árabe y ocupaban una posicion bastante aislada.

Los hombres mas notables del partido opuesto, eran Khairan, príncipe de Almería, Zohair, que le sucedió en 1028 y Modjhaid, príncipe de las Baleares y de Dénia. Este último, el pirata mas grande de su tiempo, se hizo famoso por las espediciones que hizo á Cerdeña, y á las costas de Italia, como tambien por la proteccion que dispensó á los literatos. Otros Eslavos reinaron al principio en Valencia, pero en el año de 1021, fué proclamado rey Abdalaziz, nieto del célebre Almanzor (1) En Zaragoza una noble familia árabe, la de los Beni-Hud, obtuvo el poder despues de la muerte de Mondhir, acaecida en 1039.

En fin, sin contar un gran número de pequeños Estados, había, aun, otro reino en Toledo. Aquí reinó un tal Yaich, hasta el año de 1036, en que los Beni-Dhi-'n-nun

---

(1) Su padre era el infortunado Abderramen Sanchol.

se apoderaron de él. Era esta una antigua familia Berberisca que había tomado parte en la conquista de España en el siglo VIII.

En Córdoba, así que fué abolido el Califato, se reunieron los vecinos principales, y resolvieron confiar el poder ejecutivo á Ibn-Djahwar, cuya capacidad era universalmente reconocida. Este rehusó al principio aceptar la dignidad que le ofrecian y cuando cedió al fin á las instancias de la asamblea, fué bajo condicion de que habian de darle por cólégas dos miembros del Senado, pertenecientes á su familia, á saber, Mohamed-Ibn-Abbas y Abdalaziz ibn-Hasan. La asamblea consintió en ello, pero estipulando que estas dos personas solo tendrian voto consultivo.

El primer cónsul, gobernó la república de una manera prudente y equitativa. Gracias á él los Cordobeses no tuvieron que quejarse de la brutalidad de los Berberiscos. Su primer cuidado había sido licenciarlos; retuvo solo los Beni-Iforen, con cuya obediencia podía contar, y reemplazó los otros con una milicia cívica. En apariencia dejó subsistir las instituciones republicanas. Cuando se le pedía un favor,

respondía: «Eso no me toca á mí, sino al Senado; yo no soy mas que el ejecutor de sus órdenes.» Cuando recibía una comunicacion oficial, que venía dirigida á él solo, rehusaba tomar conocimiento de ella, diciendo que la dirigieran á los visires. Antes de tomar cualquier decision, consultaba siempre al Senado. Nunca se dió tono de príncipe, y en lugar de irse á vivir al palacio Califal, permaneció en la modesta casa que siempre había ocupado. Sin embargo, en realidad, su poder era ilimitado, porque nunca al Senado se le ocurría contradecirlo. Su probidad era rígida y escrupulosa; no quiso que el Tesoro público estuviera en su casa, y confió su custodia á los hombres mas respetables de la ciudad. Amaba el dinero, es verdad, pero nunca el interés le hizo hacer nada indecoroso. Económico y parsimonioso, por no decir avaro, duplicó su fortuna de modo que llegó á ser el hombre mas rico de Córdoba, pero al mismo tiempo hacía laudables esfuerzos para restablecer la prosperidad pública. Esforzábase en mantener amistosas relaciones con todos los Estados vecinos, y lo logró tan bien, que el comercio y la industria gozaron al poco tiempo de la se-

guridad de que tanto necesitaban. Con esto bajaron los precios de los géneros, y Córdoba recibió en su seno multitud de nuevos habitadores, que reedificaron algunos de los barrios que los Berberiscos habian demolido ó quemado cuando el saco de la ciudad. (1) Mas apesar de esto, la antigua capital del Califado, no recobró su preponderancia política. El primer papel pertenece en adelante á Sevilla, y es de la historia de esta ciudad de la que principalmente vamos á ocuparnos.

La suerte de Sevilla había estado por mucho tiempo ligada á la de Córdoba. Lo mismo que la capital, había obedecido sucesivamente á soberanos de la familia Omeya y de la de Hammud; pero la revolucion de Córdoba de 1023 tuvo sus resultas en Sevilla. Habiéndose insurreccionado los Cordobeses contra Casim el Hammudita, y echádole de su territorio, resolvió este príncipe ir á refugiarse á Sevilla donde estaban dos hijos suyos con una guarnicion berberisca, mandada por

(1) Ibn-Haiyan «apud» Ibn-Bassam t. I, fol. 157 r. y v.; Abd-al-wahid, p. 42, 43.

Mohamed ibn-Zirí de la tribu de Iforen y en consecuencia envió á los Sevillanos la órden de evacuar mil casas, que habían de ser ocupadas por las tropas. Esta órden produjo un descontento tanto mas pronunciado, cuanto que los soldados de Casim, los mas pobres de su raza, tenían la mala fama de ser muy pillos. Córdoba acababa de mostrar á los Sevillanos la posibilidad de libertarse del yugo y estos estaban tentados de seguir el ejemplo que les había dado la capital. Deteníalos aún el miedo de la guarnicion berberisca, pero el Cadí de la ciudab Abu-'l-Casim Mohamed, de la familia de los Beni-Abbad, consiguió ganarse al jefe de la guarnicion. Le dijo que le sería fácil hacerse señor de Sevilla y desde entónces Mohamed ibn-Zirí se declaró pronto á secundarlo. El Cadí se alió enseguida con el comandante berberisco de Carmona y los Sevillanos, secundados por la guarnicion, tomaron las armas contra los hijos de Casim, cuyo palacio cercaron.

Cuando llegó ante las puertas de Sevilla, que encontró cerradas, Casim trató de ganarse á los habitantes con promesas, pero no lo consiguió y como sus hijos estaban en una situacion muy peligrosa, se com-

prometió por último á evacuar el territorio sevillano, siempre que le devolvieran sus hijos y sus bienes. Los Sevillanos convinieron en ello y habiéndose retirado Casim, aprovecharon la primera ocasion que se les presentó para echar á la guarnicion berberisca. (1)

Habiendo quedado así libre la ciudad, se reunieron los patricios para constituir gobierno. Sin embargo, ellos no estaban tranquilos acerca de las consecuencias de su rebelion, temían ver volver muy pronto á los Hammuditas irritados, que no dejarían en este caso de castigar á los culpables; así, que ninguno se atrevió á tomar sobre sí la responsabilidad de lo que había pasado, estando todos de acuerdo hacerla pesar únicamente sobre el Cadí á quien envidiaban sus riquezas, y ya preveían con secreto placer el momento en que fueran confiscadas. (2) Ofrecióse pues, al Cadí la autoridad soberana, pero cnalquiera que fuera su ambicion, era demasiado prudente para aceptarla en aquel momento. Su orígen no

---

(1) Ibn-Haiyan «apud.» Ibn-Bassam, t. I, fólio 129 r.; «Abbad,» t. II, p. 32, 208 &c.

(2) «Abbad,» t. I. p. 221.

era ilustre. Era muy rico, pues que poseía la tercera parte del término de Sevilla y gozaba de gran consideracion á causa de saber y de su talento; pero su familia no pertenecía sino desde poco antes á la alta nobleza y sabía que á menos que no tuviera soldados á su disposicion—y todavía no los tenía—la altiva y exclusiva aristocracia de Sevilla no tardaría en sublevarse contra un advenedizo. Y ciertamente no era otra cosa. Verdad es, que mas adelante, cuando los Abbaditas estuvieron á punto de restablecer en provecho suyo el trono de los califas, pretendieron descender de los antiguos reyes lakhmitas que, antes de Mahoma habían reinado en Hira, y que los famélicos poetas de su córte, aprovechaban todas las ocasiones para celebrar tan ilustre oríge; pero nada justifica semejante pretension; los Abbaditas y sus aduladores nunca la pudieron demostrar. Todo lo que esta familia tenía de comun con los antiguos reyes de Hira, es que pertenecía como ellos á la tribu yemenita de Lakhm, pero la rama de esta tribu de donde provenían los Abbaditas, no parece haber habitado nunca en Hira, sino que moraba en Arich en las fronteras del Egipto y la Siria en el

distrito de Emesa, (1) y los Abbaditas, léjos de poder enlazar su genealogía á la de los reyes de Hira, nunca pudieron hacerla remontar más allá de Noaim, padre de Itaf. Este Itaf, capitan de una division de las tropas de Emesa, había llegado á España con Baldj y habiendo recibido los soldados de Emesa tierras cerca de Sevilla, él se estableció en el lugarejo de Yamin que estaba en el distrito de Tocina á orillas del Guadalquivir. Siete generaciones de gentes honradas, económicas y laboriosas hicieron salir lenta y penosamente á la familia de su oscuridad. Ismael, padre de nuestro Cadí, fué el primero que la ilustró, el que por decirlo así, hizo inscribir en el «libro de oro» de la nobleza sevillana el nombre de los Beni-Abbad ó Abbaditas. (2) Al par teólogo, jurisconsulto y militar, había mandado un regimiento de la guardia de Hixem II, y luego había sido iman de la gran mezquita de Córdoba y Cadí de Sevilla. Famoso por sus luces, por su sagacidad, por la prudencia de sus consejos y su firmeza de ca-

(1) «Abbad,» t. I, p. 220. Cf. Caussin, t. III, página 212, 422.

(2) Abbad era el tatarabuelo de Ismael.

rácter, no lo era menos por su probidad, pues á despecho de la general corrupcion no había aceptado nunca ningun donativo del Sultan, ni de sus ministros. Su liberalidad era ilimitada y los Cordobeses desterrados, encontraban en él una generosa hospitalidad. Todas estas cualidades le valieron el título del hombre mas noble de Occidente. Había muerto en el año 1919, poco tiempo ántes del período de que nos ocupamos. (1) Su hijo Abu-'l-Casim-Mohamed, le igualó acaso en saber, pero no en virtud. Egoista y ambicioso, su primer acto había sido un acto de ingratitud. Cuando su padre murió y esperaba sucederle como Cadí, le fué preferido otro. Entónces se dirigió á Casim-ibn-Hammud y gracias á la intervencion de este príncipe obtuvo el empleo que deseaba. (2) Ya hemos visto de qué manera recompensó mas tarde este favor.

Los patricios sevillanos le ofrecian ahora el poder, pero él, adivinando el motivo les respondió que no podía aceptar su ofer-

---

(1) «Abbad,» t. I. p. 220, 381 y sig. t. II, p. 173.

(2) «Abbad.,» t. I, p. 221.

ta por honrosa que fuera, sino á condicion de que se le dieran por adjuntas algunas personas que designaría. Estas personas, añadió, habian de ser sus visires y sus cólegas, y no tomaría resolucion sin consultarles. Apesar suyo, los Sevillanos tuvieron que aceptar esta proposicion, porque el Cadí rehusaba con firmeza gobernar solo. Rogáronle entónces que designara á sus cólegas, y designó á los jefes de algunas familias patricias, tales como los Hauzaníes y los Ibn-Haddjadj, y personas que se consideraban como hechuras suyas ó al menos de sus partidarios, tales como Mohamed Ibn-Yarim, de la tribu de Alhan y Abu-Becr Zobaidí, aquel célebre gramático que había sido preceptor de Hixem II. (1) Hecho esto, su primer cuidado fué procurarse tropas. Gracias á la buena paga que les ofrecía, atrajo á sus banderas muchos soldados árabes y de otras partes, y compró además muchos esclavos que hizo instruir en el ejercicio de las armas. (2) Una expedicion que hizo al Norte, probablemen-

(1) Abd-al-wahid, p. 65; «Abbad,» t. I, p. 221.
(2) «Abbad,» t. I, p. 221.

te con otros príncipes, le suministró el medio de engrosar este pié de ejército. Sitió en esta ocasion dos castillos al Norte de Viseo, que estaban edificados uno frente á otro, sobre dos rocas separadas por un barranco, y que llevan el nombre de «al-akhawén» ó de «al-akowén, los dos hermanos,» nombre que se ha conservado en la denominacion actual de «Alafoenz.» (1) Estaban habitados por Españoles cristianos, cuyos antecesores habian hecho un tratado con Muza ibn-Nozair, cuando este general conquistó á Viseo, (2) pero en la época de que nos ocupamos, no parece que estaban sometidos ni al rey de Leon, ni á ningun príncipe musulman. El Cadí se hizo dueño de estos dos castillos, obligando á trescientos de sus defensores á entrar á su servicio (3) y de este modo pudo dispo-

---

(1) Los Españoles y los Portugueses sustituyen de ordinario la letra f á la gutural árabe «kh.» Véase mi Glosario de Ibn-Adhari, p, 23. Por lo demás se recordará que en la ribera derecha del Rhin, cerca de Caub, hay tambien dos castillos, Liebenstein y Sternberg, que se llaman tambien «los hermanos (die Brüder.»)

(2) La conquista de Viseo por Muza está mencionada por Maccari, t. I, p. 174.

(3) Sisenando, de quien habla el monje de Silos,

ner desde entónces de quinientos caballos. Tenía, pues, bastantes soldados para hacer razzias en las tierras de sus vecinos (1) pero no se hallaba aun en estado de defender á Sevilla contra un ataque formal. Así lo esperimentó en 1027, en que el Califa Hammudita, Yahya ibn-Alí y el señor berberisco de Carmona Mohamed ibn-Abdallah, la sitiaron. (2) Demasido débiles los Sevillanos para oponer una larga resistencia, entraron en negociaciones con Yahya. Declaráronse prontos á reconocer su soberanía á condicion de que los Berberiscos no entraran en la ciudad. Yahya consintió en ello, pero exigió que le dieran en rehenes algunos jóvenes patricios que le respondieran con su cabeza de la fidelidad de los Sevillanos. Esta demanda llenó de cons-

---

(c. 90) que despues de haber dejado el servicio de Motadhid por el de Fernando I, fué gobernador de Coimbra, era segun toda probabilidad uno de los cristianos de Alafoens.

(1) «Abbad,» t, II, p, 7. El autor árabe refiere esto hablando de Motadhid, hijo del Cadí pero se equívoca en este punto.

(2) «Abbad,» t. II, p. 216. El autor árabe (Ibn-Khaldun,) en lugar de nombrar al Cadí nombra aquí por error á Motadhid su hijo.

ternacion á la ciudad, pues ningun patricio quería entregar su hijo á los Berberiscos, que podrian matarlo á la menor sospecha. Solo el Cadí no vaciló; ofreció á Yahya su hijo Abbad, y como el Califa sabía que el Cadí gozaba de gran influencia, se contentó con este solo rehen. Gracias á este sacrificio, el Cadí vió acrecentarse su popularidad, y no teniendo ya nada que temer, ni de los nobles ni del Califa, pues que reconocía su soberanía, en apariencia, creyó llegado el momento de reinar solo. Habiendo descartado del Concejo á los patricios, como Ibn-Haddadj y Hauzani, no tenía ya mas que dos cólegas Zobaidí é ibn-Yarin. Los despidió, y Zobaidí fué desterrado. (1) Un plebeyo de cerca de Sevilla, que se llamaba Habib, fué nombrado primer ministro. Era hombre sin principios, pero inteligente, activo y completamente adicto á los intereses de su señor. (2)

El Cadí quiso en seguida estender su ter-

---

(1) Fué primero á Cairawan y luego á Almería donde llegó á ser Cadí. Véase «Abbad,» t. I, página 234 nota 49.

(2) «Abbad,» t. I, p. 223.

ritorio, apoderándose de Béja. En los últimos tiempos, esta ciudad que ya había sufrido mucho por la guerra entre árabes y renegados, fué saqueada y en parte destruida por los Berberiscos, que habian recorrido el pais saqueando y quemando todo lo que encontraban á su paso. El Cadí tenía intencion de reedificarla, pero informado de su proyecto el príncipe de Badajoz, Abdallah ibn-al-Aftas, envió tropas mandadas por su hijo Mohamed (que mas tarde le sucedió con el nombre de Mudhaffar) las que ya habian tomado posesion de Beja, cuando Ismael, hijo del Cadí se presentó ante sus puertas con el ejércíto de Sevilla, y el del señor de Carmona, aliado de su padre. Comenzó en seguida sitio é hizo saquear con su caballería los pueblos que había entre Évora y el mar. Apesar del refuerzo que recibió del señor de Mértola, Ibn-Taifur, Mohamed el Aftasida fué desdichadísimo. Despues de perder sus mejores guerreros cayó en manos de sus enemigos, y fué enviado á Carmona.

Animados con el triunfo conseguido, el Cadí y su aliado, hicieron incursiones, no solo en el territorio de Badajoz, sino tam-

bien en el de Córdoba, de modo que el gobierno de esta ciudad tuvo que tomar á su servicio Berberiscos de la provincia de Sidona. Sin embargo, algo despues, hicieron la paz, ó por lo menos un armisticio con el Aftasida, y entónces Mohamed salió libre de su prision con consentimiento del Cadí (Marzo de 1030). Al anunciarle que quedaba libre, el señor de Carmona, le recomendó que se pasara por Sevilla y diera las gracias al Cadí; pero Mohamed le tenía tanta aversion que respondió al Berberisco: «Prefiero quedar vuestro prisionero á tener nada que agradecer á ese hombre. Si no es á vos solo á quien soy deudor de mi libertad, si tengo que agradecerla al Cadí de Sevilla me quedaré donde estoy.» El señor de Carmona, respetó sus sentimientos, y sin insistir más, le hizo volver á Badajoz, con todos los honores debidos á su rango.

Cuatro años despues, en 1034, Abdallah el Aftasida, se vengó, pero de un modo poco noble, de los reveses que había sufrido. Había concedido paso al Cadí para su ejército, que á las órdenes de Ismael iba á hacer una razzia en el reino de Leon. Pero cuando llegó á un desfiladero cerca

de la frontera leonesa, los atacó de improviso. Muchos de los soldados sevillanos fueron muertos, otros fueron asesinados en su fuga por la caballería de Leon. El mismo Ismael escapó de la carnicería con un puñado de guerreros, pero mientras se dirigía á Lisboa, ciudad fronteriza de los Estados de su padre, al N. O, él y los suyos tuvieron que sufrir las mayores privaciones.

Desde entónces el Cadí se hizo enemigo mortal del príncipe de Badajoz (1); pero no poseemos detalles sobre las batallas que se dieron mas adelante, y es indudable que esta guerra no tuvo para la España musulmana consecuencias tan importantes como un suceso de otro órden de que ahora vamos á ocuparnos.

Como ya hemos dicho, el Cadí había reconocido la soberanía del Califa hammudita, Yahya ibn-Alí. Esto había sido por mucho tiempo una cosa sin consecuencia; el Cadí reinaba á sus anchas en Sevilla,

(1) «Abbad,» t. I, p. 223-225. Ibn-Khaldun («Abbad,» t. II, p. 209, 216,) dice tambien algunas palabras de estos sucesos, pero en lugar de nombrar al Cadí, nombra á Motadhid su hijo.



pues Yahya era demasiado débil para poder hacer valer sus derechos. Pero poco á poco este estado de cosas cambió. Yhaya consiguió atraer sucesivamente á su causa á casi todos los jeques berberiscos, llegó á ser en realidad lo que ántes no había sido mas que de nombre, el jefe de todo el partido africano, y como había establecido su cuartel general en Carmona, de donde había echado á Mohamed ibn-Abdallah (1) amenazaba á la vez á Córdoba y á Sevilla. (2)

La gravedad del peligro inspiró entónces al Cadí un pensamiento que hubiera sido grande y patriótico, si no le hubiera sido sugerido en parte por la ambicion. Para impedir á los Berberiscos, unidos ahora, reconquistar el terreno perdido, era precisa la union de Árabes y Eslavos bajo un solo jefe; este era el único medio de preservar al pais de volver á sufrir los males que había sufrido. El Cadí lo conocía, y deseaba que se formara una gran liga en

(1) Ibn-Haiyan, «apud.» Ibn-Bassam, t. I, fólio 81 r. y v., 82 r.

(2) Abd-el-wahid, p. 37, 38; «Abbad,» página 232, l. 22.

que entraran todos los enemigos de los Africanos, pero al mismo tiempo quería ser su jefe. No se le ocultaban los obstáculos que tendría que vencer, sabía que los príncipes Eslavos, los señores árabes y los Senadores de Córdoba se creerían heridos en su desconfiado orgullo, si trataba de dominarlos; pero no se dejó desanimar por este órden de consideraciones, y como las circunstancias le prestaban poderoso apoyo, logró hasta cierto punto realizar su proyecto. Vamos á ver de qué manera se condujo.

Hemos dicho ántes que el desdichado Califa Hixem II se había evadido de palacio en el reinado de Soliman, y que segun toda probabilidad, había muerto en Asia, desconocido é ignorado. Sin embargo, el pueblo, muy adicto todavía á la dinastía Omeya, que le había dado prosperidad y gloria, rehusaba creer en la muerte de este monarca, y acogía ávidamente los estraños rumores que sobre él corrian. Había quien se preciaba de dar los detalles mas precisos sobre su estancia en Asia. Primero, decian, había ido á la Meca, provisto de una bolsa llena de dinero y piedras preciosas, pero habiéndosela quitado los ne-

gros de la guardia del emir, pasó dos dias y dos noches sin comer, hasta que compadecido un alfarero le preguntó si sabía amasar barro: á la ventura Hixem respondió que sí. «¡Pues bien! le dijo entónces el alfarero; si quieres entrar á mi servicio, yo te daré un dirhem (a) y un pan diarios.— Acepto con mucho gusto vuestro ofrecimiento, le respondió Hixem, pero os suplico que me deis en seguida un pan, porque hace dos dias que estoy sin comer.» Por algun tiempo, Hixem, aunque era un obrero muy perezoso, ganó su vida en casa del alfarero, pero disgustado al cabo de su tarea, se escapó y se reunió á una caravana que iba á salir para Palestina, y llegó á Jerusalem en la mas completa desnudéz. Un dia que se paseaba por el mercado, se detuvo delante de la tienda en que trabajaba un esterero. «Por qué me miras con tanta atencion? le preguntó éste; ¿sabes acaso mi oficio?—Nó, le respondió tristemente Hixem, y lo siento, porque no tengo que comer. — Pues quédate conmigo,

---

(a) Véase sobre el valor de esta moneda nuestra nota II del t. I. (N. del Tr.)

repuso el esterero, podrás servirme trayéndome juncos, y te lo pagaré.» Hixem aceptó con júbilo esta proposicion y poco á poco aprendió á hacer esteras. Muchos años pasaron así, pero en 1033 volvió á España. (1) Despues de haberse dejado ver en Málaga, (2) pasó á Almería, á donde llegó en 1035, pero habiéndole espulsado poco despues el príncipe Zohair de sus Estados, fué á establecerse en Calatrava. (3)

Este relato que el pueblo aceptaba con cierta credulidad, no parece merecer ninguna confianza. El hecho es, que en la época en que Yahya amenazaba á Sevilla y á Córdoba, había en Calatrava un esterero llamado Khalaf que se parecia mucho á Hixem, pero nada prueba que este hombre fuera el ex-Califa y clientes Omeyas, tales como los historiadores Ibn-Haiyan é Ibn-Hazm, han protestado siempre del modo mas enérgico contra esto que, llamaban una grosera impostura. Khalaf, sin embargo, era ambicioso. Habiendo oido decir que se parecía mucha á Hixem II, se supuso éste

(1) «Abbad,» t. II, p. 127, 128.
(2) «Abbad,» t. II, p. 34.
(3) «Abbad,» t. I, p. 222; t. II, p. 34.

monarca y como no había nacido en Calatrava, sus convecinos lo creyeron y lo que es mas, le reconocieron por soberano y se rebelaron contra su señor Ismael ibn-Dhi'n-nun, príncipe de Toledo. Este, fué entónces á sitiarlos y no fué larga la resistencia, pues habiendo hecho salir de la ciudad al pretendido Hixem, se sometieron de nuevo á su antiguo señor. (1)

Sin embargo, el papel de Khalaf no había concluido, no hacía mas que comenzar. En cuanto el Cadí de Sevilla supo la reaparicion de Hixem II, comprendió inmediatamente el partido que podía sacar de este hombre si le hacía venir. Poco le importaba que fuera Hixem ó nó; lo esencial era que, la semejanza fuera bastante grande para poder pretender sin comprometerse mucho, que era Hixem, porque entónces podría organizarse á su nombre una liga contra los Berberiscos, liga de la que el Cadí, como primer ministro del Califa, sería el jefe y el amo. Hizo pues, invitar al pretendiente á ir á Sevilla, prometiéndole su apoyo en caso de que se probara su

---

(1) «Abbad,» t. II, p. 34.

identidad. El esterero no se hizo de rogar y vino á Sevilla, donde el Cadí lo presentó á las mugeres del serrallo de Hixem. Sabiendo lo que tenían que decir, declararon casi todas que aquel hombre era realmente el ex-Califa y el Cadí apoyándose en su testimonio, escribió al senado de Córdoba, como tambien á los señores árabes y eslavos, anunciándoles que Hixem II, estaba con él é invitándoles á tomar las armas en su favor. (1) Este paso tuvo magnífico éxito. La soberanía de Hixem fué reconocida por Mohamed ibn-Abdallah, el príncipe destronado de Carmona, que se había refugiado en Sevilla, (2) por Abdalaziz príncipe de Valencia, por Modjehid, príncipe de Denia y de las Baleares y por el señor de Tortosa. (3) En Córdoba, el pueblo supo con entusiasmo que vivía aun. Menos crédulo y mas celoso de su poder, el presidente de la república Abn-'l-Hazm ibn-Djahwar, no fué engañado con esta impostura, pero conocía que le sería imposible resistir á la

---

(1) Abbad,» t. I. p. 222.

(2) Ibn-Haiyan, «apud.» Ibn-Bassam, t. I, fólio 81 r. y v.

(3) «Abbar,» t. I, p. 34.

voluntad del pueblo, comprendía la necesidad de la union de Árabes y Eslavos bajo un solo jefe y temía ver á Córdoba atacada por los Berberiscos; así, que no se opuso á los deseos de sus conciudadanos, y permitió que se prestára de nuevo juramento á Hixem II (Noviembre de 1035.) (1)

En este entretanto, y mientras que el partido árabe-eslavo se armaba por dó quiera contra él, Yahya sitiaba á Sevilla, asolaba su territorio, dispuesto á vengarse de una manera que fuera sonada, del astuto Cadí. Pero estaba rodeado de traidores. Los Berberiscos de Carmona, á quienes había obligado á alistarse en sus banderas, eran muy adictos á su antiguo señor, mantenian inteligencias con él, y en Octubre de 1035 algunos de ellos fueron secretamente á Sevilla, y cuando llegaron digerón al Cadí y á Mohamed inb-Abdallah que les sería muy fácil sorprender á Yhaya pues que este príncipe estaba casi siempre ébrio. El Cadí y su aliado, resolvieron aprovechar inmediatamente este aviso. En su con-

(1) «Abbad,» t. I, p. 222, t. II. p. 34. Sobre la fecha, véase la nota A al fin de este tomo.

secuencia, marchó Ismael, hijo del Cadí, á la cabeza del ejército sevillano, acompañado de Mohamed ibn-Abdallah. Cuando anocheció se emboscó con el grueso de sus fuerzas y envió un escuadron contra Carmona, esperando sacar á Yahya fuera de la plaza. Logró su objeto. Yahya estaba entretenido en beber cuando le informaron de la aproximacion de los Sevillanos. Y levantándose de su sofá exclamó: «¡Qué felicidad! ¡Ibn-Abbá viene á devolverme la visita! ¡Que se armen sin perder momento! ¡A caballo!» Sus órdenes fueron ejecutadas y poco despues salió de la ciudad al frente de trescientos caballos. Caliente con el vino se precipitó sobre los enemigos sin tomarse tiempo de formar sus tropas en batalla y aunque la oscuridad casi le impedía distinguir los objetos. Aunque algo desconcertados al principio por este brusco ataque, los Sevillanos respondieron sin embargo, con vigor á él y cuando al fin fueron obligados á la retirada, retrocedieron al sitio donde se encontraba Ismael. Desde entónces Yahya estaba perdido. Ismael cayó sobre los enemigos á la cabeza de sus cristianos de Alafoens y los puso en derrota. El mismo Yahya fué muerto y acaso la mayoría de

sus soldados hubieran participado de su suerte, si no lo hubiera impedido Mohamed ibn-Abdallah que, rogó á Ismael que perdonara á estos infelices. «Casi todos, le dijo, son Berberiscos de Carmona que han sido obligados muy contra su voluntad á servir á un usurpador á quien detestan.» Ismael cedió á sus instancias y mandó que cesara la persecucion. Apenas se hubo dado esta órden, cuando Mohamed corrió á Carmona para volver á apoderarse de su principado. Los negros de Yahya, que se habian hecho dueños de las puertas de la ciudad quisieron impedirle la entrada, pero Mohamed secundado por la poblacion, penetró por una brecha, fué al palacio de Yahya, entregó las mugeres de este príncipe á su hijo y se apropió de todos sus tesoros. (Noviembre de 1035.)

La nueva de la muerte de Yahya causó una alegria indecible lo mismo en Sevilla que en Córdoba. El Cadí cuando la recibió se puso de rodillas para dar gracias á Dios y todos los que lo rodeaban lo imitaron. (1)

---

(1) Ibn-Haiyan «apud» Bassam, t. I. fól. 81 r. y 82; Abd-el-wahid. p. 38,43; «Abbad» t. II, p. 33. Consúltese la nota. Al fin de este tomo.

Por el pronto no habia ya nada que temer de los Hammuditas. Idris, hermano de Yahya, habia sido proclamado califa en Málaga, pero necesitaba tiempo para ganarse á fuerza de promesas y concesiones á los jeques berberiscos, y ni aun se hallaba en estado de reducir á Algeciras, donde su primo Mohamed habia sido proclamado califa por los negros (1). Viendo, pues, que las circunstancias le eran propicias, quiso el Cadí instalarse con el pretendido Hixem II en el palacio califal de Córdoba. Pero Ibn-Djahwar no tenia gana de abdicar el consulado. Logró convencer á sus conciudadanos de que el pretendido califa no era mas que un impostor, quitóse su nombre de las oraciones públicas; y cuando el Cadi llegó ante las puertas de la ciudad se las encontró cerradas y no siendo bastante fuerte para reducir á mano armada ciudad tan considerable, se vió obligado á volverse por donde habia venido (2).

Entonces resolvió volver sus armas contra el único príncipe eslavo que habia reu-

---

(1) Abd-el-wahid, p. 43 y 45.
(2) Ibn-Khaldun, fól. 25 v.

sado reconocer á Hixem II, que era Zohair de Almeria. Desde que el califa Casim, que quiso conciliarse la amistad de los Amiridas, le dió muchos féudos, Zohair habia hecho de ordinario causa comun con los Hammuditas y cuando Idris fué proclamado Califa, se habia apresurado á reconocerlo (1). Amenazado ahora por el Cadí, se alió con Habbus de Granada y cuando se puso en marcha el ejército sevillano, le salió al encuentro con sus tropas y las de su aliado y le obligó á retirarse (2).

Era evidente que el Cadí habia presumido demasiado de sus fuerzas y podia temer que llegara el momento en que los ejércitos de Almería y de Granada, tomando á su vez la ofensiva, invadieran el territorio sevillano. Felizmente para él, la casualidad que le servia casi siempre á pedir de boca, quiso que uno de sus enemigos lo desembarazára del otro.

---

(1) Ibn-Khaldum, fól. 22 v. Consúltese la carta que Zohair mandó escribir á los Cordobeses por medio de su ministro Ibn-Abbas «apud» Ibn-Bassam, t. I, fol. 170 r. y v.

(2) «Abbad», t. II, p. 34.

II.

En la época de que hablamos, dos hombres igualmente notables, pero que se tenian ódio mortal, dirigian los negocios en Granada y en Almería: el árabe Ibn-Abbas y el judio Samuel.

Rabbí Samuel ha-Leví á quien llamaban ordinariamente Bed-Naghdela, habia nacido en Córdoba donde habia estudiado el Talmud con Rabbí Hanokh jefe espiritual de la comunion judia. Se habia aplicado tambien con mucho provecho al estudio de la literatura árabe y al de casi todas las ciencias que entonces se cultivaban. Por lo demás, no habia sido durante mucho tiempo mas

que un simple droguero, primero en Córdoba, luego en Málaga, donde se habia establecido despues de la toma de la capital por los Berbericos de Soliman, hasta que un feliz accidente vino á sacarlo de su humilde condicion.

Estaba su tienda cerca de un castillo que pertenecia á Abn-'l-Casim ibn-al-Arif, visir de Habbus rey de Granada. Como la gente de este castillo tenia muchas veces que escribir á su señor y eran iliteratos, hacian redactar sus cartas por Samuel. Estas cartas causaron la admiracion del visir, porque estaban escritas con la mayor elegancia y artísticamente sembradas de las mas hermosas flores de la retórica árabe. Así, que cuando tuvo ocasion de ir á Málaga, se apresuró á informarse de la persona que las habia escrito y haciendo llamar al judio le dijo: «No es digno de tí, estar en una tienda. Mereces brillar en la córte y si quieres serás mi secretario.» Acompañó pues, Samuel al visir cuando este volvió á Granada y la estimacion que Ibn-al-Arif ya le tenia, se acrecentó, cuando, en sus conversaciones sobre negocios de Estado, descubrió en él un conocimiento de los hombres y de las cosas y un golpe de vista verdaderamente ma-

ravilloso. «Todos los consejos que daba Samuel, dice un historiador judio, eran como si alguno interrogare á la palabra de Dios.» Así, que el visir los siguió desde entonces, de lo que no tuvo que arrepentirse. Habiendo caido luego malo y conociendo que su fin se aproximaba, le dijo al rey que habia venido á visitarlo y que no sabia como reemplazar al fiel servidor que iba á perder: «Señor, en estos últimos tiempos nada os he aconsejado por mí mismo, sino por inspiracion de mi secretario el judio Samuel. Fijad en él vuestra atencion, que sea para vos un padre y un ministro, haced todo lo que os aconseje y Dios os ayudará.» El rey Habbus siguió el consejo. Llevó á Samuel á palacio y el judio llegó á ser su secretario y su consejero (1).

Acaso en ningun otro Estado musulman halla gobernado un judio con el título de visir y canciller. Verdad es que, muchas veces ha habido judios que han gozado de cierta consideracion de los soberanos musulmanes que solian sobre todo confiarles la

(1) «Journal asiát.», IV serie, t. XVI, p. 203-205 (artículo de M. Munk).

administracion de la hacienda, pero la tolerancia musulmana no llegaba de ordinario hasta sufrir pacientemente que fuera un judio primer ministro. Pero tambien, si la cosa era posible en alguna parte no lo era más que en Granada. Allí los judios eran tan numerosos que se la llamaba la «ciudad de los judios» (1) y como eran poderosos y ricos se entrometian con bastante frecuencia en los negocios del Estado. En una palabra, allí era donde habian encontrado, si no la tierra prometida, por lo menos el maná del desierto y la roca de Horeb. Tambien se esplica de otro modo la elevacion de Samuel. No le era fácil al rey de Granada encontrar un primer ministro, porqne á decir verdad, no podia confiar este importante puesto ni á un Berberisco, ni á un Árabe. En este tiempo, se deseaba que un primer ministro fuera muy literato, que fuera capáz de componer las cartas que se enviaban á otros príncipes y que se escribian en prosa rimada y en un estilo sumamente rebuscado. El rey de Granada, sobre todo, gustaba de esta especie de talento. Se parecia á un advenedizo que trata de darse aire de gran

(1) «Crónica del Moro-Rasis». p. 37.

señor: semi-bárbaro, se tomaba un trabajo infinito para no parecerlo. Se preciaba de algo literato y hasta pretendia, que la nacion de que era oriundo, la de Cinhedja, no era por su orígen berberisca, sino árabe. (1) Necesitaba pues, á toda costa, un ministro que en nada fuera inferior á los de sus vecinos. ¿Pero dónde encontrarlo? Sus Berberiscos sabian muy bien batirse, tomar ciudades, saquearlas y quemarlas, pero eran incapaces de escribir correctamente ni un renglon en la lengua del Corán. En cuanto á los Árabes, que no sufrian el yugo, sino trémulos de ira y de vergüenza, no se podia fiar de ellos; se hubieran creido felices engañándolo y vendiéndolo. En tales circunstancias, un judio como Samuel que, segun el testimonio de los mismos sábios árabes, habian profundizado todas las delicadezas de su lengua y que por celoso que fuera por su religion, no tenia escrúpulo cuando escribia á musulmanes de emplear las fórmulas religiosas que eran de estilo (2), debia ser para él un verdadero tesoro.

---

(1) Ibn-Haiyan «apud» Ibn-Bassam, t. I. fólio 122 r.

(2) Véase mi Introduccion á la Crónica de Ibn-Adhari, p. 97.

Y no tuvo que avergonzarse de haberlo elevado al rango de primer ministro, pues su elecion fué aprobada hasta por los Árabes. Estos apesar de su intolerancia y de sus prejuicios contra los hijos de Israel, se veian obligados á confesar que Samuel era un génio superior. Y en efecto su saber era estenso y profundo. Era matemático, lógico, astrónomo (1) y sabia á lo menos siete lenguas (2). Júntese á esto que era muy generoso con los poetas y los literatos en general. Así pues, aquellos á quienes habia colmado de favores, no le regateaban sus elogios y el poeta Monfatil llegó á dirigirle estos versos que, los escritores musulmanes no citan sin un santo horror.

Oh tú que has reunido en tu persona todas las buenas cualidades que los demás, solo poseen en parte, tú que has devuelto la libertad á la Generosidad cautiva, tú eres tan superior á los hombres más generosos de Oriente y de Occidente, como el oro es superio al cobre. !Ah¡ si los hombres pudieran distinguir lo verdadero de lo falso no pon-

(1) «Ibid», p. 96 y 97.

(2) «Journ asiat.», p. 207 en la nota.

drían su boca sino en tús dedos. En lugar de tratar de agradar á Dios besando en la Meca la piedra negra, besaran tús manos porque ellas son las quedisponen dela felicidad. Gracias á tí, yo he obtenido aquí abajo lo que deseaba y espero gracias á tí, obtener allá arriba lo que deseo. Cuando me encuentro cerca de tí y de los tuyos, profeso abiertamente la religion que prescribe observar el sábado y cuando me encuentro cerca de mi mismo pueblo la profeso en secreto (1).

Pero lo que los Árabes no podian estimar en su justo valor, eran los servicios que Samuel hacía á la literatura hebráica. Y eran muy considerables. Publicó un hebreo una Introduccion al Talmud y veintidos obras relativas á la Gramática, de las que la más estensa y notable era el «Libro de la riqueza,» que un juez muy competente, un correligionario de Samuel que vivía en el Siglo XII, coloca por encima de todas las demás que tratan de gramática. Era tambien poeta: hizo imitaciones de los Salmos, de los Proverbios y del Eclesiestes. Llenas de alusiones, de proverbios árabes, de sentencias

(1) Ibn-Bassam, t. I, fol. 200 v.

tomadas de los filósofos y de espresiones raras sacadas de los poetas sagrados, estas poesías eran muy dificiles de entender; hasta los judíos más sábios no podian comprender su sentido, sin la ayuda de un comentario, (1) pero como lo afectado y lo rebuscado fueran entónces cosas comunes, lo mismo en la literatura hebráica que en la árabe que le servia de modelo, la oscuridad se tenia entónces mas bien por mérito que por defecto. Además, él velaba con solicitud paternal por los jóvenes estudiantes judíos y proveia generosamente á sus necesidades cuando eran pobres. Tenia á su servicio escribientes que copiaban la Michna y el Talmud y regalaba estas copias á los discípulos que no podian comprarlas. Ni se limitaban sus beneficios á sus correligionarios españoles. En Africa, en Sicilia, en Jerusalem, en Bagdad, en una palabra, en todas partes podian contar los judíos con su apoyo y con su liberalidad (2). Por eso los judíos del principado granadino, queriendo darle una prueba de su afecto y de su gra-

(1) «Journ-asiat.» p. 222-224.
(2) «Journ asiat.» p. 209.

titud, le habian discernido en el año de 1027 el título de «naghid», esto es, de gefe ó príncipe de los judíos de Granada.

Como hombre de Estado juntaba á un espíritu vivo y penetrante, un carácter firme y una prudencia consumada. De ordinario—cualidad preciosa en un diplomático—hablaba poco y pensaba mucho. Aprovechaba las circunstancias con arte maravilloso, conocia el carácter y las pasiones de los hombres y los medios de dominarlos por sus vicios. Además era hombre de mundo. En los magníficos salones de la Alhambra, se encontraba tan á sus anchas que se le hubiese creido nacido en el seno de la riqueza. Nadie hablaba con mas elegancia ni destreza, ni manejaba mejor la adulacion, ni con tanto arte sabia ser cariñoso ó familiar en el discurso, de mas vivarachado númen, ni mas persuasivo por sus argumentos. Y sin embargo,—cosa rara entre aquellos á quienes la rueda de la fortuna ha elevado á una súbita opulencia y á una alta dignidad—no tenia ni la altanería de su advenedizo, ni la insolente y tonta infatuacion propia de los enriquecidos. Bondadoso y amable con todo el mundo, poseia aquella verdadera dignidad que resulta de la naturalidad y

de la falta absoluta de pretensiones. Lejos de avergonzarse de su antigua condicion y de procurar ocultarla, se gloriaba de ella y se imponia por su sencilléz á sus detractores (1).

Tambien Zohair visir de Almería, era un hombre muy notable. Se decia de él que no tenia igual en cuatro cosas: el estilo epistolar; la riqueza, la avaricia y la vanidad. En efecto su riqueza era casi fabulosa: se estimaba su fortuna en mas de quinientos mil ducados (2). Su palacio estaba amueblado con magnificencia y atestado de sirvientes; tenia quinientas cantadoras todas de estrema belleza; pero lo que admiraba sobre todo, era su inmensa biblioteca que sin contar innumerables cuadernos sueltos, contaba cuatrocientos mil volúmenes. Nada parecia pues, que faltaba á la felicidad de este favorito de la fortuna. Era hermoso y jóven todavia, pues que contaba apenas treinta años; su origen era muy noble pues, que pertenecia á la antigua

---

(1) Véase mi Introduccion á la Crónica de Ibn-Abdharí, p. 96 y 97.

(2) Cinco millones de pesetas; en el valor actual de nuestra moneda, treinta y cinco millones.

tribu de los defensores de Mahoma, nadaba en riqueza, y como era de respuesta pronta y respresaba con mucha elegancia y correccion, gozaba de gran reputacion literaria. Desgraciadamente se habia apoderado de él una especie de vértigo: su presuncion no tenia límites y le habia creado innumerables enemigos. Los Cordobeses especialmente estaban furiosos con él; porque una vez que fué á aquella ciudad con Zoahir, trató con el mayor desdén á los hombres mas distinguidos por su origen y su talento y al salir habia dicho: «No he visto aquí mas que «sail y djahil» (mendigos é ignorantes,).» El hecho es, que su presuncion rayaba casi en delirio. «Aunque todos los hombres fueren mis esclavos, decia en sus versos, mi alma no estaria satisfecha todavia. Querria subir á un lugar mas elevado que las mas altas estrellas y una vez llegado allí querria subir mas todavia.» Habia compuesto un verso, que repetia en todas ocasiones, pero especialmente cuando jugaba al aljedréz:

«Cuando se trata de mí, la desgracia duerme siempre y tiene prohibicion expresa de herirme».

Este desafio hecho al destino escitó en

Almería la indignacion general y un atrevido poeta haciéndose intérprete de la opinion pública, sustituyó á la segunda mitad del verso estas palabras que eran una verdadera prefecía:

«Mas ya llegará el tiempo en que el destino que nunca duerme la despierte (á la desgracia.)»

Árabe puro, Ibn-Abbas odiaba á los Berberiscos y despreciaba á los Judíos. Quizás no quisiera precisamente que su señor se uniera á la liga arábigo-eslava; porque entonces Zohair hubiera quedado oscurecido por su gefe el Cadí de Sevilla; pero por lo menos estaba indignado de verlo unido á un berberisco que tenia por ministro á un judío á quien detestaba y de quien sabia que era odiado. De concierto con Ibn-Bacanna (1), visir de los Hammuditas de Málaga, trató primero de derribar á Samuel. Para lograrlo inventó innumerables calumnias, pero no lo consiguió. Entonces trató de mal-

(1) Moisés ben-Ezra (en el «Journ. asiat.» página 212, nota), le llaman Ibn-abi-Muza y es por una equivocacion por lo que el copista del man. de Abi-el-wahid (véase mi edicion de este autor p. 43) ha borrado la palabra «Abi» que escribió primero.



tar á su señor con el rey de Granada, comprometiéndolo á prestar su apoyo á Mohamed de Carmona enemigo de Habbus y este plan le salió bien.

Poco tiempo despues, en Junio de 1038 (1) murió Habbus dejando dos hijos de los que el mayor se llamaba Badis y el menor Bologguin. Los Berberiscos y algunos judíos querian dar el trono á este último, otros judíos y entre ellos Samuel se inclinaban á Badis los mismo que los Árabes. Hubiera estallado una guerra civil, si Bologguin no hubiera renunciado espontáneamente á la corona y cuando prestó juramento á su hermano, sus partidarios tuvieron á su pesar que seguir su ejemplo (2).

El nuevo príncipe hizo todo lo que pudo por reanudar la alianza con el señor de Almería y este declaró al cabo que todo quedaria arreglado en una entrevista. Acompañado de un numeroso y magnífico cortejo se puso, pues, en camino y llegó inopinadamente á las puertas de Granada sin pedir permiso para pasar la frontera. Badis

(1) «Abbád», t. II. p. 34.
(2) «Jouran, asiat», p. 206, 208.

quedó grandemente lastimado por este paso inconveniente; sin embargo, recibió al príncipe de Almeria con muchas consideraciones, trató suntuosamente á la gente de su séquito y la colmó de regalos. La negociacion sin embargo no condujo á nada, ni los príncipes, ni sus ministros (Samuel habia conservado su puesto) pudieron entenderse. Unase á esto que, Zohair, que se dejaba influir por Ibn-Abbas, tomaba respecto á Badis un tono muy ofensivo para su dignidad. Así, que el rey de Granada pensaba ya en castigar al príncipe de Almería por su insolencia, cuando uno de sus capitanes, que se llamaba Bologguin, se encargó de hacer una última tentativa, para procurar una reconciliacion. Fué á ver por la noche á Ibn-Abbas y le dijo: «Temed el castigo de Dios. Vos sois quien impide llegar á un acomodamiento, porque nuestro señor se deja guiar por vos. Sin embargo, sabeis lo mismo que nosotros que, cuando obramos de concierto saliamos bien de todas nuestras empresas, de modo que todos nos envidiaban. ¡Pues bien, restablezcamos nuestra alianza! El punto en que no hemos podido entendernos hasta ahora, es el apoyo que prestais á Mahomed de Carmona.

Abandonad á este príncipe á su suerte y todo lo demás se arreglará por sí mismo.» Ibn-Abbas le respondió en un tono semi-protector, semi-desdeñoso, y cuando el berberisco intentó mover su corazon abrazándolo y vertiendo lágrimas, le dijo: «Guárdate esas demostraciones y esas palabrotas, que no me hacen ningun efecto. Lo que te dije ayer te digo hoy: si tú y los tuyos no haceis lo que queremos, yo haré de modo que os arrepiéntais.» Exasperado con estas palabras: «¿Es esa la respuesta que debo llevar al consejo?» preguntó Bologguin. «La misma, le respondió Ibn-Abbas y si quieres atribuirme términos todavia mas fuertes tambien te lo permito.»

Llorando de indignacion y de ira, Bologguin volvió á presencia de Badis y de su consejo, y cuando hubo contado la conferencia que habia tenido con el visir exclamó: «¿Chinhedjitas, exclamó, la arrogancia de este hombre es insoportable, preparaos todos á bajarsela, por que sino no sereis dueños ni de vuestras casas!» Los Granadinos participaron de su enojo y el otro Bologguin, el hermano de Badis, fué el que se mostró mas indignado que todos y requirió á su hermano para que tomára en el mismo instante

las medidas necesarias para castigar á los Almerienses; Badis se lo prometió.

Para volver á sus Estados, Zohair tenia que pasar muchos desfiladeros y un puente que daba á un lugar cercano; su nombre de Alpuente. Badis mandó cortarlo y envió soldados á que ocuparan los desfiladeros. Sin embargo como estaba menos exasperado que su hermano contra Zohair y no desesperaba todavia de traer al amigo de su padre á mejor acuerdo, resolvió advertirle secretamente del peligro que le amenazaba y se valió para esto de un oficial berberisco que servia en el ejército de Almeria. Este oficial fué á buscar á Zohair durante la noche y le habló en estos términos: «Creedme, señor, cuando os digo, que será dificil pasar mañana los desfiladeros que hay en el camino. Os aconsejo pues, que salgais al instante y acaso de este modo podais pasarlos antes que los granadinos los hayan ocupado y entonces, si os persiguen podreis presentarles batalla en el llano ó poneros á salvo en algunas de vuestras fortalezas.» Este consejo pareció no desagradar á Zohair, pero Ibn-Abbas que asistia á esta conversacion, exclamó: «El miedo es lo que te hace hablar así.» «De mí es de quien de-

cis eso? contestó el oficial. ¿De mí que he tomado parte en veinte batallas mientras que vos no habeis visto ni una? ¡Pues bien, ya veremos á quien el tiempo dá la razon.» y se salió indignado.

Los enemigos de Ibn- Abbas (y ya hemos dicho que tenia muchos) pretenden que habia rechazado el consejo del oficial berberisco, no por que lo creyera malo, sino porque deseaba que fuera muerto Zohair. Ibn-Abbas, dicen, tenia ambicion de reinar en Almeria y queria que Zohair muriera combatiendo contra los Granadinos, pues esperaba poder salvarse por la fuga y hacerse proclamar soberano en aquella ciudad. Acaso haya algo de verdad en esta acusacion; hemos de ver por lo menos mas adelante que Ibn-Abbas se alabó con Badis de haber metido á Zohair en un lazo.

Sea de esto lo que quiera, á la mañana siguiente (3 de Agosto de 1038), Zohair se encontró cercado por las tropas de Granada. Sus soldados quedaron consternados, pero él no perdió su presencia de ánimo. Puso en batalla su infanteria negra que eran quinientos y sus Andaluces y ordenó á su teniente Hodhail que cayera sobre los enemigos al frente de la caballeria eslava.

Hodhail obedeció, pero apenas empeñado el combate, quedó desmontado ya sea de un lanzaso, ya sea porque tropezara su caballo, y sus ginetes huyeron en el mayor desórden. En el mismo instante, Zohair fué abandonado por los negros, en quien tenia sin embargó gran confianza. Los negros se pasaron al enemigo despues de haberse apoderado del depósito de armas. No quedaban pues, mas que los Andaluces, pero estos que eran en general muy malos soldados, no pensaron mas que en huir y quieras que no Zohair tuvo que hacer otro tanto. Como estaba cortado el puente de Alpuente y los desfiladeros ocupados por los enemigos; los fugitivos tuvieron que refugiarse en la sierra. La mayor parte fueron acuchillados por los Granadinos que no daban cuartel, y otros hallaron la muerte en horribles precipicios, entre los que se contó el mismo Zohair.

Todos los empleados civiles entre los que se contaba Ibn-Abbas, habian sido hechos prisioneros, habiendo mandado Badis que se les perdonára la vida. Ibn-Abbas creia no tener nada que temer y no se inquietaba más que por sus libros. «¡Dios mio, Dios mio, gritaba, que será de mis paquetes!»

Y dirigiéndose á los soldados que lo conducian ante Badis, les dijo; «Id á decir á vuestro señor que tenga mucho cuidado de mis paquetes, para que no se rompa algo, pues que contienen libros de inestimable precio.» Y cuando hubo llegado á presencia de Badis le dijo sonriendo: No os he servido bien, puesto que os he entregado estos perros?» y señaló con la mano á los prisioneros eslavos. «Hacedme un servicio á vuestra vez, continuó, mandad que se respeten mis libros; que es lo que más me interesa.» Mientras que hablaba así, los prisioneros almerienses le echaban furiosas miradas y uno de ellos, el capitan Ibn-Chabib, dirigiéndose á Badis exclamó: «¡Señor, os conjuro por aquel que os ha dado la victoria, que no dejeis escapar á ese infame que ha perdido á nuestro señor. El es quien tiene la culpa de todo lo que ha sucedido y por ver su suplicio, me dejaria de buena gana cortar en seguida la cabeza!» A estas palabras sonrió Badis de una manera benévola y mandó poner en libertad al capitan, que fué el único que salvó su vida, de los militares, pues todos los demás fueron entregados sucesivamente al verdugo. Por el contrario, Ibn-Abbas, fué el úni-

co de los empleados civiles que no fué puesto en libertad. El orgulloso visir conoció al fin la desgracia que con loca audacia habia desafiado y veia cumplirse la prediccion del poeta almeriense. Fué encerrado en un calabozo de la Alhambra y lo cargaron de cadenas, que no pesaban menos de cuarenta libas. Sabia que Badis estaba muy irritado contra él y que Samuel deseaba su muerte. Sin embargo, conservaba todavía alguna esperanza; Badis, á quien habia hecho ofrecer treinta mil ducados como precio de su libertad, mandó responderle que ya tomaría su demanda en consideracion y habia dejado pasar cerca de dos meses sin decidir nada. Durante este tiempo luchaban contrarias influencias en la córte granadina: por una parte el embajador cordobés solicitaba la libertad de los prisioneros y principalmente la de Ibn-Abbas; de otra el embajador y cuñado del Amirida, Abdalaziz de Valencia, Abn-'l-Ahwaz, Man ibn-Zomadih insistía con Badis para que hiciera matar todos los prisioneros y sobre todo á Ibn-Abbas. Abdalaziz se habia apresurado á apoderarse del principado de Almería, bajo pretesto de que le tocaba por derecho de devolucion,

habiendo sido Zohair cliente de su familia, y temía que si Ibn-Abbas y los otros prisioneros recobraban la libertad, le disputaran el poder. El mismo Badis, no sabia que partido tomar: la avaricia y la venganza luchaban en su corazon; pero una tarde que paseaba á caballo con su hermàno Bologguin, le habló de la proposicion de Ibn-Abbas y le pidió su parecer. «Si aceptais su dinero y recobra la libertad, os suscitará una guerra que os costará doble. Soy pues, de parecer que lo mandeis matar en seguida.»

Concluido el paseo mandó que le tragaran el prisionero y le reprendió sus faltas con las palabras mas duras. Ibn-Abbas esperó con resignacion el fin de esta larga invectiva y cuando el rey acabó de hablar, exclamó: «¡Señor, os suplico que tengais piedad de mí; libradme de mis penas!— Hoy mismo quedareis libre» le respondió el príncipe; y como viera brillar un rayo de esperanza en la pálida y triste fisonomía de su prisionero, se calló por unos instantes. Despues continuó, con una sonrisa feróz: «Irás á donde sufras mucho mas.» Enseguida le dijo á Bolongguin algunas palabras en berberisco, lengua que Ibn-Abbas no

comprendia; pero las últimas palabras que le habia dirigido Badis, su terrible sonrisa, su aire feróz y amenazador, todo le decia con sobrada claridad que iba á sonar su ultima hora. «Príncipe, príncipe, exclamó cayendo de rodillas, perdonadme la vida, os lo suplico! ¡Tened piedad de mis mujeres y de mis pequeñuelos! ¡No son treinta mil ducados, sino sesenta mil los que os ofrezco, pero dejadme la vida por el amor de Dios!»

Badís lo escuchó sin contestar palabra, y luego blandiendo su azagaya se la sepultó en el pecho. Su hermano Bologguin y su camarero Ali ibn-al-Carawi hicieron otro tanto, pero Ibn-Abbas, que no dejaba de implorar la clemencia de sus verdugos, no cayó, sino á la décima séptima herida. (24 de Setiembre de 1038) (1).

No tardó en saberse en Granada que el rico y orgulloso Ibn-Abbas, habia dejado de vivir. Los Africanos se alegraron, pero

---

(1) Ibn-Haiyan «apud» Ibn-Bassam, t. I, fólio 171 r.–175 r.; Ibn-al-Khatib man. G., fól. 134 v., 135 r. (artículo sobre Zohair), 51 v.–52 v. (artículo sobre Abu-Djafar Ahmed ibn-Abbas al-Anzári); Maccari, t. II, p. 359, 360; «Abbad.», t. II, p. 34.



ninguno recibió esta noticia con tanta satísfaccion como Samuel. Ya no le quedaba más que un enemigo terrible, Ibn-Bacannia y un secreto presentimiento le decía que tambien iba pronto á perecer. Los judíos creian entonces, lo mismo que los Árabes, que muchas veces se oian en sueños espíritus que predecian el porvenir en verso, y una noche oyó Samuel mientras dormia una voz que la recitaban tres versos hebráicos, cuyo sentido es este:

¡Ya ha perecido Ibn-Abbas, así como sus amigos y confidentes; á Dios alabanza y santificacion! Y el otro ministro, el que conspiraba con él, será tambien pronto abatido y molido como la algarroba. ¡Qué se han hecho sus murmuraciones, sus maldades y su poder!—Que sea santificado el nombre del Señor! (1)

Pocos años mas tarde, como tendremos que referir, Samuel vió cumplirse esta prediccion; tan cierto es que el ódio y el amor dan una singular presciencia de lo futuro.

---

(1) Véase á Moisés ben-Ezra, citado por M. Munk en el «Journ. asiat., p. 212. En este pasaje es preciso leer «onchida» en pasiva y no «anchada» en activa como lo hace M. Munk.

III.

Muy apesar suyo, Badis habia hecho á los coaligados que reconocian por Califa al pretendido Hixem, un importante servicio, cuando hizo acometer y matar á Zohair. Verdad es, que el Amirida Abdalazis de Valencia, que como ya hemos dicho habia tomado pesesion del principado de Almeria, no estaba en estado de socorrer á su aliado el Cadí de Sevilla, porque no tardó él mismo en tener que defenderse contra Modjebid de Dénia que veia con malos ojos el engrandecimiento de los Estados de su veci-

no (1); pero por lo menos, el Cadí no tenia ya que temer una guerra contra Almeria y enteramente seguro por esta parte, no pensó mas que en tomar la ofensiva contra los Berberiscos, comenzando por Mohamed de Carmona con quien se habia malquistado. Al mismo tiempo, mantenia inteligencias con una faccion en Granada y trataba de hacer que allí estallara una revolucion.

Habia en Granada muchos que estaban descontentos con Badís. Al principio de su reinado daba este príncipe algunas esperanzas (2), pero desde entonces se habia mostrado cada vez mas cruel, pérfido, sanguinario y entregado á la embriaguéz mas vergonzosa. Primero se quejaron, luego murmuraron y al cabo conspiraron.

El alma del complot era, un aventurero que se llamaba Abu-'l-Fotuh. Nacido muy lejos de España, de una familia árabe establecida en el Djordjan, la antigua Hircania, habia estudiado Bellas Letras, Filosofía y Astronomía con los mas famosos profesores de Bagdad. Pero no era solo un

---

(1) Veanse mis «Recherches», t. I. p, 245.
(2) Véase «Abbad», t. II. p.51

sabio: gran ginete é intrépido guerrero, apreciaba un noble corcel ó una espada bien templada, tanto como un hermoso poema ó un profundo tratado científico. Habiendo llegado á España en el año de 1015, probablemente para buscar fortuna, pasó algun tiempo en la córte de Modjehid de Dénia. Allí se ocupaba ya en literatura con este sábio príncipe ó trabajando en su comentario sobre el tratado gramatical que lleva el título de Djomal, ya combatiendo al lado del príncipe en Cerdeña; á veces meditaba tambien, sobre las cuestiones filosóficas mas abstractas ó trataba de adivinar lo porvenir observando el curso de los astros. Habiéndo ido luego á Zaragoza residencia de Mondhir; este príncipe le cobró amistad al principio y le confió la educacion de su hijo, pero como segun la observacion tan justa como repetida del arábigo historiador á quien seguimos, los tiempos cambian y los hombres con ellos, Mondhir le hizo saber un dia que ya no tenia necesidad de sus servicios, y que le daba licencia para irse de Zaragoza y Abu-'l-Fotuh, fué entonces á establecerse en Granada, donde abrió un curso acerca de las antiguas poesias y especialmente sobre la coleccion conocida con

el nombre de «Hamasa» (1); pero además hizo otra cosa: sabiendo que Badis tenia muchos enemigos, estimuló la ambicion de Yazir, primo hermano del rey, asegurándole que habia leido en las estrellas que Badis perderia el trono y que su primo reinaría treinta años. Consiguió así formar una conspiracion, pero habiéndola descubierto Badis antes del tiempo fijado para su realizacion Abu-'l-Fotuh, Jazir y los demás apenas tuvieron tiempo de sustraerse con la fuga á su venganza. Fueron á refugiarse al lado de el Cadí de Sevilla, complice suyo sin duda, aun que sea imposible decir hasta qué punto lo fuera (2).

En este entretanto, el Cadí habia atacado á Mohamed de Carmona y su ejército mandado, como de ordinario, por su hijo Ismael, habia obtenido ya brillantes ventajas. Osuna y Ecija se habian visto obliga-

---

(1) Véase sobre Abu-'l-Fotuh Thabih ibn Mohamed al-Djorelfani, además del artículo de Ibn-al-Khatib y los que se han consagrado, Séyuti en su Diccionario biográfico de los gramátieos y Homaidí. Consúltese tambien el artículo sobre Modjehid en Dhabbi (man. de la Sooiedad ásiática.)

(2) Ibn-al-Khatib, man. G. fól. 114 r. y v. (artículo sobre Abu-'l-Fotuh).



das á rendirse y la misma Carmona estaba sitiada. Reducido á la última estremidad, Mohamed pidió socorro á Idris de Málaga y á Badis. Uno y otro respondieron á su llamamiento: Idris que estaba enfermo, envió tropas á las órdenes de su ministro Ibn-Bacanna y Badis. vino en persona con las suyas. Reunidos estos dos ejércitos, Ismael lleno de confianza en el número y en la bravura de sus soldados, les presentó batalla, pero Badis é Ibn-Bacanna, viendo que el enemigo tenia superioridad numérica ó creyéndolo al menos, no se atrevieron á aceptar y sin cuidarse del señor de Carmona, le abandonaron á su suerte y tomaron el uno el camino de Granada y el otro el de Málaga. Ismael se puso enseguida en persecucion de los Granadinos. Felizmente para Badis, apenas hacia una hora que Ibn-Bacanna se habia separado de el, envióle pues, un propio á toda prisa, rogándole que viniera en su socorro, pues, si nó iba á ser hecho polvo por los Sevillanos. Ibn-Bacanna se le juntó enseguida y habiendo verificado esta union los dos ejércitos en las cercanias de Ecija, esperaron al enemigo á pié quieto.

Los Sevillanos que creian tener que ha-

bérselas con un ejército en retirada, quedaron desagradablemente sorprendidos, cuando vieron que tenian que pelear contra dos ejércitos perfectamente preparados á recibirlos, y desmoralizados por esta circunstancia imprevista, bastó el primer choque para desordenar sus filas. En vano trató Ismael de rehacerlos y de llevarlos de nuevo al combate; víctima de su bravura, cayó muerto el primero de todos. Desde entónces los Sevillanos no pensaron más que en salvarse (1).

Hecho dueño del campo de batalla, con tan fácil victoria, y habiendo establecido un campamento á las puertas de Ecija, Badis se quedó admirado, viendo venir á Ab-'l-Fotuh á echarse á sus pies. Lo que lo traia era el amor de familia. Con tanta precipitacion habia tenido que salir de Granada que tuvo que dejar abandonados á su suerte á su muger y á sus hijos. Sabia que Badis los habia hecho detener por medio del negro Codam, su gran preboste, su Tristan el Hermitaño, y que Codam los

(1) Abd-el-w·ahid, p. 44 y 65; «Abbad», t. 11, p. 33, 34, 207, 217. C. f. 176 Ibn-al-Khatib. fól. 114 v.

habia hecho encerrar en Almuñecar. Pero él amaba apasionadamente á su muger, jóven y bella andaluza, y la ternura que profesaba á sus hijos era estremada. No pudiendo resolverse á vivir sin ellos y temiendo sobre todo que Badis se vengara de su crimen en aquellas cabezas queridas, venia á implorar ahora su perdon y aunque conocia el genio implacable y sanguinario del tirano, esperaba sin embargo que esta vez no seria inflexible, puesto que, habia ya perdonado á su tio Abu-Bich que estaba igualmente complicado en el complot.

Arrodillándose pues, delante del príncipe:»

—¡Señor, le dijo, tened piedad de mí! Os aseguro que soy inocente.

—Qué¡,exclamó Badis, con los ojos inflamados de ira, ¿té atreves á presentarte delante de mí? Has sembrado la discordia en mi familia y ahora vienes á decirme que no eres culpable! ¿Crees qué soy tan fácil de engañar?

—¡Señor, sed clemente por el amor de Dios! Acordaos de que un dia me tomásteis bajo vuestra proteccion y que condenado á vivir lejos de los lugares que me vieron nacer, soy ya bastante desgraciado. No me

imputeis el crimen cometido por vuestro primo, en él no he tenido parte alguna. Verdad es que lo acompañé en su huida, pero lo hice por que como vos sabiais que tenia relaciones con él, temí que me castigarais como á su cómplice. Pero heme aquí delante de vos; si absolutamente lo quereis, pronto estoy á confesarme culpable de un crímen de que estoy inocente, siempre que pueda de este modo obtener vuestro perdon. Tratadme como es propio de un gran rey, de un monarca que está demasiado elevado para guardar rencor á un pobre hombre como yo y devolvedme á mi familia.

—Yo te trataré seguramente como mereces, si Dios quiere. Vuelve á Granada donde encontrarás á tu familia y cuando yo vaya arreglaré tus asuntos.

Tranquilizado con estas palabras, cuya ambigüedad no notó al principio, Abu-'l-Fotuh, tomó el camino de Granada bajo la escolta de dos caballeros. Pero cuando llegó cerca de la ciudad, el negro Codam ejecutó las órdenes que acababa de recibir de su señor. Hizo prender á Abu-'l-Fotuh por sus satélites, que despues de haberle afeitado la cabeza lo montaron en un camello. Un negro de una fuerza hercúlea montó

detrás de él y se puso á abofetearlo sin parar. De este modo fué paseado por las calles, y luego lo metieron en un calabozo muy estrecho que tuvo que dividir con uno de sus cómplices, un soldado berberisco que habia sido hecho prisionero en la batalla de Écija.

Pasaron muchos dias. Badis estaba ya de vuelta y sin embargo, nada habia decidido aún respecto de Abu-'l-Fotuh. Esta vez, al contrario de la anterior, cuando se trataba de Ibn-Abbas, era Bologguin, quien le impedia pronunciar la fatal sentencia. Bologguin se interesaba por el doctor, no se sabe por qué; trataba de probar su inocencia y lo defendia con tal calor que Badis temiendo descontentarlo vacilaba en tomar una resolucion. Pero un dia que Bologguin se achispaba en una orgía—lo que le sucedía frecuentemente, lo mismo que á su hermano—Badis se hizo traer á Abu-'l-Fotuh y á su compañero. Desde que vió al doctor comenzó á vomitar contra él un torrente de injurias y continuó en estos términos: «¡De nada te han servido tus estrellas, embustero! ¿Nó le habias prometido á tu emir, á ese pobre tonto que te servía de juguete, que no tardaría en tenerme en su

poder y que reinaría treinta años en mis Estados? ¿Por qué no has levantado más bien, tu propio horóscopo y hubiera podido preservarte entonces de una gran desgracia? ¡Ahora, miserable, tu vida está en mis manos!»

Abu-'l-Fotuh no le respondió nada. Cuando esperaba volver á ver una esposa y á unos hijos adorados, se había humillado hasta el ruego y la mentira, pero ahora, plenamente convencido de que nada podría ablandar á este pérfido y feróz tirano, recobró todo su orgullo, toda la fuerza de su alma, toda la energía de su carácter. Con los ojos fijos en el suelo, y la sonrisa de desprecio en los lábios guardó un silencio lleno de dignidad. Esta actitud noble y serena puso el colmo á la irritacion de Badis. Echando espumarajos de ira, saltó de su asiento y sacando la espada la hundió en el corazon de su víctima. Abu-'l-Fotuh recibió el golpe fatal sin pestañear, sin que un quejido se escapara de su pecho y su valor arrancó al mismo Badis un grito involuntario de admiracion. Ahora, dijo dirigiéndose á Barhun, uno de sus esclavos, «corta la cabeza á ese cadáver y hazla clavar á un poste. En cuanto al cuerpo, en-

tierralo al lado del de Ibn-Abbas. Conviene que mis dos enemigos descansen el uno al lado del otro hasta el dia del Juicio... Y ahora te toca á tí. ¡Acercate soldado!»

El berberisco á quien se dirigian estas palabras era presa de una indecible angustia y temblaba como un azogado. Cayendo de rodillas trató de escusarse lo mejor que pudo y suplicó al príncipe que le perdonara la vida. «Miserable, le dijo entónces Badis: ¿has perdido por completo la vergüenza? El doctor, en quien hubiera podido ser escusable un poco de miedo, ha sufrido la muerte con un valor heróico, como lo acabas de ver; no se ha dignado dirigirme ni una palabra ¿y tú viejo soldado, tú que te contabas entre los más valientes, muestras tanta cobardía? ¡Que Dios no tenga piedad de tí míserable!» Y le cortó la cabeza.—(20 de Octubre de 1039).

Como lo habia ordenado Badis, Abu-'l-Fotuh fué enterrado al lado de Ibn-Abbas. El dolor de la parte inteligente y literata de la poblacion granadina lo siguió á la tumba y muchas veces, pasando cerca del lugar que encerraba sus restos mortales, el Árabe condenado á sufrir en silencio el yugo de un extranjero y de un bárbaro,

murmuraba en voz baja: «¡Ah que incomparables sábios eran esos cuyos huesos descansan aquí!... ¡Dios solo es inmortal; glorificado y santificado sea su nombre!» (1),

(1) Ibn-al-Khatib, fól. 114 v.-115 v,

IV.

El sanguinario tirano de Granada iba siendo cada dia mas el jefe de su partido. Verdad es, que reconocia aún el señorío de los Hammuditas de Málaga, pero esto no era mas que pura fórmula. Estos príncipes eran muy débiles, se dejaban dominar por sus ministros, se esterminaban unos á otros con el hierro ó con el veneno y lejos de poder pensar en fiscalizar á sus poderosos vasallos se creian felices, si conseguian reinar con alguna apariencia de tranquilidad en Málaga, Tánger y Ceuta.

Habia además, una gran difirencia entre las dos córtes. En la de Granada no habia

mas que berberiscos ó hombres que como el judío Samuel obraban constantemente en interés suyo; reinaba allí por consiguiente una notable unidad de planes y de aspiraciones. Por el contrario en la córte de Málaga habia tambien eslavos y mas ó menos pronto, habian de aparecer los celos, las rivalidades y los ódios que tanto habian contribuido á hacer caer á los Omeyas.

El Califa Idris I, ya enfermo cuando envió sus tropas contra los Sevillanos, espiró dos dias despues de recibir la cabeza de Ismael, que habia sido muerto en la batalla de Écija. Al punto se empeñó la lucha entre Ibn-Bacanna el ministro berberisco y Nadja el ministro eslavo. El primero quiso dar el trono á Yahya, primogénito de Idris, plenamente convencido de que en este caso le pertenecia el poder. El eslavo se opuso á ello. Primer ministro en las posesiones africanas, proclamó allí por califa á Hasan ibn-Yahya, primo hermano del otro pretendiente, y lo dispuso todo para pasar el Estrecho. De carácter menos firme y menos audáz el ministro berberisco se dejó intimidar por la actitud amenazadora del eslavo. No sabiendo qué resolucion tomar, ya queria persistir en su proyecto, y á renun-

ciar á él. En su indecision se descuidó en tomar las medidas necesarias. De pronto vió fondear á la armada africana en el puerto de Málaga. Huyó á toda prisa y se retiró á Comares con su pretendiente. Hasan dueño de la capital le mandó á decir que lo perdonaba y que le permitia volver. El berberisco se fió en su palabra, pero le cortaron la cabeza. La prediccion que el judío Samuel habia creido ver en sueños se habia cumplido.

Poco despues el competidor de Hasan, fué muerto tambien. Acaso Nadja fué el único culpable de este crimen, como lo dán á entender algunos historiadores, pero Hasan tuvo que sufrir el castigo, pues fué empozoñado por su mujer, hermana del desventurado Yahya.

Entontes Nadja, creyó poder pasarse sin testaférreo. Queria poseer no solo la autoridad, sino tambien el título de soberano. Habiendo muerto al hijo de Hasan que era todavia muy niño y puesto en prision á su hermano Idris, se presentó atrevidamente á los Berberiscos como soberano y trató de ganarlos con las promesas mas brillantes. Aunque profundamente indignados de su increible audacia y de su

ambicion sacrílega—pues tenian una veneracion casi supersticiosa á los decendientes del Profeta—creyeron sin embargo los Berberiscos que debian esperar un momento mas favorable para castigarlo y le respondieron que le obedecerian y le prestaron juramento.

Nadja les anunció su intento de ir á quitar Algeciras al Hammudita Mohamed que reinaba allí. Púsose en campaña; pero desde los primeros encuentros con el enemigo, pudo notar el Eslavo que los Berberiscos se batian flojamente y que no podia contar con ellos. Creyó pues prudente dar la órden de retirada. Habia formado el proyecto de desterrar á los Berberiscos mas sospechosos en cuanto llegara á la capital, ganarse á los otros á fuerza de dinero y rodearse de todos los Eslavos que le fuera posible. Pero sus mas encarnizados enemigos, supieron ó adivinaron su plan y al pasar su ejército por un estrecho desfiladero cayeron sobre el usurpador y lo mataron (5 de Febrero de 1043) (1).

---

(1) Esta fecha se enuentra en Ibn-Bassam, t. I, fól. 224, v.

Mientras que reinaba la mayor confusion entre las tropas, dando gritos de alegria los Berberiscos y huyendo los Eslavos porque temian participar de la suerte de su jefe, corrieron á rienda suelta á Málaga dos de los asesinos y al llegar á la ciudad, gritaron: «¡Buena noticia, buena noticia, el usurpador ha muerto! y precipitáronse luego sobre el lugarteniente de Nadja, lo asesinaron. Idriz, el hermano de Hasan fué sacado de la prision y proclamado Califa.

Desde entónces concluyó en Málaga el papel de los Eslavos, pero la tranquilidad restablecida por un momento, no fué de larga duracion.

Idris II no era seguramente un espíritu superior, pero era bueno, caritativo, y se ocupaba casi esclusívamente en hacer beneficios. Si hubiera sido por él, no hubiera habido ningun desgraciado. Llamó á los desterrados de todos los partidos y les devolvió sus bienes: nunca quiso dar oidos á los delatores y hacia distribuir á los pobres quinientos ducados diarios. Su simpatia para con los hombres del pueblo, con los que gustaba conversar, contrastaban singularmente con el fausto, la ostentacion y la escrupulosa etiqueta de su córte. Por

su cualidad de descendiente del yerno de Profeta, los Hammuditas eran á los ojos de sus súbditos una especie de semi-dioses. Para mantener una ilusion tan favorable á su autoridad, se presentaban rara vez en público y se rodeaban de una especie de misterio. El mismo Idris, apesar de la sensilléz de sus aficiones, no se separó del ceremonial establecido por sus predecesores: una cortina lo ocultaba á la vista de los que le hablaban, solo que, como era la bondad misma, olvidaba algunas veces su papel. Un dia por ejemplo, un poeta de Lisboa le recitó una Oda en que alababa su caridad y glorificaba así su noble orígen: «Mientras que los demás mortales han sido hechos de agua y polvo, decia en su estraño lenguaje, los descendiente del Profeta han sido hechos del agua mas pura, del agua de la justicia y de la piedad. El don de profecía ha descendido sobre su abuelos y el ángel Gabriel, invisible para nosotros, se cierne sobre su cabeza. El rostro de Idris príncipe de los creyentes, se asemeja al sol naciente que deslumbra con sus rayos los ojos de los que le miran, y sin embargo, oh príncipe, nosotros querriamos veros á fin de poder aprovechar vuestra luz, ema-

nacion de la que rodea al señor del universo.» «¡Levanta la cortina!» dijo entónces el califa á su camarero, porque nunca se negaba á una súplica. Mas feliz que aquella pobre enamorada de Júpiter que pereció víctima de su faltal curiosidad, el poeta pudo contemplar á sus anchas la figura de su Júpiter, la que si no derramaba una luz flamígera tenia á lo menos el sello de la benevolencia y de la bondad. Acaso le agradó mas tal como era, que si hubiera estado rodeada de aquellos rayos deslumbradores de que habia hallado en sus versos. Lo que es cierto por lo menos, es que, habiendo recibido un buen regalo se fué muy contento.

Desgraciadamente para la dignidad y laseguridad del Estado, Idris juntaba á una gran bondad de corazon, estrema debilidad de carácter. No sabia ó no se atrevia á negar nada. Si Badis ó cualquiera otro le pedia un castillo ó cualquiera otra cosa accedia siempre á su peticion. Un dia le requirió Badis para que le entregara á su visir, que habia tenido la desgracia de desagradarlo. «¡Ay! amigo mio, dijo entónces Idris á su ministro: aquí tienes una carta del Rey de Granada en

que me pide que os entregue en sus manos. Yo estoy aflijidísimo, pero á la verdad, yo no me atrevo á negarme.—Haced lo que quiere, le respondió este hombre escelente, antiguo servidor de su familia. Dios me dará fuerzas y ya vereís como sé sufrir mi suerte con valor y resignacion.» Habiendo llegado á Granada le cortaron la cabeza....

Tanta debilidad irritó á los Berberiscos; ya incómodo por las simpatías que Idris mostraba por el pueblo, por sus tendencias socialistas, como se diria hoy, pero exasperó sobre todo á los negros. Acostumbrados al régimen del castigo, del sable, y de la horca, menospreciaban á un amo que no dictaba nunca una sentencia de muerte. Habia pues ya mucho descontento, cuando el gobernador del castillo de Airos (1), dió la señal de la rebelion. Carcelero de dos primos de Idris, los puso en libertad y proclamó califa á Mohamed, el mayor. Entónces los negros que guarnecian el castillo de Málaga, se insurreccionaron é invitaron á Mohamed á presentarse entre ellos. Sin embargo, el pueblo de Málaga lleno

(1) Este lugar no existe ya á lo que parece.

de amor hácia el príncipe, que habia sido su bienhechor, no le abandonó en la hora del peligro. Estas honradas gentes corrieron en masa á su lado y le pidieron á gritos armas, asegurándole que en cuanto las tuvieran no estarian los negros ni una hora en el castillo. Idris les dió las gracias por su adhesion, pero reusó su oferta diciéndoles: «Volveos á vuestras casas que yo no quiero que perezca un solo hombre por mi causa.» Mohamed pudo pues, hacer su entrada en la capital é Idris, fué á reemplazarlo en la prision de Airos. Habian cambiado sus papeles (1046-7).

El nuevo Califa no se parecia á su predecesor sino á su madre, valiente amazona á quien gustaba vivir en los campamentos, vigilar los preparativos de una batalla ó los trabajos de un sitio y estimular el valor de sus soldados con sus palabras ó con su oro. Bravo hasta la temeridad, pero de una severidad inexorable, si Idris era falto de energía, Mohamed (tal fué por lo menos el parecer de los autores de la revolucion) la tenia de sobra. Era la fábula de las ranas pidiendo rey. A ejemplo de la «gente pantanosa» como dice el bueno de La Fontaine, Berberiscos y negros tuvieron bien

pronto que maldecir á la terrible grulla y echar de menos al pacífico leño. Se armó un complot, los conjurados entraron en negociaciones con el gobernador de Airos, que se dejó ganar facilmente por ellos y que puso en libertad á Idris II, despues de haberlo reconocido por califa. Idris no retrocedió esta vez ante la idea de la guerra civil, su monotona mansion en un calabozo habia vencido sus escrúpulos; pero Mohamed sostenido por su madre combatió á sus adversarios con tanto vigor que los obligó á deponer las armas. Sin embargo, no le entregaron á Idris; antes de someterse lo hicieron pasar á África en donde mandaban dos libertos berberiscos, á saber, Sacot, (a) que era gobernador de Ceuta y Rizc-Allah que lo era de Tánger. Sacot y Rizc-Allah lo recibieron con muchas consideraciones y mandaron que se hicieran

(a) El autor que escribe «Sacaute» pone en este lugar la siguiente nota: «Abd-el-wahid escribe este nombre «Sacat,» otros escriben Sacont ó segun la pronunciacion de los Arabes españoles «Sacot» (pronunciase la t). Creo pues que la vocal larga en la segunda sílaba, tiene un sonido intermedio entre la «á» y la «ó». En francés puede espresarse este sonido por el diptongo «au.»

en su nombre las oraciones públicas; pero por lo demás no le concedieron ninguna autoridad efectiva; celosos de su propio poder, lo custodiaron estrechamente, le impidieron mostrarse en público y no permitian que nadie se acercara á él. Algunos señores berberiscos, enemigos secretos de los dos gobernadores, encontraron, sin embargo, medio de hablarle y le dijeron: «Esos dos esclavos os tratan como á cautivo y os impiden gobernar por vos mismo. Dadnos vuestros plenos poderes y os libertaremos de ellos,» Pero Idris, siempre dulce y manso reusó su oferta y en su candidéz contó á los dos gobernadores todo lo que habia pasado. Los señores en cuestion, fueron sentenciados enseguida á destierro, pero como acaso habia por que temer, que Idris no diera oidas en otra ocasion á las insinuaciones de los descontentos, Sacot y Rizc-Allah, lo volvieron á España sin dejar, sin embargo, de reconocerle como Califa en las oraciones públicas. Idris fué á refugiarse con el jefe berberisco de Ronda (1).

---

(1) Segun Ibn-Khaldun fué á Comares, pero he creido que debia seguir á Homaidi.



En este entretanto, los descontentos de Málaga habian implorado el socorro de Badis. Este declaró al principio la guera á Mohamed, pero poco despues se reconcilió con él. Entonces proclamaron al príncipe de Algeciras, que llevaba tambien el nombre de Mohamed y que á su vez tomó el título de califa. Habia pues, en esta época cuatro desde Sevilla á Ceuta: el pretendido Hixem II, en Sevilla, Mohamed, en Málaga, otro Mohamed en Algeciras y por último Idris II. Dos de ellos, no tenian en realidad poder alguno, los otros dos eran príncipes de escasa importancia, reyezuelos, y este abuso del titulo de califa era tanto mas ridículo, cuanto que en su verdadera acepcion indica al soberano de todo el mundo musulman.

El príncipe de Algeciras salió mal de su tentativa. Abandonado por los que lo habian llamado, se volvió precipitadamente á su pais donde murió pocos dias despues de pena y de vergüenza (1048-9).

Cuatro ó cinco años despues Mohamed de Málaga exaló tambien el último aliento. Uno de sus sobrinos (Idris III) aspiró al trono, pero con mal éxito; esta vez restablecieron al bueno de Idrís II y habiéndose en

fin, cansado de perseguirlo el destino reinó pacíficamente hasta que pagó tambien su tributo á la naturaleza (1055). Otro Hammudita, creyó poder reinar en su lugar, pero Badis desvaneció sus esperanzas. Verdadero jefe del partido berberisco, el rey de Granada, no queria más que un califa y habia resuelto concluir con los Hammuditas é incorporar el principado de Málaga á sus Estados. Ejecutó su proyecto sin grandes obstáculos. Verdad es que los Árabes no se sometieron á él más que á regaña-dientes, pero habiéndose ganado á los influyentes entre ellos, tales como el visir-Cadi Abu-Abdallah-Djodhamí, (1) se cuidó muy poco de las murmuraciones de los demás y en cuanto á los Berberiscos, como estaban convencidos de las debilidad de sus príncipes y de la necesidad de unirse estrechamente con sus hermanos de Granada, si querian mantenerse contra el partido árabe, que cada dia ganaba terreno en el S. O., favorecieron mas bien que contrariaron los proyectos de Badis. El rey de Granada se

(1) Vease Ibn al Khatib, man. G., fól. 107. (artículo sobre Bologguin, hijo de Badis).

hizo pues, dueño de Málaga y todos los Hammuditas fueron desterrados. Todavía representaron papel en África, pero el que habian hecho en España habia concluido (1).

(1) Abd-el-wahíd, p. 45-49 Ibn-Khaldum, fólio 22 v., 23 r.; Maccari, t. I, p. 132, 282-284.

V.

A fin de no interrumpir nuestro rápido bosquejo de la historia del principado de Málaga, hemos acaso anticipado un poco los sucesos y como ahora tenemos que echar una ojeada sobre los progresos que en este intérvalo habian hecho el partido árabe, tenemos que volver algunos años atrás.

Habiendo muerto el Cadí de Sevilla, Abu-'l-Casim Mohamed, á fines de Enero de 1042, le sucedió su hijo Abbad, que tenía entonces veintiseis años, con el título de «hadjib ó primer ministro del supuesto Hixem II. Es conocido en la historia con

el nombre de Motadhid y áun cuando no tomo este título sino más adelante, lo llamaremos así desde ahora para evitar la confusion que puede producir el cambio de nombre.

El nuevo jefe del partido árabe en el S. O., tenía una de las fisonomías más acentuadas que haya producido la verde vejéz de una sociedad. Era en todo el digno rival de Badis jefe de la faccion opuesta. Suspicáz, vengantivo, pérfido, tiránico, cruel y sanguinario como él, y como él dado á la embriaguéz, le escedia en lujuria. Naturaleza móvil y voluptuosa, si las hubo, sus apetitos eran insaciables é incesantes. Ningun príncipe de entonces tuvo un serrallo tan numeroso como el suyo: asegúrase que entraron sucesivamente en él, ochocientas jóvenes (1).

Pero apesar de esta semejanza general, los dos príncipes no tenian el mismo carácter; sus gustos y sus costumbres diferian en mucho. Badis era un bárbaro ó poco menos, desdeñaba los buenos modales, la cultura, la civilizacion. No habia

(1) «Abbad.», t. II, p. 48; t. I, p. 245.

poetas en los salones de la Alhambra; Badis que hablaba de ordinario berberisco, apenas hubiera podido entender sus cantos. Por el contrario Motadhid; habia recibido una esmerada educacion y, si no podia pretender, en verdad, el título de sábio pues no habia hecho estensos estudios, como estaba dotado de un gusto delicado y penetrante y de una gran memoria, sabia mas de lo que sabe de ordinario un hombre oulto. Los poemas que compuso y que, aparte de su valor literario, no dejan de tener interés para conocerle á fondo, le valieron de sus contemporeáneos la reputacion de buen poeta (1). Era amigo de las letras y de las artes. Por un poco de incienso colmaba de regalos á los poetas, gustaba de edificar magnificos palacios (2) y hasta su tiranía tenía cierta especie de erudicion, pues habia tomado por modelo al Califa de Bagdad, cuyo título habia adoptado, mientras que Badis ignoraba probablemente hasta en que época habia vivido aquel Califa. Bebedores ambos, Badis se embor-

(1) «Abbad», t. I, p. 245.
(2) «Abbad», t. I, p. 243.

rachaba brutal, groseramente, sin vergüenza y sin recato, como un patan ó como un pastor. Motadhid siempre hombre de mundo, siempre gran señor, no hacía nada sin gracia, tenia hasta en sus orgías cierto buen gusto y cierta distincion y, aún cuando bebian de una manera inmoderaba él y sus compañeros de libertinaje, improvisaban báquicas canciones que se distinguian por un gusto maravilloso y una gran delicadeza de espresion. Su organizacion poderosa se prestaba igualmente al placer y al trabajo; bebedor desenfrenado y trabajador prodigioso, pasaba de la fiebre de las pasiones á la de los negocios. Gustaba de entregarse todo entero á sus ocupaciones de príncipe, pero despues de los esfuerzos sobre-humanos que hacía para recobrar el tiempo dado á los placeres, necesitaba la embriaguéz de nuevo desórdenes para restaurar sus fuerzas. (1) Y ¡cosa estraña¡ este tirano cuya terrible mirada hacía temblar á las numerosas bellezas de su serrallo, compuso para algunas de ellas, versos de una esquisita

(1) Véase «Abbad» t. I, p. 243 y un poema de Montadhid, «ibid.», p. 53.

galanteria y de una encantadora dulzura.

Había pues, entre Badis y Motadhid, la distancia que separa al malvado bárbaro del malvado culto; pero, en suma, el bárbaro era el menos profundamente depravado de los dos. Badis tenía cierta franqueza brutal hasta en el crimen, Motadhid era impenetrable hasta para sus confidentes. Mientras que su escrutadora mirada espiaba de contínuo los pensamientos mas secretos de los demás y ios adivinaba, nadie sorprendia nunca un movimiento en su fisonomía, ni un acento de su palabra (1). El príncipe granadino esponía su persona en los campos de batalla, el de Sevilla aunque estuvo casi constantemente en guerra y no estaba falto de valor, no mandó sus tropas mas que una ó dos veces en toda su vida, y de ordinario, trazaba desde el fondo de su cubíl, como dice un historiador arábigo, los planes de campaña á sus generales (2) Las astucias de Badis eran groseras y fáciles de desbaratar, las de Motadhid bien calculadas y sútiles fallaban rara vez. Ese era su fuerte

(1) «Abbad», t. I, p. 424.
(2) «Abbad» t. I, p. 243.

y se cuenta á este propósito una historia que merece ser referida.

Estando en guerra contra Carmona, Motadhid mantuvo correspondencia secreta con un vecino árabe de esta ciudad que le informaba de los movimientos y de los designios de los Berberiscos. Necesitaban naturalmente gran circunspeccion para que sus cartas no fueran interceptadas y para que nadie sospechara sus intrigas. Así, que Motadhid, segun un plan que habia concertado con su espía, hizo venir á su palacio á un palurdo de las cercanías, hombre sencillo y sin malicia, si los hubo, y le dijo: «Quítate esa casaca que no vale nada y ponte esta «djobba.» Es muy hermosa como ves y te la regalo, si haces lo que te voy á decir.» Lleno de alegría, el palurdo se puso la djobba, sin sospechar que en sus costuras se ocultaba una carta que Motadhid queria enviar á su espía, y prometió ejecutar fielmente lo que el príncipe le mandara. «Pues bien, le dijo Motadhid, toma el camino de Carmona y cuando llegues cerca de la ciudad, coge leña y has un haz: entra en la ciudad y ponte donde se ponen de ordinario los leñadores pero, no vendas tu haz, sino al que te ofrezca cinco dirhemes.

Aunque el palurdo no adivinaba en manera alguna el motivo de estas órdenes tan singulares, se apresuró á obedecer. Salió, pues, de Sevilla y cuando llegó cerca de Carmona se puso á hacer haces, pero como no tenía costumbre y hay haces y haces, segun dice el proverbio, entró en la ciudad con un hacesillo de ramas muy chico y muy ruin y fué á situarse en el mercado.

—¿Cuánto vale ese haz? le preguntó uno.

—Cinco dirhemes, lo último; si lo quiere lo toma y si nó lo deja, respondió el palurdo.

El otro se echó á reir en sus barbas.

—¡Dios mio! Es ébano?

—No, dijo otro, es bambú.

Y cada uno dijo su chiste, burlándose del palurdo.

Ya declinaba el dia, cuando un hombre, que no era otro que el espía de Motadhid, se acercó al palurdo y habiéndole preguntado el precio de su haz, se lo compró y le dijo:

—Cárgate esa leña y llévala á mi casa. Voy á enseñarte el camino.

Cuando llegaron á la casa, el palurdo dejó la leña y habiendo recibido sus cinco dirhemes, iba á irse.

—¿Dónde vás tan tarde? le preguntó el amo de la casa.

—Voy á salír de la ciudad, le respondió el palurdo.

—¿Piensas en eso? ¿No sabes que hay ladrones en el camino? Quédate ahí, te daré de cenar y una cama, y mañana temprano podrás ponerte en camino.

El palurdo aceptó esta oferta con reconocimiento; pronto una buena cena le hizo olvidar las burletas de que habia sido objeto, y cuando hubo comido con excelente apetito, le dijo su huésped:

—Ahora dime de donde vienes.

—De los alrededores de Sevilla donde vivo.

—Entónces, hermano, debes ser muy valiente y muy temerario para haberte atrevido á venir aquí, pues debes conocer la crueldad y la ferocidad de los Berberiscos y saber, que matan á un hombre en menos que canta un gallo. Sin duda que te trae alguna cosa importante.

—Nada; pero es preciso ganarse la vida y á nadie se le ha de ocurrir maltratar á un pobre palurdo, inofensivo, como yo.

Hablaron hasta que el palurdo empezó á domirse. Entónces su huésped lo c ndujo

al aposento que le destinaba. El otro quiso acostarse sin desnudarse, pero el de Carmona le dijo:

—Quítate tu «djobba», dormirás mejor y te levantarás mas fresco, porque esta noche hace calor.

Hízolo el palurdo y á poco dormia profundamente. Entónces el espía cogió la djobba, descosió la costura, cogió la carta de Motadhid, la leyó, la contestó enseguida, puso su carta en lugar de la del príncipe, recosió la costura sin que se conociera, y volvió á poner la djobba en el sitio donde el palurdo la tenia. Éste, habiéndose levantado temprano al dia siguiente, se la puso y despues de haber dado las gracias al de Carmona por su hospitalidad, volvió á tomar el camino de Sevilla.

Cuando estuvo de vuelta, se presentó á Motadhid y le contó sus aventuras.

—Estoy satisfecho de tí, le dijo el príncipe con aire bondadoso y mereces una recompensa: Quítate la «djobba.» déjala ahí y toma un vestido completo que te regalo.

Loco de alegría, el palurdo cogió los hermosos vestidos que el príncipe le ofrecía y fué á contar con cierta vanidad á sus ami-

gos, á sus vecinos y á sus conocidos todos, que el príncipe le habia dado vestidos de honor, como si hubiera sido un hombre importante, un alto funcionario ó una alteza. Pero que habia servido dé correo extraordinario, de conductor de despachos tan importantes que le hubieran costado la vida, si los Berberiscos se los hubieran encontrado; de eso no tuvo nunca ni la menor sospecha (1).

El príncipe de Sevilla era astutísimo, fertilísimo en expedientes, en estratagemas, en artificios de todo género; tenia á su disposicion todo un arsenal de trampas y ¡desgraciado de aquel que provocara su cólera! Aunque se fuera á otro pais, aunque se fuera á ocultar al fin del mundo, la venganza del príncipe lo alcanzaba infaliblemente. Cuéntase, que un ciego habia sido privado por Motadhid de la mayor parte de sus bienes, que habia derrochado el resto y completamente arruinado se habia ido como peregrino mendicante á la Meca donde maldecia sin cesar y públicamente al tirano que lo habia reducido á la mendici-

(1) Abd-el-wahid, p. 68, 70.

dad. Súpolo Motadhid y llamando á uno de sus súbditos que iba á hacer la peregrinacion á la Meca, le entregó una cajita con monedas de oro bañadas con un veneno mortal. «Cuando lleges á la Meca, le dijo, entregar esta cajita á nuestro conciudadano ciego, y le dirás que es un regalo que yo le hago, saludandolo de mi parte; pero ten cuidadado de no abrir la cajita.» Prometióle el otro ejecutar sus órdenes, se puso en camino y cuando llegó á la Meca encontró al ciego:

He aqui una cajita que Motadhid te envia, le dijo.

¡Dios mio! ¡Aquí suena á metal, esclamó él; aquí dentro hay oro! ¿Pero cómo es posible que Motadhid está en Sevilla me redujo á la miseria, me enriquezca en la Arabia?

—Los príncipes tienen caprichos muy raros, replicó el otro. Puede ser tambien que á Motadhid, convencido á estas horas de la injusticia que te ha hecho, le remuerda la conciencia. En fin, yo no sé nada de esto y nada me importa; no hago mas que cumplir mi comision. Toma este regalo que es para tí una fortuna inesperada.

— Ya lo creo, respondió el ciego; muchas

gracias por tú trabajo y manifiestale al príncipe mi agradecimiento.

Con su tesoro bajo el brazo, corrió el pobre hombre á su miserable chiribitíl, con toda la ligereza que su ceguera le permitia, y despues de haber cerrado la puerta con cuidado, se apresuró á abrir la cajita.

Dicen que no hay nada más embriagador para un desgraciado que ha luchado mucho tiempo contra la miseria y que la casualidad enriquece de pronto, que clavar los ojos en un monton de oro y dejarse deslumbrar por el brillo de relucientes monedas. Ciego, el Sevillano no podria proporcionarse tal placer, en él tacto y el oido debian remplazar á la vista, y fuera de sí, sumido en un delicioso éxtasis, tocaba, palpaba, manoseaba sus queridas monedas, las hacía sonar, las contaba, se las metía en la boca, se las comia por decirlo así...... El veneno produjo su efecto; antes que llegara la noche el infeliz era cadáver (1).

Badis y Motadhid eran ambos crueles, pero con diferencias muy visibles. Mientras

---

(1) Abd-el-wahid, p. 67, 68.

que el primero en sus accesos de ciego furor mataba él mismo á sus víctimas con sus propias manos, Motadhid usurpaba raras veces las atribuciones del verdugo; pero aunque no gustara mancharse de sangre sus manos aristocráticas, el ódio era en él más implacable y más tenáz que en su rival. Muerto su enemigo, la venganza de Badis estaba satisfecha y saciado su corage; mandaba clavar la cabeza del cadáver á un poste por que esa era la costumbre, pero no iba mas allá. Por el contrario, el ódio del príncipe de Sevilla no se saciaba nunca; perseguía á sus víctimas mas allá de la tumba, queria que el aspecto de sus restos mutilados estimuláran de continuo sus pasiones feroces. A ejemplo del Califa Mahdi, hizo plantar flores en los cráneos de sus enemigos y los colocó en el patio de su palacio. Un pedazo de papel atado á la oreja de cada cráneo llevaba el nombre de aquel á quien habia pertenecido. Muchas veces se extasiaba delante de este «jardin» como él lo llamaba. Y sin embargo no contenía las cabezas mas preciosas á sus ojos, las de los príncipes que habia vencido. Estas las guardaba con el mayor cuidado den-

tro de su palacio en una cajita (1).

Añadamos, que este mónstruo de crueldad era á sus propios ojos el mejor de los príncipes, un Tito, hecho espresamente para la felicidad del género humano. «Si deseas, Dios mio, decía en sus versos, que los mortales sean felices, hazme reinar sobre todos los Árabes y sobre todos los bárbaros; porque yo nunca me he desviado del buen camino, nunca he tratado á mis súbditos, sino como es propio de un hombre generoso y magnánimo; siempre los protejo contra sus agresores, siempre aparto las calamidades de su cabeza (2).»

---

(1) «Abbad», t. I, p. 243, 244; Abd-el-wahid, p. 67; Ibn-Bassam, t. I, fól. 109 r.
(2) «Abbad», t. II. p. 52.

VI.

Habiendo hecho primero matar á Habib, visir confidente de su padre (1), volvió Motadhid sus armas contra los Berberiscos y principalmente contra sus vecinos los de Carmona. Tenía un motivo especialísimo para odiar á los Berberiscos, pues creía que si no lo evitaba, le habian de quitar el trono á él ó á sus descendientes, habiéndole predicho sus astrólogos que su dinastía sería derribada por hombres nacidos fuera de la Península (2). Todo lo puso pues, en

(1) «Abbad», t. I, p. 242.
(2) «Abbad», t. I, p. 251; t. II, p. 60.

obra para estirparlos. La guerra fué de larga duracion. Mohamed, príncipe de Carmona, habiendo caido en una emboscada fué muerto (1042-3) (1); pero como le sucedió su hijo Ishac (2) continuaron las hostilidades.

Al mismo tiempo, Motadhid ensanchaba sus límites por el Poniente. En 1044 quitó á Mértola á Ibn-Taifur (3), y luego atacó á Ibn-Yahya, señor de Niebla. Este no era un Berberisco, sino un Árabe, pero cuando se trataba de redondear su territorio, Motadhid no reparaba tanto. Réducido al último extremo, Ibn-Yahya se echó en brazos de los Berberiscos. Mudhaffar de Badajoz, vino en su ayuda, rechazó á Motadhid quien trató de formar contra él una liga formidable en que entraron Badis, Mohamed de Málaga y Mohamed de Algeciras. Abu-'l-Walid ibn-Djahwar que, en el año 1043, habia sucedido á su padre, como presidente de la república de Córdoba, hizo

(1) «Abbad», t. II, p. 209, 216.

(2) Ibn-Haiyan «apud» Ibn-Bassam, t. I, fólio 109 r. Ibu-Khaldun («Abbad», t. II, p. 216) dá á este principe el nombre de al-Aziz. Es un error.

(3) «Abbad.», t. II, p. 211.

todo lo que pudo para reconciliar entrambos partídos, pero en vano: nadie dió oidos á sus embajadores.

Los Berberiscos habian formado el proyecto de marchar contra Sevilla, luego que hubieran dispuesto sus tropas y verificado su union. Motadhid se les adelantó. Aprovechándose de la ausencia de Mudhaffar, que no habia provisto suficientemente á la defensa de sus propios Estados, hizo primero asolar el territorio de Badajoz y luego, poniéndose, contra su costumbre, en persona al frente de su ejército, marchó contra Niebla, atacó á los enemigos en una especie de desfiladero cerca de las puertas de la ciudad y los precipitó en parte en el Tinto. Pero Mudhaffar consiguió rehacer sus tropas, las llevó de nuevo á la carga y obligó á Motadhid á retirarse.

Reunióse en seguida Mudhaffar con sus aliados pero, mientras que desvastaba con ellos el territorio sevillano, Ibu-Yahya se apartó de su partido, habiéndole obligado Motadhid á hacer alianza con él. Mudhaffar lo castigó apropiándose el dinero que le habia confiado y haciendo saquear la campiña de Niebla (1). Entonces

(1) «Abbad», t. I, p. 247, 248.

Ibn-Yahya imploró el socorro de Motadhid que hizo atacar las tropas de Badajoz, las llevó á una emboscada y las puso en derrota, y no contento con este triunfo, hizo desvastar los alrededores de Evora por su hijo Ismael. A fin de rechazar este ataque, el rey de Badajoz hizo tomar las armas á todos los que estaban en estado de llevarlas y habiendo recibido un refuerzo de su aliado Isháe de Carmona, salió al encuentro del enemigo. En vano los Berberiscos de Carmona le exhortaban á que no lo hiciera. «Ignorais, le decian, que el ejército sevillano es numerosísimo; pero nosotros lo sabemos por que tenemos noticias de Sevilla y lo que es más, por que hemos visto las tropas de Motadhid.» El ardiente Mudhaffar no quiso creerlos, pero su audacia le costó cara, pues sufrió una terrible derrota en la que perdió á lo menos tres mil hombres. Entre los muertos estaba el príncipe de Carmona, que mandaba las tropas de su padre. Su cabeza fué llevada á Motadhid, que la colocó en una cajita al lado de la del abuelo del jóven príncipe.

Badajoz presentó por mucho tiempo un triste espectáculo. Las tiendas estaban cerradas, los mercados desiertos habiendo pe-

recido la flor de la poblacion en esta batalla fatal (1). Para colmo de males, los Sevillanos continuaban destruyendo las cosechas, de modo que el hambre asolaba el reino. Mudhaffar nada podia hacer. Abandonado por sus aliados, en vano los llamaba en su ayuda, se hallaba condenado á permanecer inmovil é inactivo en Badajoz, donde la ira le abrazaba las entrañas. Sin embargo, no se doblegó su orgullo. No queria ni oir hablar de acomodos, aunque su victorioso enemigo, no reusara positivamente la mediacion de Ibn-Djahwar. Fingia no cuidarse de sus pérdidas, hasta el punto de que envió á comprar cantadoras á Córdoba. Entonces habia pocas, y no sin trabajo, se encontraron dos que, no eran una gran cosa. Al principio causó admiracion, el capricho del rey de Badajoz. Se le tenía por hombre grave, estudioso y que no hacia caso de cantarinas. No se comprendió que hubiera elegido para mandar comprarlas, el momento en que sus Estados presen-

(1) Ibn-Haiyan «apud» Ibn-Bassam, t. I. fol. 108 v., 109 r.; poema de Ibn- Zaidun «ibid» fol. 99 v.

taban el espectáculo de una horrible desvastacion. Pero cesó el asombro cuando se descubrió el movil de su conducta. Mudhaffar habia sabido que en la testamentaria de un visir cordobés que acababa de morir, Motadhid se habia procurado una famosa cantadora y para manifestar que él podia tambien ocuparse de cantadoras con tanta tranquilidad como su adversario, las habia mandado comprar.

Entre tanto Ibn-Djahwar, continuaba esforzándose en reconciliarlos y en el mes de Junio de 1051 lo consiguió al fin, pues en esta época por su intercesion, Mudhaffar y Motadhid hicieron la paz, despues de largas negociaciones (1).

Motadhid volvió entonces todas sus fuerzas contra Ibn-Yahya de Niebla, reducido ya á sus propios recursos. Esta expedicion no fué mas que un paseo militar. Convencido de su debilidad, Ibn- Yahya, no intentó siquiera defenderse. Tomó el camino de Córdoba con intencion de pasar allí el resto de sus dias y Motadhid tuvo la

---

(1) «Abbád», t. I. p, 248, 249,

cortesía de enviarle un escuadron á guisa de escolta (1).

El príncipe que reinaba en Huelva y en la pequena isla de Sáltes, Abdalaziz el Becrita, comprendió entonces qne le habia llegado su vez; sin embargo, esperaba todavia salvar alguna cosa del naufragio. Apresurose pues, á escribir á Motadhid, le felicitó por su reciente conquista, le recordó las relaciones amistosas que habia habido siempre entre su familia y la de los Abbaditas, se declaró su vasallo y le ofreció á Huelva á condicion de que le dejara en Sáltes. Motadhid aceptó la oferta y fingiendo querer abocarse con él, tomó el camino de Huelva. Abdalaziz, juzgó prudente no esperarlo y se fué con sus tesoros á Sáltes. Habiendo tomado posesion de Huelva, Motadhid se volvio á Sevilla: pero dejando á Huelva uno de sus capitanes, encargado de impedir que Abdalaziz saliera de su isla y de que nadie se fuera con él. Informado de estas medidas, Abdalaziz tomó el partido mas prudente: entró en negociaciones con el capitan de Motadhid, vendió al príncipe de Sevi-

(1) «Abbad», t. I. p. 252.

lla sus bajeles y sus municiones de guerra en precio de diez mil ducados y obtuvo permiso para irse á Córdoba. Durante el viaje, el pérfido Motadhid quiso hacerlo caer en un lazo y apoderarse de sus riquezas, pero Abdalaziz penetró sus designios y gracias á una escolta que pidió al príncipe de Carmona, llegó á Córdoba sin tropiezo (1).

Enseguida atacó Motadhid al pequeño principado de Silves, donde tambien reinaban Árabes, los Beni-Mozaín cuyos abuelos poseian estensas propiedades en esta parte de la península y habian ocupados con frecuencia desde el tiempo de los Omeyas puestos importantes (2).

Resuelto á morir antes que á rendirse, el príncipe de Silves se defendió con el valor de la desesperacion. Pero el ejército sevillano, cuyo general era Mohamed (Motamid) hijo de Motadhid, aunque solo de nombre pues en esta época tenia apenas trece años (3)

---

(1) «Abbad», t. I. p. 252, 253; Ibn-al-Abbar en mis «Recherchs» t. I. p. 286, de la primera edicion.

(2) Véase Ibn-al-Abbar, p. 50, 51,

(3) Véase Ibn-Bassam, t. II, en su art. sohre Ibn-Ammar.

llevó el sitio con no menos vigor y al fin Silves fué tomado por asalto. Ibn-Mozain, en vano buscó la muerte en lo más recio de la pelea; se le perdonó la vida y Motadhid se contentó con desterrarlo (1). Luego, habiendo dado el gobierno de Silves á su hijo Mohamed, hizo marchar su ejército contra la ciudad de Santa María, situada cerca del cabo que lleva todavia este nombre. El Califa Soliman, la habia dado en feudo á un tal Saíd ibn-Harut de Mérida, cuya genealogia no se conoce y que acaso no era ni Árabe ni Berberísco, pues los hombres cuyo origen desconocian los cronistas árabes, eran generalmente Españoles. Despues de la muerte de Soliman se habia declarado independiente y á su muerte le sucédió su hijo Mohamed. Atacado este por los Sevillanos no opuso mas que una corta resistencia. Motadhid reunió el distrito de Santa María al de Silves y quiso que su hijo Mohamed los gobernara juntamente (2).

---

(1) Véase una carta sobre la toma de Silves que se halla en el cap, que Ibn-Khacan en su «calayid» ha consagrado á Abu-Mohamed Ibn-Abd-albarr, y consultese la nota B al fin de este tomo.

(2) «Abbad», t. II p. 123, 210, 211. La fecha que

Gracias á estas rápidas conquistas, el principado de Sevilla se habia estendido mucho hácia Poniente; pero se estendia todavia muy poco por el Mediodía donde dominaban los príncipes berbericos. La mayor parte de ellos estaban entónces en paz con Motadhid y hasta habian reconocido su soberania, ó mas bien, la del pretendido Hixem II. Motadhid, sin embargo, no se contentaba con tan poco: su intencion era matar estos príncipes y apoderarse de sus Estados, pero procediendo con moderacion y prudencia no queria aventurarse á tan atrevida tentativa, antes que sus maniobras subterráneas no le hubieran asegurado el triunfo.

Despues de la conquista de Silves, fué pues, á devolver la visita, acompañado solo de dos sirvientes, á dos de sus vasallos, Ibn-Nuh señor de Moron é Ibn-abí-Corra, señor de Ronda, sin haberlos prevenido de su intento. Cuando se piensa en el ódio que estos Berberiscos le tenian, se admira con razon, que tuviera la imprudencia

---

dá Ibn-Khaldun es errónea; yo he indicado la que se encuentra en Ibn-al-Abbar.

de ponerse así en sus manos, pero el hecho es, que no carecia de audacia, y que, apesar de su perfidia con todo el mundo, se fiaba de la buena fé de los demás. En Moron fué acogido de la manera mas espléndida. Ibn-Nuh le manifestó su alegría por esta visita inesperada, le festejó con una suntuosa hospitalidad y le aseguró de nuevo que, le seria siempre vasallo fiel. Pero Motadhid, no habia venido á oir cumplimientos, ni á recibir testimonios de afecto, su objeto era enteramente otro. Queria sondear el terreno y ganarse, si le era posible, algunos personajes influyentes. Conoció facilmente que la poblacion árabe ardía en deseos de sacudir el yugo berberisco y que, llegada la ocasion, podria contar con un apoyo. Gracias á las piedras preciosas y al dinero que llevaban sus dos acompañantes, corrompió hasta á algunos oficiales berberiscos sin que Ibn-Nuh tuviera la menor sospecha de estas intrigas.

Muy contento del resultado de su visita, Motadhid continuó su viage, tomando el camino de Ronda. Allí fué recibido con la misma benevolencia y sus trabajos secretos le salieron tan bien ó acaso mejor, porque los árabes de Ronda estaban todavia

mas impacientes que los de Moron de la dominacion berberisca, pues, á lo que parece los Beni-abí-Corras eran señores mas duros que los Ibn-Nuh. Motadhid llegó pues, á urdir una terrible conspiracion que habia de estallar á la primera señal.

En poco estuvo, sin embargo, que no pagara con su vida su audáz empresa. En una ocasion, hácia el fin de una comida en que no se habia escaseado el vino, se sintió acometido de sueño.

—Me siento cansado y tengo ganas de dormir, le dijo á su huésped; pero no dejeis por eso la conversacion ni las copas; un sueñecito me repondrá dentro de poco y entónces volveré á ocupar mi lugar en la mesa.

—Haced lo que querais, señor, le respondió Ibn-abí-Corras, llevándolo á un sofá.

Al cabo de cerca de media hora, cuando Motadhid parecia dormir con profundo sueño, un oficial berberisco rogó á los otros que le escucharan un momento, pues tenia una cosa importante que decirles. Habiendo conseguido el silencio, les dijo en voz baja: «Me parece que tenemos aquí un carnero cebon que ha venido á ofrecerse espontáneamente al cuchillo. Esta es una for-

tuna que estábamos léjos de esperar. De nada nos hubiera servido dar todo el oro de Andalucía por tener aquí á este hombre y hé aquí que él mismo viene.... Todos sabeis que es el mismo demonio y cuando haya dejado de existir, nadie nos disputará ya la la posesion de esta tierra».....

Todos quedaron en silencio, pero se miraron y la idea de asesinar al que todos odiaban y temian y cuyos caminos tortuosos les eran conocidos, sonreia á aquellos hombres endurecidos desde su infancia en toda especie de crímenes, sus atezados rostros no espresaron sorpresa ni repugnancia. Solo uno, mas leal que los demás, sintió encendércele la sangre á la idea de tan infame traicion. Era un pariente del señor de Ronda, llamado Moadh-ibn-abí-Corras. Con los ojos encendidos en generosa indignacion, se levantó y tomando la palabra: «¡Por Dios, no hagamos eso! dijo á media voz, pero con tono firme. Este hombre al venir aquí ha contado con nuestra lealtad, su conducta prueba que nos crée incapaces de hacerle traicion, y nuestro honor exige que justifiquemos su confianza. ¿Qué dirian nuestros hermanos de las otras tríbus si supieran que hemos violado los sagrados

derechos de la hospitalidad y que hemos asesinado á nuestro huesped? ¡Maldiga Dios al que se atreva á cometer semejante crímen!» Los Berberiscos se conmovieron con estas nobles palabras. Recordándoles de un modo tan enérgico los deberes de la hospitalidad, Moadh habia hecho vibrar en sus corazones una cuerda que rara vez se toca en vano en los pueblos africanos y asiáticos.

Entre tanto Motadhid, aunque se hacia el dormido, estaba completamente despierto. Presa de una angustia inesplicable, habia escuchado todo lo que decian. Tranquilizado por el efecto que habian producido las palabras de Moadh, fingió despertarse y volvió á la mesa; todos los convidados se levantaron al punto, lo abrazaron y lo besaron respetuosamente en la frente. Le acariciaron con tanta mas efusion, cuanto que su conciencia no estaba del todo tranquila y se reprochaban en secreto de haber tenido por un momento la idea de enviar á su huésped al otro mundo.

—Amigos mios, les dijo entónces el príncipe, tengo que volverme inmediatamente á Sevilla, pero en vísperas de dejaros no os puedo esplicar cuán satisfecho estoy de

vuestra acogida. Quisiera daros alguna pequeña muestra de mi reconocimiento, pero por desgracia la provision de regalillos que traian mis servidores, está ya casi agotada. Dadme, pues, papel y tinta, que cada uno me dicte su nombre y que me diga lo que quiere mejor, vestidos de honor, dinero, muchachas, esclavos ó cúalquiera otra cosa y que envie á la capital cuando yo esté de vuelta uno encargado de recibir el regalo de destino.

Todos se apresuraron á obedecer al príncipe, y cuando este volvió á Sevilla, se presentó una multitud de criados de los Berberiscos que se llevaron á Ronda magníficos regalos.

Parecian, pues, existir las mejores relaciones entre Motadhid y los Berberiscos;los antiguos ódios olvidados para dejar lugar á las mejores relaciones, á la amistad más íntima y cordial, cuando seis meses despues de su visita, Motadhid invitó á los señores de Ronda y de Moron á un gran festin que queria ofrecerles segun decia, para manifestarles su reconocimiento por su buena acogida. Invitó tambien á Ibn-Khazrun señor de Arcos y de Jeréz y no tardaron

los tres en llegar á Sevilla (1053). Motadhid les hizo una recepcion magnífica y segun costumbre les ofreció un baño como tambien á los principales personajes de su comitiva, pero bajo un pretesto cualquiera, detuvo á su lado al jóven Moadh.

Cerca de sesenta Berberiscos fueron al edificio que el príncipe les habia indicado. Despues de desnudarse en la primera sala, entraron en la segunda la verdadera sala del baño. Como se ve hoy todavía en los paises mulsumanes, este era de piedra, revestido de mármol y coronado por una cúpula llena de agujeros en forma de estrellas, cubiertos por vidrios raspados. De techo en techo había tinas de mármol y tubos colocados en el espesor de los muros que partian de una caldera y mantenian un grado de calor muy elevado.

Saboreando las delicias y placeres que procura el baño, si bien los Berberiscos oyeron un ruido ligero, como si estuvieran trabajando albañiles, al principio no hicieron caso; sin embargo, al cabo de algun tiempo como el calor iba siendo cada vez más sofocante, quisieron abrir la puerta ¡pero cual no sería su espanto! La puerta estaba

tapiada y todos los ventiladores tapados.... Todos se ahogaron (1).

Entre tanto el jóven Moadh, despues de esperar mucho tiempo el regreso de sus compañeros, acabó por ponerse en cuidado y se atrevió á preguntar á Motadhid por qué tardaban tanto en volver. El príncipe no vaciló en decirselo y como viera en su semblante un profundo terror, le dijo:

—Tú no tienes nada que temer, tus parientes y tus amigos merecian la muerte, pues que tuvieron por un momento la idea de asesinarme. Sabe que no dormia cuando se hizo esta propuesta, pero tambien oí las nobles palabras que pronunciastes en aquella ocasion y no olvidaré nunca que si vivo es á tí á quien se lo debo. Ahora tú puedes elegir, si quieres quedarte aquí, pronto estoy á partir contigo todas mis riquezas, pero si prefieres volver á Ronda, yo te haré volver lleno de regalos.

—¡Ay señor! le respondió Moadh, (con

(1) Un príncipe aghlábita hizo morir del mismo modo muchos de sus eunucos y de sus guardias, de quienes queria desembarazarse. Véase Ibn-Adharí t. I. p. 127.



profunda tristeza) ¿Cómo he de volver á Ronda, donde todo me ha de recordar á los que he perdido?

—Pues bien, quédate en Sevilla y no tendrás porque quejarte de mí.

Y dirigiéndose á uno de sus servidores:

—Cuida, le dijo, de que se habilite inmediatamente un hermoso palacio á fin de que Moadh vaya á vivirlo. Lleva allí mil monedas de oro, treinta muchachas y diez esclavos.—Te señalo además continuó, dirigiéndose á Moadh, un sueldo anual de doce mil ducados.

Moadh, permaneció pues, en Sevilla, donde vivió con régia opulencia. Diariamente le enviaba Motadhid regalos de mucho valor ó de singular elegancia; le dió un mando en el ejército (1) y siempre que consultaba á sus visires sobre los negocios del Estado, reservaba el asiento de honor al que le habia salvado la vida.

Habiendo depositado las cabezas de los señores berberiscos en aquella horrible cajita que tanto gustaba de contemplar, Motadhid envió tropas que se posesionaran de

(1) Véase «Abbab»; t. II, p. 14, l. 17.

Moron, de Arcos, de Jeréz, de Ronda y de otras plazas. Ayudadas por la poblacion árabe y por los traidores que se habian vendido á Motadhid, lo consiguieron sin gran trabajo. La toma de Ronda, donde Abu-Nazr habia sucedido á su padre, parecia que debia costarles más, porque edificada sobre una montaña muy elevada y rodeada de precipicios, pasaba por inespugnable. Pero los Árabes se levantaron en masa contra los Berberiscos y se pusieron á asesinarlos con ciego furor. El mismo Abu-Nazr trató inutilmente de salvarse por la fuga; cuando trataba de escalar la muralla se resbaló y su cadáver cayó en el precipicio (1).

Sobre todo, la toma de Ronda, causó al príncipe de Sevilla un gozo inesplicable. Apresurose á fortificar todavia más á esta ciudad y cuando se concluyeron los trabajos fué á inspeccionarlos y loco de contento, compuso estos versos:

Mejor fortificada que nunca, eres ahora la mejor alhaja de mi corona ¡oh Ronda! Las lanzas y las cortadoras espadas de mis

(1) Véase la nota I, al fin de este tomo.

valientes guerreros, me han procurado la ventaja de poseerte; tus habitantes ahora me llaman su señor y serán el más firme apoyo para mí. ¡Ah, que dure mi vida y yo sabré abreviar la de mis enemigos. Mientras me quede aliento no he de cesar nunca de combatirlos! He pasado á cuchillo batallones y batallones y las cabezas de mis enemigos ensaltadas como perlas, forman un collar en la puerta de mi palacio (1).

---

(1) «Abbad»., t. I, p. 247.

VII.

Mientras que Motadhid, infatuado con sus triunfos se entregaba á los transportes de un gozo inmoderado, Badis era presa de una creciente ansiedad. Cuando recibió la noticia de la terrible suerte que habia cabido á los señores berbericos, desgarró sus vestidos, dando alaridos de dolor y de ira; y cuando luego supo que por un movimiento de patriótica indignacion toda la poblacion árabe de Ronda se habia levantado como un solo hombre para aniquilar á sus opresores, negros presentimientos vinieron á apoderarse y á atormentar su espíritu desconfiado. ¿Quién le respondía de que sus

súbditos árabes no se hubieren concertado tambien con el Abbadita y de que no conspiraran contra su trono y su ,vida? Esta idea le perseguía sin descanso noche y dia; se hubiera dicho que tenia raptos de locura. Ya enajenado de furia gritaba, juraba y se enfadaba con todo el mundo, ya turbado por el miedo y llena su alma de negra melancolía guardaba triste silencio y se consumía como árbol herido por el rayo. Cosa estraña y de mal agüero: Badis no bebia ya.....

Maduraba en secreto un proyecto terrible. Mientras que hubiera árabes en sus Estados no estaba tranquilo; la prudencia le mandaba esterminarlos é iba á hacerlo el viérnes próximo cuando estuvieran reunidos todos en la mezquita. Sin embargo como no hacia nada sin consultar á su visir, el judío Samuel, lo informó de su plan, pero añadiendo que estaba firmemente resuelto á ejecutarlo lo aprobara ó no. El judío creyó malo este plan y trató de apartar al príncipe de él. «Supongamos le dijo, que todo suceda á medida de vuestro deseo, supongamos que conseguís esterminar los Árabes, y no contemos para nada el peligro de semejante empresa ¿creeis qué

los Árabes de los otros Estados olvidarán la desgracia de sus compatriotas? ¿creeis qué permanecerán tranquilos en sus casas? No por cierto; ya me parece verlos correr furiosos, ya veo á enemigos tan innumerables como las olas del mar, caer sobre nosotros blandiendo sus cimitarras sobre nuestras cabezas» .... Por sensatas que fueran estas palabras no produjeron ningun efecto sobre Badis. Hizo prometer á Samuel guardar secreto y dió las órdenes necesarias para que todo estuviese dispuesto para el viérnes. En aquel dia debian reunirse los soldados, armados de todas armas, bajo pretesto de una revista.

Samuel, sin embargo, no estuvo ocioso: envió secretamente á los Árabes principales algunas mujeres conocidas, que les aconsejáran no ir á la Mezquita el viérnes imediato sino por el contrario que se escondieran. Avisados así, los Árabes se mantuvieron alerta y en el dia prefijado no fueron á la mezquita mas que algunos hombres del pueblo bajo. Furioso de ver frustrado su plan, Badis hizo ir á Samuel y le reprendió por haber divulgado el secreto. El visir lo negó, y luego añadió: «Se esplica facilmente que los Árabes no hayan ido á la mezquita.

Viendo que habiais reunido las tropas sin motivo alguno, puesto que estais en paz con nuestros vecinos, han sospechado naturalmente que era contra ellos. En lugar de enfadaros debeis dar gracias á Dios, porque, adivinando vuestras intenciones, hubieran podido sublevarse y sin embargo, ni han chistado. Considerad, señor, el asunto á sangre fria y dia llegará en que veais que tengo razon.» Acaso Badis en su ceguedad se hubiera negado á convencerse, pero habiendo asentido un chaikh berberisco á lo que decia Samuel, acabó por confesar que se habia equivocado (1). Ya no pensó mas en esterminar á los súbditos árabes Pero instado por los fugitivos de Moron, de Arcos, de Jeréz y de Ronda que habian venido á refugiarse á Granada, resolvió castigar al pérfido enemigo de su raza é invadió el territorio sevillano al frente de los emigrados y de propias tropas (2). No tenemos detalles de esta guerra, pero todo inclina á creer que

---

(1) Ibn-Haiyan en mi Introduccion á la Crónica de Ibn-Adharí, p. 86 88. En la p. 86 l. 16 debe leerse: »wahadjara charábahc alladhí la zabra laho ahho.

(2) «Abbad» t. II p. 210.

debió ser sangrienta, porque, de una parte, los Berberiscos iban inflamados con el deseo de vengar á sus compatriotas, y, por otra, los Árabes odiaban á los Granadinos mucho mas que á los otros Berberiscos, pues los miraban como infieles, incrédulos y enemigos de la religion musulmana pues, tenían por visir un judío. «Tu espada ha castigado un pueblo que no ha creido nunca mas que en el judaismo aun cuando se dá el nombre de Berberisco: «decian los poetas sevillanos cuando contaban las victorias de Motadhid (1). A los ojos de los Sevillanos la guerra contra los Granadinos, era, pues, una guerra santa; así, que los combatieron con tanto vigor que los obligaron á retirarse. Los emigrados tuvieron entonces mucho que sentir. No permitiendoles Motadhid volver á sus casas y no queriendo Badis que permanecieran en Granada, pues tenia que proveer á su subsistencia, tuvieron que pasar el Estrecho. Desembarcaron cerca de Ceuta, pero Sacot, señor de esta plaza, no los querian tampoco.

---

(1) Abd-el-wahid, p. 80, Ibn-Khacan, «Calayid» t. I p. 177 (artículo sobre Ibn-Ammar).

Rechazados así por todo el mundo, cuando la miseria asolaba el África, casi todos murieron de hambre (1).

Motadhid dirigió enseguida sus armas contra el Hammudita Casim, señor de Algeciras. Era el mas débil de los príncipes Berberiscos, así que pronto tuvo que pedir merced. Motadhid le permitió irse á vivir á Córdoba 1058) (2).

Terminada esta nueva conquista creyó Motadhid que ya era tiempo de concluir la comedia que á ejemplo de su padre venia representando y declarar que el pretendido Hixem II habia muerto. Las razones que habia tenido su padre para guarecerse con el nombre de este monarca ya no existian. Todo el mundo estaba convencido además, de que era imposible volver á lo pasado, de que el Califato habia caido para no volver á levantarse; la esperiencia habia disipado en este punto todas las ilusiones. El esterero de Calatrava habia llegado á ser un personaje inutil. Puede que este hombre, que nunca se mostraba ni al pueblo, ni á los

---

(1) «Abbad» t. I p. 210.

(2) «Abbad» t. I. p, 207; Ibn-Khaldun fol. 23 r.

cortesanos, hubiera muerto hacia muchos años, puede tambien que Motadhid harto de él lo hiciera matar, como algunos cronistas aseguran. No nos atreveriamos á afirmar nada en este punto, porque el príncipe de Sevilla, sabia cuando queria, rodear sus hechos de un misterio impenetrable. Ello es que en el año de 1059 reunió á los principales habitantes de la capital para decirles que el Califa Hixem habia sucumbido algun tiempo antes de un ataque de perlesia. Mientras que habia habido guerra que mantener añadió, la prudencia le habia impedido dar publicidad á este suceso, pero ya que estaba en paz con todos sus vecinos podia hacerlo sin peligro. Luego, hizo enterrar los restos mortales del esterero de Calatrava con todos los honores régios y en su cualidad de «hadjib» ó primer ministro, acompañó al cortejo á pié y sin «tailesan» (1) Participó tambien la muerte del Califa á sus aliados del Este, exhortándolos á hacer nueva eleccion. Naturalmente nadie pensó en ello. Entonces se dice que pretendió que el Califa lo habia nombrado

(I) Especie de velo que se lleva sobre la cabeza y sobre las espaldas.



en su testamento emir de toda España (1). Lo que por lo menos es cierto es que trataba de serlo; todos sus esfuerzos tendian á ese fin y ahora queria apoderarse de la capital de la monarquia. El destino sin embargo le preparaba un terrible desengaño.

Ya habian hecho sus tropas muchas razzias en el territorio de Córdoba, cuando en el año de 1063 (2) dió órden á Ismael, su hijo mayor y general de su ejército, de ir á tomar la ciudad medio arruinada de Zahara. Ismael puso dificultades é hizo objeciones. Ya habia algun tiempo que estaba descontento de su padre. Quejábase de su dureza, de su génio tiránico y le acusaba de exponerlo con frecuencia á graves peligros, reusando darle suficientes soldados cuando habia que dar una batalla ó que tomar una plaza. Un ambicioso aventurero fomentaba su descontento, Abu-Abdallah-Bizilyani que habia emigrado de Málaga, á la toma de esta ciudad por Ba-

(1) Abbad, t. I. p. 250; t. II, p. 6; Abd-el-wahid, p. 66 (este autor se equivoca en la fecha).

(2) 455 de la Hegira. Así es como debe leerse con el manuscrito del señor Gayangos en el pasage de Ibn-Haiyan, que yo he publicado «Abbad», t. I. p. 256.

dis. Queriendo á toda costa llegar á ser primer ministro, sin importarle de quien, ni de donde, habia tratado este intrigante de hacer nacer en el ánimo de Ismael el pensamiento de revelarse contra su padre y de fundar en cualquier parte, en Algeciras por egemplo, un principado independiente, y habia logrado demasiado su propósito, pues, cuando Ismael recibió la órden de marchar contra Zahara faltaba poco para poner el colmo á su irritacion, y desgraciadamente su padre rehusó de nuevo darles todas las fuerzas que le pedia. En vano le manifestó Ismael que con los pocos soldados con que contaba, le seria imposible atacar á un Estado como Córdoba y que si venia Badis en ayuda de los Cordobeses como lo haria de fijo, pues era su aliado, se encontraria entre dos fuegos. Motadhid no quiso escuchar nada, se enfadó y en su ira, llamó á su hijo cobarde, lo llenó de amenazas y faltó poco para que de las palabras no se pasara á los hechos. «¡Si tardas en obedecernos le escribió, te hago cortar la cabeza!»

Herido en su dignidad y lleno de cólera, Ismael se puso en camino, pero consultó á Bizilyaní y este tuvo poco que trabajar para

persuadirlo de que habia llegado el momento de ejecutar el proyecto de que habian hablado. A dos jornadas de Sevilla, Ismael dijo á sus capitanes que habia recibido una carta de su padre en la que le mandaba volver á su lado, porque tenia que comunicarle cosas de importancia. Luego, acompañado de Bizilyaní y unos treinta guardias de caballería volvió á Sevilla á toda priesa. Motadhid no estaba allí, pues residia en el castillo de Zahir al otro lado del rio. Ismael halló la ciudadela de Sevilla mal custodiada. Apoderóse de ella durante la noche, cargó los tesoros de su padre en mulas, y para que nadie pudiese atravesar el rio y llevar á Zahir la noticia de lo que acababa de pasar, hizo echar á pique los barcos anclados delante de la ciudadela. Luego llevándose á su madre y á las otras mugeres del serrallo, tomó el camino de Algeciras.

Pero apesar del cuidado que se habia tomado para que su empresa no llegara á oidos de su padre, este fué informado por un caballero de la escolta de su hijo que desaprobando su culpable conducta, pasó á nado el Guadalquivir. En el mismo instante Motahid mandó dar una batida en toda la

campiña á secciones de Caballería y envió própios á los gobernadores de las fortalezas. Llegaron á tiempo, é Ismael encontró cerradas todas las puertas de los castillos que encontró en su tránsito. Temiendo entonces que los castellanos se reunieran para atacarlo, imploró la proteccion de Hazzadí, gobernador de un castillo situado en la cima de una colina en los confines del distrito de Sidona. Hazzadí accedió á su peticion, pero estipulando que habia de quedarse al pié de la colina. Luego, fué á verle, acompañado de sus soldados, le aconsejó que se reconciliara con su padre y le ofreció su mediacion. Viendo que su plan se habia frustrado por completo, Ismael consitió en todo lo que se le propuso. Entonces Hazzadí le permitió entrar en el castillo donde lo trató con todas las consideraciones debidas á su rango y se apresuró á escribir á Motadhid. Le decía en su carta que Ismael se arrepentía de su calaverada y suplicaba al príncipe que lo perdonara. No se hizo esperar la respuesta de Motadhid. Esta respuesta era consoladora, pues el príncipe declaraba que perdonaba á su hijo.

Ismael volvió á Sevilla. Su padre le dejó todo sus bienes, pero al mismo tiempo lo

hizo vigilar estrechamente y mandó que cortaran la cabeza á Bizilyaní y á sus cómplices. Súpolo Ismael y, como conocía demasiado bien la dobléz de su padre, no vió mas que un lazo en el perdon que habia obtenido. Desde entonces su partido estaba tomado. Habiendo ganado á fuerza de oro á sus guardas y á algunos esclavos, los reunió de noche, los armó, les dió de beber para animarles y escaló con ellos un sitio de palacio que creia fácil de sorprender. Esperaba encontrar á su padre dormido y esta vez estaba resuelto á quitarle la vida. Pero de pronto se presenta Motadhid á la cabeza de sus soldados. Al verlo los conspiradores huyen precipitadamente. Ismael consigue pasar las murallas de la ciudad, pero, soldados enviados en su persecucion, lo alcazan y se lo llevan prisionero.

Su padre en el colmo de su furor le hace arrastrar al interior de palacio y habiendo alejado á todos los testigos lo mata con sus propias manos. Castiga tambien cruelmente á sus cómplices, sus amigos, sus servidores y hasta á las mujeres de su serrallo. Hubo manos, narices y piés cortados, ejecuciones públicas y secretas.

Apaciguada su cólera, el tirano quedó

presa de una tristeza sombría y de desgarradores remordimientos. Aquel hijo que se habia revelado contra él, que habia atentado contra su vida, que le habia quitado sus tesoros y hasta sus mujeres, era sin duda muy culpable, pero si este podia decírselo y repetirserlo á cada momento, tampoco podia olvidar que lo habia amado de veras, porque apesar de la dureza de su carácter, tenía una tierna afeccion á su familia. En este hijo prudente y sábio en el consejo, intrépido y valiente en el campo de batalla, habia visto el apoyo de su prematura vejéz y el continuador de su obra. ¡Y él habia destruido con sus propias manos sus esperanzas mas queridas!

«Al tercer dia despues de esta sangrienta catástrofe, cuenta un visir sevillano, entré con mis colegas en la sala del consejo. La cara de Motadhid era terrible; nosotros temblabamos de miedo y al saludarle apenas pudimos balbucear algunas palabras. El príncipe nos echó una mirada escrutadora desde los piés á la cabeza y luego rugiendo como un leon: «¡Miserables, exclamó, á que viene ese silencio! Vosotros os regocijais en secreto de mi infortunio; ¡salid de aquí!»

Acaso por primera vez, aquella salvaje energía, aquella voluntad de hierro, se sintió doblegada; aquel corazon en apariencia invulnerable habia recibido una herida que el tiempo podria curar poco á poco, pero que le dejaria siempre una profunda cicatríz. Por lo pronto dejando en paz á la república de Córdoba, tan gozosa como admirada de este respiro, no pensó ya en sus vastos proyectos (1); pero insensiblemente volvió á ellos y fué Málaga la que despertó su ambicion.

Agobiados hacía muchos años bajo el yugo de Badis, los Árabes de Málaga maldecian á cada instante su tiranía y esperaban su libertad del príncipe de Sevilla. Bien sabian que tambien era un tirano, pero tirano por tirano preferian al que pertenecia á su misma raza. Entendiéronse, pues, con Motadhid y tramaron una conspiracion. Badis mismo favoreció sus proyectos con su negligencia, porque sumido en una embriaguéz casi continua, no se ocupaba de negocios sino á raros intérvalos. En el dia prefijado un levantamiento general é irre-

---

(1) «Abbad». t, I, l., p. 253-259.

sistible estalló en la capital y en veinte y cinco fortalezas; al mismo tiempo que tropas sevillanas mandadas por Motamid hijo de Motadhid, pasaron la frontera para venir en socorro de los insurrectos. Cogidos de improviso los Berberiscos fueron pasado á cuchillo y los que consiguieron escaparse no debieron su salvacion más que á una pronta huida, de modo que en menos de una semana estuvo todo el principado en poder del príncipe de Sevilla. El castillo de Málaga, donde habia una guarnicion de negros, era el único que no se había rendido. Bien fortificado y situado en la cúspide de una montaña, podia sostenerse mucho tiempo y era de temer que Badis se aprovechara de este intérvalo para venir en socorro de los sitiados. Tal era por lo menos la opinion de los jefes de la insurreccion que aconsejaron á Motamid que estrechara el sitio del castillo, se mantuviera alerta y no se fiara mucho de los Berberiscos que en gran número servian en su ejército. Eran estos prudentes consejos, pero Motamid no los escuchó. Indolente por naturaleza y poco desconfiado se dejaba festejar por la poblacion, que estaba encantada con sus amables maneras y daba demasiado oido á los

oficiales berberiscos que, impulsados por una secreta simpatía hácia Badis, lo vendian y le aseguraban que el castillo no tardaría en rendirse espontáneamente. En cuanto á sus otros soldados, creyendo tambien que nada tenian que temer, vivian descuidados y se entregaban á los placeres.

Esta indolencia fué fatal á todos. Habiendo encontrado medios los negros del castillo de informar á Badis de que le sería fácil sorprender al ejército sevillano, se pusieron en camino las tropas granadinas y atravesaron la sierra con tanta preteza y precaucion que entraron en Málaga sin que Motamid tuviera un momento antes la menor sospecha de que llegaban. No tuvieron pues, que combatir, todo lo que tuvieron que hacer era degollar soldados inermes y semi-ébrios la mayor parte. Motamid se escapó retirándose á Ronda, pero todo el principado tuvo que someterse de nuevo á la dominacion de Badis.

Imagínese la rabia de Motadhid cuando supo que por la culpable negligencia de su hijo habia perdido un ejército y un soberbio principado. Comenzó por mandar que Motamid quedara preso en Ronda, luego olvidando los remordimientos que le habia

causado la muerte de su primogénito, quiso que el segundo pagara con su cabeza la falta que habia cometido.

Ignorando hasta qué punto estaba irritado su padre Motamid le envió poemas llenos de hábiles adulaciones. En ellos hacia el elogio de su generosidad y de su clemencia y trataba de consolarlo recordándole sus antiguos tiempos. «¡Qué de brillantes victorias no habeis conseguido! decia, victorias de que siempre se hablará en los siglos futuros; las caravanas han llevado su fama á los paises más lejanos y cuando los Árabes del Desierto se reunen á la claridad de la luna, para contar las hazañas de los héroes, no hablan más que de las vuestras». Intentaban escusarse echándo toda la culpa á los pérfidos Berberiscos y pintaban con los mas vivos colores la tristeza que le causaba su desgracia. «Mí alma tiembla, decia, mi voz y mis ojos están apagados. Las rosas han desaparecido de mis mejilas y sin embargo no estoy enfermo; mis cabellos han blanqueado y soy jóven todavia. Nada me agrada yá; la copa y la guitarra han perdido sus atractivos para mí; las muchachas, ya sean provocativas ya tímidas han perdido el imperio que tenian sobre mí alma. Y no es porque yo me haya

entregado á la devocion, ni á la santurroneria,¡no por Dios!, yó siento todavia herbir en mis venas la sangre fogosa de la juventud, pero lo único que ahora me agradaria seria obtener vuestro perdon y atravesar con mi lanza los cuerpos de vuestros enemigos.»

Motadhid se dejó ablandar poco á poco, parte por los poemas de su hijo, pues era muy sensible á los hermosos versos, parte por las súplicas de un piadoso ermítaño de Ronda. Permitió pues, á Motadhid volver á Sevilla y se reconcilió con él (1), pero el príncipado de Málaga estaba irrevocablemente perdido; Badis estaba ya demasiado alerta para que Motadhid pudiera intentar segunda vez parecido golpe de mano. Es tambien de presumir que el rey de Granada siempre inexorable en sus venganzas y que siempre iba rodeado de verdugos, castigara con el fuego, con el hierro y con el hoyo á los infelices que habian tenido la insolencia de rebelarse contra él y que de este modo quitara á los descontentos las ganas de reincidir.

---

(1) «Abdad.» t. I p. 51-54, 301, 302; t. I p. 60 63-65.



En medio de sus males tuvieron sin embargo el consuelo—y lo era porque á su ódio á la opresion se juntaba un tanto de fanatismo religioso—tuvieron, repetimos, el consuelo de saber que habia concluido la influencia de los judíos en la corte granadina.

Samuel habia muerto, pero le habia sucedido su híjo José. Este era tambien un hombre hábil é instruido, pero no sabia como su padre hacerse perdonar á fuerza de modestia la alta dignidad que ocupaba. Ostentaba el fausto de un príncipe, y cuando iba á caballo al lado de Badís, no se notaba diferencia alguna entre el trage del príncipe y el del ministro. Y en verdad era mas monarca que el monarca. Dominaba completamente á Badis que estaba sumido en una embriaguéz casi continua y, á fin de que el príncipe no intentára sustraerse á su dominio, le habia rodeado de espias que le referian hasta sus menores palabras. Por lo demás, no era judío mas que nombre. Se decia al menos que no creia mas en la religion de sus antepasados que en las otras y que las despreciaba todas. No parece haber atacado abiertamente la de Moisés, pero en cuanto á la de Mahoma manifestó en públi-

co que sus dogmas eran absurdos y puso en ridículo muchos versículos del Coran.

Por su altaneria, su orgullo y su poco respeto á la justicia, José habia ofendido á los Árabes, á los Berberiscos y hasta á los Judíos. Muchos delitos le fueron imputados y se acarreó una multitnd de enemigos entre los que ocupaba el primer lugar un faquí árabe Abu-Ishac de Elvira. La juventud de este habia sido borrascosa; mas tarde habia pretendido en la corte un cargo al que parecia darle derechos su nacimiento pero no lo habia conseguido; José habia frustrado sus esperanzas y lo habia enviado al destierro. Entonces se hizo devoto; pero lleno de ódio contra José, compuso contra él y sus correligionarios el violento poema que vá á leerse:

Vé mensagero mio, vé á llevar á todos los Cinhedjitas, las lunas llenas y los leones de nuestro tiempo, estas palabras de un hombre que los ama que los compadece y que creeria faltar á sus deberes religiosos sí no les diera consejos saludables:

Vuestro señor ha cometido una falta de que sus enemigos se regocijan: pudiendo elejir su secretario entre los creyentes, lo ha tomado entre los infieles. Gracias á este secretario los judíos antes despreciados se

han hecho grandes señores y ya no tienen límites su orgullo y su arrogancia. De pronta y sin esperarlo han llegado á todo lo que podian desear, á la cúspide de los honores de modo que el mico mas vil de los infieles, cuenta hoy entre sus criados multitud de piadosos y devotos musulmanes. ¡Y todo esto no lo deben á sus propios esfuerzos, quien tan alto los ha elevado es un hombre de nuestra religion!..... ¡Ah! porque este hombre no sigue para con ellos el ejemplo que le han dejado los príncipes buenos y devotos de otros tiempos? ¿Por qué no los deja en su sitio, por que no los hace los mas viles de los mortales? Entonces, marchando en cuadrillas, llevarian en medio de nosotros una vida errante, blanco de nuestro desden y de nuestro menosprecio; entonces no tratarian á nuestros nobles con altivez y á nuestros santos con arrogancia; no se sentarian á nuestro lado esos hombres de raza impura y no cabalgarian al par de los grandes señores de la corte.

¡Oh Badis! Vos sois un hombre de gran sagacidad; vuestras conjeturas equivalen á la certeza: ¿cómo no veis, pues, el daño que hacen esos diablos cuyos cuernos se muestran do quiera en vuestros dominios? ¿Cómo podeis tener afecto á esos bastardos que os han hecho odioso al género humano? ¿Con qué derecho esperais afirmar vuestro poder, cuando esas gentes destruyen lo que vos edificais? ¿Cómo podeis conceder á un

malvado tan ciega confianza, haciendo de él vuestro amigo íntimo? ¿Habeis olvidado que el Omnipotente dice en la Escritura que es preciso no tratarse con malvados? ¡No tomes esos hombres por ministros, abandonalos á las maldiciones, por que toda la tierra grita contra ellos; pronto temblará y entonces pereceremos todos!....... Dirigid vuestras miradas á otros paises y vereis que donde quiera se trata á los judíos como á perros y que se les tiene apartados. ¿Por qué vos solo, habeis de obrar de otra manera, vos que sois un príncipe querido de vuestros pueblos, vos que procedeis de una ilustre familia de reyes, vos que sobresalís sobre nuestros contemporáneos como vuestros abuelos sobresalieron entre los suyos?

Cuando llegué á Granada, ví que los judíos reinaban allí. Se habian dividido entre ellos la capital y las provincias; donde quiera mandaba uno de esos malditos. Percibian las contribuciones, tenian buena mesa y estaban magníficamente vestidos, mientras que nuestras ropas estaban viejás y destrozadas. Todos los secretos del Estado les eran conocidos ¡qué imprudencia confiarlos á traidores! Los creyentes hacian una mala comida á «dirhem» por cabeza, pero ellos comian suntuosamente en palacio. Ellos os han suplantado en el favor de vuestro señor, oh musulmanes, ¡y vosotros no se lo impedís y los dejais! Sus oraciones resuenan como las vuestras,

¿no lo oís, no lo veis? Matan bueyes y carneros en nuestros mercados ¡y comeis sin escrúpulo la carne de los animales muertos por ellos! El gefe de esos micos ha enriquecido su Alcázar con incrustaciones de mármol; ha hecho construir fuentes por donde corre el agua mas pura, y mientras que nos hace esperar á su puerta, se burla de nosotros y de nuestra religion. ¡Qué desgracia, Dios mio! Si yo dijera que es tan rico como vos, monarca mio, diria la verdad. ¡Ah! ¡degolladlo pronto y ofrecedlo en holocausto; sacrificadlo que es un carnero cebon! No perdoneis tampoco á sus parientes, ni á sus amigos; ellos han acumulado tambien inmensos tesoros. Tomad su dinero, vosotros teneis á él mas derecho que ellos. No creais que sea una perfidia matarlos; no, la verdadera perfidia seria dejarlos reinar. Ellos han roto el pacto que habian hecho con nosotros ¿quién se atrevería á condenaros si castigais á los perjuros? ¿Cómo hemos de aspirar á señalarnos cuando vivimos en la oscuridad y los judíos nos deslumbran con el brillo de sus grandezas? ¡Comparados con ellos, nosotros somos despreciables y se diria en verdad, que nosotros somos los malvados y que ellos son los buenos! No permitais más que nos traten, como lo han hecho hasta ahora, porque vos nos respondeis de su conducta. Acordaos tambien de que ha de llegar un dia en que tengais que dar cuenta al Eter-

no de la manera con que habeis tratado al pueblo por él elegido, al que ha de gozar de la felicidad eternal

Este poema hizo poco efecto á Badis que tenia en José una confianza ilimitada, pero produjo una sensacion profunda entre los Berberiscos que, juraron la pérdida del judío y los gefes del complot esparcieron el rumor de que José se habia vendido al rey de Almeria, Motacin, con quien estaban entónces en guerra. Y como los menos crédulos y los que estaban menos cegados por la pasion les preguntáran qué interés podía tener José en hacer traicion á un príncipe á quien manejaba á su arbitrio, le respondian que cuando el judio hubiera hecho perecer á Badis y hubiera entregado sus Estados á Motacim, haria tambien morir á este último y entónces se sentaría en el trono. Es casi escusado decir que todo esto no era mas que pura calumnia. El hecho es, que los Berberiscos buscaban un prestesto para derribar á José y para robar á los judíos cuyas riquezas envidiaban. Creyendo al fin, haberlo encontrado, se amotinaron y asaltaron el palacio real, donde José se habia refugiado. Para escapar á su ciego furor, el judío se metió en

una carbonera, donde se tiznó la cara á fin de que no lo conocieran, pero fué descubierto, reconocido, muerto y atado á una cruz. Los granadinos enseguida, comezaron á asesinar á los otros judíos y á saquear sus casas; cerca de cuatro mil personas fueron víctimas de su ódio fanático (30 de Diciembre de 1066) (1).

(1) Véase «Journ asiat», IV.ª série, t. XVI, pagina 810, 217-220; mi Introducion á la crónica de Ibn-Adhari, p. 92-102 y mis «Recherches».t. I. pagina 292-305. Algunos detalles nuevos me han sido suministrados por Ibn-Bassán, c. I. fol. 200 v.-201 v.

VIII.

No estaba mas tranquilo que el Mediodía el resto de la España musulmana; en todas partes se disputaban con encarnizamiento los restos del califato, y entretanto, se veia engrosar en el Norte un torrente que amenazaba tragarse todos los Estados musulmanes de la Península.

Durante medio siglo, los reyes cristianos habian tenido bastante que hacer en su casa, para meterse á conquistadores; pero en el año de 1055 cambiaron las cosas. En esta época Fernando I, rey de Castilla y de Leon, se halló al cabo en disposicion de dirigir todas sus fuerzas contra los Sarrace-

nos. Era de preveér que estos últimos no se hallaban en estado de resistirlo. En efecto, todas las ventajas estaban de parte de los cristianos; tenian lo que sus enemigos no tenian, espíritu marcial y entusiasmo religioso. Así, que las conquistas de Fernando, fueron rápidas y brillantes. Quitó á Mudhaffar de Badajoz, Viseo y Lamego (1057), al rey de Zaragoza, las fortalezas al Sur del Duero; hizo una terrible razzia en los Estados, de Mamun de Toledo y avanzó hasta Alcalá de Henares. Los vecinos de esta ciudad mandaron á decir á su soberano que, si no se apresuraba á socorrerlos, tendrian que rendirse en seguida. Mamun, demasiado débil para rechazar al enemigo, tomó el partido mas prudente; vino en persona á ofrecer á Fernando una inmensa cantidad de oro, plata y piedras preciosas y se declaró su vasallo y tributario, como ya lo habian hecho los reyes de Badajoz y Zaragoza (1).

Tocole entonces el turno á Motadhid. En el año de 1063, vino Fernando á quemar los

(1) Mon. sil. c. 91-93; cf, «Chron Compost.» página 327.



pueblos del territorio sevillano y era tal la debilidad de los Estados musulmanes que Motadhid, aunque era sin disputa el monarca mas poderoso de Andalucía, creyó prudente imitar el ejemplo que le habia dado Mamun. Presentóse pues, en el campo cristiano, ofreció ricos presentes á Fernando y le suplicó que perdonara á su reino. Fernando no parece que conoció la bellaquería, ni la crueldad de este hombre, á quien las canas y una frente surcada de arrugas, daban la apariencia imponente y venerable de un anciano; pues, aunque no contaba aún mas que cuarenta y siete años los cuidados de la ambicion, el trabajo, los escesos y acaso los remordimientos lo habian envegecido ante de tiempo (1). No es pues, de admirar que el rey de Castilla se conmoviera con sus súplicas; pero creyendo que debia consultar á los grandes y á los obispos de su reino, los convocó para preguntarles qué condiciones habia de imponer á Motadhid. La asamblea decidió que el rey de Sevilla quedaría obligado á pagar un tributo anual y á entre-

(1) El monge de Silos le llama «grandaevus».

gar á los embajadores que Fernando le enviara el cuerpo de Santa Justa vírgen y mártir del tiempo de la persecucion romana. Y habiendo aceptado Motadhid estas condiciones, Fernando se volvió con su ejército y, cuando llegó á Leon, envió á Sevilla á Alvito, obispo de la capital y á Ordoño obispo de Astorga.

Los dos prelados tenian que cumplir una doble tarea: tenian que transportar á Leon el cuerpo de la santa y arreglar el asunto del tributo (1). Desgraciadamente, las pesquizas que se hicieron para descubrir las reliquias de Santa Justa fueron inútiles. «Ya lo veis, hermanos mios, dijo Alvito á sus compañeros; á menos que nos preste su ayuda la misericordia divina, nos volveremos engañados en las esperanzas que nos han hecho hacer este penoso viaje. Creo pues, necesario que pidamos á Dios con tres dias de ayunos y oraciones que se digne descubrirnos el oculto tesoro que buscamos.» En consecuencia, los cristianos oraron y ayunaron durante tres dias, de lo que la salud de Alvito ya quebrantada

(1) Consúltense mis «Recherches», t. I, p. 112.

cuando llegó á Sevilla sufrió mucho. En la mañana del cuarto dia reunió de nuevo este obispo á sus compañeros y le dijo: «Debemos, queridos hermanos, dar gracias á Dios de todo corazon pues, en su misericordia, se ha dignado disponer que no quede nuestro viaje sin recompensa. Verdad es que un mandato del cielo nos prohibe sacar de aquí las reliquias la bienaventurada Justa, pero llevareis á nuestra pátria un don no menos presioso, á saber, el cuerpo del bienaventurado Isidoro que tuvo en esta ciudad la mitra episcopal y que por sus obras y su palabra fué ornamento de la España entera. Yo habia querido, hermanos mios, orar y velar toda la noche, pero habiéndome sentado un momento abrumado de cansancio, fuí vencido por el sueño. Entonces se nos apareció un anciano vestido con hábitos episcopales.—Ya sé, nos dijo, á lo que habeis venido tú y tus compañeros, pero como no es la voluntad divina que esta ciudad quede apenada con la salida de Santa Justa y Dios en su inagotable misericordia no quiere tampoco que tú y tus compañeros os marcheis con las manos vacías, os dá mi cuerpo.—¿Y quién sois vos que me dais estas órdenes? le pregunté yó.—

—Soy me respondió, el doctor de las Españas y antes fuí el jefe de los sacerdotes de esta ciudad; soy Isidoro.—Habiendo dicho esto desapareció y habiendo yo despertado supliqué á Dios que si esta vision provenia de él, se dignara repetirla por segunda y tercera vez. Repitióse en efecto otras dos veces y en cada una el anciano me dirigió las mismas palabras, más á la tercera añadió mostrándome el lugar en que su cuerpo estaba enterrado y tocándolo tres veces con una varilla que tenia en la mano:—Aquí, aquí, aquí, hallarás mi cuerpo y á fin de que no imagines que soy un fantasma que te engaña, reconocerás la verdad de lo que te digo por esta señal: en cuanto mi cuerpo sea desenterrado te entrará una enfermedad incurable y dejando ese cuerpo mortal vendrás á nosotros con la corona de los justos. —Dicho esto la vision desapareció,»

Alvito se presentó enseguida con sus compañeros en el palacio de Motadhid, le repitió su vision y le pidió permiso para llevarse el cuerpo de Isidoro en lugar del de Santa Justa.

El relato del obispo debió producir sobre Motadhid una impresion singular. Escéptico y burlon menospreciaba igualmente todas

las religiones y no creia más que dos cosas en la astrología y en el vino (1). Escuchó, sin embargo al obispo con inperturbable seriedad y cuando hubo concluido su larga arenga: «¡Ay! exclamó con un tono de profunda tristeza, si os doy á Isidoro que me resta? Sin embargo, si tal es la voluntad de Dios que se cumpla! Vos sois un hombre demasiado venerable para que os pueda negar nada. Buscad el cuerpo de Isidoro y llevároslo, aún cuando sea apesar mio.» El Árabe como verdadero zorro que era, comprendió el partido que podia sacar de la piedad de los cristianos, piedad de que se reia á so capa. Teniendo que pagar un tributo, calculaba que si fingía atribuir gran precio á las reliquias, si, por decirlo así, no se las dejaba arrancar sino defendiéndolas cuerpo á cuerpo, podrian llegar á serle muy utiles. Pensaba hacer como el deudor que apremiado á pagar su deuda, hace en-

---

(1) En un poema que compuso en la hora en que los creyentes iban á las mezquitas, para asistir á la oracion de la mañana, decía; «Es preciso vover al apuntar el alba, este es un dogma religioso y al que no crea en él es un pagano». «Abbad» t. I, p. 246.

trar en la cuenta alguna antigualla que hace aceptar á su acreedor como un objeto de una antigüedad, de una rareza y de un precio estremados. Así, que representó su papel hasta el fin, pues, en el momento en que el obispo de Astorga (su colega Alvito acababa de morir) iba á salir de Sevilla con los restos de Isidoro, fué al encuentro del cortejo, echó sobre el féretro un manto de brocado lleno de arabescos de maravilloso trabajo y dando un gran suspiro: «¡Ya te vas de aquí, Isidro, hombre venerable! exclamó; ¡tú sabes sin embargo, cuan estrecha amistad nos une!» (1)

El año siguiente (1064) fué estremadamente desastroso para los musulmanes. Coimbra tuvo que rendirse á Fernando, despues de haber sostenido un sitio de seis meses. En virtud de la capitulacion, mas de cinco mil de los defensores de la plaza fueron entregados al vencedor y los demás abandonaron sus moradas sin llevar consigo mas que el dinero necesario para el viaje. Mas aún, todos los musulmanes que ha-

(1) La relacion de esta embajada se encuentra en la crónica del monhe de Silos (c. 95-100) que la tomó de los mismos compañeros de Alvito.

bitaban el Duero y el Mondego recibieron órden de salir del pais (1). Fernando volvió sus armas contra el reino de Valencia, donde reinaba el debil é insolente Abdelmelic-Mudhaffar que habia sucedido á su padre Abdalaziz en 1061. Sitiaron la capital, pero, viendo que era dificil de tomar, recurrieron los Castellanos á una estratagema para privarla de sus defensores. Fingieron retirarse y los Valencianos salieron entonces para perseguirlos vestidos de gala, tan facil suponian el triunfo. Pero su audacia le costó cara. Cerca de Paterna, á la izquierda del camino que vá de Valencia á Murcia, fueron atacados de improviso por los Castellanos. La mayor parte fueron muertos y su rey no debió su salvacion, mas que á la ligereza de su caballo (2). La toma de la fortaleza de Barbastro, una de las mas importantes del N. E., fué tambien una gran calamidad. Cayó en poder de un ejército de Normandos

---

(1) Mon: Sil., c. 87, 89 y 90; Chron. compl. p. 317, 518. Véase sobre la fecha de la toma de Coimbra á Riveiro, «Dissertasoes chronologicas é críticas.»

(2) Ibn-Bassam, última hoja del man. de Gotha; Maccarí, t. I, p. III y t. II, p. 748, 749,

mandados por Guillermo de Montreuil, entonces general en gefe de las tropas pontificias y que en los romances caballerescos es conocido con el nombre de Guillermo el Chato. Horrible fué la suerte de los vencidos. Habiánse rendido los soldados de la guarnicion bajo condicion de que se les perdonase la vida; pero en cuanto salieron de la ciudad fueron casi todos asesinados. No fueron mejor tratados los vecinos. Tambien ellos habian obtenido el «aman» y se preparaban á abandonar la ciudad, cuando Guillermo de Montreuil á quien su número causaban inquietud, ordenó á sus soldados que aclararan sus filas, y no cesó la carniceria sino despues que perdieron la vida seis mil personas, luego se ordenó á todos los que tenian casa que entraran en la ciudad con sus mugeres, y con sus hijos. Obedecieron y los Normandos lo dividieron todo entre sí. «Cada caballero que recibia en suerte una casa, dice un autor árabe de esta época, recibia además todo lo que habia dentro, mujeres, hijos, dinero etc. y podia hacer del amo de la casa todo lo que quisiera: así; que tomaba todo lo que el amo le enseñaba y le obligaba con todo género de torturas á entregarle lo que pretendia ocultar. A ve-

ces, el musulman entregaba el alma en medio de estos tormentos, lo que era realmente una suerte para él, por que si sobrevivia tenia que esperimentar dolores mas amargos, pues los infelices, por un refinamiento de crueldad, tenian el placer de violar las mugeres y las hijas de sus prisioneros ante los ojos de estos: Cargados de cadenas tenian estos infieles que asistir á estas escenas horribles, partido el corazon y llenos de lágrimas los ojos.» Felizmente para los musulmanes, Guillermo y sus compañeros no tardaron en abandonar á España, para ir á gozar en su pátria de las riquezas que habian adquirido. No quedó en Barbastro mas que una guarnicion muy escasa y Moctadir de Zaragoza que habia recibido de Moțadhid un refuerzo de quinientos caballeros, aprovechó esta circunstancia para recobrar la ciudad en la Primavera del año siguiente (1065) (1).

Fernando entre tanto continuaba sus trabajos para apoderarse de Valencia y aunque el rey de esta ciudad habia recibido refuerzos de su suegro Mamun de Toledo, se

---

(1) Véanse mis «Recherches», t. II, p. 375-374.

encontraba en una posicion muy peligrosa cuando Fernando cayó enfermo, lo que le obligó á volver á Leon. Sin embargo Abdelmelic no tuvo mucho tiempo de felicitarse por ello, pues en Noviembre fué destronado y encerrado en la fortaleza de Cuenca por su suegro que incorporó el reino de Valencia á sus Estados (1).

A poco vino la muerte á librar á los musulmanes de su mas terrible adversario. Por su bravura, por su piedad y la pureza de sus costumbres. Fernando habia sido modelo de reyes: una muerte hermosa y santa coronó dignamente una vida hermosa y santa tambien. En cuanto llegó á Leon, el sábado 24 de Diciembre, se apresuró á ir á orar á la iglesia que habia dedicado á San Isidoro, convencido de que se aproximaba el momento en que su cuerpo iba á descansar para siempre. Luego descansó algunas horas en su palacio, pero por la noche volvió á la iglesia, donde los sacerdotes celebraban con solemnes cánticos la fiesta de la Natividad del Señor, y cuando entonaron, segun el rito toledano entonces en uso, el último nocturno de los maitines, el «Adve-

(1) Véanse los textos que yo he publicado en mis «Recherches», t. II, p.LI-LIV.

nit nobis», mezcló á las suyas su voz debilitada. Al clarear el alba les suplicó que dijeran misa, y habiendo recibido la Eucaristía, se hizo volver á su lecho caminando trabajosamente apoyado en los servidores de su casa. A la mañana del dia siguiente, se hizo poner sus vestidos reales y volver á llevar á la iglesia, donde arrodillándose delante del altar y quitándose el regio manto y la corona, dijo con una voz clara todavia: «Tuyo es el poder y tuyo el reino, Señor, tu estás sobre todos los reyes, á tu imperio están sometidos todos los reinos celestes y terrestres; recibe pues, el reino que de tí he recibido y que he regido mientras plugo á tu divina voluntad: ruégote solamente que recibas en tu misericordia mi alma, arrancada al remolino de este mundo.» Despues prosternado en el suelo é implorando el perdon de sus pecados, recibió la Extremauncion de manos de un obispo y vestido con un silicio y con la cabeza cubierta de ceniza esperó la muerte con los ojos llenos de fé y resignacion. El mártes inmediato, á la hora sexta, entregó su alma á Dios, ó mas bien, se quedó dormido, tan tranquilo y sonriente estaba su rostro (1).

(1) Mon. Sil., c. 105 106.

Otra muerte, de fijo menos santa, siguió á esta muy de cerca; Motadhid de Sevilla espiró el sábado 20 de Febrero del año 1069. Dos años antes habia incorporado á su reino á Carmona, y poco mas tarde se habia manchado con un nuevo asesinato, dando de puñaladas con su misma mano al patricio de Sevilla Abu-Hafz-Mauzaní (1). Por lo demás, su ánimo estaba asediado en los últimos años de su vida por negros presentimientos. No temia ver sucumbir á los ataques de los Castellanos el trono que habia fundado á fuerza de astucia, de traiciones y de perfidias; la prediccion de sus astrólogos de que ya hemos hablado, y que decia que su dinastía seria derrocada por hombres nacidos fuera de la Península daba otra direccion á sus temores. Habia pensado, durante mucho tiempo, que esos estrangeros eran los Berberiscos que habitaban á su lado; pero cuando ya los habia esterminado y creia haber vencido el decreto de los cielos comenzó á pensar que se habia engañado. Al otro lado del Estrecho una nube de bárbaros que una especie

(1) «Abbad» t. II p. 216, 219 y 220.

de profeta habia arrancado de sus desiertos, caminaban á la conquista del Africa. con la rapidéz y el entusiásmo de los primeros musulmanes. En estos sectarios que se daban el nombre de Almoravides, veia Motadhid los futuros conquistadores de España y ningun argumento podia disipar el temor que le inspiraban. Un dia que leia y releia una carta que habia recibido de Sacot, príncipe de Céuta, en que decia que los Almoravides acababan de establecer un campamento en el llano de Marruecos, uno de sus visires esclamó; «¿Cómo es posible señor, que os dé cuidado esa noticia? ¡Por cierto que es una hermosa residencia ese pobre llano de Marruecos, sobre todo cuando se le compara á la hermosa, á la magnífica Sevilla! ¿Qué os importa que esos bárbaros hallan llegado allí? Entre ellos y nosotros hay desiertos, egércitos numerosos y las olas del Occeano.—Estoy convencido de que un dia llegarán aquí, le contestó Motadhid, acaso lo verás tú mismo. Escribe enseguida al gobernador de Algeciras; mándale que fortifique todavia mas á Gibraltar, díle que esté alerta y que espie con la mayor atencion todo lo que pase mas allá del Estrecho.» Luego fijando la

mirada sobre sus hijos: «¡Ojalá pudiera yo saber, dijo, sobre cuál de vosotros ha de descargar la desgracia que nos amenaza! ¿Será sobre vosotros ó sobre mí?

—¡Que Dios os perdone á mi costa, padre mio, exclamó entónces Motamid y que me envie todas las desgracias que os destinaba, cualquiera que ellas sean!» (1)

Cinco dias antes de su muerte, sintiendo ya cierto malestar, cierta pesadéz de cuerpo y de espíritu, Motadhid hizo venir á uno de sus cantores, á un siciliano, y le mandó que le cantara cualquier cosa. Estaba resuelto á mirar como presagio las palabras de la cancion que el cantador eligiera. Éste se puso á cantar una de esas canciones á la vez dulces y tristes que tanto abundan en la literatura árabe que comenzaba así:

¡Gocemos de la vida, pues sabemos que bien pronto ha de concluir! ¡Mezcla, pues, vino con el agua de las nubes, oh amada mia, y danoslo!

Cantó cinco versos de esta cancion de

---

(1) «Abbad» t. I p. 251, 252; Abd-el-waid, p, 70

modo que por una coincidencia singular, pero que parece bien averiguada, el número de los versos correspondia justamente al de los diez que á Motadhid le quedaban de vida. Dos dias despues, el Jueves 26 de Febrero, su amor paternal—porque ya hemos dicho que apesar de su crueldad tenia realmente un gran cariño á sus hijos—recibió un golpe estremadamente doloroso con la muerte de una hija que adoraba. En la tarde del viernes, asistió á los funerales con el corazon lleno de tristeza, y acabada la ceremonia se quejó de un fuerte dolor de cabeza. Cuando vino el médico tuvo una hemorragia que faltó poco para que lo ahogara. El médico quiso sangrarlo, pero Motadhid que era un enfermo poco sumiso, mandó esperar hasta el dia siguiente y esto fué lo que aseguró su muerte, por que al dia siguiente, sábado volvió á comenzar la hemorrajia. Esta fué mas violenta todavia que la primera vez y habiendo perdido Motadhid el uso de la palabra esxaló el último suspiro (1).

Su hijo Motamid á quien trataremos de dar á conocer, le sucedió.

(1) «Abbad» t. II p. 61, 62.

IX.

Nacido en 1040, Motamid, cuando solo tenía once ó doce años, había sido nombrado por su padre para el gobierno de Huelva y poco tiempo despues había mandado el ejército sevillano que asediaba á Silves. En esta ocasion fué cuando hizo conocimiento con un aventurero que no contaba mas que nueve años mas que él y que estaba llamado á jugar gran papel en su destino.

Llamábase Ibn-Ammar. Nacido en un lugarejo de las cercanias de Silves de padres árabes, pero pobres y oscuros habia comenzado á estudiar bellas letras en Silves y en

Córdoba y luego se habia dedicado á recorrer á España á fin de ganar el pan cotidiano componiendo panegíricos á todos los que podian pagárselos, porque mientras los poetas de fama hubieran creido rebajarse, si hubieran compuesto poemas para otros que no fueran príncipes ó visires, este pobre jóven, oscuro y mal vestido que, escitaba la risa de los unos y la piedad de los otros con su larga pelliza y su pequeña gorra, se creía dichoso cuando algun advenedizo enriquecido se dignaba arrojarle las migajas de su mesa en cambio de sus versos que, sin embargo, no carecian de mérito. Un dia llegó á Silves apurado en extremo, no teniendo mas que su mula y no sabiendo que hacer para alimentar á la pobre compañera de sus miserias. Felizmente se acordó de un hombre muy apropósito para ayudarlo, si queria, de un rico negociante de la ciudad que, á falta de conocimientos literarios tenia á lo menos bastante vanidad para que le agradara tener una oda compuesto en su alabanza. El pobre poeta le escrivió una, haciéndole conocer su miseria. Alhagado en su amor propio, el negociante le enbió un saco de cebada. Al recibir este presente bastante mezquino, Ibn-Ammar,

se decia con razon que bien podia el mercader haberle enviado tambien un saco de trigo, pero no por eso se puso menos alegre, y ya veremos como mas adelante supo mostrarse reconocido á su bienhechor.

El talento poético de Ibn-Ammar no tardó en darse á conocer y le valió la honra de ser presentado á Motamid. Agradole en estremo y como ambos amaban los placeres, toda clase de aventuras y sobre todo los buenos versos no tardó en haber entre ellos una íntima amistad. Por eso, en cuanto se tomó á Silves y Motamid fué nombrado su gobernador, este se apresuró á crear un visirato para su amigo y le abandonó el gobierno de la provincia (1).

Los felices dias pasados en Silves, mansion encantadora donde todo el mundo era entonces poeta (2) y que todavía se llama hoy el paraiso de Portugal, no se borraron nunca de la memoria de Motamid. Su corazon no se había abierto todavía al amor,

---

(1) Abd-el-wahid, p. 79-81; «Abbad»., t. II, página 88; Ibn-Bassam, t. II, p. 98 v.

(2) En la campiña de Silves casi todos los aldeanos tenian el talento de improvisar; véase Cazwiní, t. II, p. 364.



algunos ligeros caprichos se habian apoderado de su imaginacion, pero se habian desvanecido sin dejar huellas (1). Estaba en la época de la amistad entusiasta y se abandonaba á este sentimiento sin segunda intencion con todo el fuego de su edad. En cuanto á Ibn-Ammar que no habia sido criado como el príncipe en el seno de la opulencia, del lujo y del regalo, que, por el contrario, habia conocido desde la alborada de su vida las luchas, los desalientos y las crueles decepciones de la indigencia, tenia una imaginacion menos fresca, menos risueña, menos jóven; no podia librarse de una cierta ironía,era ya escpético en muchas cosas... Un viérnes iban los dos amigos á la mezquita, cuando oyendo Motamid anunciar al moezin la hora de la oracion, improvisó este verso, suplicando á Ibn-Ammar que le añadiese otro con el mismo metro y con la misma rima:

—He aquí el moezin que anuncia la hora de la plegaria

—Al hacerlo espera que Dios le ha de

(1) Véase el poema de Motamid sobre Silves que traducimos más adelante.

perdonar sus numerosos pecados, repitió Ibn-Ammar.

—Que sea feliz puesto que dá testimonio de la verdad, continuó el príncipe.

—Siempre que crea en su interior lo que dice su lengua, replicó sonriendo el visir (1).

Cosa estraña, pero que se esplica sin embargo, cuando se piensa que habia aprendido muy pronto á conocer á los hombres y á desconfiar de ellos: Ibn-Ammar dudaba hasta de la amistad tan tierna y tan ilimitada que le profesaba el jóven príncipe; por más que hacía no podia apartar los negros presentimientos que á veces venian á asediar su espíritu sobre todo durante los festines, porque tenia el vino triste. Refiérese sobre esto una aventura ciertamente singular y rara, pero que sin embargo parece verdadera, pues que descansa sobre los testimonios de las personas mas abonadas en este caso, de Motamid y de Ibn-Ammar. Dicen, que una tarde Motamid habia invitado á Ibn-Ammar á una cena. Lo habia distinguido aún más que de costumbre y, cuando se retiraron los otros convidados, le

(1) «Abbad»., t. I. p. 384.

rogó que se quedara y que se acostara con él. El visir cedió á sus instancias, pero apenas se hubo dormido, oyó una voz que le decía: «¡Desdichado, ese te ha de matar!» Lleno de susto, Ibn-Ammar se despertó sobresaltado, pero tratando de alejar de su imaginacion estas negras ideas que atribuia á los vapores del vino, consiguió por fin volverse á dormir. Sin embargo oyó estas siniestras palabras por segunda y por tercera vez. No resistiéndose más y convencido de que era un aviso del cielo, se levantó sin hacer ruido y liándose al cuerpo una estera, fué á agazaparse en un rincon del pórtico, resuelto á escapar en cuanto se abrieran las puertas de palacio, pues queria ganar un puerto de mar y embarcarse para África.

Entre tanto Motamid, habiéndose despertado á su vez y no hallando á su amigo á su lado, dió un grito de alarma que despertó á todos sus servidores, Empezóse á registrar y á escudriñar el palacio en todos sentidos, y el mismo Motamid dirigia las pesquizas. Queriendo ver si habian abierto la puerta, llegó al pórtico donde Ibn-Ammar estaba escondido. Este se descubrió por un movimiento involuntario, á punto que las miradas del príncipe se

fijaban en la estera donde estaba envuelto. «¿Qué es lo que se mueve dentro de esa estera?» exclamó Motamid, y, corriendo los servidores á registrarla, apareció Ibn-Ammar en el más lamentable estado del mundo, en ropas menores, temblando como un azogado y tan avergonzado que no se atrevió levantar los ojos. A su vista Motamid se echó á llorar. «¿Oh Abu-Becr, exclamó, ¿qué te ha dado para hacer eso?» Y, viendo que su amigo continuaba temblando lo llevó suavemente á su cuarto y trató de arrancarle el secreto de su estraña conducta. Mucho tiempo estuvo sin conseguirlo. Presa de un violento paraxismo nervioso. oscilando entre el miedo y lo ridículo de su posision Ibn-Ammar lloraba y reia á la vez. Al cabo habiéndose serenado, lo confesó todo. Motamid se echó á reir de su confesion y estrechándole afectuosamente la mano le dijo: «Querido amigo, los vapores del vino te han trastornado la cabeza y tienes una pesadilla. ¿Crees que te podré yo matar nunca á tí que eres mi alma, á tí qué eres mi vida? ¡Esto sería cometer un suicidio! Trata de olvidar esos malditos sueños y no se hable de eso más.»

«Ibn-Ammar, dice un historiador árabe,

trató en efecto de olvidar esta aventura, pero al cabo de cierto número de dias le sucedió lo que referiremos más adelante (1).

Cuando los dos amigos no estaban en Silves, iban á Sevilla, donde se entregaban á todos los placeres que ofrecia esta brillante y deliciosa capital. Muchas veces se presentaban con cualquier disfraz en la «Pradera de plata», orillas del Guadalquivir, donde todo el pueblo, hombres y mugeres, iban á divertirse. Allí fué donde Motamid tropezó por primera vez con la que estaba destinaba á ser la compañera de su vida. Paseándose una tarde con su amigo por esta pradera, aconteció que la brisa rizó el agua del rio y habiendo Motamid improvisado este verso, rogando á Ibn-Ammar le añadiera otro:

La brisa ha convertido el agua en coraza......

Y no encontrándolo pronto Ibn- Ammar,

---

(1) Ibn-al-wahid(p.81, 82)refiere esta aventura con las mismas palabras de Ibn-Ammar. Ibn-Bassam (t. II. fól. 113 v. y r.) la hábia oido referir á muchos visires de Sevilla que la sabian por Motamid. Véase tambien, «Abbad», t. II. p. 120.



una muchacha del pueblo que habia cerca lo hizo de este modo:

Coraza magnifica en efecto para un dia de combate, siempre que el agua estuviera helada.

Admirado de oir á una muchacha improvisar con mas prontitud que á Ibn-Ammar, que era sin embargo en esto famosísimo, Motamid la miró con atencion. Quedó encantado de su belleza y llamando enseguida á un eunuco que lo seguia á alguna distancia, le mandó llevar la improvisadora á su palacio al que se apresuró á volver.

Cuando le presentaron á la jóven le preguntó quien era y en que se ocupaba.

—Me llamo Itmad, le contestó ella, pero comunmente me llaman Romaiquia por que soy esclava de Romaic y mi profesion es muletera.

—Dime, estás casada?

—No, señor.

—Tanto mejor, porque voy á comprarte á tu amo y á casarme contigo (1)

---

(1) «Abbad» t. II p. 151, 152; cf. p. 225, 226. Hasta despues de su matrimonio no tomó el jóven



Motamid amó á Romaiquía durante toda su vida con un amor inalterable. Ella tenia todo lo que era preciso para agradarle. Se la comparó alguna vez á Wallada de Córdoba, la Safo de esta época. Esta comparacion esacta bajo algunos aspectos, no lo era bajo otros. No habiendo recibido una educacion esmerada, no podía rivalizar en saber con Wallada, pero no le era inferior en las gracias de la conversacion, en los buenos dichos, en las salidas felices y naturales y en las réplicas vivas é ingeniosas, escediéndola acaso por sus gracias naturales y casi de niña, su jovialiadad y su travesura (1). Sus caprichos y sus antojos hacian la dicha y la desesperacion de su esposo, obligado á satisfacerselos á todo costa, porque una vez que se le metia una idea en la cabeza nadie se la podia sacar. Un dia, en el mes de Febrero, vió desde una ventana del palacio de Córdoba caer copos de nieve, espectáculo muy raro en un pais donde apenas se conoce el in-

---

príncipe el sobrenombre de Motamid, formado de la misma raiz que la palabra Itimad. Nosotros hemos creido deber darsele anticipadamente, pero antes llevaba otros; véase «Abbad» t. II, p. 69, y compárese con la p. 61.

(1) Véase Abbad» t. II, p. 234.

vierno. De pronto se hechó á llorar,

—¿Qué tienes querida amiga? le preguntó su marido.

—¿Qué tengo? le respondió ella sollozando; lo que tengo es que tú eres un bárbaro, un tirano uu monstruo! Mira que linda es la nieve, que hermosa, que magnífica; que graciosamente se pegan á las ramas de los árboles esos blandos copos; y tú ingrato no piensas siquiera en proporcionarme este soberbio espectáculo todos los Inviernos, ni te se ha ocurrido nunca llevarme á algun pais donde nieve siempre!

—No te desesperes así, vida mia, bien mio, le respondió el príncipe, enjugando las lágrimas que corrian por sus mejillas; tendrás nieve todos los Inviernos y aquí mismo, te lo prometo.

Y mandó plantar almendros en toda la sierra de Córdoba, á fin de que las blancas flores de estos hermosos árboles que florecen en cuanto han pasado las heladas, reemplazaran para Romaiquia á los copos de nieve que tanto le habian gustado (1).

---

(1) El conde Lucanor, c. 14.

Otra vez, vió unas mugeres del pueblo que amasaban con los piés desnudos, barro para hacer ladrillos, y se echó á llorar y habiéndole preguntado su marido la causa de su pena:

—¡Ay! yo soy desgraciadísima desde el dia en que arrancándome á la vida alegre y libre que tenia en mi casuca, me has encerrado en este triste palacio atándome con las pesadas cadenas de la etiqueta! Mira esas mugeres, ahí bajo, á orillas del rio, yo quisiera amasar barro como ellas con los piés desnudos, mas ¡ay! condenada por tí á ser rica y sultana no lo puedo hacer!

—Sí, que lo podrás, le respondió el príncipe riendo.

Y en el mismo instante bajó al corral de palacio, hizo traer una enorme cantidad de azucar, de canela, de gengibre y de perfumes de toda especie y habiendo cubierto luego todo el suelo del corral de estos preciosos ingredientes, los hizo mojar en agua de rosa y amasar á brazo tan bien que formaban una especie de barro.

Hecho esto:

—Baja al corral con tus criadas, le dijo el príncipe á Romaiquia, el barro te espera.

La sultana fué y descalzándose lo mismo que sus criadas, se pusieron todas á hundir sus pies con loca alegria en aquel barro aromático.

Era un antojo muy caro, así, que Motadhid sabia recordarlo cuando era preciso á su caprichosa esposa, cuyos deseos no tenian límite. Habiéndole pedido un dia una cosa que el príncipe no le podia dar:

—Cuán digna soy de compasion! dijo. Seguramente que soy la mas desgraciada de las mugeres, porque, juro á Dios, que nunca has hecho nada por agradarme.

—Ni tampoco el dia del barro? le preguntó Motadhid, con tierna y dulce voz

Romaiquia se ruborizó y no insistió mas (1).

Fuerza nos es añadir, que los ministros de la religion no pronunciaban nunca, sino con un santo horror el nombre de esta traviesa sultana. La consideraban como el mayor obstáculo para la conversion de su marido, á quien decian arrastraba sin cesar en un torbellino de placeres y de goces, y cuando las mezquitas estaban de-

(1) «Abbad.,» t. 11, p. 153.

siertas los viérnes, á ella le echaban la culpa. Romaiquía se reia de sus clamores; descuidada y aturdida, no sospechaba la pobrecilla que un dia esos hombres llegarian á ser terribles! (1).

Por lo demás, apesar de su amor, Motadhid, dejaba á Ibn-Ammar un gran lugar en su corazon. Una vez estando lejos de Romaiquía con su amigo, le escribió una carta en la que puso estos seis versos aerósticos:

Invisible á mis ojos, siempre estás presente á mi corazon.

Tu felicidad sea infinita, como lo son mis cuidados, mis lágrimas y mis desvelos.

Impaciente al yugo cuando otras mugeres quieran imponérmelo, me someto docilmente á tus deseos.

Mi anhelo en cada instante es estar á tu lado. Ojalá pueda cumplirlo pronto.

Amiga de mi corazon, piensa en mí y no me olvides por larga que sea la ausencia.

Dulce nombre es el tuyo! Acabo de escribirlo, acabo de trazar estas amadas letras: «Itimad» (2).

Y terminó su carta con estas palabras:

---

(1) «Abbad..» t. 11, p. 151.

(2) «Abbad.,» t. 11, p.168.

«Pronto irá á verte, siempre que quieran Allah é Ib-Anmmar.»

Habiendo tenido conocimiento de esta frase, Ibn-Ammar dirigió á su amigo estos versos:

¡Ay! príncipe mio, nunca he tenido otro deseo que hacer vuestra voluntad, me dejo guiar por vos como el viagero nocturno por los relámpagos deslumbradores. Si quereis volver cerca de la que amais embarcaos en un velero bajel y yo os seguiré, ó montad á caballo y os seguiré tambien. Luego, cuando gracias á Dios, hallamos llegado á la puerta de vuestro palacio, me dejareis volver solo á mi casa y sin dejar siquiera la espada ireís á echaros á los pies de la hermosa de la cintura de oro y recobrando el tiempo perdido la abrazareis, la estrechareis contra vuestro corazon, mientras que vuestra boca y las suya murmuran dulces palabras como los pájaros se responden con cantos melodiosos al rayar la aurora (1).

Dividiendo así su corazon entre la amistad y el amor, llevaba el jóven príncipe una vida deliciosa, pero fué aguada de

(1) «Abbad.,» t. 11, p. 88.

pronto; su padre desterró á Ibu-Ammar. Esto fué como un rayo para los dos amigos. pero qué hacer? Las resoluciones de Motadhid eran inquebrantables. Ibu-Ammar pasó pues en el Norte los tristes años de su destierro, hasta que Motamid que contaba entónces veinte y nueve años, sucedió á su padre (1). El príncipe se apresuró á traer á su lado al amigo de su adolescencia y le dejó que eligiera el empleo que quisiese. Ibu-Ammar se decidió por el gobierno de la provincia en que habia nacido. Aunque lo vió con dísgusto apartarse de su lado, Motamid acudió sin embargo á su demanda, (2) pero en el momento en que su amigo se despedia, los encantados recuerdos de su estancia en Silves y todas aquellas primeras emociones que no dejen ninguna amargura en el corazon revivieron en él é improvisó estos versos:

Saluda en Silves los lugares queridos que

(1) Abd-el-wahid p. 78, 81 Segun otra tradicion («Abbad») t. II p. 105 Ibu-Ammar habia vuelto á la corte en vida de Motadhid, pero este relato me parece inesacto.

(2) Abd-el-wahid p. 82.

ya sabes, oh Abu-Bcr, y preguntales si se acuerdan de mí. Saluda sobre todo al Charadjib, á aquel soberbio palacio cuya salas están llenas de leones y de blancas bellezas, de modo que ya se creeria estar en una cueva, ya en un serrallo (1), y diles que hay aquí un jóven caballero que arde en deseos de volverlo á ver. ¡Cuántas noches no he pasado allí al lado de una hermosa jóven de anchas caderas y de delgada cintura! ¡Cuántas veces, hermosas jóvenes blancas y morenas no me han herido en el corazon con sus dulces miradas, como si sus ojos fueran espadas ó lanzas! ¡Cuántas noches no he pasado tambien en el valle al lado del rio, con una bella cantadora, cuyo brazalete se parecia á la luna creciente! Ella me embriagaba de todos modos, con sus miradas, con el vino que me ofrecía y con sus besos. Y cuando tocaba en su guitarra una cancion guerrera creia oir el choque de las espadas y me sentía lleno de ardor marcial. ¡Delicioso momento, sobre todo, aquel en que quitándose la túnica me aparecía esbelta y flexible como una rama de sauce! «La flor, me decia yó entonces, ha salido de su capullo (2).

---

(1) Apenas hay necesidad de decir que el poeta se refiere aquí á estátuas y á leones figurados.

Véase como no se llevaba tan á rigor la prohibicion coránica de representar séres animados. (Ad. del Tr.)

(2) «Abbad.», t. I, p. 39, 84.

Ibn-Ammar hizo su entrada en Silves rodeado de una soberbia comitiva y con tal ostentacion que el mismo Motamid cuando era gobernador de la provincia, nunca la habia desplegado semejante, pero se hizo perdonar esta bocanada de orgullo con mi noble acto de reconocimiento, pues habiendo sabido que el negociante que le socorrió en su miseria, cuando él no era más que un pobre poeta ambulante, vivía todavía, le envió un saco lleno de monedas de plata. Este saco era el mismo que el negociante le habia dado lleno de cebada y que Ibn-Ammar habia conservado cuidadosamente. No disimuló, sin embargo, á su antiguo bienhechor que le habia parecido su regalo algo mezquino, pues le mandó decir estas palabras: «Si antes me hubiera enviado ese saco lleno de trigo, te lo hubiéramos devuelto lleno de oro (1).»

No estuvo mucho tiempo en Silves. No pudiendo vivir sin él, Motamid lo llamó á la córte despues de haberlo nombrado su primer ministro (2).

---

(1) Abd-el-wahid, p. 80.
(2) Abd-el-wahid, p. 82, 83.

X.

Como Motamid y su ministro amaban sobre todo la poesía, la córte de Sevilla llegó á ser la cita de los mejorses poetas de la época. Los poetastros no tenian ninguna probabilidad de hacer fortuna, por que Motamid era un crítico severo que examinaba con gran cuidado todos los poemas que se le presentaban y pesaba cada palabra y cada sílaba (1) pero cuando se trataba de poetas de talento su ge-

(1) Véase «Abbad.», t. II, p. 148.

nerosidad no tenía límites. Un dia oyó recitar estos dos versos:

La fidelidad en cumplir sus promesas es hoy cosa rarísima. No encontrareis á nadie que practique esta virtud, ni aún siquiera que piense en ello. Es algo de fabuloso, como el grifo, ó como ese cuento que dice, que un poeta recibió un dia un presente de mil ducados.

—¿De quién son esos versos? preguntó.

—De Abd-al-djalíl, le respondieron.

—¡Y qué! exclamó entónces, ¿uno de mis servidores, un buen poeta, mira un presente de mil ducados como cosa fabulosa?

Y mandó enviar enseguida mil ducados á Abd-al-djalil (1).

Mientras conversaba con unos de los poetas sicilianos que habian venido á su córte, cuando su pátria fué conquistada por Rogerio el Normando, le trageron unas monedas de oro que acababan de acuñar. Dió dos bolsas de ellas al Siciliano, pero este no contento con el regalo, por magnífico que fuera, miraba con ojos ansiosos una figurita de ambar incrus-

(1) Abd-el-wahid, p. 72; «Abbad»., t. II, p. 222.

tada de perlas que habia en la sala y que representaba un camello. «Señor, dijo al fin, vuestro presente es magnífico, pero es muy pesado y creo que me hace falta un camello para trasportarlo á casa.—Toma el camello» le respondió sonriendo Motamid (1).

En general, todo el que tenia talento estaba seguro de agradar á Motamid, fuera poeta ó cualquiera otra cosa y aún cuando fuese salteador de caminos, testigo la historia del «Halcon gris.» El Halcon gris—no se le designaba más que por este apodo—habia sido por mucho tiempo el ladron más famoso de la época, espanto y azote de los habitantes de las campiñas; pero habiendo caido al fin en manos de la justicia, fué condenado á ser crucificado en la carretera á fin de que los labriegos pudieran ser testigos de su suplicio. Sin embargo, como hacia un calor sofocante el dia en que fué ejecutada la sentencia, la carretera estaba poco frecuentada. Al pié de la cruz, en que habian clavado al ladron, estaban su mujer y sus hijas que lloraban sin consuelo. «¡Ay! decian ellas, ¡cuando tú mueras nos mori-

---

(1) «Abbad»., t. II, p. 146.

remos de hambre!» El Halcon gris era un hombre muy compasivo, un corazon de oro y el pensamiento de que su familia iba á quedar sumida en la miseria le partia el alma. Justamente vió llegar á un traginante, montado en una mula cargada de piezas de tela y otras mercancías que iba á vender en los pueblos comarcanos.

—Hé señor, le gritó, me encuentro aquí como lo veis en una posicion bastante desagradable, pero podeis hacerme un gran servicio de que sacareis gran utilidad.

—¿Cómo? preguntó el otro.

—¿Veis ese pozo ahí abajo?

—Sí, que lo veo.

—¡Muy bien! Pues sabed que, cuando hice la tontería de dejarme prender por esos malditos civiles, eché diez ducados á ese pozo que está seco. Si quisierais hacerme el favor de sacarlos, os daría la mitad. Mi mujer y mis hijas que veis aquí os guardaran vuestra mula hasta que acabeis.

Seducido con la esperanza del lucro, el traginante cogió en seguida una cuerda, ató un cabo á la orilla del pozo y se dejó ir á fondo.

—¡Ahora alerta! dijo entonces el Halcon gris á su mujer, ¡corta la cuerda, coge la

mula y echa á escape con esos niños!

Todo esto se hizo en un cerrar de ojos, el traginante bramaba como un toro, pero como la campiña estaba casi desierta, pasó mucho tiempo antes que viniera un pasagero en su socorro y no teniendo este bastantes fuerzas para sacarlo, tuvo que esperar á que viniera otro que le ayudase.

Arrancado en fin á su prision subterránea, el traginante tuvo que responder á sus libertadores que le preguntaban que era lo que habia ido á hacer á aquel pozo. Contoles, pues, su desventura con grandes imprecaciones contra el ladron que tan indignamente lo habia engañado. Pronto fué conocida en toda la ciudad y hasta llegó á oidos de Motamid que mandó desenclavar al Halcon gris de la cruz y traérselo. Cuando estuvo en su presencia le dijo: Seguramente tu eres el mayor bribon que hay en el mundo, pues que ni la perspectiva de la muerte ha bastado para hacerte renunciar á tus truanerías.

—¡Ay! señor príncipe, le respondió el ladron, si supierais, como yo, lo apetitoso que es robar, tirariais al infierno vuestro manto real y no hariais otra cosa.

—Bribon maldito; exclamó el príncipe

riendose á carcajadas. ¡Pero vamos, hablemos seriamente! Si yo te perdonara la vida, te devolviera la libertad, te pusiera en estado de ganarte honrosamente la vida y te señalara un sueldo que bastara para satisfacer tus necesidades ¿te enmendarias y abandonarias tu maldito oficío?

—Mucho se hace por salvar la vida, señor, hasta se enmienda uno. Confiad, quedareis contento de mí.

El Halcon gris cumplió su palabra. Nombrado brigadier de civiles, inspiró tanto terror á sus antiguos cofrades como habia inspirado antes á los pasageros (1).

Por lo demás, Motamid llevaba una alegre vida sin ocuparse mucho de los negocios del Estado. «En mi opinion, decia en uno de sus poemas, ser prudente es no serlo (2).» Los festines absorvian gran parte de su tiempo y puesto que él queria mostrarse galante, fuerza es que consagrara todo lo demás á las hermosas jóvenes de su serrallo. No habia dejado de amar á Romaiquia, por el contrario, la continuaba amando

---

(1) «Abbad» t. II p. 224, 225.
(2) Abd-el-wahid p. 72.

con pasion, pero como segun el código singular que gobierna el amor en los paises musulmanes, se pueden permitir algunos caprichos sin ser infiel por eso, dirigia de tiempo en tiempo sus homenajes á otras damas sin que Romaiquía, segura de reinar como soberana en el corazon de su esposo, tuviera nada que decir. La hermosa Amada, era encantadora y cuando bebia á su salud, el príncipe encontraba mas aroma al vino que de ordinario (1). Luna le hacia compañia cuando estudiaba los versos de los antiguos poetas ó escribia los suyos, y sí al sol se le ocurria lanzar una mirada indiscreta en el gabinete de estudio, allí estaba Luna para interceptarlo, por que ella sabia, decia el príncipe, que solo la luna puede edificar al sol (2).» Mas gazmoña y mas áspera, La Perla tenia algunas veces caprichos y montaba en cólera: entonces era preciso que Motamid trabajarse mucho para apaciguarla. Una vez que habia provocado su enojo; le escribió para disculparse. Ella le respondió bien, pero sin poner su nombre al principio de la carta, como era costumbre.

---

(1) Véase «Abbad», t. I, p. 392.
(2) Abd-el-wahid, p. 73. «Abbad», t. II, p. 30.

¡Ay! ella no me ha perdonado todavia, dijo entónces el príncipe, por eso no ha puesto su nombre al frente de su carta. Sabe que yo adoro su nombre, pero está tan enfadada conmigo que no quiere escribirlo. «Cuando lo vea, se habrá dicho, vá á besarlo, pues por Dios que no lo ha de ver (1).»

¡Qué linda enfermera La Hada! El príncipe pedia á Allah que le concediere como favor el estar enfermo, á condicion de que no dejara de ver constantemente á su cabecera á aquella graciosa gacela de purpurinos lábios (2).

Se engañaria, sin embargo, el que se imaginara que Motamid descuidaba por completo continuar la obra de su padre y de su abuelo. Aunque menos ambicioso que ellos, hizo sin embargo lo que estos habian intentado en vano; desde el segundo año de su reinado reunió á Córdoba á su reino.

Verdad es, que su padre le habia abierto el camino y las circunstancias lo secundaron admirablemenie. Dos años antes, en 1046, el anciano presidente de la república Abu-'l-Wahid Ibn-Djahwar, hizo dimi-

---

(1) «Abbad», t. I, p. 391.
(2) «Abbad», t. I, p. 388.

sion de sus funciones en favor de sus dos hijos Abderraman y Abdelmelic. Confió al mayor todo lo concerniente á la hacienda y á la administracion, y al menor, á quien prefería mucho, el mando militar (1). El menor eclipsó bien pronto al primogénito; pero, sin embargo, todo iba bien, mientras que duró la influencia del hábil visir Ibn-as-Sacca. Este hombre de Estado inspiraba respeto á todos los enemigos declarados ó encubiertos de la república y hasta al mismo Motamid. Así que este último comprendió que para lograr sus fines debia comenzar por derribarlo. Trató pues, de hacerlo sospechoso á Abdelmelic ibn-Djahwar y lo consiguió. Ibn-as-Sacca fué condenado á muerte y este acontecimiento tuvo para la república las mas desastrosas consecuencias. Los oficiales y los soldados que eran muy adictos al visir, presentaron su dimision en su mayoria, mientras que Abdemelic se hacia odioso á sus conciudanos por su dureza y su indolencia. Parece además haber ido cercenando, poco á poco todo lo que quedaba en pié de las instituciones republicanas.

---

(1) Ibn-Haiyan, «apud» Ibn-Bassam, t. I., fol. 158 v. 159 r.

Ya vacilaba, pues, el poder de Abdelmelic cuando Manum de Toledo vino á sitiar á Córdoba en el otoño de 1070. Casi sin ejército (pues su caballeria estaba reducida á doscientos hombres y estos muy mal organizados), Abdelmelic pidió auxilio á Motamid. Lo obtuvo: Motamid le envió refuerzos muy considerables y el ejército toledano tuvo que retirarse; pero Abdelmelic no ganó nada en ello, por el contrario los gefes del ejército sevillano, obrando segun las órdenes secretas de su señor, se entendieron con los Cordobeses para quitarle el poder á Abdelmelic y dárselo al rey de Sevilla. Este complot fué tramado con el mayor misterio de modo que Abdelmelic no se apercibió de nada. En la madrugada del séptimo dia despues de la partida de Manum y á punto de salir para despedir á los Sevillanos que habian anunciado que este dia se iban á volver, llegaron á su oido gritos sediciosos. Mira y vé á su palacio cercado por sus pretendidos auxiliares y por el pueblo. Casi en el mismo instante los prenden lo mismo que á su padre y al resto de su familia.

Motamid fué proclamado señor de Córdoba y los Beni-Djahwar elevados presto á la isla de Saltes, pero el anciano, Abu-

'l-Wahid no sobrevivió mas que cuarenta dias á su infortunio (1).

El rey poeta habla de esta conquista como si hubiara sido la de una hermosa algo altanera.

He obtenido de rondon, decía, la mano de la hermosa Córdoba, de esa valiente amazona que, con la espada y la lanza en la mano, rechazaba á todos los que la pretendían en matrimonio. Ahora celebramos los dos nuestras bodas en su palacio, mientras que los otros reyes, mis rivales, desanimados, lloran de rábia y tiemblan de miedo. ¡Temblad y con razon, viles enemigos! por que bien pronto el leon caerá sobre vosotros (2).

Sin embargo, Mamun no se daba por vencido, al contrario, estaba dispuesto á

(1) Ibn-Bassam, t. I, fól. 159 r.-160 r.; Ibn-Haiyan, «ibid», fól. 160 r. y v.; poema de Ibn-al-Cácira «apud» Ibn-al-Khatib man. P., fól. 51 r. y v.; Ibn-Khaldun, fól, 25 v. Este último autor se equivoca cuando dice que la toma de Córdoba aconteció en 461, porque Ibn-Bassam dice: á fines de 462 Abd-el-Wahid (p. 43) ha caido tambien en el mismo error.

El que se equivoca en la primera de estas correcciones es Dozy: hay monedas de Motamid acuñadas en Córdoba en 461. Véase t. I; p. 497. (Ad. del Trad.)

(2) «Abbad», t. I, p.46.

hacerse dueño de Córdoba, costára lo que costára. Acompañado de su aliado Alfonso VI, vino á desvastar los alrededores de la ciudad, pero fué rechazado por su jóven gobernador Abbad, hijo de Motamid y de Romaiquia (1). Mas entónces Ibn-Ocacha se comprometió á ponerlo en posesion de la ciudad que ambicionaba. Era este un hombre feróz y sanguinario, un antiguo salteador de la sierra, pero que no carecia de talento y que conocia bien á Córdoba, donde habia representado algun papel. Nombrado gobernador de una fortaleza, se puso á formar intrigas y cábalas en Córdoba, lo que no le era dificil porque habia muchos ciudadanos descontentos de la direccion de los negocios. Verdad es, que el príncipe Abbad daba buenas esperanzas, pero como era aún demasiado jóven para gobernar por sí mismo, el poder estaba en manos del gefe de la guarnicion, Mohamed, hijo de Martin, de origen cristiano, á lo que parece. Pero este hombre, bastante buen soldado, por otra parte, era cruel, sanguinario y libertino. Así, que los

(1) «Abbad», t, I, p. 322; Lucas de Tuy, p. 100.

Cordobeses lo detestaban, y muchos de ellos no tuvieron escrúpulo en entrar en relaciones con Ibn-Ocacha. Este último, sin embargo, no logró tener enteramente secretos sus manejos. Un oficial se apercibió de que el ex-salteador venia muchas noches á las puertas de la ciudad y tenia conversaciones muy sospechosas con los soldados de la guarnicion. Refirióle esto á Abbad, pero éste no hizo gran caso del aviso y envió al que se lo daba á Mohamed hijo de Martin, quien lo envió á su vez á oficiales subalternos. En una palabra, cada uno descargó en otro el cuidado de las medidas que habian de tomarse y ninguno cumplió con su deber.

Entretanto, Ibn-Ocacha estaba de contínuo en acecho y en Enero de 1075, aprovechó para introducirse con los suyos en la ciudad una noche tempestuosa y oscurísima, marchando derechamente al palacio Abbad. No habia allí guardia, y ya estaba á punto de forzar las puertas, cuando el príncipe, despertado por el portero vino á cerrarles el paso con un puñado de esclavos y de soldados. Apesar de su estrema juventud se defendió como un leon y ya habia obligado á los asaltantes á evacuar

el véstibulo, cuando resbaló. Uno de los hombres de la partida cayó sobre él y le dió la muerte. Quedó su cadáver en la calle, casi desnudo, por que despertado de pronto, Abbad no habia tenido tiempo de vestirse.

Enseguida llevó Ibn-Ocacha á los suyos á casa del gobernador. Tan lejos estaba éste de esperar ser atacado, que en el mismo instante en que entraban en su casa, estaba viendo bailar á sus Almés (a). Menos valiente que Abbad, se ocultó cuando oyó el ruido de las espadas en el pátio, pero habiendo sido descubierto su escondite, fué preso y luego muerto.

Al apuntar del alba, mientras que Ibn-Ocacha iba de casa en casa á persuadir á los nobles que hicieran causa comun con él, un imán que iba á la mezquita, pasó por delante del palacio de Abbad. Llamole la atencion un cuerpo que yacia allí desnudo y sin vida. Reconociendo, no sin trabajo, en este cadáver manchado de lodo, el del jóven príncipe, le hizo un piadoso y último honor

---

(a) Sabias, se llamaban así las muchachas instruidas en la lectura, en los poetas, en el canto y en la danza. (N. del T.)



cubriéndolo con su capa, pero apenas se habia marchado cuando llegó Ibn-Ocacha, rodeado de esa turba que en las grandes ciudades, lanza gritos de alegría en toda revolucion. Por su órden la cabeza de Abbad fué separada del cadáver y paseada por las calles en la punta de una pica. Al verla los soldados de la guarnicion tiraron las armas y trataron de salvarse por una precipitada fuga. Entonces Ibn-Ocacha reunió á los Cordobeses en la gran mezquita y los intimó á que prestaran juramento á Mamun. Aunque habia muchos que eran sinceramente adictos á Motamid, el miedo fué tan grande y general que todos se apresuraron á obedecer. A los pocos dias llegó Mamun en persona. En apariencia estaba reconocidísimo hácia Ibn-Ocacha, le colmó de honores y le dijo que le concedia una confianza ilimitada, mas en realidad, odiaba y temia á este antiguo bandido endurecido en el crimen, que era hombre capaz de asesinarlo, si fuera preciso, con la misma sangre fria conque habia hecho degollar al jóven Abbad. Asi, que buscaba ávidamente un pretesto, una ocasion cualquiera, para alejarlo sin ruido y sin escándalo de su reino. No ocultó siempre este designio á sus cortesanos y un dia que Ibn-

Ocacha acaba de dejarlo dió un profundo suspiro y con los ojos inflamados de cólera murmuró algunas palabras en su favor: «¡Déjate de tonterias! le contestó Mamun, el que no respeta la vida de los príncipes, no está hecho para servirlos.»

Un mes despues (Junio de 1075) y el sexto de su estancia en Córdoba, murió Mamun envenenado... Uno de sus cortesanos fué acusado de haber cometido este crimen, pero ¿fué estraño á él Ibn-Ocachá? Trabajo cuesta el creerlo.

Traslادémosnos ahora á la córte de Sevilla y figurémosnos la pena de Motamid, cuando recibió la noticia, doblemente fatal, de la pérdida de Córdoba y de la muerte de su hijo primogénito que amaba con idolatría. Y, sin embargo, hubo en aquel noble corazon un sentimiento que habló mas alto que la pena y que el deseo de venganza: el de profunda gratitud hácia aquel iman que habia tenido la delicadeza de cubrir con su capa el cadáver de Abbad. Doliase de no poder recompensarlo, porque ni siquiera sabia su nombre, pero, apropiándose un verso que un antiguo poeta habia compuesto en ocasion semejante exclamaba: «¡Ay! ignoro quien es el que ha cubierto á mi

hijo con su capa, pero sé que es un hombre noble y generoso (1).»

Durante tres años fueron inútiles los esfuerzos que hizo para reconquistar á Córdoba y vengar en Ibn-Ocacha la muerte de su hijo, hasta que al fin la tomó por asalto, el mártes 4 de Setiembre de 1078. Mientras que entraba por una puerta, Ibn-Ocacha salia por otra, pero Motamid lanzó en su persecusion algunos caballeros que lograron alcanzarlo. Sabiendo que no tenía que esperar perdon de un padre á cuyo hijo habia hecho degollar, el antiguo bandido quiso á lo menos vender cara su vida y se lanzó sobre sus enemigos como un toro furioso; pero sucumbió al número. Motamid hizo clavar su cadáver en una cruz con un perro al lado, y la conquista de Córdoba fué seguida de la de todo el pais toledano que se estendia entre el Guadalquivir y el Guadiana (2).

---

(1) «Abbad.», t. I, p. 46-48; 322-324; t. II, página 35, 122.

(2) «Abbad.», t. II, p. 16, 122, (cf. 68); Abd-el-wahid, p. 90. Segun Ibn-Khaldun en su capitulo sobre los Beni-Djahwar, Motamid, habria recuperado á Córdoba en 469 de la hegira, pero yo he creido deber seguir á Abd-el-wahid, porque este autor trae el dia del mes y el de la semana.



Felices sucesos eran estos, pero la medalla tenia su reverso. En comparacion de los otros reyes andaluces, Motamid era un príncipe poderoso, pero no era más independiente, tambien era tributario. Primero lo había sido de García, tercer hijo de Fernando y rey de Galicia (1) y ahora lo era de Alfonso VI, desde que este se habia apoderado de los reinos de sus dos hermanos, Sancho y García. Pero Alfonso era un soberano muy molesto: no contentándose con un tributo anual, amenazaba de cuando en cuando apropiarse los Estados de sus vasallos árabes. Una vez, entre otras, vino á invadir, al frente de un numeroso ejército, el territorio sevillano. Una inesplicable consternacion reinaba entre los mulsumanes, demasiados débiles para poderse defender. Solo Ibn-Ammar, el primer ministro no desesperaba. No contaba con el ejército sevillano: tratar de vencer con él á las huestes cristianas era una quimera, pero conocía á Alfonso, porque habia estado muchas veces en su córte (2);

---

(1) «Chron. compost.», p. 327.
(2) Véase á «Abbad.», t. II, p. 87.

sabia que era ambicioso, pero tambien que estaba medio arabizado, es decir, que era fácil de conquistar siempre que se conocieran sus gustos, sus caprichos, sus antojos. Con esto era con lo que contaba y sin perder tiempo en organizar una resistencia armada, mandó fabricar un juego de aljedréz tan magnífico que ningun rey tenía otro semejante. Las piezas eran de ébano y de sándalo inscrustados en oro. Provisto de este aljedréz se presentó, bajo un pretesto cualquiera, en el campo de Alfonso, quien lo recibió muy honoríficamente, porque Ibn-Ammar era del escaso número de mulsumanes á quienes estimaba.

Un dia, Ibn-Ammar ensenó su aljedréz á un noble castellano que gozaba gran favor con Alfonso. Este noble, habló de él al rey, quien dijo á Ibn-Ammar:

—¿Qué tal jugais al aljedréz?

—Mis amigos opinan que juego bastante bien, respondió Ibn-Ammar.

—Me han dicho que poseeis un juego soberbio.

—Es verdad, señor.

—¿Podria yó verlo?

—Sin duda, pero con una condicion: jugaremos juntos, si pierdo, el aljedréz será

vuestro, pero si gano yo podré pedir lo que quiera.

—Acepto;

Se trajo el aljedréz y Alfonso estupefacto de la hermosura y de la delicadeza del trabajo, exclamó santiguándose:

—¡Dios mio! nunca hubiera creido que se hubiera podido hacer un aljedréz con tanto arte!

Y, cuando acabó de admirarlo, replicó:

—¿Qué es lo que deciais antes: señor, cuales eran vuestras condiciones?

Y habiéndoselas repetido Ibn-Ammar.

—¡No por Dios! yo no juego cuando la puesta me es desconocida, podriais pedirme una cosa que yo no os pudiera dar.

—Como querais, señor, respondió friamente Ibn-Ammar, y mandó á sus criados que se llevaran el aljedréz á su tienda.

Se separaron, pero Ibn-Ammar no era hombre que se desanimaba tan fácilmente. Confió á algunos nobles castellanos, bajo palabra de guardar secreto, lo que habia de exijir de Alfonso en el caso en que le ganara la partida y les prometió sumas considerables, si querian ayudarlo. Seducidos con el cebo del oro y bastante tranquilos acerca de las intenciones del Árabe; se comprometieron

estos nobles á servirlo, y cuando Alfonso, que, por su parte, ardia en deseos de poseer el magnífico aljedréz, les consultó sobre lo que debia hacer le dijeron: «Si ganais, señor, poseereis el magnífico aljedréz, que todos los reyes os envidiarán y si perdeis ¿qué podrá pediros ese árabe?» Si hace una peticion indirecta, ¿no estamos aquí nosotros que sabremos traerlo á la razon?» Tan bien hablaron que Alfonso se dejó vencer. Mandó pues avisar á Ibn-Ammar de que lo esperaba con su aljedréz y cuando llegó el visir le dijo.

—Acepto vuestras condiciones ¡vamos á jugar!

—Con mucho gusto! respondió Ibn-Ammar, pero hagamos la cosa en regla; permitid que tal y tal—y nombró á muchos nobles castellanos—nos sirvan de testigos.

El rey consistió y, cuando llegaron los nobles que Ibn-Ammar habia designado, comenzó el juego.

Alfonso perdió la partida.

—¿Puedo yo pedir ahora, lo que quiera, segun hemos convenido? preguntó entonces Ibn-Ammar.

—Sin duda, replicó el rey, veamos ¿qué es lo que exigís?

—Que os volvais á vuestros Estados con vuestro ejército.

Alfonso se puso pálido. Presa de una febril axaltacion, recorria la sala á largos pasos, se sentaba y se ponia de nuevo á pasear.

—Me han cogido, dijo en fin á sus nobles y vosotros teneis la culpa. Ya me temia yo una peticion de esta especie de parte de ese hombre, pero vosotros me tranquilizásteis, me dijisteis que podia confiar y ahora recojo el fruto de vuestros malditos consejos.

Y despues de algunos momentos de silencio, exclamó:

—¿Qué me importa su condicion despues de todo? no hago caso de ella para nada y voy á continuar mi camino.

—Señor, le dijeron entonces los Castellanos, eso seria delinquir contra el honor, seria faltar á la palabra y vos el mas grande de los reyes de la cristiandad, sois incapaz de hacer semejante cosa.

Al fin, cuando Alfonso se hubo calmado un poco:

—Pues bien, replicó, pero en compensacion de esta expedicion frustrada necesito á lo menos doble tributo este año.

—Lo tendreis, señor, dijo entonces Ibn-

Ammar, y se apresuró á que remitieran á Alfonso el dinero que pedia, de modo que por esta vez, el reino de Sevilla. amenazado de una terrible invasion, se libró del susto gracias á la habilidad del primer ministro (1).

---

(1) Abd-el-wahid, p. 83, 85.—En el año de 1466 cuenta Cáscales («Discursos históricos de Murcia,» fol. 118) que Boabdil-al-Zagal, jugó un dia al aljedréz con D. Pedro Fajardo, gobernador de Lorca. La puesta del español era Lorca y la del moro Murcia. El último, ganó pero D. Pedro Fajardo, menos leal que Alfonso VI, faltó á su palabra. Cáscales cita un antigno romance sobre este asunto.



XI.

No contento con haber salvado el reino de Sevilla, quiso tambien Ibn-Ammar estender sus límites. Lo que principalmente tentaba su ambicion era el principado de Murcia. Primero, habia formado parte de los Estados de Zohair, luego, del reino de Valencia, pero en la época que nos ocupa era independiente. El príncipe que reinaba allí Abu-Abderraman Ibn-Tahir, era un árabe de la tribu Cais. Inmensamente rico, pues poseia la mitad del territorio, era al propio tiempo un espiritu muy culto (1) pero te-

(1) Véase Ibn-al-Abbar p. 186-183.

nia pocas tropas,de modo que su principado era fácil de conquistar. Ibn-Ammar, lo conoció cuando en el año de 1078 (1) pasó por Murcia para ir á ver, no se sabe con que motivo,al conde de Barcelona Ramon Berenguer II, apellidado Cabeza de estopa á causa de su abundante cabellera, y aprovechó la ocasion para trabar amistad con algunos nobles murcianos que estaban descontentos, de Ibn-Tahir, ó que por lo menos estaban dispuestos á venderlo por dinero. Y cuando se presentó á Ramon, le ofreció diez mil ducados, si queria ayudarlo á conquistar á Murcia. El conde aceptó esta proposicion y en garantia de la ejecucion del tratado envió á su sobrino á Ibn-Ammicar quien por su parte le prometió que si el dinero no iba en el tiempo prefijado, Rachid, hijo de Motamid, que habia de mandar el ejército sevillano, serviria de rehenes; pero Motamid ignoraba esta cláusula de tratado y como Ibn-Ammar estaba convenido de que el dinero habia de llegar á tiempo, creia que no habia de llegar el caso de aplicarla:

(1) 471 de la Hegira; «Abbad», t. II, p. 93, Ibn-al-Abbar, p. 186. La fecha 474 («Abbad» t, II p. 87) está equivocada.



Salieron á campaña las tropas de Sevilla, unidas con las de Ramon y atacaron el principado de Murcia; pero como Motamid con su indolencia ordinaria dejara pasar el término estipulado, el conde se creyó engañado por Ibn-Ammar y, colérico, lo hizo prender lo mismo que á Rachid. Los soldados sevillanos bien trataron de libertarlos, pero fueron batidos y obligados á retirarse. Motamid se hallaba en esta época de camino para Murcia, llevando consigo al sobrino del conde, pero como caminaba despacio, no estaba todavía más que á orillas del Guadiana menor, que no podía pasar á causa de la crecida, cuando los fugitivos de su ejército aparecieron en la otra orilla. Venian entre ellos dos caballeros á quienes Ibn-Ammar habia dado sus instrucciones. Hecháronse con sus caballos al rio y, habiéndolo atravesado, contaron á Motamid los deplorables sucesos que habian ocurrido, añadiendo, sin embargo, que Ibn-Ammar esperaba recobrar enseguida la libertad y suplicando al prícipe en su nombre que permanecería donde estaba. No lo hizo Motamid. Consternado con la noticia que acababa de recibir y muy inquieto por la suerte de su hijo,

retrocedió hasta Jaen, despues de haber hecho encadenar al sobrino del conde. Diez dias despues, Ibn-Ammar que habia sido soltado, llegó cerca de Jaen, pero no atreviéndose á presentarse á la vista de Motamid, cuya cólera temia, le envió estos versos:

¿Debo yo creér á mis presentimientos ó dar oido á los consejos de mis compañeros? ¿Ejecutaré mi designio ó permaneceré aquí con mi escolta? Cuando obedezco á los impulsos de mi corazon avanzo seguro de ver los brazos del amigo abiertos para recibirme: pero cuando reflexiono me vuelvo atrás. La amistad me arrastra hácia adelante, pero el recuerdo de la falta que he cometido me hace retroceder¡ Cuán estraño son los descretos del destino! ¿Quién me hubiera predicho que habia de llegar un dia en que me fuera mas grato estar lejos que cerca de vos? Os temo, porque teneis el derecho de quitarme la vida; espero, porque os amo con todo mi corazon. Tened piedad de aquél cuya adhesion inquebrantable conoceis, del que no tiene mas mérito que amaros sínceramente. Nada he hecho que pueda suministrar armas contra mí á los envidiosos, nada que pruebe de mi parte negligencia ni presuncion, pero vos mismo me habeis espuesto á una terrible calamidad, habeis enmohecido mi espada. Es verdad que si me acordara de

vuestros numerosos beneficios que han sido para mí lo que la lluvia para las ramas de los árboles, no me dejaría consumir así por horribles tormentos y no diria que lo que ha sucedido, ha sucedido por mi culpa. De rodillas imploro vuestra clemencia, os suplico que me perdoneis, pero aunque tuviera que esperimentar cerca de vos el áspero viento del Norte, esclamaría, sin embargo: ¡Oh brisa dulce á mi corazon!

Motamid, que debia conocer que tambien él era culpable, no resistió al llamamiento que Ibn-Ammar hacia á su amistad y le respondió con estos versos:

¡Ven á ocupar tu lugar á mi lado! Ven sin temor, porque te esperan bondades y no reprensiones. Está convencido de que te amo demasiado para poder afligirte; bien sabes que nada me es mas grato que verte alegre y contento. Cuando vengas aquí, me encontrarás como siempre, pronto á perdonar al pecador, clemente con mis amigos. Te trataré con bondad como antes y te perdonaré tu falta, si ha habido falta; porque el Eterno no me ha dado un corazon duro y no acostumbro á olvidar una amistad antigua y sagrada.

Tranquilo con esta respuesta, Ibn-Ammar voló á los pies de su soberano. Convinieron entre sí, en ofrecer al conde la li-

bertad de su sobrino y los diez mil ducados á que tenia derecho siempre que soltara á Rachid. Pero Ramon no se contentó con la suma estipulada, en lugar de los diez mil ducados, pidió treinta mil y como Motamid no los tenía hizo acuñarlos con una liga muy considerable. Felizmente para él, el conde no se apercibió del fráude hasta despues de haber devuelto la libertad á Rachid (1).

Apesar del mal éxito de la primera tentativa, Ibn-Ammar no dejaba de codiciar á Murcia. Pretendia haber recibido de algunos nobles murcianos, cartas que le daban grandes esperanzas y trabajó tan bien, que Motamid le permitió al cabo ir á sitiar á Murcia con el ejército sevillano.

Habiendo llegado á Córdoba, se detuvo allí veinticuatro horas para reunir á sus tropas la cabellería que habia en la ciudad. Pasó toda la noche en compañia del gobernador Fath y quedó tan encantado de su conversacion ingeniosa y picante, que cuando vino un eunuco á anunciarle que comenzaba á rayar la aurora, improvisó este verso:

---

(1) «Abbad,» t. II, p. 86, 91-94.

¡Vete imbécil! toda esta noche ha sido una aurora para mí. ¿Ni cómo podria ser de otro modo, si Fath me ha hecho compañía?

Continuando sus jornadas, llegó cerca de un castillo que llevaba todavía el nombre de Baldj, gefe de los Árabes sirios en el siglo octavo, y del que era gobernador otro árabe que pertenecia á la tribu de Baldj, es decir, á la de Cochair (1). Este árabe que se llamaba Ibn-Rachic, salió á su encuentro suplicándole que descansara en el castillo. Ibn-Ammar aceptó la invitacion. El castellano le trató magnificamente no descuidando nada para insinuarse en su gracia y lo consiguió demasiado bien. Ibn-Ammar no tardó en concederle su confianza, pero nunca le habia colocado tan mal.

Acompañado de su nuevo amigo, fué á poner sitio á Murcia y poco despues se le rindió Mula. Esta era para los Murcianos una gravísima pérdida, porque los víveres les iban por aquel lado, por lo que Ibn-Ammar no dudó de que la ciudad no tardaria

(1) Véase «Abbad,» t. I, p. 36.—Lo que se llamaba entonces castillo de Baldj, es acaso Velez-Rubio.

en rendirse, y habiendo confiado Mula á la custodia de Ibn-Rachic á quien dejó una parte de su caballería, se volvió á Sevilla con el resto del ejército. Cuando llegó, recibió carta de su teniente en que le decia que Murcia estaba acosada por el hambre y que algunos ciudadanos influyentes á quienes habia prometido puestos lucrativos, se habian comprometido á secundar á los sitiadores. «Mañana ó pasado, dijo entonces Ibn-Ammar, sabremos que se ha tomado Murcia.» Cumplióse su prediccion. Algunos traidores abrieron á Ibn-Rachic las puertas de la ciudad, Ibn-Tahir fué preso y todos los habitantes prestaron juramento á Motamid (1).

Luego que Ibn-Ammar, ébrio, de gozo recibió estas noticias, pidió permiso á Motamid, para ir á la ciudad conquistada. Este se la concedió sin vacilar. Entonces el visir que queria recompensar noblemente á los Murcianos, se hizo dar gran cantidad de caballos y de mulos pertenecientes á las caballerizas reales, pidió prestados otros á sus amigos y cuando tuvo cerca de doscien-

(1) «Abbad.», t. II, p. 86, 87.

tos los hizos carga de telas preciosas y se puso en marcha á tambor batiente y con banderas desplegadas. En todas las ciudades porque pasaba, se hacia entregar las cajas del Estado. Su entrada en Murcia fué un verdadero triunfo. Al dia siguiente dió audiencia, pero afectando aires de soberano, porque se habia cubierto con un gorro muy alto, tal como su señor tenia costumbre de llevarlo en ocasiones solemnes, y cuando se le presentaban peticiones, escribía al pié: «Que así sea si Dios quiere,» sin nombrar á Motamid.

Esta conducta presuntuosa se parecia mucho á una rebelion. Motamid, al menos, lo juzgaba así. Sin embargo, no se encolerizó: un sentimiento de tristeza y de desaliento se apoderó de él; veía desvanecerse de pronto el sueño que habia acariciado durante veinticinco años. ¿Le habría engañado el instinto de su corazon? ¿La amistad de Ibn-Ammar, sus protestas de desinterés y de adhesion inquebrantable, no habria sido mas que hipocresía y mentira? Sin embargo, acaso era menos culpable de lo que parecía á los ojos de su soberano. Tenia, cierto es, una vanidad escesiva y absurda, pero no es seguro que hubiera tenido el cul-

pable pensamiento de rebelarse contra su bienhechor. De carácter menos ardiente y menos impresionable, acaso no tuvo nunca á Motamid la amistad entusiasta y apasionada que este le profesó; pero tenía, sin embargo un afecto verdadero á su rey, testigos estos versos, que dirigió en respuesta á las reprensiones de Motamid:

No, vos os engañais cuando decis, que me han cambiado las vicisitudes de la fortuna! El amor que tengo á Chams, mi anciana madre, es menos fuerte que el que siento por vos. ¡Querido amigo! ¿cómo es posible que vuestra bondad no me alumbre con sus rayos, como el relámpago alumbra las tinieblas de la noche? ¿Cómo es posible que ni una tierna palabra venga á consolarme, como dulce brisa? ¡Oh! yo sospecho que algunos infames que conozco, han querido destruir nuestra tierna amistad! Así me retirais vuestra mano, despues de una amistad de veinticinco años de cumplida felicidad, pasados sin que hayais tenido la menor queja de mi, sin que me haya hecho culpable de ninguna mala accion,—me retirais así vuestra mano dejándome presa de las garras del destino? ¿Soy yó otra cosa para vos que un esclavo obediente y sumiso? Reflexionad un momento, no os precipiteis, el que se precipita demasiado, cae; mientras que el que camina con circunspec-

cion, llega al término de su viaje. ¡Ah! ya os acordareis de mí cuando se rompan los lazos de amistad que nos unian y no os queden mas que amigos interesados y falsos. Ya me buscareis cuando ninguno de los que os rodean pueda daros un buen consejo y yo no estaré allí, yo que sabia aguzar el ingenio de los demás.

¿Quién sabe si una hora de conversacion y de espansion no hubiera disipado las prevenciones de Motamid y reconciliado aquellas dos almas tan bien forjadas para entenderse? Mas ¡ay! el príncipe y el visir se hallaban lejos uno de otro y este tenia en Sevilla una multitud de envidiosos y de enemigos que se gozaban en calumniarlo y en denigrarlo á los ojos del monarca; en interpretar malignamente sus menores hechos y sus palabras mas sencillas. Estaban tan apoderados del ánimo del príncipe aquellos «infames» de que Ibn-Ammar habla en su poema y entre los que se distinguía el visir Abu-Ber ibn-Zaidun (1), el hombre mas influyente entonces en la córte, que Motamid habia concebido ya sospechas de

(1) Era hijo del gran poeta Abn-'l-wahid Ibn-Zaidun.

la fidelidad de Ibn-Ammar, cuando este le pidió licencia para ir á Murcia. Unase á esto que Ibn-Ammar encontró un enemigo no menos peligrosos en Ibn-Abdalaziz, príncipe de Valencia y amigo de Ibn-Tahir.

Al llegar á Murcia, Ibn-Ammar tenia intenciones de tratar á Ibn-Tahir de una manera honorífica; así que le hizo presentar muchos vestidos de honor para que eligiera uno de su gusto, pero Ibn-Tahir cuyo génio naturalmente cáustico se habia agriado con la pérdida de su principado, respondió al mensagero de Ibn-Ammar: «Vé á decir á tu señor que no quiero otra cosa suya mas que su larga pelliza y su pequeña cachucha.» Al recibir esta respuesta, en medio de sus cortesanos, Ibn-Ammar se mordió los lábios de despecho. «Comprendo el sentido de sus palabras, dijo al fin; sí, ese era el trage que yo llevaba cuando pobre y oscuro vine á recitarle mis versos (1).» Pero no perdonó á Ibn-Tahir este rudo golpe asestado á su vanidad. Cambiando de intenciones respecto á él, lo hizo encerrar en la fortaleza de Monteagudo (2).

(1) Ibn-al-Abbar, p. 189,

(2) A una legua de Murcia. En las ruinas del antiguo castillo existen todavia.

Cediendo á las instancias de Ibn-Abdalaziz, Motamid envió á su visir la órden de poner en libertad á Ibn-Tahir, pero Ibn-Ammar no lo hizo (1). Entretanto Ibn-Tahir consiguió evadirse, gracias á la ayuda que le prestó Ibn-Abdalaziz, y fué á establecerse en Valencia. Ibn-Ammar se puso furioso y compuso con esta ocasion un poema en el que escitaba á los Valencianos á revelarse contra su señor. He aqui algunos versos:

Habitantes de Valencia, sublevaos todos contra los Beni-Abdalaziz, proclamad vuestras justas quejas y elejid otro rey, un rey que sepa defenderos contra vuestros enemigos. Ya sea Mohamed ó Ahamed (2), siempre será mejor que ese visir que ha entregado vuestra ciudad al oprobio, como un marido sin vergüenza que prostituye á su propia muger. Ha ofrecido asilo al que habia sido abandonado por sus propios súbditos. Haciéndolo, os ha llevado un pájaro de mal agüero, os ha dado por conciudadano un hombre vil é infame. ¡Ay! es preciso lavarme la cara en la que una muchacha sin brazalete, una vil esclava me ha dado

(1) Véase «Abbad» t. II, p. 87.
(2) Que sea Juan ó Pedro, diriamos nosotros.

un bofeton. ¿Crees escapar Ibn-Abdalaziz á la continua venganza de un hombre que marcha siempre en persecucion de su enemigo y que continua su ruta, aunque no le alumbra ninguna estrella? ¿Con qué astucia puede sustraerte á las manos vengadoras de un bravo guerrero de los Beni-Ammar que lleva tras si un bosque de lanzas? ¡Esperad verlo llegar enseguida, rodeado de un innumerable ejército! ¡Valencianos, os doy un buen consejo; marchad como un solo hombre contra ese palacio que encubre tantas infamias tras de sus muros, apoderaos do los tesoros que encierran sus cuevas, derribadlo hasta los cimientos de modo que solo las ruinas atestigüen que existió un dia!

Cuando Motamid tuvo conocimiento de esta composicion, estaba ya tan irritado contra Ibn-Ammar, que la parodió de este modo:

«Con qué astucia podrá sustraerse á las manos vengadoras de un bravo guerrero de los Beni-Ammar»; de esos hombres que se presternaban antes con inaudita bajeza á los pies de todos los señores, de todos los príncipes, de todos las testas coronadas, que se creian dichosos cuando recibian de sus amos una parte algo mayor que los demás criados, que, despreciables verdugos, cortaban las cabezas á los criminales y que se han

elevado de la condicion mas ínfima á las dignidades mas altas.

Estos versos causaron á Ibn-Abdalaziz un gozo inesplicable, pero Ibn-Ammar se ahogaba de cólera y en su furia compuso contra Motamid, contra Romaiquia y contra los Abbaditas en general una sátira mucho mas sangrienta todavia. Él, aventurero nacido bajo la paja, él, á quien la bondad de Motamid habia sacado de la nada, se atrevió á echar en cara á los Abbaditas, no ser, despues de todo, mas que oscuros labriegos de la aldea de Jaumin, «esa capital del universo», como decía con amarga ironía. «Tú has elegido entre las hijas del populacho, proseguia, esa esclava que Romaic, su amo hubiera cambiado de buena gana por un camello de un año. Ella ha echado al mundo hijos libertinos, hombrecillos rechonchos que la avergüenzan. Motamid, yo manillare tu honor yo desgarraré los velos que cubren tus torpezas, yo los haré caer á pedazos. Si, émulo de los antiguos héroes, sí, tu has defendido tus aldeas, pero sabías que tus mugeres te engañaban y se lo consentias»......

Por un resto de pudor, Ibn-Ammar no enseñó estos versos, escritos en un acceso atroz

de rabia, mas que á sus amigos más íntimos; pero habia entre ellos un rico judío de Oriente á quien habia concedido su confianza sin sospechar que era un emisario de Ibn-Abdalaziz. Este judío consiguió, sin gran trabajo, procurarse una copia de la sátira escrita por mano de Ibn-Ammar y la envió al príncipe de Valencia. Este escribió enseguida á Motamid y por medio de una paloma le envió su carta y la sátira en un mismo pliego.

Desde entonces toda reconciliacion se hizo imposible. Ni Motamid, ni Romaiquia, ni sus hijos, podian perdonar á Ibn-Ammar sus innobles injurias. Pero el rey de Sevilla no tuvo necesidad de castigar á su visir, otros se tomaron ese cuidado. Abandonándose á los placeres con una completa indolencia, no se apercibió Ibn-Ammar de que Ibn-Rachic, secundado por el pueblo de Valencia le hacia traicion, y cuando llegó á abrir los ojos ya era tarde: escitados por Ibn-Rachic los soldados pidieron á gritos sus pagas atrasadas y, como Ibn-Ammar no podia satisfacerlos, lo amenazaron con entregarlo á Motamid. Esta amenaza lo hizo temblar y se salvó huyendo precipitadamente.

Fué á buscar asilo cerca de Alfonso, lisonjeándose con la esperanza de que este monarca lo ayudaría á reconquistar á Murcia; perose engañaba: Alfonso habia sido ganado por los magnificos presentes que le habia hecho Ibn-Rachic y dijo á Ibn-Ammar: «Todo eso no es mas que una historia de ladrones: el primer ladron (1) ha sido robado por otro (2) y este lo ha sido por un tercero (3).» Viendo pues, que no tenia nada que esperar en Leon, Ibn-Ammar fué á Zaragoza donde entró al servicio de Moctadir. Pero esta córte, mucho menos brillante que la de Sevilla, le desagradó mucho. Fué pues á Lérida, donde reinaba Mudhffar, hermano de Moctadir. Allí encontró escelente acogida, pero, como Lerida le parecia mas monotona aún que Zaragoza, se volvió á esta última ciudad, donde Mutamin habia sucedido á su padre Moctadir (4). El fastidio,ese mal horrible, se habia apoderado de él y se estendia como negra nube sobre su presente y su porvenir; así que se felicitaba de encon-

(1) Motamid.
(2) Ibn-Ammar.
(3) Ibn-Rachic.
(4) En octubre de 1081.

trar ocasion de salir de su ociosidad. Un castellano á quien conocia se habia revelado; él dió palabra á Mutamin de reducirlo y se puso en camino con una pequeña escolta. Habiendo llegado al pié de la montaña en que se encontraba el castillo, pidió permiso al rebelde para ir á hacerle una visita acompañado solo de dos hombres. El castellano que no desconfiaba de él, no vaciló en acceder á su demanda. «Cuando me veais ir al lado del gobernador y estrecharle la mano, dijo Ibn-Ammar á sus dos servidores Djabir y Hadi, le hundireis vuestras espadas en el pecho.» El castellano fué muerto, sus soldados pidieron y obtuvieron el perdon y Mutamin quedó muy contento del servicio que Ibn-Ammar le habia prestado. Poco despues creyó éste hallar nueva ocasion para satisfacer la necesidad de actividad febril que le devoraba. Quiso procurar á Mutamin la posesion de Segura. Encaramada en la última cresta de un pico casi inaccesible, habia logrado esta fortaleza conservarse independiente cuando, Moctadir se apoderó de los Estados de Alí, príncipe de Dénia, y un hijo de este llamado Siradj;-al-daula, la habia poseido por algun tiempo; pero como acababa de morir

los Beni-Sohail que eran tutores de sus hijos, querian vender á Segura á cualquier príncipe vecino, é Ibn-Ammar prometió á Mutamin entregársela del mismo modo que le habia entregado el otro castillo. Partió pues, con algunas tropas y mandó á pedir á los Beni-Sohail que le concedieran una conferencia. Consintieron, pero en lugar de caer en sus redes, Ibn-Ammar que los habia ofendido, cuando reinaba en Murcia, fué el que cayó en el lazo. Las entradas de la fortaleza estaban defendidas por una pendiente tan escarpada que para entrar en ella era preciso dejarse hizar á fuerza de brazos. Cuando llegó á este lugar peligroso, acompañado de Djabir y Hadí, compañeros obligados en toda empresa aventurera,Ibn-Ammar se hizo subir el primero; pero en cuanto puso los piés en el suelo, lo cogieron los soldados de la guarnicion que gritaron á sus acólitos, que, echaran á correr, si no querian ser muertos á flechazos. No tuvieron necesidad de repetirles el aviso y ellos corriendo cuesta abajo fueron á anunciar á los soldados de Zaragoza que Ibn-Ammar habia sido hecho prisionero. Estos,persuadidos de que era inutil toda tentativa para salvarlo, se volvieron por donde habian venido.

Despues de haber metido á Ibn-Ammar en un calabozo, los Beni-Sohail resolvieron venderlo al mejor postor. El que lo compró fué Motamid, lo mismo que al castillo de Segura y encargó á su hijo Radhí que condujera el prisionero á Córdoba. El infortunado visir entró en esta ciudad cargado de cadenas y montado en una mula de carga entre dos sacos de paja. Motamid lo abrumó de reprensiones y le mostró la terrible sátira, preguntándole si conocia la letra. El prisionero que apenas podia tenerse en pié, tan pesadas eran sus cadenas, le escuchó en silencio con los ojos clavados en el suelo y cuando el príncipe hubo terminado su larga invectiva, le dijo:

—Nada niego señor de lo que acabais de decirme, ni de qué me serviría negarlo si hasta las piedras hablarian para atestiguar la verdad de vuestras palabras? He faltado, os he ofendido gravemente, pero perdonadme!

—Lo que tú has hecho no se perdona, le respondió Motamid.

Las damas á quienes habia ultrajado en su sátira, se vengaron encarneciéndolo con burlas mordaces. En Sevilla tuvo que sufrir



de nuevo los insultos de la multitud. Sin embargo, su cautividad se prolongaba y esto le daba alguna esperanza. Sabia que muchos personages elevados, entre otros el príncipe Rachid hablaban ó escribian en su favor. Así, que no cesaba de estimular su celo con sus versos, pero Motamid estaba ya tan fatigado de las multiplicadas súplicas que le dirigian que habia prohibido dar al prisionero abios de escribír cuando este le suplicó que le dieran por última vez papel, tinta y un «calam.» Habiendo obtenido su demanda, dirigió á Motamid un largo poema que se entregó al sultan por la noche en un festin. Cuando se marcharon los convidados, Motamid lo leyó, se conmovió é hizo venir á Ibn-Ammar á su cámara donde le reprendió de nuevo su ingratitud. Al principio Ibn-Ammar, sofocado por las lágrimas, no pudo responderle nada, pero serenándose poco á poco, supo recordarle con tal elocuencia la dicha que antes habian gozado juntos qué Motamid conmovido, enternecido, medio vencido acaso, le dirigió algunas palabras animadoras, aunque sin concederle formalmente el perdon. Desgraciadamente—porque el peor de los males es el que nos viene cercado de esperanzas—

desgraciadamente Ibn-Ammar, se engañó mucho sobre los sentimientos de Motamid respecto de él. A las alternativas de cólera y de enternecimiento de que habia sido testigo, les dió un sentido que no tenian. Motamid le habia conservado un resto de cariño, pero de eso al perdon, habia todavia mucho que hablar, y esto fué lo que Ibn-Ammar no comprendió. Habiendo vuelto á su prision creyó en un próximo cambio de fortuna y no pudiendo contener el gozo en que desbordaba su corazon, escribió á Rachid una carta anunciándole el feliz éxito de su conversacion con el monarca. Rachid estaba con otros cuando le fué entregada y mientras que la leía, su visir Isa echó una mirada furtida y rápida, pero que le bastó para convencerlo que era. Sea chalataneria, sea que no me quiera Ibn-Ammar, no divulgó la cosa y pronto llegó á oidos de Abu-Bcer ibn-Zaidun llena de exageraciones que nos son desconocidas, pero que debian haber sido muy infames, porque un historiador árabe dice que las pasa en silencio porque no quiere con ellos manchar un libro. Ibn-Zaidun pasó la noche en una terrible ansiedad: la rehabilitacion de Ibn-Ammar era su desgracia,

acaso su sentencia de muerte. A la mañana siguiente no sabiendo aun á qué atenerse se quedó en casa á la hora en que de ordinario iba á palacio. Motamid le mandó á buscar y lo recibió tan afectuosamente como de costumbre, de modo que Ibn-Zaidum adquirió la seguridad de que su situacion era menos peligrosa de lo que habia temido. Así, cuando el sultan le preguntó que porque se habia hecho esperar tanto, le respondió, que creia haber caido en desgracia y le hizo saber al mismo tiempo que su conversacion con Ibn-Ammar era conocida de toda la córte que se esperaba ver de nuevo en el poder al ex-visir, que su amigo y compatriota Ibn-Salam le tenia ya prefecto de la ciudad, preparadas las mejores habitaciones de su casa para alojarlo mientras que le devolvieran sus palacios y no hay que decir que no dejó de contar las calunmias que se habian divulgado.

Motamid no sentia ya mas que ira. Aun cuando lo que hubiera pasado entre él y su prisionero no hubiera sido desnaturalizado por el ódio, le hubiera indignado la loca presuncion de Ibn-Ammar que, de algunas buenas palabras, habia deducido al punto que iban á ponerlo en libertad y á volver

al poder. «Vé á preguntar á Ibn-Ammar, dijo Motamid dirigiéndose á un eunuco esclavo, cómo ha podido divulgar la conversacion que tuve con él ayer noche.»

El eunuco volvió enseguida diciendo:

—Ibn-Ammar niega haber dicho nada á nadie.

—Pero puede haber escrito, replicó Motamid. Yo le hice dar dos hojas de papel: sobre la una ha escrito el poema que me ha enviado, ¿pero qué ha hecho de la otra? Vé y pregúntaselo.

El eunuco volvió y dijo:

—Ibn-Ammar pretende que la otra hoja le ha servido para escribir el borrador del poema.

—Entónces que te dé el borrador, replicó Motamid.

Ibn-Ammar no pudo negar la verdad por mas tiempo. «He escrito á Rachid, dijo tristemente, para anunciarle lo que el príncipe me habia prometido.»

A esta confesion la sangre de su terrible padre, de aquel buitre pronto siempre á caer sobre su presa para despedazarla y saciar su ira en sus entrañas, se despertó en las venas de Motamid y se las abrazó. Cogiendo la primer arma que encontró á

mano, que era una magnífica hacha que había recibido de Alfonso, bajó en dos saltos los tramos de escalera que iban á la habitacion donde Ibn-Ammar estaba encerrado. Al encontrar la mirada de fuego del monarca, Ibn-Ammar se quedó yerto. Presentía que iba á sonar su última hora... Arrastrando sus cadenas fué á echarse á los piés de Motamid que humedeció con sus besos y sus lágrimas; pero el sultan inexorable levantó el hacha y lo hirió diferentes veces hasta que quedó muerto, hasta que su cadáver estuvo frio... (1).

Tal fué el fin trágico de Ibn-Ammar que exitó en la España árabe una vivísima emocion aunque no muy larga, porque los graves sucesos que ocurrieron en Toledo y los progresos de las armas castellanas no tardaron en dar otra direccion á las ideas.

---

(1) «Abbad», t. II, p. 108-119; Ibn-Bassam, t. II, artículo sobre Ibn-Ammar; Abd-l-wahid, p. 85-90.



XII.

El emperador Alfonso VI, rey de Leon, de Castilla, de Galicia y de Navarra, tenia decidida intencion de conquistar toda la Península (1) y era lo bastante poderoso para hacerlo. Sin embargo, no queria realizarlo de pronto. Nada le obligaba á apresurarse, tenia tiempo de esperar. Ante todo reunia dinero, nervio de la guerra y el medio mas seguro de lograr el objeto que se proponia su ambicion. En consecuencia ponia en prensa á los príncipes mul-

---

(1) Véase «Abbad», t. II, p. 20.

sumanes y como de una prensa manan la sidra y el vino, de estos reyezuelos estrujados manaba el oro.

El mas débil de sus tributarios era acaso Cadir, rey de Toledo. Educado en la molicie del serrallo, era este príncipe el juguete de sus eunucos y la burla de sus vecinos que lo despojaban á porfia. Solo Alfonso parecia protegerlo. Así, que se dirigió á él cuando ya no pudo contener á sus súbditos hartos de su tiranía. Alfonso prometió enviarle tropas, pero exigió en recompensa una suma enorme. Cadir se la pidió á los principales ciudadanos á quienes habia hecho ir á su presencia. Ellos se negaron á darsela. «Os juro exclamó entonces que si no me la dais al momento, entrego á vuestros hijos en manos de Alfonso.—Antes te echaremos,» le respondieron. En efecto, los Toledanos se entregaron á Motawakkil de Badajoz y Cadir tuvo que escaparse durante la noche. Entonces imploró de nuevo el socorro de Alfonso. «Iremos á sitiar á Toledo, le dijo el emperador, y serás restablecido en tu trono; pero para eso es preciso que me des todo el dinero que has traido de Toledo, todavia me hará falta más en adelante y me dejarás algunas fortalezas en prenda.» Ca-

dir consintió en todo y comenzaron las hostilidades contra Toledo (1080) (1).

Ya habian durado dos años, cuando el emperador envió segun costumbre una embajada á Motamid para pedirle el tributo anual. Esta embajada se componia de muchos caballeros, pero el encargado de recibir el dinero era un judío llamado Ben-Chalib (2), porque en esta época los judíos servian por lo comun de intermediarios entre cristianos y musulmanes.

Habiendo levantado los embajadores sus tiendas fuera de la ciudad, Motamid mandó algunos de sus grandes, entre los que se encontraba el primer ministro Abu-Bcr ibn-Zaidun, á que llevaran lo que tenia que pagar. Pero parte de la moneda era de baja ley, no habiendo podido reunir Motamid la bastante aunque habia impuesto á sus súbditos una contribucion extraordinaria. Así, que el judío exclamó al verla: «¿Me creís lo bastante tonto para tomar esta moneda falsa? Yo no tomo más

---

(1) «Abbad» t. II, p. 17; crónica arábiga-valenciana, traducida en la «Crónica general,» fól. 309, col. 3 y 4; Rodrigo de Toledo, VI, 23.

(2) Nowairi, le llama Chalib sin «Ben».



que oro puro y el año que viene necesitaré ciudades.»

Cuando refirieron estas palabras á Motamid, se encolerizó en gran manera. «¡Qué me traigan á ese judío y á sus compañeros!» gritó á sus soldados. Ejecutóse la órden y cuando llegaron los embajadores á palacio, dijo Motamid:

—Que metan á esos cristianos en la cárcel y que se crucifique á ese maldito judío.

—Perdon, perdon gritó el judío que, antes tan orgulloso, temblaba ahora como un azogado; y os daré de oro lo que peso.

—¡Por Dios! Aunque me dieras la Mauritania y la España por tu rescate, no te las tomaria!

El judío fué crucificado (1).

---

(1) «Abbad,» t. II, p. 231, 187, 174, Este relato descansa en un testimonio muy respetable, el de Ibn-al-labbana, uno de los poetas de la corte de Motamid. Este autor trae tambien la fecha (1082), mientras que los otros historiadores dicen sin razon, que este suceso ocurió despues de la toma de Toledo por Alfonso. El autor del «Raudh-al-mitar» («Abbad» t. II, p. 238, 239,), trae una version muy diferente y bastante rara, pero consultese sobre este libro la nota D. al fin de este tomo.

Al saber lo que habia ocurrido, Alfonso juró por la Trinidad y por todos los santos del paraiso que habia de tomar una venganza sonada , terrible. «Iré, dijo, á desvastar el reino de ese infiel con guerreros tan inumerables como los cabellos de mi cabeza y no he de detenerme hasta llegar al estrecho de Gibraltar.» Pero no pudiendo abandonar á su suerte á los caballeros cristianos que gemian en los calabozos de Sevilla, mandó á preguntar á Motamid con qué condiciones consentiria en soltarlos. El sultan exijió la restitucion de Almodovar (1), y habiéndole sido entregada esta ciudad, puso en libertad á los caballeros (2), pero apenas estuvieron en su pátria de vuelta, Alfonso ejecutó sus amenazas. Saqueó y quemó los pueblos del Axarafe, mató ó se llevó como esclavos á todos los musulmanes que no tuvieron tiempo de meterse en una plaza fuerte, asedió á Sevilla durante tres dias y habiendo llegado á las playas de Tarifa metió su caballo en las

(1) Pelayo de Oviedo (c. 71) cuenta esta ciudad entre las que habia conquistado Alfonso.

(2) «Abbad», t. II, p. 175, 231, 188.

olas exclamando: «¡Esta tierra es la última de España y la he pisado!» Cumplido su juramento y satisfecha su vanidad, llevó su ejército al reino de Toledo (1).

Aqui tambien sus armas fueron victoriosas y habiendo tenido Motawakkil que evacuar el pais, los habitantes de la capital abrieron las puertas á Cadír apesar suyo (1084) Cadir les sacó enormes sumas que ofreció á Alfonso. «Eso no es bastante», le dijo friamente el Emperador. Entónces Cadir le ofreció además los tesoros de su padre y de su abuelo.

—Todavia eso no es suficiente, dijo Alfonso.

—Os daré mas, pero concededme un plazo.

—Te lo concedo, siempre que me dés de nuevo fortalezas en prenda.

Cadir consintió.... Su herencia se caia á pedazos, todos sus recursos se agotaban, pero, ¿qué podia hacer? Sabia que la espada del terrible Alfonso estaba suspendida

---

(1) «Abbad» t. II, p. 8, 173 (nota 27); «Cartás», p. 92. La fecha es 1082 como se lee en el «Cartás»; en el autor del «Hotal» («Abbad,» t. II, p. 188) cita equivocadamente el año de 1084.



sobre su cabeza y que á la menor señal de desobediencia caeria sobre ella. Daba, pues, oro y mas oro, forzalezas y mas fortalezas; para contentar al emperador, estrujaba á sus súbditos y despoblaba su reino; porque no pudiendo hacer otra cosa los Toledanos emigraban en masa para establecerse en los Estados del rey de Zaragoza. Y sin embargo, todo esto no le servia de nada; cuanto mas daba, mas exigente se hacia Alfonso, y cuando juraba que ya nada tenia que dar, el emperador venía á asolar los alrededores de Toledo. Por algun tiempo se asió tadavia á su trono apolillado, pero al fin tuvo que tomar solèta. Fué pues, á donde Alfonso lo esperaba y se declaró pronto á cederle á Toledo, pero puso ciertas condiciones, de las que las principales eran estas:

Alfonso tomaria bajo su salvaguardia la vida y los bienes de los Toledanos y estos podrian irse ó quedarse á su voluntad

No les exigiria mas que una capitacion señalada de antemano.

Les dejaria la mezquita mayor, y

Se comprometeria á poner á Cadir en posesion de Valencia.

El emperador aceptó estas condiciones y el 25 de Mayo de 1085 hizo su entrada en

la antigua capital del reino visigodo (1).

Desde entonces nada igualó á su orgullo, si no es la bajeza de los príncipes musulmanes. Casi todos se apresuraron á enviarle embajadores para cumplimentarlo, le ofrecieron presentes y le declararon que se consideraban como sus recaudadores de contribuciones. Alfonso, «el soberano de los hombres de las dos religiones», como se intitulaba en sus cartas, no se tomaba siquiera el trabajo de disimular el desprecio que le inspiraban. Hosam-ad-daula, señor de Albarrazin, habia venido en persona á ofrecerle un soberbio regalo. Justamente un mono divertia con sus saltos al emperador. «Toma ese animal en cambio de tu presente» le dijo Alfonso con acento de supremo desdén. Y el musulman léjos de resentirse de la injuria, vió en este mono una prenda de amistad, una prueba de que Alfonso no tenia intencion de quitarle sus Estados (2).

Despues de la toma de Toledo, tocóle el turno á Valencia. Dos hijos de Ibn-Abdalaziz se disputaban allí el poder, otro partido queria entregar á Valencia al rey de Zara-

(1) «Abbad» t. II, p. 18.
(2) «Abbad» t. II, p. 19.

goza y otro todavia á Cadir. Este último triunfó, Cadir tenia en efecto los mejores títulos que hacer valer; llevaba tras sí un ejército castellano mandado por el gran capitan Alvar Fañez. Solo que los Valencianos tenian que costear la mantencion de estas tropas y ellas les habian de costar seiscientas monedas de oro cada dia! Por mas que le digeron á Cadir, que no tenia necesidad de este ejército, pues que ellos le habian de servir lealmente, este no hizo la simpleza de creer en sus promesas y sabiendo que lo detestaban y que los antiguos partidos no habian perdido la esperanza, retuvo á los Castellanos. A fin de poder pagarlos gravó á la ciudad y á su territorio con un impuesto extraordinario y sacó á la nobleza sumas enormes. Pero apesar de los actos mas despóticos, apremiado por Alvar Fañez para que pagara los alcances de su sueldo, se halló, al fin, un dia sin recursos. Entonces propuso á los Castellanos que se fijaran en su reino, ofreciéndoles estensas posesiones. Ellos consintieron, pero, haciendo cultivar sus vastos dominios por siervos, continuaban enriqueciéndose, haciendose razzis en las cercanias. Su tropa se habia aumentado con la héz de la poblacion arábiga. Una multitud de es-

clavos, de viciosos y de presidarios se habian alistado en sus banderas y pronto adquirieron estas bandas por sus crueldades inauditas, una triste celebridad. Asesinaban á los hombres, violaban á las mugeres y cambiaban muchas veces un prisionero musulman por un pan, por un jarro de vino ó por una libra de pescado. Cuando un prisionero no queria ó no podia pagar rescate, le cortaban la lengua, le sacaban los ojos y hacian que sus perros lo despedaran (1).

Valencia estaba, pues, en realidad en poder de Alfonso. Cadir llevaba todavia el título de rey, pero gran parte del territorio pertenecia á los Castellanos y para incorporar esta ciudad á sus Estados no tenia Alfonso mas que pronunciar una palabra. Zaragoza tambien parecia perdida. Él emperador la sitiaba y habia jurado que la habia de tomar (2). Al otro estremo de España un capitan de Alfonso, Garcia Gimenez, que se habia metido con una tropa de caba-

---

(1) Véase mis «Recherches» t. II p. 116-130

(2) «Abbad» t. II p. 21; «Cartas» p. 92; Ibn-Khaldum «Hist. de los Berberiscos», t. II p. 77 de la traducion.

lleros en el castillo de Aledo, no léjos de Lorca, hacia sin cesar escursiones al reino de Almeria (1). Ni estaba mas libre el de Granada, la prueba és, que, en la primavera de 1085, los Castellanos avanzaron hasta el pueblo de Nibar á una legua E. de Granada y allí dieron una batalla á los musulmanes (2). Do quiera en fin, el peligro era estremo y la desaminacion tambien. No se atrevian á luchar con los cristianos, ni aun siendo cinco contra uno. Recientemente un cuerpo de cuatrocientos Almerienses (y era un cuerpo escogido) habia huido delante de ochenta Castellanos (3). Era pues evidente que si los Arabes españoles seguian abandonandos á sí mismos, tendrian que elegir entre someterse al emperador ó emigrar en masa. Muchos de ellos, en efecto, opinaban que era preciso abandonar el pais. «Poneos en camino, oh Andaluces, cantaba un poeta, porque quedarse aquí seria una locura (4).» La emigracion, sin embargo, era un partido

(1) Compárense los «Annal Tolet. I» en el año 1086 con mis «Recherches t. I p. 273 nota 4.

(2) Ibn-al-Khatib, man. E., art. sobre Mocatil.

(3) «Abbad», t. II, p. 20.

(4) Maccar. t. II, p. 672.

extremo y difícilmente se resolvian á tomarlo. Además, no estaba todo enteramente perdido, podian recibirse socorros de Africa. De allí era, en efecto, de donde los menos desalentados esperaban su salvacion. Se habia hecho la proposicion de dirigirse á Beduinos de Ifríkia, pero se habia objetado que aquella gente era tan famosa por su ferocidad como por su valor y que era de temer que, cuando vinieran á España se entretuvieran en saquear á los musulmanes en lugar de combatir á los cristianos (1). Entonces se pensó en los Almoravides. Eran estos los Berberiscos del Sahara que representaban por primera vez un papel en la escena del mundo. Convertidos recientemente al islamismo por un misionero de Sidgilmesa, habian hecho rápidas conquistas y, en la época de que nos ocupamos se estendia su vasto imperio desde el Senegal hasta Argel. La idea de llamarlos á España agradaba principalmente á los ministros de la religion. Los príncipes vacilaron por mucho tiempo. Algunos de ellos, tales como Motamid y Motawakkil, mantenian relaciones

(7) «Abbad» t. II, p. 37.

con Ynsuf ibn-Techufin, rey de los Almoravides y hasta le habian pedido en diferentes ocasiones que los ayudara contra los cristianos; pero en general los príncipes andaluces sin eceptuar á Motamid y á Motawakkil, tenian pocas simpatias por el gefe de los rudos y fanáticos guerreros del Sahara y veian en él un rival peligroso, mas que un auxiliar. Sin embargo, como el peligro se acresentaba de dia en dia, era preciso acogerse al único medio de salvacion que quedaba. Motamid por lo menos así lo creia y cuando su primógito Rachid le representó el peligro á que estaba espuesto, si traia á los Almoravides á España: «Todo eso es verdad, le respondió, pero no quiero que pueda censurarme la posteridad de haber sido causa de que Andalucia sea presa de los infieles, no quiero que mi nombre sea maldecido en todas las cátedras musulmanas y si tengo que elegir, prefiero mejor ser camellero en Africa que porquero en Castilla (1).

Habiendo decidido su plan, lo comunicó á sus vecinos Motawakkil de Badajoz y Ab-

(1) «Abbad», t. II, p. 189 etc.



dallah de Granada, (1) rogándoles que se asociaran á él y enviaran sus cadies á Sevilla. Así lo hicieron; Motawakkil envió á Sevilla al cadí de Badajóz, Abu-Ishac ibn-Mocana y Abdallah al cadí de Granada Abu-Djafar Colaií. Juntóse á ellos el cadí de Córdoba Ibn-Hadam y el visir Abu-Becr ibn-Zaidun. Estos cuatro personages sé embarcaron en Algeciras y fueron á presentarse á Yusuf. (2) Estaban encargados de invitarle, á nombre de sus soberanos, á venir á España con un ejército, pero debian ponerle ciertas condiciones, que por lo demás nos son desconocidas, sabiendo solamente que Yusuf debia jurar no quitar sus Estados á los príncipes andaluces y que prestó este juramento (3). Entónces hubo que fijar el lugar del desembarco de Yusuf; Ibn-Zaidun propuso Gibraltar, pero

---

(1) Muerto Badis en 1073, sus Estados se dividieron entre sus dos nietos Abdallah y Temim, el primero obtuvo á Granada y el segundo á Málaga.

(2) Los autores que dicen, que el mismo Motamid se presentó á Yusuf, me parece que confunden la primera expedicion del monarca africano con la segunda,

(3) Véase «Abbad», t. II, p. 27.

Yusuf dió á entender que preferia á Algeciras y hasta que debian cederle esta plaza. El visir de Motamid le respondió, que no estaba autorizado para concedérselo y desde entónces Yusuf trató á los embajadores con bastante frialdad, no dándoles mas que respuestas ambigüas y evasivas, de modo que al dejarlo no sabian por que partido se iba á decidir; no les habia prometido venir, pero tampoco les habia dicho que no vendria.

Los príncipes andaluces estaban, pues, en la incertidumbre, pero fueron sacados de ella de un modo bastante desagradable y que probaba que no eran infundadassus sospechas. Yusuf que no hacia nada de ordínario sin haber consúltado á sus faquíes, les preguntó lo que debia hacer, y los faquíes declararon, primero, que estaba obligado á combatir á los castellanos y luego que si tenia necesidad de Algeciras y que si no se la querian ceder tenia el derecho de tomarla. Provisto de este fetva, Yusuf habia dado á muchos cuerpos de ejército la órden de embarcarse en Céuta en un centenar de naves y de hacer vela á Algeciras, de modo, que esta ciudad se vió de pronto rodeada de un gran ejército que exigia que se le

entregaran víveres y la plaza misma. Radhíd que la gobernaba, se encontró en una gran perplegidad, no estando el caso previsto. No se negó á suministrar víveres á los Almoravides, pero al mismo tiempo, se puso en estado de rechazar, si era preciso, la fuerza con la fuerza. Escribíó además á su padre, pidiéndole órdenes, y atando su carta á el ala de una paloma, la dejó ir á Sevilla. No hizo esperar la respuesta de Motamid. Se decidió pronto, porque, por chocante que le pareciera la conducta de Yusuf, conocia que habia ido demasiado lejos para retroceder y que le era preciso poner buena cara á mal juego. Mandó pues, á su hijo evacuar á Algeciras y retirarse á Ronda (1). Embarcáronse entonces para Algeciras nuevas tropas y al fin llegó el mismo Yusuf. Su primer cuidado fué poner en buen estado las fortificaciones de la ciudad, proveerla de municiones de boca y guerra y dotarla de una guarnicion suficiente. Enseguida se dirigió á Sevilla con el grueso de

---

(1) Ibn-al-Abbar, en mis «Recherches», t. I, p. 173, 174 de la primera edicion. Véase tambien «Abbad», t. I, p. 169, 175 (versos de Radhí), t. II, p. 37, 191-193, 201.

sus fuerzas. Saliόle al encuentro Motamid rodeado de los principales dignatarios de su reino, y cuando llegó á su presencia quiso besarle la mano, pero Yusuf se lo impidió abrazándolo de la manera mas afectuosa. No se olvidaron los presentes acostumbrados: Motamid ofreció tantos al Almoravide que este pudo dar alguna cosa á cada uno de los soldados de su ejército, lo que le hizo concebir una elevada idea de las riquezas que España atesoraba. Cerca de Sevilla se detuvo y allí vinieron á unírsele los dos nietos de Badis, Abdallah de Granada y Temin de Málaga con trescientos caballos el primero, y el segundo con doscientos. Motacin de Almería, le envió un regimiento de caballería mandado por uno de sus hijos, manifestándole su sentimiento porque la amenazadora vecindad de los cristianos de Aledo no le dejara venir en persona. Ocho dias despues tomó el ejército el camino de Badajoz donde se unió con Motawakkil y sus tropas. Luego marcharon sobre Toledo (1), pero no habian andado mucho, cuando encontraron al enemigo.

(1) Ibn-al-Abbar, «ubi supra»; «Abbad.», t. II, p. 22, 193; Abd-el-wahid, p. 91.

Cuando supo que los Almoravides habian desembarcado en España, Alfonso estaba sitiando todavia á Zaragoza y, creyendo que su rey ignoraba la llegada de los Africanos, mandó á decir á su rey que si le daba mucho dinero levantaría el sitio; pero Mostain que habia recibido la gran noticia lo mismo que él, le mandó contestar que no le daria ni un dirhem. Alfonso se volvió entonces á Toledo, despues de haber enviado á Alvar Fañez, así como á sus otros lugartenientes, la órden de venir á unirsele con sus tropas. Cuando su ejército, en el que iban muchos caballeros franceses, se reunió, se puso en marcha porque queria llevar la guerra á territorio enemigo. Encontró á los Almoravides y á sus aliados no lejos de Badajoz en un lugar que los musulmanes llamaban Zallaca y los cristianos Sacralias, y no habia acabado aún de fijar sus tiendas cuando recibió una carta de Yusuf, en la que este monarca le invitaba á abrazar el islamismo ó á pagar un tributo, amenazándole con la guerra, si no queria hacer una cosa ni otra. Alfonso se indignó mucho con este mensaje y encargó á uno de sus empleados árabes de responderle, que habiendo sido sus tributarios los musulmanes durante

muchos años, no esperaba proposiciones tan ofensivas, pero que tenia un gran ejército con el que sabria castigar la jactancia de sus enemigos. Habiendo llegado esta carta á la cancillería musulmana, un andalúz la contestó en seguida, pero cuando enseñó su composicion á Yusuf, este la encontró demasiado larga y se limitó á escribir al reverso estas sencillas palabras: «Lo que sucederá ya lo verás» y se la devolvió (1).

Tratóse entonces de señalar el dia de la batalla, como en esta época lo exigia la costumbre. Erase el juéves 22 de Octubre de 1086, y Alfonso envió este mensaje á los musulmanes: «Mañana viérnes es vuestra fiesta y el domingo es la nuestra, propongo pues, que la batalla se dé pasado mañana sábado (2).» Plació á Yusuf esta proposi-

(1) El califá Harun-ar-Rachid habia atentado lo mismo, poco más ó menos, á una carta del emperador Niceforo; Por lo demás, los autores que hacen citar á Yusuf un verso de Motanabbi, han tomado una cita de un historiador, por una parte de la respuesta del monarca. Yusuf era demasiado iliterato para poder citar versos de Motanabbi.

(2) «Abbad», t. II, p. 22; Abn-'l-Háddjadj Baiyasi, «apud» Ibn-Kallicam, XII, 16. Segun otros autores, Alfonso propuso el lunes por ser el sábado la fiesta de los judios.

cion, pero Motamid no vió en ella más que una estratagema y, como en el caso de ataque, él tenia que sostener el primer choque del enemigo (pues las tropas andaluzas formaban la vanguardia, mientras que los Almoravides se mantenian á retaguardia, ocultos por la sierra) tomó precauciones para no ser sorprendido é hizo observar los movimientos del enemigo por tropas ligeras. Su ánimo no estaba tranquilo y consultaba sin cesar á su astrólogo. Se estaba en efecto, en un momento crítico y decisivo. La suerte de España dependia del éxito de esta batalla y los Castellanos tenian la superioridad numérica, pues sus fuerzas, por lo menos así lo creian los musulmanes, se elevaban á cincuenta ó sesenta mil hombres (1), mientras que sus adversarios no tenian más que veinte mil (2).

Al rayar la aurora, Motamid vió realizados sus temores, avisado por sus centinelas de que se aproximaba el ejército cristiano. Su posicion era muy crítica, pues corria el peligro de ser aniquilado antes que los Almoravides llegasen al campo de

(1) «Abbad», t. II, p. 23, 38,

(2) Abd-el-wahid, p. 93.

batalla, por lo que envió á decir á Yusuf que viniera prontamente en su auxilio con todas sus tropas ó que le enviara por lo menos un refuerzo considerable; pero Yusuf no se apresuró á satisfacer esta demanda. Tenia formado un plan del que no queria apartarse y le inquietaba tan poco la suerte de los andaluces que exclamó: «¿Qué tengo yo con que esas gentes sean degolladas? Todos son enemigos (1).» Abandonados así á sus propias fuerzas, los Andaluces emprendieron la fuga; solo los Sevillanos estimulados por el ejemplo de su rey que, aunque herido en la cara y en la mano, daba pruebas de extraordinario valor, resistieron vigorosamente el choque del enemigo, hasta que al fin vino en su ayuda una division almoravide. Desde entonces el combate fué menos desigual, pero, sin embargo, los Sevillanos se quedaron admirados, cuando vieron que de pronto los enemigos se batian en retirada, pues él re-

(1) «Kitab al ictifá («Abbad» t. II, p. 23) en donde es menester mantener la leccion del manuscrito: «facollon». Este testimonio es notable por que el autor del «Kitab-al-ictifá» es muy parcial por los Almoravides.

fuerzo que habian recibido no era bastante considerable para que pudieran lisonjearse de haber obtenido la victoria. No era por eso, porque he aquí lo que habia sucedido. Viendo al ejercito castellano empeñado contra los Andaluces, Yusuf se habia propuesto tomarle la retaguardia. Envió pues, á Motamid el refuerzo que necesitaba para impedir que lo anonadaran los enemigos, y dando un rodeo cayó con el grueso de sus fuerzas sobre el campamento de Alfonso. Allí habia hecho una horrible carnicería en los soldados encargados de custodiarle y, habiéndolo incendiado, venia sobre la espalda de los Castellanos, llevando ante sí una multitud de fugitivos. Alfonso se hallaba pues, entre dos fuegos y como el ejército que acababa de tomar la retaguardia era más numeroso que el que tenia enfrente, tuvo que volver contra él su fuerza principal. El combate fué muy encarnizado, el campamento fué tomado y vuelto á tomar muchas veces, mientras que Yusuf recorria las filas de sus soldados gritando: «¡Valor musulmanes! ¡Teneis enfrente á los enemigos de Dios! ¡El paraiso espera á los que sucumban de vosotros!»

Entre tanto, los Andaluces que habian

tomado la fuga, habian llegado á rehacerse y volvieron al campo de batalla para sostener á Motamid y, por otra parte, Yusuf lanzó sobre los Castellanos su guardia negra que tenia de reserva y que hizo maravillas. Un negro llegó hasta á aproximarse á Alfonso y darle una puñalada en un muslo. Al caer la noche, la victoria, calurosamente disputada, se declaró por los musulmanes; la mayor parte de los cristianos yacian muertos ó heridos en el campo, otros habian tomado la fuga, y el mismo Alfonso, rodeado solamente de quinientos caballeros, logró salvarse con mucho trabajo (23 Octubre de 1086.)

No se recogió, sin embargo, de esta gran victoria todo el fruto que podia esperarse, pues aunque Yusuf tenia intencion de penetrar en el territorio enemigo, renunció á ello cuando tuvo noticia de la muerte de su primogénito que habia dejado malo en Ceuta. Contentóse con dejar una division de tres mil hombres á las órdenes de Motamid y se volvió á África con el resto de sus tropas (1).

---

(1) Véase la nota E al fin de este tomo.

XIII.

A consecuencia de la llegada de los Almoravides, los Castellanos habian tenido que evacuar al reino de Valencia y levantar el sitio de Zaragoza. La derrota que habia esperimentado en Zallaca los habia privado de muchos de sus mejores guerreros, pues dicen los musulmanes, que perdieron en esta ocasion diez mil y hasta veinticuatro mil hombres (1). Además, los príncipes andaluces se habian libertado de la vergonzosa obligacion de pagar á Alfonso un tributo anual y el Oeste, cuyas fortalezas estaban

(1) «Abbad,» t. II, p. 23, 199.

ahora defendidas por los soldados que Yusuf habia dejado á Motamid, no tenia nada que temer de los ataques del emperador. Eran en efecto buenos resultados de que se regocijaban con razon los Andaluces. Así, que en todo el pais resonaban gritos de júbilo, el nombre de Yusuf estaba en todas las bocas, se alababan su piedad, su bravura y sus talentos militares, se le proclamaba el salvador de Andalucía y de la religion musulmana, y se le llamaba el primer capitan del siglo. El clero sobre todo no le regateaba sus elogios. Para ellos, Yusuf era mas que un grande hombre, era el hombre bendecido por Dios, el elegido del Señor (1).

Sin embargo, los triunfos obtenidos, por grandes y gloriosos que fueran,no eran decisivos en manera alguna. Los Castellanos, por lo ménos, lo creian así. Apesar de las pérdidas que habian esperimentado no desesperaban de restablecer sus negocios. Sabian demasiado bien que se arriezgarian mucho, si dirigían sus ataques hácia Badajoz y Sevilla, pero no ignoraban tampoco que el Este de Andalucía les ofrecia aun al-

---

(1) Abd-el-wahid, p. 94.

gunas probabilidades de éxito y que le sería fácil desvastarlo y acaso conquistarlo. En efecto, los pequeños principados del Este, Valencia, Murcia, Lorca y Almeria eran los mas débiles, de toda la Peninsula, y los Castellanos ocupaban en medio de ellos una posicion muy fuerte que dejaba á su merced todo el pais. Era esta la fortaleza de Aledo, cuyas ruinas subsisten todavia y que se hallaba entre Murcia y Lorca. Situada en una montaña escarpádisima y capaz de doce ó trece mil hombres de guarnicion podia pasar por inespugnable. De ellas salian los Castellanos para hacer razias en los alrededores, llegando hasta sitiar á Almeria. Lorca y Murcia (1) y pareciendo todo presagiar que si no se tomaba alguna providencia acabarian estas ciudades por caer en sus manos.

Conocia Motamid la gravedad del peligro que amenazaba por esta parte á Andalucia, y además se trataba de sus propios intereses. Suyas eran las dos ciudades mas espuestas á los ataques del enemigo, Murcia y Lorca; la primera de derecho, la segunda

---

(1) «Abbad,» t. II, p. 25.

de hecho, porque su señor Ibn-al-Yasa que se conocia demasiado débil para resistir á los Castellanos de Aledo, lo habia reconocido por soberano, con la esperanza de que lo ayudara (1). En cuanto á Murcia Rachic reinaba allí todavia y Motamid ardia en deseos de castigar á este rebelde. Habiendo resuelto pues, hacer una espedicion á Levante, con la doble intencion de poner término á las invasiones de los cristianos y de reducir á Ibn-Rachic á la obediencia, reunió sus tropas á las que Yusuf le habia confiado y tomó el camino de Lorca.

Cuando llegó á esta ciudad, lo informaron de que habia en las cercanias un escuadron de trescientos Castellanos. En concecuencia ordenó á su hijo Radhí, que fuera á atacarlo con tres mil ginetes de Sevilla. Rhadí que amaba las letras mucho mas que la guerra, se escusó, pretestando una indisposicion. Irritadísimo con esta negativa confió entonces el mando á otro de sus hijos que se llamaba Motadd. Pero la superioridad de los Castellanos sobre los Andaluces debia mostrarse una vez mas. Aunque eran diez contra uno,

(1) «Abbad,» t. II, p, 120.

los Sevillanos sufrieron la mas vergonzosa derrota (1).

No fueron mas felices las tentativas de Motamid para reducir á Murcia. Ibn-Rachic supo interesar en su favor á los Almoravides que iban en el ejército sevillano y Motamid tuvo que volverse á su capital sin haber conseguido nada (3).

Se habia hecho pues, evidente que, lo mismo despues que antes de la batalla de Zallaca los Andaluces no se hallaban en estado de defenderse y que á menos de que Yusuf no viniera segunda vez en su ausilio, acabarian por sucumbir. Así, que el palacio de Yusuf estaba asediado de contínuo por los faquies y los notables de Valencia, de Murcia, de Lorca y de Baza. Los Valencianos se quejaban de Rodrigo el Campeador (el Cid) que se habia erigido en protector de Cadir, despues de haberle obligado á pagar un tributo mensual de diez mil ducados y que desvastaba el reino bajo pretesto de someter á los rebeldes á la au-

(1) «Abbad», t. II, p. 25. Es preciso rectificar este pasaje con ayuda de Ibn-Khacan («Abbad», t. I, p. 175).

(2) «Abbad», t. II, p. 121.

toridad del rey (1); los habitantes de los otros distritos no se mordian tampoco la lengua acerca de las vejaciones con que los abrumaban los Castellanos de Aledo y todos estaban unánimes en declarar que, si Yusuf no venia en su ayuda, Andalucia caeria inevitablemente en poder de los cristianos (2). Sus súplicas, sin embargo, parecian producir poco efecto en el ánimo del monarca. Yusuf prometia, es verdad, pasar el Estrecho cuando la estacion lo permitiera, pero no hacia preparativos muy formales, y si no lo decia, dejaba por lo menos adivinar que esperaba una peticion directa de parte de los príncipes. Motamid se decidió entónces á hacérsela. Las sospechas que habia tenido sobre las intenciones secretas de Yusuf, se habian disipado ó por lo menos debilitado poco á poco. Salvo la ocupacion de Algeciras, el monarca africano no habia hecho nada que pudiera herir la suceptibilidad de los príncipes andaluces, ó justificar sus aprensiones, antes por el contrario habia dicho algunas veces

(1) «Recherches», t. II, p. 136, 137.
(2) «Abbad,» t. II, p. 203.

que antes de haber visto á Andalucia tenia una gran idea de la belleza y de la riqueza del pais, pero que habia sufrido un desengaño (1). Motamid estaba pues casi tranquilo y como el peligro que avanzaba á su pátria era efectivamente muy grande, tomó la resolucion de ir en persona á ver á Yusuf.

El Almoravide le hizo la acogida mas honorífica y mas cordial. «No teniais necesidad, le dijo, de haber venido en persona, bastaba que me hubiérais escrito y yo me hubiera apresurado á satisfacer vuestros deseos.—He venido, le respondió Motamid, para deciros que nos encontramos en un peligro espantoso. Aledo se halla en el corazon de nuestro pais y no podemos quitarselo á los cristianos; si vos pudiérais hacerlo hariais á la religion un inmenso servicio. Ya que nos habeis salvado una vez, salvadnos otra.—Sorprenderé al menos, le respondió Yusuf, y cuando Motamil se volvió á Sevilla, activó mucho sus armamentos y acabados sus preparativos, pasó el Estrecho con sus tropas, desembar-

(1) Abbad-al-wahid, p. 93.

có en Algeciras en la primavera de 1090 y habiéndose reunido con Motamid, invitó á los príncipes andaluces á que se le juntaran para sitiar á Aledo. Temim de Málaga, Abdallah de Granada, Motacim de Almeria, Ibn-Rachie de Murcia y algunos otros señores de menos importancia, respondieron á su llamamiento y comenzó el sitio. Las máquinas de guerra fueron construidas por carpinteros y albañiles de Murcia y se convino en que los emires atacaran la fortaleza alternativamente un dia cada uno. Sin embargo, no se adelantaba mucho; los defensores de Aledo que eran en número de tres mil, de ellos mil de caballería, rechazaron vigorosamente los asaltos que les daban, y la plaza era tan fuerte, que los musulmanes, despues de haber intentado en vano apoderarse de ella por fuerza, tuvieron que resolverse á tomarla por hambre. (1).

Los sitiadores, por la demás, se ocupaban mucho menos del sitio que de sus intereses personales. El campamento era un foco de intrigas. Por muchas partes se estimulaba

(1) «Abbad» t. II, p, 202, 203.

la ambicion de Yusuf. Cuando dijo que España no habia correspondido á sus esperanzas, no habia sido sincero. La verdad es, que el pais le habia agradado á no poder mas, y ya por amor á las conquistas, ya por motivos mas nobles (porque los intereses de la religion estaban muy asidos á su corazon) deseaba enseñorearse de él. Y este deseo no era dificil de realizar. En Andalucía mucha gente era de opinion de que su pátria no podía salvarse sino reuniéndose al imperio de los Almoravides. No era esta, en verdad, la idea de las altas clases sociales. Para la gente bien educada, Yusuf que sabia muy poco árabe, era un rústico, un bárbaro y él habia dado, por cierto, bastantes pruebas de su ignorancia y de su falta de educacion. Así, cuando Motamid le preguntó si comprendia los versos que acababan de recitarle los poetas de Sevilla: «Todo lo que comprendo de esto, respondió, es que piden pan.» Y cuando, despues de su vuelta al Africa, recibió una carta de Motamid en que iban estos dos versos, tomados de un célebre poema que Abu-'l-Walid ibn-Zaidum (1), el Tíbulo de Andalucía,

(1) El padre del visir de Motamid.

habia dirigido á su amada Wallada:—«Desde que estás léjos de mí el deseo de verte consume mi corazon y me hace lanzar torrentes de lágrimas. Mis dias son ahora negros y antes gracias á tí mis noches eran blancas,»—él dijo: «Parece que me pide muchachas blancas y negras.» Y despues que le esplicaron que en el lenguaje poético «negro» significa «oscuro» y «blanco, apacible»: «Es muy bello, dijo, pues bien, respondedle que á mí me duele la cabeza desde que no le veo (1).» En un pais tan literato como Andalucía no se perdonaban semejantes cosas. Júntese á esto que los hombres de letras estaban muy contentos con su posicion y no tenian el menor deseo de que cambiara. Las pequeñas córtes eran otras tantas academias y los literatos los niños mimados de los príncipes que les daban magníficos sueldos. Los representantes del libre pensamiento no tenian más razon para quejarse. Gracias á la proteccion de la mayor parte de los príncipes, podian, por primera vez, decir y escribir lo que pensaban, sin temor de ser quemados ni apedrea-

---

(1) «Abbad.», t. II, p. 221,

dos (1). Deseaban pues, menos que nadie, la dominacion de los Almoravides, que habia de traer infaliblemente la del clero.

Pero si Yusuf contaba pocos partidarios en las clases superiores é ilustradas, tenia muchos en el pueblo. Este, por lo general, estaba muy descontento y tenia razon. Cada ciudad un poco considerable tenia su córte propia, córte que era preciso mantener y que costaba mucho, porque la mayor parte de los príncipes eran escesivamente pródigos. ¡Y si á fuerza de pagar hubiera podido comprar siquiera la seguridad y la tranquilidad! Pero no era así, los príncipes eran por lo comun demasiado débiles para proteger á sus súbditos contra sus vecinos musulmanes y mucho menos contra los cristianos. No habia un momento de tranquilidad, ninguno estaba seguro ni de su vida, ni de su hacienda. Esta era, preciso es convenir en ello, una situacion insoportable y era natural que las clases laboriosas ansiaran que tuviera término. Antes, no habia ningun medio de salir de ella, cierto es que habia habido cona-

(1) Zaid de Toledo en mis «Recherches», t. I, página 4 de la 1.ª edicion.

tos de rebelion y se habian escuchado con gusto estos versos de un poeta de Granada; Somaisir:

Reyes, ¿qué es lo que haceis? Entregais el islamismo á sus enemigos y no haceis nada para salvarlo. Revelarse contra vosotros es un deber, puesto que haceis causa comun con los cristianos. Sustraerse á vuestro cetro no es un crimen, puesto que vosotros os habeis sustraido al cetro del Profeta.

Pero como una rebelion no hubiera servido mas que para empeorar la situacion, era preciso esperar y armarse de paciencia, como el mismo poeta dice en estos versos:

Esperabamos en vosotros, oh reyes, pero habeis frustrado nuestras esperanzas. Esperamos de vosotros nuestra libertad, pero hemos sufrido un desengaño. Pues bien, tengamos paciencia que el tiempo trae muchas mudanzas. Al buen entendedor con media palabra basta! (1)

Por el contrario, ahora ya era posible la insurreccion, puesto que habia en España un monarca justo, potente, glorioso, que ha-

(1) Ibn-Ba m, t. I, fól. 230 v.

bia obtenido ya sobre los cristianos una gran victoria, que conseguiria otras sin duda y que parecia enviado por la Providencia para devolver á Andalucía su grandeza y su prosperidad. Por consiguiente lo mejor era someterse á su dominio y haciéndolo se libertarian al mismo tiempo de una multitud de impuestos vejatorios, porque Yusuf habia abolido en sus Estados todos los que no estaban prescritos por el Coran y se tenia la conviccion de que habia de obrar en España del mismo modo.

Esto era lo que pensaba el pueblo y bajo muchos aspectos tenia razon; olvidaba tan solo que el gobierno no podria pasarse á la larga sin los impuestos que aboliera; que ligando Andalucía su suerte á la de Marruecos se espondria á sentir de rechazo las revoluciones que podrian estallar en aquel reino, que el dominio almoravide seria un dominio extrajero, el dominio de un pueblo sobre otro, y que, en fin, los soldados de Yusuf pertenecian á una raza que España habia detestado siempre y que, como eran bastante indiciplinados, podrian llegar á hacerse huéspedes muy molestos. Por lo demás, el deseo de un cambio era mucho más acentuado en unos Estados que en otros.

En Granada era el voto unánime de toda la poblacion arábiga y andaluza que no habia cesado de maldecir á sus tiranos berberiscos. En los Estados de Motamid tambien habia muchos descontentos (1), pero no los habia en Almería, porque el príncipe que allí reinaba era muy popular; piadoso, justo, clemente, trataba á su pueblo con una bondad enteramente paternal, era en una palabra el modelo más cumplido de las mas atractivas virtudes.

Yusuf tenia sin embargo en su favor, casi en todas partes, los doctores, los faquies, los cadies, los ministros de la religion y de la ley. Estos eran sus auxiliares más adictos y más diligentes, porque eran los que tenian más que perder, si triunfaban los cristianos y por otra parte no podian estar satisfecho de príncipes que, ocupados en estudios profanos ó entregados á los placeres, apenas escuchaban sus sermones, no hacian ningun caso de ellos y protegian decididamente á los filósofos. Por el contrario, Yusuf, que era un modelo de devocion, que no dejaba nunca de consultar al clero en los

(1) «Abbad», t. II, p. 131, 132.

negocios del Estado y que seguia los consejos que de ellos recibia, tenia todas sus simpatías y todo su cariño. Sabian ó al menos adivinaban que tenia una gran tentacion de destronar á los príncipes andaluces en provecho suyo y desde entonces no pensaron más que en estimular sus deseos, haciéndole creer que la misma religion lo sancionaba.

Uno de los más activos era el cadí de Granada, Abu-Djafar Colaií. Era de orígen árabe, lo que equivale á decir que detestaba á los berberiscos opresores de su pátria. Trataba, es verdad, de disimular sus sentimientos, pero no lo conseguia. Por un instinto secreto, Badis lo habia entrevisto como el autor probable de la caida de su dinastía y algunas veces tuvo la intencion de hacerlo matar: «pero Dios, para servirme de las mismas espresiones de un historiador arábigo, habia encadenados las manos del tirano á fin de que se cumplieran los decretos del destino.» Este cadí formaba parte del ejército que sitiaba á Aledo y tuvo muchas conferencias secretas con Yusuf á quien ya conocia, pues, se recordará que habia sido uno de los embajadorer que habian sido encargados cuatro años antes de invitar á los Almoravides á socorrer á los Andalu-

ces. El objeto que se proponia en estas entrevistas, fácilmente se deja adivinar: Yusuf tenia escrúpulos de conciencia y el cadi procuraba vencerlos (1). Le hizo presente que los faquies andaluces podian desligarlo de su juramento, que le seria fácil obtener de ellos un fetva donde se enumeran todas las faltas y todos los atentados de los príncipes y que de aquí se deduciria la conclusion de que habian perdido el derecho al trono que ocupaba.

Los razonamientos de este cadí uno de los mas famosos por su saber y su piedad, hicieron gran impresion en el ánimo de Yusuf y por otra parte, los discursos de Motacim, rey de Almeria, le inspiraron profunda adversion al mas poderoso de los príncipes andaluces.

Motacim, ya lohemos dicho, era un príncipe excelente, pero por, bueno y bondadoso que fuera de ordinario, odiaba, sin embargo, á alguien y este alguien era Motamid. Este ódìo parece que tuvo orígen en unos mezquinos celos, mas que en verdaderos y sérios agravios, pero era muy fuerte, y aunque, en

(1) Ibn-al-Khatib, mam. G. fól. 16 v., 17 r., artículo, sobre Abu-Djafar Ahamed ibn-Khalaf ibn-Abelmelic-al-Ghássaní al-Colaii.



apariencia, Motacim se habia reconciliado con el rey de Sevilla, se dedicaba á perderlo en el ánimo del monarca africano, cuyo favor se habia ganado por medios que frisaban en bajezas. Sin embargo Motamid no se apercibia de nada: cuando se hallaba solo con Motacim le hablaba con franqueza y un dia que el príncipe de Almería le manifestó sus temores por la estancia prolongada de Yusuf en Andalucía: »Sin duda, le respondió él, con un tono de fanfarroneria, enteramente meridional, sin duda que ese hombre se está demasiado en nuestro pais, pero en cuanto me harte, no tengo mas que levantar mano y al dia siguiente se marcharán él y sus soldados. Pareceis temer que nos jueguen alguna mala partida ¿pero qué és ese príncipe miserable y que son sus soldados? En su pátria eran mendigos que se morian de hambre; queriendo hacer una buena obra los hemos llamado á España para darles de comer un sueldo, pero cuando se hayan saciado, los enviaron de nuevo al sìtio de donde vinieron. Estos discursos llegaron á ser en manos de Motacim, armas terribles. Cuando se los refirió á Yusuf le entró á este una violenta cólera y lo que hasta entonces no habia sido mas que un proyecto

vago, llegó á ser en él una resolucion decidida, irrevocable. Motacim triunfaba, pero no habia previsto lo que iba á suceder; «no habia previsto, dice muy apropósito un historiador árabe, que él tambien caeria en el pozo que habia abierto para el que odiaba y que seria herido á su vez por la espada que habia hecho desenvainar (1).»

Esta imprevision, por lo demás, era comun á todos los príncipes andaluces. Se acusaban recíprocamente ante Yusuf, tomaban al Almoravide, por árbitro de sus querellas y mientras que el príncipe de Almería, trataba de perder al de Sevilla, este trataba de derribar al príncipe de Murcia Ibn-Rachic. Para conseguirlo no cesaba de repetir á Yusuf, que Ibn-Rachic habia sido aliado de Alfonso, que habia hecho grandes servicios á los cristianos de Aledo y segun todas las apariencias se los hacia aún. Luego, haciendo valer sus derechos á la posesion de Murcia, exigió que el traidor que le habia quitado esta ciudad fuera puesto en sus manos. Yusuf encargó á los faquies de examinar el asunto y cuando estos die-

---

(1) Abd-el-wahib, p. 96, 97.

ron la razon á Motamid, mandó prender á Ibn-Rachic y lo entregó al rey de Sevilla, prohibiéndole sin embargo, darle la muerte. Esta prision tuvo, sin embargo, muy malas consecuencias, porque los Murcianos irritados abandonaron el campo y se negaron á suministrar en adelante los obreros y los víveres que el ejército necesitaba.

La situacion de los sitiadores se habia hecho pues, muy penosa y amenzaba serlo mas todavia, puesto que estaba cerca el invierno, cuando se supo que Alfonso venia en socorro de la plaza con un ejército de diez y ocho mil hombres. Yusuf tuvo al principio la intencion de esperarlo en la sierra de Tiriza (al O. de Totana) y de presentarle batalla; pero pronto renunció á este proyecto y se retiró á Lorca. Temia, decia, que los Andaluces no huyeran de nuevo como lo habian hecho en la batalla de Zallaca, además estaba convencido de que Aledo no se hallaba en estado de defenderse, de modo que los Castellanos se verian obligados á evacuarlo. Este juicio era exacto como lo probó el tiempo. Hallando las fortificaciones casi enteramente demolidas y la guarnicion reducida á un centenar de hombres. Alfonso incendió la fortaleza y se llevó á

sus defensores á Castilla (1).

El objeto de la campaña se habia alcanzado, aunque á la verdad de un modo poco brillante, porque Yusuf habia sitiado á Aledo durante cuatro meses sin conseguir tomarlo y su retirada, á la aproximacion de Alfonso, se parecia bastante á una fuga. Sin embargo los faquies tuvieron buen cuidado de que su reputacion no padeciera. Decian que, si esta vez, no habia obtenido el Almoravide tan feliz resultado como cuatro años antes, la culpa la tenian los príncipes andaluces que, con sus intrigas, sus celos y sus eternas discordias, impedian al gran monarca hacer todo el bien que pudiera si el solo fuera el amo. En general los faquies trabajaban mas que nunca y debian hacerlo, porque, habiéndose apercibido los príncipes de sus manejos, comenzaban á correr grandes peligros. Bien lo esperimentó á espensas suyas el Cadí de Granada Abn-Djafar Colaií,

---

(1) «Abbad», t. II, p. 39, 121, 203; Ibn-Khallican, Fac. XII, p. 25. En el relato del «Cartás» (p, 99) y sobre todo en el de «Abd-el-wahid (p. 92) hay muchas inexactitudes. Véase tambien la «Gesta Roderici» y para la cronologia consúltese la nota F. al fin de este tomo.



Ya en el campamento, su soberano cuya tienda estaba pegada á la suya, se habia olido sus entrevistas secretas con Yusuf y habia adivinado el objeto. Sin embargo, como la presencia de este último le intimidaba, no se habia atrevido á tomar contra el conspirador medidas rigorosas; pero apenas estuvo de vuelta en Granada, lo hizo venir á su presencia, le echó en cara el haberlo vendido y el haber tramado su pérdida, y en su cólera llegó á dar órden á sus guardias de darle muerte. Felizmente para Abu-Djafar la madre de Abdallah se abrazó á las rodillas de su hijo suplicándole que perdonara á un hombre tan piadoso y como Abdallah se dejaba ordinariamente dominar por ella, revocó la órden que habia dado, contentándose con poner preso al Cadí en una de las habitaciones del Castillo. En ella el Cadí que sabia que estaba rodeado de personas muy superticiosas, se puso á recitar oraciones y versículos del Coran. Su voz clara, sonora y muy fuerte resonaba de un estremo á otro de palacio. Todo el mundo prestaba oidos á sus piadosas jaculatorias, se callaban para no distraerlo, temian hacer ruido y al mismo tiempo no cesaban de repetir al príncipe que Dios lo castigaria de un mo-

do espantoso si no se apresuraba á soltar á aquel modelo de piepad y devocion. La madre de Abdallah se mostraba todavia mas celosa que los demás y entre súplicas y amenazas persuadió al fin á su hijo á poner en libertad al prisionero. Pero despues de haber recibido semejante leccion, el Cadí se guardó muy bien de quedarse en Granada. Aprovechó la oscuridad de la noche para ganar á Alcalá, y de allí se fué á Córdoba. Ya no tenia nada que temer. Pero ardia en deseos de vengarse. Escribió pues, á Yusuf, le pintó con los mas vivos colores el mal trato que habia sufrido, y le suplicó que no difiriera por mas tiempo la ejecucion del proyecto que tanto habian discutido (1). Al mismo tiempo se dirigió á los otros cadíes y faquíes andaluces, pidiéndoles un fetva contra los príncipes en general y contra los dos nietos de Badis en particular. Los cadíes y los faquíes no vacilaron en decretar que los príncipes de Granada y de Málaga habian perdido sus derechos por sus muchos atentados y especialmente por la

---

(1) Ibn-al-Khatib, artículo sobre Abu-Djafar Colaii.

manera brutal con que el mayor de ellos había tratado á su cadí; pero, no atreviéndose todavia á declarar que los otros príncipes habian perdido tambien los suyos, se contentaron con presentar á Yusuf una súplica en que le decian que era obligacion suya intimar á todos los príncipes andaluces á volver á la legalidad, y no exigir mas contribuciones que las que el Coran habia establecido (1).

En virtud de estos dos fetvas, Yusuf ordenó á los príncipes Andaluces abolir los impuestos, córveas etc. con que vejaban á sus súbditos (2) y marchó sobre Granada con una division de su ejército despues de haber ordenado á otras tres hacer lo mismo. Sin embargo, no declaró la guerra á Abdallah, de modo que este príncipe adivinaba mas bien que conocia sus intenciones. Su terror era estremado. No se parecia en nada á su abuelo, el ignorante pero enérgico Badis. Tenia alguna tintura literaria, se espresaba bastante bien en árabe, hacia hasta versos y tenia tan buena mano que

---

(1) «Abbad», t. II, p. 211.

(2) Ibn-Khaldun, «Hist. de los Berberiscos, t. II, p. 79 de la traducion.

se conservó por mucho tiempo en Granada un Coran de su letra, pero era al mismo tiempo un hombre pusilánime, enervado, indolente, incapáz, uno de esos hombres para los que las mugeres no tienen atractivos, que tiemblan á la vista de una espada y que no sabiendo nunca que partido tomar, piden consejo á todo el mundo. Esta vez, habiendo reunido su consejo, pidió primero su opinion al viejo Moammil que habia hecho muy buenos servicios á su abuelo. Moammil trató de tranquilizarlo, diciéndole que Yusuf no traia intenciones hostiles y le aconsejó que diera á este monarca una prueba de confianza, saliéndole al encuentro. Y viendo que este consejo no agradaba á Abdallah y que pensaba mas bien ponerse en estado de defensa, se esforzó en demostrarle que le era imposible resistir á los Almoravides. En este punto tenia razon, porque Abdallah tenia muy pocas tropas y como desconfiaba de su mejor general Mocatil, el Royo (el Rojo) lo habia alegado (1). Tambien todos los antiguos conse-

(1) Ibn-al-Khatib, man. E., artículo sobre Mocatil.

jeros de la córte se adhirieron á la opinion de Moammil, pero Abdallah tenía sospechas sobre su lealtad, y faltaba poco para que lo considerara como cómplice de Abu-Djafar, el pérfido cadí que se arrepentía de haber dejado escapar. Sus sospechas por lo demás no eran enteramente infundadas. Ignoramos, si Moammil se habia comprometido en efecto á sostener los intereses de los Yusuf, pero lo cierto es, que este monarca cuyo favor se habia ganado, y que apreciaba sus talentos, contaba con su apoyo. Abdallah no vió, pues, mas que un lazo en los consejos de Moammil, y como sus jóvenes favoritos le aseguraran que Yusuf tenia seguramente malas intenciones, anunció que estaba decidido á rechazar la fuerza con la fuerza y abrumó á Moammil y á sus enemigos con sus reprensiones y amenazas. Esto era una imprudencia, porque de este modo se los enagenaba de fijo, y casi los obligaba á declararse por Yusuf. Fué lo que hicieron en efecto. Habiendo salido de Granada durante la noche, se fueron á Loja y, habiéndose apoderado de esta ciudad, proclamaron la soberanía del rey de los Almoravides. Tropas que Abdallah envió contra ellos los obligaron á entregarse, y los tra-

geron á Granada, donde fueron paseados por las calles como viles malhechores. Gracias á la intervencion de Yusuf, recobraron, sin embargo, su libertad. El monarca africano ordenó perentoriamente al príncicipe de Granada, que los soltara, y como este último no sabia positivamente las intenciones que tenia Yusuf respecto á él, no se atrevió á desobedecerlo. Pero mientras que todavia trataba de prevenir una ruptura abierta, se preparaba activamente á la guerra. Despachó correo tras correo á Alfonso suplicándole que viniera en su ayuda, y derramando el oro á manos llenas, alistó gran número de tenderos, de tejedores y de obreros de toda especie. Todo esto no le sirvió de nada. Alfonso no respondió á su llamamiento y los Granadinos, indispuestos con él esperaban con impaciencia la llegada de los Almoravides, y una multitud salia todos los dias de la ciudad para juntarse con ellos. En este estado de cosas la resistencia era imposible. Abdallah lo conoció y el domingo 10 de Noviembre de 1090, cuando Yusuf habia llegado á dos parasangas de Granada, reunió de nuevo el consejo para preguntarle lo que debia hacer. Habiendo declarado este que no podia

pensarse en la defensa, la madre de Abdallah que asistia á las debiberaciones y que, á lo que se asegura, habia concebido la loca esperanza de casarse con Yusuf, tomó la palabra y dijo: «Hijo mio, no te queda mas que un partido que tomar. Vé á saludar al Almoravide, él es tu primo (1) y te tratará honoríficamente.» Abdallah se puso pues en camino, acompañado de su madre y de un magnífico cortejo. Abria la marcha la guardia eslava y la cristiana rodeaba la persona del príncipe. Todos los soldados llevaban turbantes de tela de algodon muy fina é iban montados en soberbios caballos cubiertos con mantillas de brocado. Luego que hubo llegado á presencia de Yusuf, Abdallah se bajó del caballo y le dijo, que, si habia tenido la desgracia de desagradarlo, le suplicaba que le perdonase. Yusuf le aseguró con mucha afabilidad, que si habia tenido quejas de él, ya las habia olvidado, y le rogó que fuera á una tienda que le indicó, donde seria tratado con todos los honores debidos á su rango. Abdallah lo hizo así, pe-

---

(1) Es decir. de la misma raza que tú, Berberisco como tú.

ro apenas puso el pié dentro de la tienda lo cargaron de cadenas.

Poco despues llegaron al campamento los principales habitantes de la ciudad. Yusuf les hizo una excelente acojida, asegurándoles que, por su parte, nada tenian que temer y que solo podian ganar con el cambio de dinastía que iba ocurrir. Y en efecto, en cuanto hubo recibido su juramento, publicó un edicto en que se declaraban abolidos todos los impuestos no prescritos por el Coran. Hizo enseguida su entrada en la ciudad en medio de las ardientes aclamaciones del pueblo y fué á palacio á fin de ver las riquezas que encerraba, acumuladas por Badis. Estas eran inmensas, prodigiosas, innumerables; las cámaras estaban adornadas con esteras, tapices y cortinajes de un inmenso valor; por dó quiera, esmeraldas, rubíes, diamantes, perlas, vasos de cristal, de plata y de oro deslumbraban la vista. Habia especialmente una capillita compuesta de cuatrocientas perlas, cada una de las cuales, fué valuada en cien ducados. El Almoravide quedó maravillado de todos estos tesoros; antes de entrar en Granada habia declarado que le pertenecian, pero como tenia mas ambicion que avaricia qui-

so echarla de generoso y los repartió entre sus oficiales, sin guardar nada para sí. Sin embargo, se sabia que lo que estaba espuesto á la vista no era todo, y que la madre de Abdallah habia escondido muchos objetos preciosos. Se la obligó á indicar los sitios que la habian servido de escondite, pero como se suponía que no habia dicho la verdad en sus declaraciones, Yusuf ordenó á Moammil, á quien nombró intendente de palacio y de los dominios de la corona, hacer registrar hasta los cimientos, y los albañales del edificio (1).

Bien escusable hubiera sido despues de lo que acababa de pasar que los príncipes andaluces hubieran roto en el acto con Yusuf. Sin embargo, no lo hicieron y antes por el contrario Motamid y Motawakkil, fueron á Granada á felicitar al Almoravide y Motacim envió en su lugar á su hijo Obaidallah. ¡Cosa estraña! Tal era la ceguedad de Motamid que se lisongeaba con la esperanza de que Yusuf cederia á Granada á

---

(1) Ibn-al-Khatib, man. E, artículos sobre Abdallah IbnBologguin y sobre Moammil; «Abbad,» t. II, p. 9, 26, 39, 179, 180, 203, 204; «Cartás», p. 99. Sobre la fecha consúltese la nota F al fin de este tomo

su hijo Radhí en compensacion de Algeciras que le habia quitado. ¡Poco conocia al Africano, cuando le suponia capaz de ceder un reino! Por lo demás Yusuf le sacó bien pronto de su error. Trató á los emires con una frialdad glacial, no respondió nada á la insinuacion de Motamid apropósito de Granada y puso preso al hijo de Motacim. Semejante conducta debia abrir los ojos á los príncipes. Así, que Motamid concibió vivísimas inquietudes. «Hemos cometido una falta gravísima llamando á ese hombre á nuestro pais, dijo á Motawakkil, él nos dará á beber el cáliz que Abdallah se ha tenido que tragar.» Luego, pretestando haber recibido aviso de que los Castellanos amenazaban de nuevo las fronteras, pidieron ambos príncipes á Yusuf licencia para dejarlo y, habiéndola obtenido, se apresuraron á volverse á sus Estados; despues de lo cual propusieron á los otros emires que reinaban en España, tomar de concierto las medidas necesarias para poder defenderse del Almoravide, cuyos proyectos no eran ya un secreto para nadie. Este paso obtuvo el mejor resultado. Los emires se comprometieron á porfía á no suministrar á los Almoravides tropas, ni provisiones, resolviendo

hacer alianza con Alfonso (1).

Yusuf por su parte se fué á Algeciras, porque tenia intenciones de reembarcarse y de dejar á sus generales la odiosa tarea de destronar á los príncipes andaluces. De camino quitó el pequeño principado de Málaga á Temim, hermano de Abdallah, príncipe completamente insignificante, é hizo avisar á los faquies de que ya habia llegado el momento decisivo y que necesitaba un fetva muy esplícito. Estos se apresuraron á satisfacer sus deseo. Declararon pues, que los príncipes andaluces eran unos libertinos viciosos é impios, que con su mal ejemplo habian corrompido á los pueblos, haciéndoles indiferentes á las cosas sagradas, como lo atestiguaba el poco interés que se ponia en asistir al servicio divino, que habian echado contribuciones ilegales y que las habian mantenido á pesar de que Yusuf les habia exigido abolirlas; que para poner el colmo á sus atentados acababan de hacer una alianza con el rey de Castilla, es decir,

(1) «Abbad», t. II, p. 180, 294, Ibn-Kallican, Fasc. XII, p. 26; Ibn-al-Abbar en mis «Recherches» t. I, Apéndice p. L; Ibn-Khaldun, «Hist.» de los «Berberiscos» t. II, p. 79 de la traduccion.

con el enemigo mas implacable de la verdadera religion y que por consiguiente, se habian hecho indignos de reinar por más tiempo sobre los musulmanes; que Yusuf quedaba desligado de todos los pactos que pudiera haber hecho con ellos y que tenia no solo el derecho, sino la obligacion de destronarlos, sin tardanza. «Nosotros tomamos sobre nuestra conciencia, decian, para concluir, responder ante Dios de este hecho. Si nos equivocamos, consentimos en sufrir en la vida futura la pena debida por nuestra conducta y declaramos que vos, emir de los musulmanes, no sois responsable de ella, pero creemos firmemente que si dejais en paz á los príncipes andaluces, entregaran nuestro pais á los infieles y en este caso tendreis que dar cuenta á Dios por vuestra inaccion.»

Tal era el sentido general de este memorable fetva que contenía además acusaciones dirigidas contra algunos príncipes en particular. Todos, hasta Romaiquia, tenian allí su puesto; á ésta se le acusaba de haber arrastrado á su esposo en un torbellino de placeres, y de ser la causa principal de la decadencia del culto.

Este fetva era precioso para Yusuf, pero

creyendo darle todavia mayor autoridad, lo hizo aprobar por sus faquíes africanos, y lo envió enseguida á los mas célebres doctores de Egipto y de Asia, para que confirmasen la opinion de los doctores de Occidente con la suya. Parecia natural que se hubiesen declarado incompetentes, puesto que se trataba de asuntos que no conocian, pero se guardaron muy bien de hacerlo; la idea de que habia en alguna parte un pais en que los hombres de su profesion disponian de los tronos, halagaba grandemente á su orgullo y los mas famosos de ellos y á su frente el gran Ghazzalí, no vacilaron en declarar que, aprobaban en todos sus puntos el decreto de los faquíes andaluces. Dirigieron además á Yusuf cartas llenas de consejos, comprometiéndolo estrechamente á gobernar con justicia y á no desviarse nunca de la buena via, lo que queria decir, que debia atenerse constantemente á la opinion del clero (1).

(1) Ibn-Khaldun, «Hist. de los Berberiscos» t. II, p. 79, 80, 82; «Abbad», t. II, p. 27, 151.

XIV.

Podia preveerse el carácter de la guerra que iba á comenzar; iba á ser una guerra de sitio y no de batallas. Así, que entrambas partes se prepararon una á atacar las plazas fuertes, otra á defenderlas; y el ejército Almoravide, cuyo general en Jefe era Sir ibn-abi-Becr, pariente de Yusuf, se dividió en muchos cuerpos, de los que uno fué á sitiar á Almería, miéntras que los otros se dirigieron contra las fortalezas de Motamid. De estas últimas, Tarifa sucumbió en el mes de Diciembre de 1070 (1). Poco despues, tan

(1) Abd.-el-wahid. p. 98.

rápidos fueron sus progresos, los soldados de Yusuf habian comenzado yá el sitio de Córdoba, donde gobernaba un hijo de Motamid, Fath, por sobrenombre Mamun. La antigua capital del califado no opuso larga resistencia, sus mismos habitantes la entregaron á los Almoravides. Fath intentó entónces abrirse camino con su espada á través de los enemigos y de los traidores, pero sucumbió al número. Se le cortó la cabeza, que pusieron en la punta de una pica y pasearon en triunfo (26 de Marzo de 1091). (1) Carmona fue tomada el 10 de Mayo (2), y entónces pudo comenzar el sitio de Sevilla. Dos ejércitos marcharon contra ella, uno se estableció á Levante, otro á Poniente. El Guadalquivir separaba á este último de la ciudad que por este lado estaba defendida por la armada.

La posicion de Motamid habia llegado, pues, á ser muy crítica. Tan solo le queda-

---

(1) «Abbad.,» t. 1, p. 54, 55. La fecha que pongo se halla en el «Cartás» (p. 100) y Abd.-el-wahid, p. 98. Segun Ibn-al-Khatib (Abbab., t. II, p. 178) la toma de Córdoba debió tener lugar en el mes de Agosto.

(2) «Cartás,» p. 100.



ba una esperanza: contaba con el socorro de Alfonso, á quien habia hecho las más brillantes promesas, si queria ayudarlo. Alfonso se habia comprometido á hacerlo y cumplió su palabra: envió á Alvar Fañez á Andalucía con un gran ejército. Desgraciadamente para Motamid, Alvar Fañez fué batido cerca de Almodovar por las tropas que Sir habia enviado á su encuentro (1). Sin embargo, no desesperaba aún, lo que le sostenia, lo que le prestaba fuerzas eran las predicciones, los sueños de su astrólogo. Miéntras que los pronósticos fueron favorables creia salvarse por no sé que milagro; pero cuando fueron malos, cuando hablaron de un fin que se aproximaban de un leon que cogia su presa cayó en un sombrío abatimiento y abandonó el cuidado de la defensa á su hijo Rachic.

Entretanto los descontentos que querian entregar la plaza al enemigo, se agitaban, conspiraban y se esforzaban por hacer estallar una sedicion. Motamid los conocia y si

(1) «Cartás», p. 100, 101; «Abbad.,» t, II, 42, 232; «Anales Toledanos, II,» p. 404 (en la falsa fecha de 1092).



hubiera querido, hubiera podido hacerlos matar, como le aconsejaban, pero repugnándole la idea de terminar su reinado con un acto tan rigoroso, se contentó con hacerlo espiar. Parece, sin embargo, que la vigilancia que se ejercia sobre ellos, no era lo bastante eficaz, pues hallaron medios de comunicar con los sitiadores, los ayudaron á hacer una brecha, por la que el mártes 2 de Setiembre penetraron algunos Almoravides en la ciudad. Apénas tuvo noticia de lo que pasaba, cogió Motamid un sable y sin detenerse á tomar un escudo ni una coraza, montó á caballo y se precipitó sobre los agresores, rodeado de algunos soldados adictos. Un capitan almoravide le tiró un dardo. Pasó el arma bajo el brazo y le rozó la túnica. Cogiendo entónces el sable con las dos manos parte al caballero en dos pedazos, rechaza á los otros enemigos y los obliga á buscar su salvacion en una fuga precipitada. La brecha fué compuesta al momento, pero el peligro desviado por un instante no tardó en reaparecer. Despues de medio dia, los Almoravides consiguieron quemar la flota, lo que causó gran consternacion entre los sitiados, porque sabian que destruidos los buques, la ciudad no podia mantenerse

ni tampoco ignoraban que para asaltarla no esperaban los sitiadores más que la llegada de Sir que habia ido á traer refuerzos. Así es que el terror fué tal, que los habitantes no pensaron más que en salvar sus vidas. Algunos se echaron al rio, tratando de pasarlo á nado, otros se tiraron desde lo alto de las murallas y hasta hubo algunos que se deslizaron por las cloacas. Entretanto, llegó Sir y el domingo 7 de Setiembre mandó dar el asalto. Los soldados que estaban en las murallas se defendieron con bravura, pero fueron abrumados por el número, y entónces los Almoravides penetraron en la ciudad saqueándola y cometiendo todo género de escesos. Su rapacidad, fué tal que quitaron á los sevillanos hasta su último vestido.

Motamid estaba todavia en el castillo. Las mugeres lloraban, sus amigos le suplicaban que se rindiera. Él no quiso, porque entreveia con horror, no la muerte, estaba demasiado habituado á desafiarla para que la temiera, sino el suplicio infame, y lo que pensaba en esta ocasion, lo ha espresado en estos versos:

Cuando mis lágrimas dejaron al fin de

correr, y se calmó un poco mi corazon desgarrado: Redios, me dijeron, es el partido mas prudente» ¡Ay!, respondí, ¡un veneno me pareceria mas dulce de tragar que vergüenza semejante! Que los bárbaros me quiten mi reino y que mis soldados me abandonaran: mi valor y mi dignidad no me abandonan. El dia en que caí sobre los enemigos no quise coraza, salí á su encuentro sin mas vestidos que una túnica y esperando encontrar la muerte me lancé en lo mas fuerte de la pelea, mas ¡ay! no habia llegado mi hora.

Resuelto á buscar una vez mas la muerte que parecia huirle, se lanzó como un desesperado sobre un batallon almoravide que habia penetrado en el patio del castillo, lo rechazó y lo precipitó en el rio. Su hijo Malic perdió la vida en esta ocasion, pero él ni siquiera recibió una herida. Vuelto al castillo, tuvo por un momento la idea de darse la muerte, pero creyendo que esto era ofender á Dios, renunció á su proyecto y se decidió al fin á rendirse. Cuando llegó la noche envió pues á su hijo Rachid cerca de Sir porque esperaba todavia obtener condiciones. Esta esperanza se desvaneció. Rachid pidió en vano una audiencia y se le dió á entender que su padre tenia que entre-

garte á discrecion. No pudiendo tomar otro partido, Motamid se resignó á tomar el último que le quedaba. Se despidió de su familia y de sus compañeros de armas, que lloraban y gemian y se puso con Rachic en manos de los Almoravides. El castillo fué saqueado como lo habia sido la ciudad y le dijó á Motamid que no les perdonaria la vida á él ni á su familia, sino á condicion de enviar á sus dos hijos Radhí y Motadd que mandaban el uno en Mertola y el otro en Ronda, la órden de rendirse inmediatamente á los cuerpos almoravides que lo sitiaban. Motamid consistió en hacerlo y, como sabia que sus hijos tenian el alma tan altiva como él, les suplicó en los términos mas sentidos que obedecieran á su voluntad, pues solo á ese precio podian salvarse las vidas de su madre, de sus hermanos y de sus hermanas. Romaiquia unió tambien sus súplicas á las suyas, pues tambien temia que sus hijos reusaran someterse y este temor era fundado. Sobre todo á Radhí, por mucho que sintiera la suerte que esperaba á su familia en el caso de continuar defendiéndose, le costó mucho trabajo resolverse á obedecer, porque Ronda podia sostenerse todavia mucho tiempo. El general Guerur encargado de

sitiarla se mantenia á distancia, no se atrevia á aproximarse á aquel nido de águilas, colgado en la cima de una montaña escarpada y no tenia esperanza alguna de apoderarse de ella por la fuerza de las armas. Sin embargo, al fin triunfó en su corazon el sentimiento filial, consintió en entrar en tratos y habiendo obtenido una capitulacion honrosa, abrió á los Almoravides las puertas de su fortaleza. Pero Guerur tuvo la infamia de faltar á su palabra y para castigar á Radhí de haber dudado tanto tiempo lo hizo asesinar. Motadd que se habia decidido mas pronto tuvo menos dura suerte; sin embargo tambien la capitulacion que hizo fué violada, pues le quitaron todos sus bienes aunque se habian comprometido á dejárselos (1).

La toma de Sevilla apresuró la rendicion de Almería. En su lecho de muerte, Motacim habia aconsejado á su primogénito Izz-ad-daula que se fuera á refugiar á la córte de los señores de Bugia, en cuanto supiera

---

(1) Abd-el-wahid, p. 98 101; «Abbad.». t.I, páginas 55-59, 303, 304, 306; t. II, páginas 68, 178, 204, 205, 227, 228, 232.

que Sevilla habia tenido que rendirse. Habiendo sucedido esto, Izz-ad-daula obedeció la última voluntad de su padre y los Almoravides entraron en Almería á tambor batiente y á banderas desplegadas (1). Poco despues tomaron á Murcia, Dénia y Játiva (2) y luego volvieron sus armas contra el ruina de Badajoz. Durante el sitio de Sevilla, Motawakkil creyó poder escapar á su reino aliándose con los Almoravides y hasta se dice que los habia ayudado á apóderarse de la capital de Motamid (3); pero mas adelante, cuando sus pretendidos aliados comenzaron á desvastar sus fronteras, se habia echado en brazos de Alfonso, cuya proteccion habia comprado cediéndole á Lisboa Ceuta y Santander (4). Este paso descontentó á sus súbditos y ellos fueron los que llamaron á los Almoravides. En consecuencia, Sir, que habia sido nombra-

(1) «Recherches», t. I, p. 279, 281.
(2) «Cartás,» p. 101.
(3) «Abbad.», t. II, p. 44.
(4) Compárese ese á Ibn-al-Khatib (en mis «Recherches,» t. I, p. 179, l. 10-12 de la 1.ª edicion, donde debe leerse con el man, de Berlin «emir,» en lugar de «asr») con el «Chron. Lusit.» p. 419 y los «Annal., Complut.» p. 317.

do gobernador de Sevilla, envió un ejército contra Motawakkil á principios del año 1094 que conquistó el pais sin exceptuar la capital, con tanta facilidad y rapidéz que Alfonso no tuvo tiempo de socorrer á su aliado. Habiendo sido tomada por asalto la ciudadela de Badajoz, donde Motawakkil se habia refugiado con su familia, este cayó en poder de sus enemigos. A fuerza de torturas, Sir le obligó á declarar los sitios en que habia ocultado sus tesoros y le dijo que lo iba á mandar á Sevilla con sus dos hijos Fadhl y Abbás. No era esta sin embargo su intencion, por el contrario, habia resuelto concluir con estos príncipes, pero como temia que su ejecucion en la capital produjera mal efecto, dió órden al capitan que mandaba la escolta de matarlos en cuanto la perdieran de vista. En cuanto estuvieron á alguna distancia de Badajoz, el capitan anunció, pues, á Motawakkil que él y sus hijos debian prepararse á morir. El desdichado príncipe no trató de ablandar á sus verdugos, pues sabia que esto seria inútil; sólo les rogó que comenzaran por sus hijos, porque segun las ideas musulmanas se pueden rescatar con sufrimientos los pecados cometidos. Se accedió á su ruego y

cuando vió caer las cabezas de sus dos hijos, se arrodilló para hacer la última plegaria. Los soldados no se la dejaron concluir. Lo mataron á lanzazos (1).

En 1102, los Almoravides se posesionaron de Valencia, ciudad de que el Cid se habia apoderado ocho años antes. Mientras que vivió, los Almoravides trataron en vano de quitársela y despues de su muerte (1099) su viuda Jimena se mantuvo allí mas de dos años, pero Alfonso, á quien ella habia llamado en su ausilio y que creia á Valencia demasiado apartada de sus Estados para poder disputársela por mucho tiempo á los Sarracenos la indujo á abandonarla. Así se hizo, pero no queriendo de jar á los Almoravides mas que escombros, los Castellanos incendiaron la ciudad á su partida.

No quedaban pues, en la España musulmana, mas que dos Estados que no hubiesen sido incorporados todavia al imperio

---

(1) Ibn-al-Abbar é Ibn-al-Khatib (en mis «Recherches» t. I, p. 175, 179 y 180 de la primera edicion); Ibn-Khaldun «apud» Hoogvliet, p. 3 (yo he corregido el texto de este pasage en mis «Reche-ches» t. I, p. 158, 159 de la primera edicion).



de los Almoravides; Zaragoza donde reinaba Mostain, de la familia de los Beni-Hud y la Sahla que pertenecia á los Beni-Razin. Estos últimos, habian reconocido la soberanía de Yusuf, pero sin embargo, fueron depuestos (1). Mas fefiz Mostain, que habia sabido ganarse el favor de los Almoravides con los ricos presentes que les enviaba, conservó el trono durante su vida, pero á su muerte cambiaron de faz las cosas. Le sucedió su hijo Imad-ad-daula, pero los habitantes de Zaragoza no quisieron reconocerle sino á condicion de que se comprometiera á licenciar los soldados cristianos que servian en el ejército. Condicion era esta muy dura de cumplir, pues hacia un siglo que eran los cristianos los mejores soldados del ejército de Zaragoza y el mas seguro apoyo del trono, y si Imad-ad-daula los licenciaba, era evidente que no tardaria en sucumbir, pues sus súbditos no deseaban mas que entregarse á los Almoravides. A pesar de esto, el príncipe consintió en hacer la promesa que se le exijia, pero apenas la hubo cumplido se apresu-

(1) Ibn-al-Abbar, p. 182.

raron sus súbditos á ponerse en relaciones con Alí, hijo de Yusuf que reinaba entónces, pues su padre habia muerto tres años antes, y á decirle que habiendo sido echados los cristianos, le seria fácil apoderarse del reino. Informado Imad-ad-daula de sus tramas, alistó cristianos de nuevo. Esta medida puso el colmo al descontento de sus súbditos, que informaron á Alí de lo que habia pasado, suplicándole que los socorriera. Alí preguntó á los faquíes de Marruecos, si tenia derecho á acceder á sus súplicas y habiendo recibido una respuesta afirmativa, envió al gobernador de Valencia la órden de tomar posesion de Zaragoza. Esta órden se ejecutó sin obstáculo, porque Imad-ad-daula, que no se creia seguro en su capital, la habia evacuado para meterse en la fortaleza de Rueda. Antes de su partida habia escrito, sin embargo, á Alí, una carta muy sentida, en que le rogaba por la amistad que habia habido entre sus padres que le dejase sus Estados, puesto que no habia hecho nada que pudiera motivar pasos hostiles de parte de Alí. La carta hizo mucha impresion sobre este y tanto mas cuanto que su padre le habia recomendado en su lecho de muerte que viviera en paz

con los Beni-Hud; así que envió contra-órden al gobernador de Valencia, pero la contra-órden llegó demasiado tarde, pues los Almoravides habian ya entrado en Zaragoza (1).

Toda la España musulmana estaba ya reunida bajo el cetro del rey de Marruecos; lo que el pueblo y los faquies deseaban se habia efectuado, y los faquies por lo menos no tuvieron por que arrepentirse de haber cooperado del modo mas eficaz al éxito de la revolucion. Seria preciso remontarse hasta el tiempo de los Visigodos para hallar otro ejemplo de un clero tan poderoso como lo fué el musulman en el reinado de los Almoravides. Los tres príncipes de esta casa que reinaron sucesivamente en Andalucía, Yusuf, Alí (1106-1143) y Techufin (1143-1145) fueron todos extremadamente devotos, dispensaron á todos los faquies respetos y homenajes y no hacian nada sin

(1) «Holal» fól. 30 v.-31 v., 34 r. 39 r. y v.; Ibn-al-Abbar, p. 225 (en este autor no concuerda el dia del mes con el de la semana) «Cartás», p. 104. Imad-ad-deuda quedó en posesion de Rueda hasta 1130 en que murió. Diez años despues, su hijo y sucesor Saif-ad-daula, cedió aquella fortaleza á Alfonso VII.



su aprobacion. Sin embargo, es á Alí á quien es preciso conceder la palma. La casualidad se habia equivocado haciéndolo nacer en las gradas de su trono; la naturaleza lo habia destinado para una vida de sosiego y de piadosa meditacion, para el cláustro, para una ermita en el desierto. Durante su vida no hizo mas que rezar y ayunar. Naturalmente los faquies no tuvieron de que quejarse, manejaban al monarca como querian, gobernaban el Estado, disponian de todos los empleos y de todos los favores, acumulaban inmensas riquezas (1), en una palabra, recogian el fruto que se habian prometido de la dominacion almoravide y acaso la cosecha escedia á sus esperanzas. Pero si los sucesos las habian justificado, tambien justificaron los temores de los que no querian ni el dominio del clero, ni el de los soldados del Sahara y de Marruecos. Los literatos, los poetas y los filósofos tenian muchos motivos de queja. Verdad es que muchos literatos que habian servido en las cancillerias de los príncipes andaluces, habian obtenido empleos en las

---

(1) Abd-el-wahid, p. 122.

del nuevo dueño, pero se hallaban fuera de su sitio y poco á sus anchas en medio de sacerdotes fanáticos y rudos capitanes; la comitiva de los príncipes andaluces era muy diferente. Aun en aquellos que para ganar el pan cuotidiano, adulaban á los señores almoravides, y les dedicaban libros, se nota cierta triteza mezclada á gran admiracion hácia los príncipes literatos que antes habian reinado en Andalucía. Hubo tambien quien experimentó á veces la necesidad imperiosa de desahogar su bilis, como aquel secretario que habiendo recibido órden de dirigir á nombre del monarca una reprimenda al ejército valenciano que se habia dejado batir por el rey de Aragon, cedió á su antipatía hasta el estremo de poner en su carta frases como esta: «Cobardes, infames, ¿huís todos á la vista de un solo caballero? En lugar de caballos que montar, debiamos daros obejas que ordeñar. Ya es tiempo de que os castiguemos severamente, que purguemos de vosotros á la Península y que volvamos al Sahara.» Semejante lenguaje, no hay para que decirlo, no agradó al monarca y el secretario fué destituido (1). En cuanto

(1) Abd-el-wahid. p. 127.

á los poëtas, no hallando ya Mecenas, deploraban la decadencia del gusto y maldecia la barbarie que habia invadido su pais (1). Algunos de ellos subsistian trabajosamente, componiendo odas en honor de los faquies, porque por devotos que fueran, no estaban exactos de vanidad y su jefe Ibn-Hamdin tenia mucha. Pretendia pertenecer á la nobleza árabe, la hechaba de príncipe y entre otros versos se hizo componer los siguientes: «Que no se hable del esplendor de Bagdad, ni de la hermosura de la China y de laPersia:—no hay en toda la tierra ciudad como Córdoba, ni hombre que pueda compararse con Ibn-Hamdin (2).» Pero los faquies sin exceptuar á Ibn-Hamdin que era el hombre mas rico de Córdoba (3), pagaban muy mal (4) y además los poetas

(1) Ibn-Khacan en su cap. sobre Abu-Mohamed ibn-al-Djobair ha copiado una sentida epístola que este literato dirigia á Ibn-Hamdin sobre este asunto.

(2) Maccari, t. I, p. 299; compárese con el t. II, p. 360, 331, 472.

(3) «Chron.» «Adef.» «Imper.», c. 91.

(4) «Se vá á acabar el mundo, decia el poeta Ibn-al-Binní, puesto que Ibn-Hamdin nos promete recompensas. Mas fácil es que cojamos las estrellas que su dinero.»-Abd-el-wahid, p. 123.

que se respetaban á sí y á su arte, no querian cantarlos. La pobreza era pues su destino. Ibn-Baki, gracioso poeta, uno de los mejores que ha tenido Andalucía, erraba como un vagamundo falto de pan (1). «A vuestro lado, compatriotas, decia en uno de sus poemas, me encuentro en la pobreza y en la miseria y si mereciera el nombre de hombre libre y digno, ya no estaria aquí. Vuestro jardin no produce frutos, vuestro cielo no dá ni una gota de agua. Yo tengo sin embargo mérito y, si Andalucía no me quiere, el Irac me recibirá con los brazos abiertos. Aquí seria una locura querer subsistir con el talento, pues aquí no hay mas que estúpidos y avaros advenedizos (2).» Un solo consuelo quedaba á los poetas, podian silvar á los poderosos del dia, escribir sátiras llenas de hiel contra los faquies, «esos lobos que se arrastran en las tinieblas y que devoran piadosamente todos los bienes de aquí abajo (3);» pero era, pe-

(1) Véase Ibn-Khacan «apud» Maccari, t. II, p. 590.
(2) Maccari, t. II, p. 303.
(3) Maccari. t. II, p. 303, 305; Abd-el-wahid, p. 123.

ligroso exhalar su cólera de este modo, por que los faquíes sabian castigar á los audaces que se burlaban de ellos. La Filosofía, apenas hay que decirlo, era ciencia prohibida. Malic ibn-Wohaib de Sevilla, tuvo la imprudencia de ocuparse de ella, pero viendo que esponia su vida, la abandonó para entregarse enteramente al estudio de la Teología y al derecho canónico. No tuvo por qué arrepentirse, pues llegó á ser el amigo y el confidente del monarca, sin embargo nunca se le perdonó enteramente la falta que habia cometido en su juventud, y uno de sus enemigos compuso contra él estos versos: «La corte de Alí estaria libre de toda mancha, si el demonio no hubiera hallado medio de meter en ella á Malic Ibn-Wohaib (1),» La intolerancia de los faquies no tenía límites y sus conocimientos eran muy limitados. Poco versados en el estudio del Coran y de las tradiciones relativas al Profeta, no conocian más que los escritos de los discípulos de Malic que miraban como autoridades infali-

(1) Ibn-abí-Ozaibia, artículo sobre Avempace; Maccari, t. II, p. 322, 323.

bles de las que no era permitido apartarse. Su teología, á decir verdad, no era más que un conocimiento minucioso del derecho canónico. En vano, teólogos un poco más ilustrados, se oponian á su gusto exclusivo para cuestiones y libros en realidad secundarios, se les respondia con persecuciones y se les trataba de heterodoxos, cismáticos é impios. El libro que el célebre Ghazzalí habia publicado en Oriente con el título de «Vivificacion de las ciencias religiosas», causó en Andalucía gran escándalo. No era, sin embargo, un libro heterodoxo. Ghazzalí, á quien no habia satisfecho ningun sistema filosófico, habia caido primero en el escepticismo y no habiendo podido seguir en él, se habia precipitado en el ascetismo y se habia hecho enemigo declarado de la filosofía (1). Así, que afirma, en la Vivificacion de las ciencias religiosas, que la metafísica no debe servir más que para defender la religion revelada contra los novadores y la declara supérflua en tiempos de fé verdadera y viva; y en cuanto

---

(1) Renan, «Alberroes», p. 97 de la segunda edicion.

al estudio de la naturaleza, quiere que se abstengan absolutamente de él, si se aperciben que pueda quebrantar la fé (1). Pero predicaba una religion intima, ferviente, apasionada, una religion del corazon y censuraba enérgicamente á los teólogos de su tiempo que se detenian en la corteza, no ocupándose más que de cuestiones de derecho, útiles solamente para terminar las insignificantes querellas del vil populacho (2). Esto era atacar á los faquies andaluces en su flaco, asi que se llenaron de indignacion. El cadí de Córdoba Ibn-Hamdin, declaró que todos los que habian leido el libro de Ghazzalí eran impíos y condenados, y redactó un fetva en que se decia que todos los ejemplares debian ser entregados al fuego. Este fetva firmada por los faquies de Córdoba, fué presentado al rey Alí que lo aprobó. Por consiguiente, el libro de Ghazzalí fué quemado en Córdoba y en las demás ciudades del imperio y se prohibió á

(1) Gosche, «Ueber Ghazzálís Leben md Werke» (en las Mem. de la Acad. de Berlin de 1858) p. 258, 290.
(2) Artículo de M. Hitzig sobre la obra de Ghazzali en el Díario Asiat. aleman., t. VII, p. 173, 175.

todos bajo pena de muerte y de confiscacion de bienes tener un ejemplar (1).

Se comprende que bajo semejante régimen la suerte de los que vivian fuera de la religion musulmana debia ser intolerable. Hé aquí, por ejemplo, lo que aconteció á los judíos. Un faquí de Córdoba creyó haber hallado un medio excelente para obligarlos á abrazar el islamismo. Pretendió haber encontrado entre los papeles de Ibn-Masarra una tradicion, que decia que los judios se habian comprometido con Mahoma á hacerse musulmanes al fin del siglo V de la Hegira, si el Mesías que esperaban no habia parecido en este intérvalo. Evidentemente este faquí no era muy fuerte en la historia literaria, si lo hubiera sido, se hubiera guardado muy bien de decir que habia hallado esta tradicion en los papeles de Ibn-Masarra, puesto que se sabe que la ortodoxia de este sábio era más que sospechosa (2). Pero no se miraba tanto y el rey Yusuf que estaba entónces en España, fué á Lucena (ciudad exclusivamente judía, por que

(1) Abd-el-wahid, p. 111, 234, 132; «Holal», fól. 41 v.

(2) Véase, t. III, p. 26, 27.

ningun musulman podia habitar allí) á fin de obligar á los hebreos á cumplir la promesa hecha por sus antepasados. Gran consternacion entre los judíos de Lucena, pero afortunadamente les quedaba todavía un medio para salir del apuro. En realidad no eran ni su conciencia, ni su fé lo que se queria, sino su dinero. Pasaban por los judíos más ricos del mundo musulman y el gobierno contaba con ellos para salvar el déficit, creado en el tesoro por la abolicion de las contribuciones ilegales. Ellos no lo ignoraban y, en su consecuencia, se dirigieron al cadí de Córdoba Ibn-Hamdin, suplicándole que intercediera por ellos con su soberano. El cadí no se mostró inexorable, les prometió hablar en su favor y lo hizo. No nos atreveríamos á afirmar que lo hiciera de valde, pero el caso es, que persuadió al rey á contentarse con una suma de dinero. Cierto es que esta suma era enorme, pero en aquellas circunstancias los judíos debieron felicitarse de verse libres por un sacrificio pecuniario (1).

---

(1) «Holal», fól. 32 r. y v. Consúltese sobre Lucena y su poblacion judia Edrisí t. II, p. 54.

Los cristianos, los muzárabes como los llamaban, tuvieron que sufrir mucho mas; el ódio que los faquíes y el populacho alimentaban contra ellos, era más fuerte y más envenenado. En muchos lugares no formaban más que una pequeña comunidad, pero todavía eran muy numerosos en la provincia de Granada y, muy cerca de la capital, poseian una hermosa iglesia, que habia sido edificada en el año 600 por un señor godo, llamado Gudila. Esta iglesia hacía sombra á los faquies. Fundándose probablemente en la autoridad del califa Omar II, que quiso que no se dejáran en pie en ninguna parte iglesias, ni capillas nuevas ni viejas (1), dieron un fetva que mandaba destruirla; y habiendo recibido este fetva la aprobacion de Yusuf, el sagrado edificio fué demolido hasta los cimientos (1099). Segun toda apariencia, otras iglesias tuvieron la misma suerte; lo cierto es, por lo ménos, que los faquies vejaron de tal manera á los muzárabes que estos suplicaron, al fin, al rey de Aragon, Alfonso el Batallador que

(1) Véase «Journ. Asiat.,» IV série, t. XVIII, p. 513.

viniera á librarlos del yugo intolerable que sobre ellos pesaba. En Setiembre de 1125 sepusoen camino con cuatro mil caballeros, seguidos de sus gentes de armas,. que habian jurado todos sobre el Evangelio no abandonarse unos á otros. Su expedicion no tuvo, sin embargo, el resultado que se habian prometido. Verdad es que desvastó la Andalucía durante más de un año, que llegó hasta las puertas de Córdoba y que consiguió una gran victoria en Arnisol, cerca de Lucena; pero habia venido á tomar á Granada y no lo consiguió. En cuanto se marchó el ejército aragonés, los musulmanes castigaron del modo más cruel á los muzárabes. Diez mil de ellos se habian sustraido yá á su furor; conociendo la suerte que le esperaba habian obtenido, de Alfonso, permiso para establecerse en sus Estados, pero todavía quedaban muchos y estos fueron privados de sus bienes, maltratados de todas suertes, presos ó muertos. Sin embargo, la mayor parte fueron trasladados al África, espuestos á insoportables sufrimientos y se los estableció en las cercanías de Salé y de Miquinés (1126). Todo esto se hizo en virtud de un decreto de Alí que el cadi Ibn-Rochd (abuelo del célebre

filósofo Averroes) habia provocado (1). Once años más tarde tuvo lugar una segunda deportacion de Muzárabes (2), de modo que en Andalucía quedaron muy pocos.

Para muchas gentes, este gobierno era pues, muy duro y muy tiránico. Sin embargo, los cristianos, los judíos, los teólogos musulmanes de la escuela liberal, los filósofos, los poetas y los literatos no formaban todos juntos mas que una minoría. Era, sin contradiccion, una minoría muy considerable y de la que era imposible desentenderse, pues formaban parte de ella casi todos los hombres de talento, pero al fin, no era la masa de la poblacion. Lo que esta esperaba del nuevo gobierno, podia formularse de este modo: órden en el interior, proteccion contra el enemigo fuera, disminucion de impuestos y acrecentamiento de la prosperidad pública. ¿Se realizaron estos deseos? Puede decirse que lo fueron durante el reinado de Yusuf y en los primeros años del de su sucesor. Durante este tiempo no se turvó el órden, los caminos estaban se-

---

(1) Véase mis «Recherches», t. I, p. 343, 360.
(2) «Chron, Adefonsi Imperatoris», c. 64.

guros (1), los Castellanos fueron tan tenidos á raya que no pensaron ya en venir á desvastar el interior de Andalucía (2) y, por lo menos al principio, no se echaron contribuciones ilicitas; eran los judíos, como hemos visto, los que debian pagar por los musulmanes, cuando el tesoro se encontraba exhausto. Sin embargo, no nos atreveriamos á afirmar, como lo hace un cronista (3), que no hubiera habido ninguna contribucion extraordinaria, pues se sabe que, una vez al menos Yusuf trató de echar una contribucion de guerra, una «mauna» (ayuda) como se la llamaba. Los Almerienses que no habian mostrado nunca gran parcialidad para los Almoravides, reusaron pagarla y el cadí de esta ciudad Abu-Abdallah ibn-al-Farra, respondió en estos términos á las reprimendas de Yusuf. «Vos me reprendeis, señor, porque no he querido obligar á mis conciudadanos á pagar la «manua» y decis que debe pagarse, puesto que todos los faquies y cadies de Marruecos y de Andalucía lo han decretado así, fundándose en el ejemplo de Omar, el compañero del Profeta,

---

(1) «Cartás», p. 108.
(2) Abd-el-wahid, p. 114; «Holal», fól. 52 r.; «Chron. Lusit.», p, 326.
(3) Citado en el «Cartás», p. 108.

que han sido enterrado á su lado y cuya justicia jamás se ha puesto en duda. He aquí mi respuesta, oh emir de los musulmanes: Vos no sois compañero del Profeta, ni sereis enterrado en su lado, ni yó sé que vuestra justicia haya dejado de ponerse en duda y si los cadies y faquies os ponen en la misma línea que á Omar, ellos tendrán que responder á Dios de esa opinion temeraria. Omar, por otra parte, no pidió la contribucion de que se trata, sino despues de haber jurado en la mezquita, que no le quedaba ni un solo dirhem en el tesoro; si vos podeis hacer lo mismo, tendreis derecho de pedir una contribucion extraordinaria; si no, nó, Salud (1).» ¿Este altivo lenguaje, dió por resultado que Yusuf renunciara á su designio ó bien persistió en él? No podriamos decirlo, pero nos sentimos inclinados á creer que en el reinado de Alí fueron restablecidas, á menos en parte, las contribuciones ilegales, pues hablando de los Rum (cristianos) á quienes este prín-

(1) Maccari, t. II, p. 262, 263; Ibn-Kallican, Fac. XII, p. 17, 18. Este cadí de Almeria fué muerto en la batalla de Cutanda (cerca de Daroca) dada en 1120, Maccari, t. II, p. 751.

cipe dió empleos, dice un cronista, (1) que fueron tambien encargados de percibir los «magharam» y ordinariamente se designan con esta palabra los impuestos que no han sido prescritos por el Coran. Sin embargo, la poblacion contribuyó menos que bajo los príncipes andaluces y es natural que, gracias á esta circuntancia y al sosiego de que se gozaba, se acrecentase la prosperidad. Esta fué en efecto muy grande, la prueba es que el pan se vendia muy barato y que podian comprarse legumbres casi de balde (2).

En general, el pueblo no se engañó, solo se equivocó, si habia creido que los Almoravides obtendrian victorias decisivas sobre los cristianos y devolverian á la España musulmana la grandeza y el poder que habia tenido en los tiempos de Abderram III, de Haquem II y de Almanzor. Las circuntancias eran sin embargo favorables, por que despues de la muerte de Alfonso VI (1109), la España cristiana fué por mucho tiempo presa de la discordia y de la guerra civil,

---

(1) «Holal», fól. 35.
(2) «Cartás», p. 108; «Holal», fól. 33 v.

pero los Almoravides no supieron aprovecharlas. Todos sus esfuerzos para reconquistar á Toledo fueron inútiles, y si bien es cierto que se apoderaron de algunas ciudades menos importantes, los triunfos que obtuvieron quedaron contrabalanceados con la pérdida de Zaragoza (1118).

El pueblo por lo demás no tuvo mucho tiempo de felicitarse por la revolucion efectuada: gobierno, generales y soldados todo se corrompió con una asombrosa rapidéz.

Los generales de Yusuf, cuando llegaron á España, eran iliteratos, es verdad, pero tambien piadosos, bravos, probos y acostumbrados á la vida sencilla y frugal del desierto (1). Enriquecidos con los tesoros de los príncipes andaluces que Yusuf les habia prodigado, perdieron bien pronto sus virtudes y no pensaron en adelante mas que en gozar tranquilamente de los bienes que habian adquirido (2). La civilizacion de Andalucía fué para ellos un espectáculo enteramente nuevo; avergonzados de su barbarie, quisieron iniciarse en ella, toman-

---

(1) «Holal», fól. 34 r.
(2) Abd-el-wahid, p. 148.

do por modelos á los príncipes destronado. Desgraciadamente tenian la piel demasiado dura para poder apropiarse la delicadeza, el tacto y el primor de los Andaluces. Todo llevaba en ellos el sello de una imitacion servil y mal hecha. Protegieron á los literatos, se hicieron recitar poemas y dedicar libros, pero todo esto lo hacian torpemente, sin gracia y sin gusto, hicieran lo que hicieran, siempre quedaron semi-salvajes y no tomaron de la civilizacion andaluza más que su lado malo. El cuñado del rey Alí, Abu-Beer ibn-Ibrahim, que fué por algun tiempo gobernador de Zaragoza despues de haberlo sido de Granada, fué por decirlo así, el tipo de esos generales que ensallaron sin gran éxito «andaluzarse», si nos es lícito espresarnos así. Nacido en el Sahara, habia sido criado en los principios régidos y austeros de su nacion, pero en Zaragoza los olvidó para tomar en todo por modelos á los Beni-Hud, antiguos reyes del pais. Estos habian sido gente alegre y él quiso serlo tambien; en consecuencia se rodeó de vividores y cuando bebia con ellos se ponia una corona y un manto real; luego como los Beni-Hud habian sido los protectores de la filosofía y hasta dos de ellos Moc-

tadir y Mutamin habian escrito sobre esta ciencia, quiso él serlo á su vez, y sin cuidarse de lo que digeran su cuñado y los faquies, eligió por amigo, por confidente y por primer ministro á un hombre cuyo nombre no pronunciaban los fieles sino con horror, que no creia en el Coran y que negaba toda revelacion, al célebre filósofo Avempace en una palabra (1). Sus soldados se indignaron tanto que gran número de ellos lo abandonó (2). Sin embargo, los soldados aunque mas ortodoxos, no valian mas que sus jefes. Los que los caracterizaba era su insolencia con los andaluces y su cobardía ante el enemigo. En efecto, su cobardía era tan grande que el rey Alí se vió obligado á vencer su aversion hácia los cristianos y alistar los que su almirante Ibn-Maimun que hacia una verdadera caza de hombres, le traia de las costas de Galicia, de Cataluña, de Italia y del imperio bizantino; (3)

(1) Avempace es una corrupcion de Ibn-Baddaj.

(2) Ibn-al-Katib, man. G. fól. 980 v. 100 r. (artículo sobre Abú-Becr ibn-Ibrahim); Ibn-Khacan, «Calayid» artículo sobre Avempace.

(3) Véanse sobre estos Rum (que en el fondo eran los que llamaban antes eslavos) la «Chron. Adefonsí Imper», c. 45, 46, 94 y «Holal», fól. 35 r., 58 r., 62 v.

y en cuanto á la insolencia no conocian límites. Trataban á Andalucía como á un pais conquistado y tomaban todo lo que se les antojaba dinero, bienes y mujeres. El gobierno lo toleraba, porque no podia hacer nada. Su debilidad daba lástima. Los faquies habian tenido que ceder el poder á las mujeres ó por lo menos dividirlo con ellas. El rey Alí se dejaba gobernar por su esposa Camar, otras damas gobernaban á su antojo á los altos dignatarios, y por poco que se satisfaciera su codicia, podia hacerse todo lo que se quisiera. Hasta los bandidos tenian derecho de contar con la impunidad, si tenian medios de comprar la proteccion de estas damas. Ellas eran las que daban los empleos y por lo comun los concedian á hombres completamente incapaces. En una palabra, el gobierno llegó á ser despreciable y ridículo. Ejército y pueblo se burlaban de él, porque revocaba al dia siguiente las órdenes que habia dado la víspera; los grandes señores aspiraban al trono y se les oia decir que ellos gobernarian mucho mejor que el débil Alí que no sabia mas que rezar y ayunar (1).

(1) Abd-el-wahid, p. 128, 133, 148; «Holal», fól. 58 v., 59 r.

Para colmo de desdichas, estalló en África una terrible rebelion (1121). Fanatizados por un pretendido reformador, que se suponian el Mahdí anunciado por Mahoma, los salvajes habitantes de la cadena del Atlas marroquí, los Almohades (unitarios), como ellos se llamaban, tomaron las armas contra los Almoravides. Para una dinastía ya tan débil y vacilante, semejante golpe debia ser mortal. A excepcion de los cristianos, los soldados de que disponia eran tan malos que, por lo comun, la vista de un solo enemigo bastaba para ponerlos en derrota. Así que el gobierno en su último apuro no sabia que hacer; para prolongar algunos minutos su triste existencia desguarnecia á Andalucía, retirando de ella soldados, armas municiones y víveres (1). Los cristianos no tardaron en apercibirse de e lo y en aprovecharlo. En 1125, cua ro años despues del comienzo de la rebelion de los Almohades, Alfonso el Batallador, rey de Aragon, desvastó la Andalucía, como ya hemos visto, durante mas de un año. En 1133, Alfonso VII de Castilla que llevaba el títu-

(1) «Holal«, fól. 52 r.

lo de emperador lo mismo que su abuelo Alfonso VI, llevó á sangre y fuego los alrededores de Córdoba, de Sevilla y de Carmona, tomó á Jeréz que saqueó y quemó y penetró hasta lo que se llamaba entonces la vuelta de Cádiz, es decir, hasta las columnas de Hércules (1). No habia hecho mas su abuelo en tiempo de Motamid. Cinco años mas tarde volvió para desvastar los alrededores de Jaen, de Baeza, de Úbeda y de Andujar. En 1143, hizo de nuevo la vuelta de Sevilla y de Carmona. Al año siguiente toda Andalucía fué saqueada y quemada desde Calatrava hasta Almería (2).

Despues de haber gozado de algunos años prósperos, el pueblo andalúz habia ganado en la revolucion que saludó con tanto estusiasmo: un gobierno impotente y corrompido, una soldadesca cobarde, indisciplinada y brutal, una pésima policia, porque en las ciudades pululaban los rateros y las campiñas estaban infestadas de ladro-

(1) «Chron Adefonsi Imper», c. 13, 16. Sobre la Vuelta de Cádiz ó columnas de Hécules, veanse mis «Recherches», t, II, p. 328 y el Apéndice número XXXV.

(2) «Chron Adef. Imper», c. 60, 82, 88.

nes, la paralizacion casi completa del comercio y de la industria, la carestia de los víveres, por no decir el hambre, en fin, invasiones mas frecuentes que lo habian sido nunca y que tendian desgraciadamente á multiplicarse aun (1). Todas las esperanzas habian salido fallidas y ahora maldecian á aquellos Almoravides en quienes habian visto antes los salvadores del pais y de la religion. En el año de 1121, se sublevaron los Cordobeses contra la soldadesca que estaba de guarnicion en la ciudad y que se entregaba á todo género de escesos sin que el gobierno lo impidiera. Estos bárbaros fueron espulsados y sus casas saqueadas. Entonces el rey Alí, llegó á Andalucía con una nube de Africanos; jamás ejército tan considerable habia desembarcado en España. Pero los Cordobeses puestos en el último extremo estaban resueltos á defenderse con el valor que dá la desesperacion. Cerraron las puertas é hicieron barricadas en las calles. El combate, sin embargo, hubiera sido demasiado desigual, y los faquies se interpusieron para evitar la efusion de sangre. Esta vez,

(1) Compárese el «Holal,» fól. 52 r.

apesar de su habitual servilismo, tomaron partido por sus conciudadados contra el poder. Declararon en un fetva que la rebeldía de los Cordobeses era justa y legítima, puesto que no habian tomado las armas mas que para defender sus bienes, sus mugeres y su vida. Alí cedió como de costumbre á los faquies y, despues de algunos parlamentos los Cordobeses se comprometieron á pagar una multa en indemnizacion de lo que habian saqueado y destruido (1). En otras ciudades el descontentos crecia de contínuo y aunque el pasado no hubiera sido brillante, se le echaba de menos y se deseaba volver á él, tan sombrío é insoportable era el presente. Podemos convencernos de esto, leyendo el mensaje que los Sevillanos enviaron en 1133 á Saif-ad-dáula hijo del último rey de Zaragoza que se encontraba en el ejército de Alfonso VI cuando este estaba antes las puertas de la ciudad. «Dirigios al rey de los cristianos, le mandaron á decir, arreglaos con él y haced de modo que quedemos libres del yugo de los Almoravide. Una vez que lo seamos, pagaremos al rey

(1) «Holal,» fól. 35 v. 36 r.

de Castilla un tributo mas considerable que el que nuestros padres pagaban á los suyos y vos y vuestros hijos reinareis sobre nosotros (1).» Once años despues la medida se habia colmado y desplomándose el imperio por todas partes se decia en las calles y en las mezquitas: «Los Almoravides nos sacan hasta la médula de los huesos; nos quitan nuestros bienes, nuestro dinero, nuestras mugeres y nuestros hijos, ¡sublebemosnos contra ellos, echémoslos, matémolos!» Y otros decian: «Primero debemos hacer alianza con el emperador de Leon, le pagaremos un tributo como hacian nuestros padres.—Sí, sí, gritaban por todàs partes, todos los medios son buenos siempre que quedemos libres de los Almoravides.» Y se pedia la bendicion de Dios sobre los proyectos que se habian formado (2) y toda Andalucía se levantaba como un solo hombre para aniquilar á sus opresores, con los cadies y los faquies á su cabeza, pues es sabido, que el clero ha contado rara vez el reconocimiento en el número de sus virtudes.

---

(1) «Chron. Adef. Imp.», c. 16.
(2) «Chron, Adef. Imper.», c. 89.

No vamos á referir ni la historia de esta revolucion, ni la conquista de España por los Almohades que habian derrotado á los Almoravides en Marruecos. La tarea que nos habiamos impuesto era diseñar la Historia de la Andalucía independiente y si, al echar una rápida ojeada sobre el período en que este pais no fué mas que una provincia de otro imperio, hemos excedido los límites de nuestro asunto, es por que hemos creido de nuestro deber mostrar que Andalucía cuando se entregó á los Almoravides estuvo muy lejos de ser dichosa y que llegó hasta echar de menos á sus príncipes indígenas á quien ella habia calumniado tanto y á quien habia abandonado y vendido en la hora del peligro.

Un solo deber nos resta para concluir, contar la historia de Motamid durante su cautividad.

XV.

Sean las que quieran las virtudes de Yusuf—los faquies afirmaban que habia tenido muchas—no se contaba entre ellas las magnanimidad hacia los vencidos. Su conducta con los príncipes andaluces que habia hecho prisionero fué odiosa y cruel. Verdad es, que los dos nietos de Badis fueron tratados de una manera conveniente: recobraron la libertad á condicion de no salir de Marruecos y reeibieron un sueldo bastante considerable de modo que Abdallad pudo dejar una buena fortuna á sus hijos. Es que Yusuf tenia para estos príncipes que eran de su nacion, un flaco, y eran ade-

más hombres incapaces, de los que no tenia nada que temer y que lo adulaban (1). En cuanto á los otros principios ya hemos visto cual fué la suerte de Motawakkil, de Fadhl y de Abbas; la de Motamid aunque no le quitaron la vida, no fué menos deplorable.

Despues de la toma de Sevilla, se dió órden de llevarlo á Tánger. En el momento de embarcarse con sus mugeres y con sus hijos, una multitud inmensa cubria las riberas del Guadalquivir para darles el último adios. El poeta Ibn-al-labbana en una de sus elegía ha descrito esta escena en estos términos:

Vencidos despues de una valerosa resistencia, los príncipes fueron metidos en un navío. La multitud llenaba las riberas del rio, las mugeres estaban sin velos, y en su dolor se arañaban el rostro. ¡Qué de gritos, qué de lágrimas! ¿Qué nos queda ya? ¡Véte de aquí extrangero! recoge tus bagajes y haz tus provisiones, porque la casa de la generosidad ya se ha quedado desierta. Tú que tenias intencion de establecerte en este

(1) Véase Ibn-al-Khatib, man. E. artículo sobre Abdallah ibn-Bologguin.

valle, sabe que la familia que tú buscabas ya no está allí, y que la sequía ha destruido nuestra cosecha. Y tú caballero del soberbio séquito, depon tus armas que no te servirian de nada, porque el leon ha abierto ya su boca para devorarte (1).

Cuando Motamid llegó á Tánger, donde permaneció algunos dias, el poeta Hozri que habitaba allí y que habia pasado algun tiempo en la córte de Sevilla, le envió poemas compuestos en su honor; de ellos uno solo era nuevo, y en este Hozri pedia un regalo, aunque debia saber que no estaba en estado de hacerlo. En efecto, el ex-rey de Sevilla no habia conservado de todas sus riquezas mas que treinta y seis ducados que habia escondido en su bota y que sus pies habian manchado de sangre: pero tal era su generosidad que no vaciló en sacrificar este último recurso; lió los ducados en un pedazo de papel y añadiéndoles una poesía en la que se escusaba por la exigüedad del regalo los envió á Hozri. Este mendigo sin vergüenza no tuvo siquiera la atencion de darle las gracias, y cuando los otros poetastros de Tánger y de sus

(1) «Abbad», t. I, p. 59, 61.

cercanias supieron que Motamid hacia todavia regalos, acudieron en gran número á presentarle sus versos. Pero ¡ay! ya no tenía nada que dar, y con esta ocasion dijo:

Los poetas de Tánger, los de la Mauritania entera, se esfuerzan en hacer versos y quisieran recibir alguna cosa del cautivo. Mas bien seria él, el que tendria que pedirles una limosna; ¡qué maravilla, qué maravilla! Si el pudor que hay en el fondo de su alma, si la altivéz que le legaron sus abuelos no se lo impidiera, él rivalizaría con ellos, él mendigaria tambien, él, que antes cuando se acudia á su generosidad repartia el oro á manos llenas (1).

De Tánger se le condujo á Mequinéz. En el camino se encontró una procesion que hacía rogativa por la lluvia y con esta ocacion compuso estos versos:

Viendo á esas gentes que iban á implorar la lluvia: «Mis lágrimas, les dije, la sustituirán.—Tienes razon me respondieron, tus lágrimas son bastante abundantes para ello; pero están mezcladas de sangre.» (2)

---

(1) «Abbad», t. I, p. 313, 314; t. II, p. 71, 175, 232; Abd-el-wahid, p. 101, 102.
(2) «Abad», t. I, p.383.

En Mequinéz permaneció muchos meses, (1) hasta que Yusuf mandó trasladarlo á la ciudad de Aghmat, no lejos de Marruecos. Mientras que se le hacia andar este trayecto, su hijo Rachid á quien se habia negado á ver, porque, por un motivo que ignoramos, estaba enfadado con él, le dirigió para apaciguarlo estos versos:

Escudo de la lluvia protectora, señor de la generosidad, protector de los hombres, el mayor favor que pudierais concederme seria permitirme contemplar un instante tu noble rostro que alegre y brillante podria servirnos, la noche de antorcha, el dia de sol.

Motamid le respondió con estos:

Yo era el émulo de la lluvia bienhechora, el señor de la generosidad, él protector de los hombres cuando mi mano derecha prodigaba los dones en el dia de la distribucion de los regalos, ó quitaba la vida á los enemigos en el dia del combate, y cuando mi izquierda tenia la brida que sujetaba el corcel, asustado con el ruido de las lanzas. Pero ahora yo me hallo en poder de la cautividad y de la miseria, me asemejo

(1) Abd-el-wahid, p. 102.

á una cosa sagrada que ha sido profanada á un ave á quien se han cortado las alas. Ya no puedo responder al ruego del oprimido, ni del pobre. La alegria de mi rostro á que estabas acostumbrado se ha cambiado en sombria tristeza; los pesares no me permiten pensar en alegrias; hoy todas las miradas se apartan de mí, cuando antes todas me buscaban (1).

En Aghmat llevó en la prision una existencia triste y dolorosa. El gobierno se ocupaba de él para mandar, ya que se le pusieran cadenas, ya que se las quitaran, pero no se tomaba el mismo cuidado de su súbsistencia. Así, que vivia con su familia en la última miseria. Para subvenir á sus necesidades su muger y sus hijas se vieron obligadas á hilar. Él buscaba consuelo en la poesía. Así que cuando vió, desde la estrecha ventana de su calabozo, una bandada de esas ligeras aves á quienes los árabes dan el nombre de «catá» y que son una especie de perdices, dijo:

Yo lloraba viendo pasar cerca de mí una turba de «catás,» ellos eran libres, ellos no conocian ni la prision, ni la cadena. No era

---

(1) «Abbad», t. II, p. 73, 74.

por envidia por lo que lloraba, sino porque yo hubiera querido hacer lo que ellos, por que entónces yo hubiera podido ir á donde quisiera; mi dicha no se hubiera desvanecido, mi corazon no estaria lleno de dolor, yo no lloraria por la pérdida de mis hijos. ¡Cuán felices son! no están separados uno de otro, ninguno experimenta el dolor de estar lejos de su familia, no pasan como yo la noche en horribles angustias, cuando oigo rechinar en la puerta de la prision los cerrojos ó la cerradura. ¡Ay! ¡Dios les conserve á sus hijuelos, los mios carecen de agua y de sombra! (1)

Yá eran versos acerca de su pasada grandeza, sobre los magníficos palacios, testigos ántes de su felicidad, sobre los hijos que le habian muerto y con ocasion de la fiesta de la ruptura del ayuno, esto:

Otras veces las fiestas te ponian alegre, pero la fiesta que te halla cautivo en Aghmat te pone triste. Tú ves á tus hijas cubiertas de harapos y muertas de hambre; hilan para los que las pagan, por que no poseen yá nada en el mundo. Vienen á abrazarte fatigadas, destrozadas por el trabajo y con los ojos bajos. Caminan descalzas por el

(1) «Abbad», t. I, p. 68.

lodo de las calles, como si no hubieran marchado otras veces sobre almizcle y alcanfor. (1) Sus hundidas mejillas atestiguan la miseria y las lágrimas las han surcado... Lo mismo que con ocasion de esta triste fiesta ¡Dios quiera que no vuelva para tí!) tú has roto el ayuno, tu corazon tambien ha roto el suyo; tu dolor mucho tiempo contenido ha estallado al fin. Antes cuando tú mandabas, todos te obedecian; ahora tú mismo estás reducido á recibir órdenes. Los reyes que se complacen en su poder se dejan engañar por un sueño (2).

La infeliz Romaiquia no estaba hecha para una vida tan dura y cayó peligrosamente enferma. Motamid se entristeció mucho y tanto más, cuanto que no habian en Aghmat nadie á quien se atreviera á confiar el cuidado de curarla. Felizmente el célebre Abu-'l-Alá Avenzoar (3) que en los últimos años de su reinado habia sido médico de su corte y á quien habia devuelto los bienes de su abuelo, que Motadhid habia confiscado (4), se hallaba entónces en Marruecos. Es-

---

(1) Alusion á la aventura que hé referido antes p. 172, 173.

(2) «Abbad», t. I, p. 63, 74.

(3) Ibn Zohr en árabe.

(4) Véase Maccarí, t. II, p. 293.

cribióle suplicándole que se encargára de la curacion de la enfermedad de Romaiquia. Avenzoar le prometió venir, pero como en su carta habia deseado á Motamid una larga vida, le envió estos versos dándoles las gracias:

Me deseas una larga vida, pero como puede desearla un preso? ¿No es preferible la muerte á una vida que trae sin cesar nuevos tormentos? Otros pueden tener este deseo, porque tienen esperanza de encontrar la dicha, mas el único deseo que yo puedo tener es encontrar la muerte. ¿He de querer vivir para ver á mis hijas sin vestidos y sin zapatos? Ellas son ahora las siervas de la hija de un hombre cuyo empleo era anunciar mi venida cuando me presentaba en público, apartar las gentes que se oprimian á mi paso, contenerlas cuando atestaban el patio de mi palacio, galopar á derecha y á izquierda cuando pasaba revista á mis tropas y tener cuidado de que ningun soldado saliese de sus filas (1). Sin embargo, la súplica que has hecho tiene una buena intencion y me ha hecho mucho bien. ¡Dios te lo pague Abu-'l-Alá, tú eres un hombre de

(1) Entre las mujeres que habian traido hizo que hilar á las hijas de Motamid, se hallaba la hija de un «arif.» ó ugier del ex-rey de Sevilla.



corazon! Ignoro cuando será cumplido el voto que yo hago; pero me consuelo con la idea que, todo tiene término en este mundo (1).

Lo que algunas veces le proporcionaba un consuelo momentáneo eran las cartas y las visitas de los poetas á quienes en otro tiempo habia colmado de beneficios. Muchos de ellos hicieron el viaje á Aghmat; entre otros Abu-Mohamed Hidjarí, que por un solo poema habian recibido de él tanto dinero que pudo abrir una casa de comercio y gozar de un honrado bienestar mientras vivió. Motamid le confesó que se habia equivocado en llamar á Yusuf á Andalucia. «Al hacerlo, dijo, cabé mi propia fosa.» Cuando el poeta vino á despedirse para volverse á Almería donde habitaba, Motamid quiso todavía hacerle un regalo apesar de la exigüidad de sus medios, pero Hidjarí tuvo la delicadeza de reusarlo é improvisó estos dos versos:

Os juro que no aceptaré nada de vos, ahora que el destino os ha herido de un mo-

(1) Abd-el-wahid, p. 109.

do tan cruel y tan injusto. Lo que me disteis otras veces es muy suficiente, aunque vos mismo lo hallais olvidado (1).

Pero el mas leal y el más asiduo de estos amigos era Ibn-al-labbana y una vez que fué á Aghmat, trajo buenas noticias de Andalucía. Los ánimos, decia, están conmovidos. Los patricios, que nunca quisieron la dominacion de Yusuf se agitaban y conspiraban para volver á poner á Motamid en el trono (2). Decia bien, el descontento era muy grande en las clases ilustradas y el gobierno no tardó en tener las pruebas. Así que tomó medidas de precauciones hizo prender á muchas personas sospechas, especialmente en Málaga pero los conjurados de esta ciudad, cuyo gefe era Ibn-Khalaf, patricio muy considerado, se aprovecharon de la oscuridad de la noche para escaparse de la cárcel y se hicieron dueños de Montemayor (3). No tardó Abd-al-djabbar, hi-

(1) «Abbad», t. II, p. 147, 149.
(2) Véase ol poema de Ibn-al-labbana, «Abbad», t. I, p. 319, 320 y mi comentario «ibid», p.366 y sig.
(3) Montemayor cesca de Marbella, es lo que los Españoles llaman un despoblado, un lugar deshabitado.

jo de Motamid que se habia quedado en Andalucía con su madre y á quien el pueblo tomaba por Radhí, (el que habia sido asesinado en Ronda) en presentarse á ellos que lo hicieron su gefe, y todo parecia marchar á medida de sus deseos. Un navío de guerra que se perdió en las cercanías del castillo les suministró víveres, municiones y armas. Algeciras se declaró por ellos lo mismo que Arcos y habiendo ido á esta última ciudad, en 1095, Abd-al-djabbar, comenzó á hacer rázzias que llegaban hasta las mismas puertas de la antigua capital del reino de sus abuelos (4).

La primera noticia de la rebelion de su hijo causó á Motamid profundo dolor. Le asustaba la temeridad de la empresa y temia para Abd-al-djabbar un destino tan cruel como habia sido el de mucho de sus hijos; pero no tardaron estos sentimientos en dejar lugar á la esperanza; entreveia la posibilidad de volver á su país y de reconquistar su trono (5) y no lo ocultaba á sus amigos. Escribiendo, por ejemplo, al poeta

(4) «Abbad», t. II, p. 228, 229; t. I, p. 64.
5) «Abbad», t. I, p. 66.

Ibn-Hamdis que se habia vuelto á Mahdia despues de haberlo visitado, le envió un poema, que comenzaba de este modo:

«La cátedra en la mezquita y el trono en el palacio, lloran al cautivo que el destino ha arrojado á las playas africanas,»

y en la cual decia:

«¡Oh! yo quisiera saber, si volveré á ver mi jardin y mi lago en aquel noble país donde crecen los olivos, donde arrullan las palomas, donde los pájaros hacen oir sus dulces gorgeos (1).»

Ibn-al-labbana alimentaba sus esperanzas. La víspera de volverse á Andalucía habia recibido de Motamid veinte ducados y dos piezas de tela: le devolvió este regalo y entre los versos que le envió con esta ocasion se encuentran estos:

¡Todavia un poco de paciencia! Pronto me llenarás de felicidad, porque volverás á subir al trono. El dia en que vuelvas á tu palacio me elevarás á las mas altas dignidades. Tú superarás entonces al hijo de Merwan en generosidad y yo superaré á Djarir

(1) «Abbad», t. I, p. 63.

en talento (1). Prepárate á lucir de nuevo: un eclipse de luna no es nunca de mucha duracion (2).

Cargado de cadenas—porque Yusuf habia ordenado volvérselas á poner, «habia rugido el leoncillo y se temia el bote del leon»—Motamid vivia así de esperanzas, no enteramente infundadas: el partido de Abd-al-djabbar era numeroso é inspiraba al gobierno graves inquietudes; supo mantenerse durante mas de dos años y no estaba domado aun, cuando Motamid murió despues de una larga enfermedad (3) (1095) á la edad de cincuenta y cuatro años (4).

El ex-rey de Sevilla fué enterrado en el cementerio de Aghmat. Algun tiempo despues con ocasion de la fiesta de la cesacion

---

(1) Dejarir era el poeta favorito del califa Abelmelíc hijo de Merwan.

(2) «Abbad», p. 310, 311.

(3) «Abbad» t. I, p. 71.

(4) La rebelion de Abd-al-djabdar comenzó en 1093, á los dos años, hizo este príncipe su entrada en la ciudad de Arcos. Allí fué sitiado por Sir, gobernador de Sevilla. Fué muerto por una flecha, pero sus partidarios no se rindieron, sino algun tiempo despues. Véase «Abbad», t. II, p. 228 y tomo I, p. 64, 65.

del ayuno, el poeta andaluz Ibn-Abd-azzamad dió siete veces la vuelta alrededor de su tumba á ejemplo de los peregrinos que dan la vuelta á la Caba; luego se arrodilló, besó la tierra que cubria los restos mortales de su bienhechor y recitó una elegia. Conmovida por su ejemplo, la multitud dió tambien la vuelta á la tumba á la manera de los peregrinos, lanzando gemidos prolongados (1).

«Todo el mundo ama á Motamid, dice un historiador del siglo XIII, todo el mundo tiene piedad de él y hoy se le llora todavia (2),» En efecto, ha llegado á ser el mas popular de todos los príncipes andaluces. Su generosidad, su bravura, su espíritu caballerezco, le hicieron amar de los hombres cultos de las generaciones subsiguientes; las almas sensibles se sentian interesadas por su inmenso infortunio; al vulgo le entretenian sus aventuras romancescas y, como poeta, fué admirado hasta por los Beduinos que, respeto al lenguaje y á la poesia, pasaban por jueces mas severos y competentes que los habitantes de las ciudades. He aquí

(1) «Abbad», t, I, p. 71.
(2) Ibn-al-Abbar, «Abbad», t. II, p. 63.

por ejemplo lo que se refiere sobre este asunto:

En uno de los primeros años del siglo XII, un sevillano que viajaba por el desierto, llegó á un campamento de Beduinos Lakhmitas. Habiéndose aproximado á una tienda y pedido hospitalidad á su dueño, éste, gozoso de poder practicar una virtud que su nacion aprecia infinito, le acogió con gran cordialidad. Ya habia pasado el viajero dos ó tres dias con su huesped, cuando una noche despues de haber intentado en vano conciliar el sueño, salió de la tienda á respirar el aliento de los céfiros. Hacía una noche serena y admirable, dulces y regaladas brisas templaban el calor. En un cielo sembrado de estrellas, se adelantaba la luna, lenta, majestuosa, iluminando con su luz al desierto augusto que hacia resplandecer como un espejo y que ofrecia la imágen mas acabada del silencio y del reposo. Este espectáculo recordó al sevillano un poema que su antiguo soberano habia compuesto y comenzó á recitarlo. El poema era este:

Habiendo estendido la noche las tinieblas á guisa de un inmenso velo, yo bebia á la

luz de las antorchas el vino que centelleaba en la copa, cuando de pronto se mostró la luna acompañada de Orion. Se la hubiera creido una reina soberbia y magnífica que queria gozar de las bellezas de la naturaleza y que se servia de Orion como de un dosel. Poco á poco venian á rodearla á porfia otras brillantes estrellas; la luz aumentaba á instante y en la comitiva las Pleyadas parecia el estandarte de la reina. Lo que ella es allá arriba, yo lo soy aquí bajo, rodeado de mis nobles caballeros y de las hermosas jóvenes de mi serrallo cuya negra cabellera se parece á la oscuridad de la noche, mientras que sus copas resplandecientes son estrellas para mí. Bebamos amigos mios, bebamos el jugo de la viña, mientras que estas hermosas acompañándose con la guitarra, van á cantarnos sus melodiosas coplas (1).

Luego recitó el Sevillano un largo poema que Motamid habia compuesto para apaciguar el enojo de su padre irritado por el desastre que habia sufrido en Málaga su ejército á consecuencia de la negligencia de su hijo que lo mandaba.

Apenas hubo concluido, cuando la tela

---

(1) «Abbad», t. I, p, 40

de la tienda, ante que se hallaba por casualidad, se levantó, y un hombre que se hubiera reconocido desde luego por el jéque de la tribu, nada mas que en su aspecto venerable, apareció á su vista y le dijo con esa elegancia de diccion y esa pureza de acento, por que siempre han sido famosos los Beduinos y de las que están orgullosos en estremo:

—¿Dime, ciudadano, á quien Dios bendiga, de quién son esos poemas límpidos como un arroyo, frescos como la yerbecilla que la lluvia acaba de regar; ya tiernos y suave como la voz de una jóven de collar de oro, ya vigorosos y sonoros como el grito de un jóven camello?

—Son de un rey que ha reinado en Andalucia y se llamaba Ibn-Abbad, respondió el extranjero.

—Supongo, replicó el jéque, que ese rey reinaria en un pequeño rincon de tierra y podria por consiguiente consagrar todo su tiempo á la poesia; por que cuando se tiene otras ocupaciones no se tiene tiempo para componer versos como esos.

—Perdonadme, este rey reinaba sobre un gran pais.

—¿Y podriais decirme á que tribu pertenecia?

—Seguramente; era de la tribu de Lakhm.

—¿Qué decís, era de Lakhm? ¡Entonces era de mi tribu!

Y entusiasmado con haber encontrado una nueva ilustracion para su tribu, el jéque, en un rapto de entusiasmo, comenzó á gritar con voz de trueno:

—Arriba, arriba; gentes de mi tribu! Alerta, alerta!

Y en un abrir y cerrar de ojos todos estuvieron en pié y vinieron á rodear á su jéque, que, viéndolos reunidos, les dijo:

—Escuchad lo que acabo de oir y retened bien lo que acabo de grabar en mi memoria; por que és un título de gloria que se os ofrece á todos vosotros, un honor de que teneis el derecho de estar orgullosos. Ciudadano, recitadnos una vez más, yo os suplico, los poemas de nuestro primo.

Cuando el Sevillano hubo satisfecho este deseo y todos los Beduinos admirado los versos con el mismo entusiasmo que su jéque, éste les refirió lo que habia oido decir al extrangero, respecto al origen de los Beni-Abbad, sus aliados y sus parientes,

puesto que descendian tambien de una tribu lak'hmita que recorria en otro tiempo el Desierto con sus camellos y levantaba sus tiendas donde las arenas separan el Egipto de la Siria, y luego les habló de Motamid, poeta unas veces gracioso, otras sublime, el heróico caballero, el poderoso monarca de Sevilla. Cuando hubo concluido, todos los Beduinos ébrios de gozo y de orgullo, montaron á caballo para entregarse á una brillante «fantasía» que duró hasta los primeros albores de la aurora. Enseguida el jéque eligió veinte de sus mejores camellos y se los dió de regalo al extrangero. Todos siguieron su ejemplo en la medida de sus falcultades y antes que el sol hubiera aparecido del todo, el Sevillano se encontró dueño de un centenar de camellos. Despues de haberlo acariciado, cuidado, festejado y honrado de todos modos, apenas consentian en dejarle marchar aquellos generosos hijos del Desierto, cuando llegó el momento de ponerse en camino, tan querido se habia hecho para ellos el que sabia recitar los versos del rey poeta á quien llamaban primo suyo (1).

(1) «Abbad», t. II, p. 66, 67.

Cerca de dos siglos y medio despues, cuando la España musulmana antes tan escéptica, hacia mucho tiempo que se habia hecho devota, un peregrino con su bordon y su rosario recorria el territorio de Marruecos á fin de conversar con los piadosos cronistas y visitar los santos lugares. Este peregrino era el célebre Ibn-al-Khatib, primer ministro del rey de Granada. Habíendo llegado á la pequeña ciudad de Aghmat, se dirigió al cementerio donde reposaban Motamid y su esposa bajo un otero cubierto de loto. A la vista de estas dos tumbas destrozadas por la vejez y el abandono, el visir granadino no pudo contener sus lágrimas é improvisó estos versos:

He venido á Aghmat para cumplir un piadoso deber, para arrodillarme sobre tu tumba, ¡Ah! ¿por qué no me ha sido dado conocerte vivo y cantar tu gloria, á tí, que escedias á todos los reyes en generosidad, á tí, que brillabas como una antorcha en las tinieblas de la noche? Séame lícito al menos saludar respetuosamente tu tumba. La elevacion del terreno la distingue de las del vulgo: habiendo sobresalido entre los demás durante tu vida, sobresales tambien entre los que duermen á tus piés el sueño eterno. ¡Oh sultan entre los vivos y sul-

tan entre los muertos! nunca vieron los siglos pasados otro igual á tí, ni creo que han de ver los siglos futuros rey que te se parezca (1).

Motamid no fué ciertamente un gran monarca. Reinando sobre un pueblo enervado por el lujo y que no vivía más que para el placer, lo hubiera sido dificílmente, aun cuando su natural indolencia y ese amor á las cosas esteriores que son la dicha y la enfermedad de los artistas no se lo hubiesen impedido. Pero ñiuguno atesoró en su alma tanta sensibilidad, tanta poesía. El menor suceso de su vida, la menor alegría ó el menor pesar tomaban al punto en él formas poéticas y se podria escribir su biografía ó al menos su vida íntima nada mas que con sus versos, revelaciones del corazon en que se reflejan esas alegrias y esas tristezas que el sol ó las nubes de cada dia traen ó se llevan consigo. Luego tuvo la fortuna de ser el último rey indígena que representara digna, brillantemente, una nacionalidad y una cultura intelectual que sucumbieron ó poco menos bajo la domina-

(1) «Abbad», t. II, p. 222, 223.

cion de los bárbaros que habian invadido el pais. Túvose por él una especie de predileccion como por el más jóven, como por el Benjamin de esa numerosa familia de príncipes poetas que habian reinado en Andalucia. Se le echaban de menos más que á todos los demás, casi con esclusion de todos los demás, lo mismo que la última rosa de la primavera, los últimos dias hermosos del otoño, los últimos rayos del sol que se pone, son los que inspiran el mas vivo sentimiento.

NOTAS DEL AUTOR.

NOTA A, pág. 31.

Algunos autores hacen morir á Yahya en el año 427 de la Hegira y otros en el año 429. El relato de Ibn-Haiyan muestra que la primera fecha es la verdadera. Este autor trae las mismas palabras de que se sirvió un soldado berberisco de Carmona, Aba-'l-Fotuh (ó Abu-'l-Fath) Birzelí, que se encontraba entre los que fueron á Sevilla á la fiesta de los sacrificios del año 426 (es decir, en el último mes de aquel año) y que *en el mes siguiente, en el de Moharram* de 427, tomó parte en el combate que la caballería sevillana dió á Yahya á las puertas de Carmona y que terminó con la muerte de ésto. No hay pues, duda alguna sobre el año y el mes de la muerte de este príncipe, pero no podemos señalar el dia. Abd-el-Wahid dice: domingo, siete dias después del principio de Moharram (es decir el dia 8 de este mes) del año 427, pero el 8 de Moharram de 427 cae en miércoles y no en domingo.

Por lo demás, el relato de Ibn-Haiyan muestra tambien que en lugar de decir que Hixem II fué proclamado de nuevo califa en Córdoba *en el mes de Moharram* de 429, Ibn-al-Athir (Abbad., t. II, p. 84, l. 9) hubiera debido decir: *en el mes de Moharram* de 427, por que puesto que Ibn-Djahwar consintió solo en hacerlo porque temia ser atacado por Yahya (*Abbad.*, t. I, p. 222, l. 28) debió haberlo hecho necesariamente antes de la muerte de este príncipe.

Ibn-Khaldum (*apud* Hoogvliet, p. 28; yo he corregido el texto de este pasaje en mis *Recherches*, t. I, de la 1.ª edicion, p. 215, nota) se ha equivocado gravemente al hablar del papel que Mohamed Ibn-Abdallah representó en esta época.

NOTA B, pág. 107.

Ibn-Khacan pretende que Ibn-Abd-al-barr escribió esta carta á Motadhid por órden de Mowaffac Abu'l-djaich, es decir, de Modjehid príncipe de Denia. Pero habiendo muerto éste en 436 de la Hegira y habiendo ocurrido la toma de Silves en 443 ó en el año siguiente, debe haber algun error en este aserto. La fecha de la toma de Silves no puede ser dudosa. Esta ciudad debió ser conquistada después de las tomas de Niebla y de Huelva en 443 (véase *Abbad.*, t. I, p 252 y compárese con el t. II, p. 210) y antes de la de Santa María en 444 (véase *Abbad.*, t. II, p. 210, última línea y p. 123). Además, Motamid que no nació hasta el año 431 no podia mandar

el ejército de su padre antes de 436, época de la muerte de Modjehid. Creo pues, que Ibn-Khacan habria debido nombrar á Alí, hijo y sucesor de Modjehid ó quizás á algun otro príncipe.

NOTA C, pág. 117.

Las circunstancias especiales de este relato se encuentran en un pasaje de Ibn-Bassaim (*Abbad.*, t. I, p. 250, 251) donde hay dos ó tres faltas que corregir. Nowairí (*ibid.*, t. II, p. 129, 130) trae tambien buenas noticias; solo que este cronista sin hablar de inexactitudes de menor importancia, se equivoca en nombrar á Carmona en lugar de Ronda. Los relatos de Ibn-Khaldun (*ibid.*, t. II, p. 210, 214, 215) me parecen confusos ó inexactos, sobre todo en lo que concierne á los nombres propios y á las fechas.— Véase tambien á Ibn-Haiyan en mi introduccion á la Crónica de Ibn-Adharí, p. 86.

NOTA D, pág. 230.

Al tratar de este período no me he servido del libro que lleva el título de *Raudh al-mitar* (*Abbad.*, t. II, p. 236 y sig.) Maccari que ha dado de él largos estractos, parece darle importancia por que es de un autor español, pero este español no es de los antiguos y no hace más que copiar á un escritor asiático. Esto es lo que resulta de comparar el artículo sobre Yusuf Ibn-Techafin en Ibn-Khallican, don-

de se hallan largos pasajes de una biografía de Yusuf, intitulada *al-Moribansirati meliki 'l-Maghrib* y que fué escrita en Mozul en 1183, porque estos pasajes se encuentran textualmente en el *Raudh al-mitar*, de modo que es seguro que el autor de esta última obra ha copiado al anónimo de Mozul. Pero cuando se trata de historia de España es preciso desconfiar casi siempre de los relatos escritos en Asia. Estos relatos, como ya he tenido ocasion de observar en otra parte (1) provienen ordinariamente de viajeros, de mercaderes, de noticieros y no es estraña á ellos la fantasía, ántes por el contrario, juega muchas veces gran papel. El que nos ocupa no es una escepcion de la regla general: escrito en un estilo extremadamente sentencioso y que descubre en el autor la pretension de querer rivalizar con los antiguos sábios del Oriente, contiene muchas cosas inverosímiles en sí mismas y de las que los cronistas españoles no saben nada.

NOTA E. p. 249.

Las crónicas latinas si se esceptúa el *Chronicon-Luzitanum* (*Esp. Sagr.*, t. XIV, p. 418, 419) no entran en ningun detalle acerca de la batalla de Zallaca y entre los cronistas árabes que hablan muy es-

(1) *Recherches*, t. I, p. 184 y sig.

tensamente de ella (1), hay pocos que merezcan entera confianza. Algunos se equivocan hasta esta fecha. La fecha verdadera, viérnes 12 Redjeb de 479, se encuentra en el *Holal* (*Abbad.*, t. II, p. 197) y en el *Cartás* (p. 98) donde se lee que este dia corresponde al 23 de Octubre (de 1086) lo que es cierto (compárense con los *Annales Complat.*, p. 314, 315); pero otros autores se engañan no solo en el más (pues que lo llaman Ramadhan en vez de Redjeb) sino tambien en el año. Abd-el-wahid (p. 93 y 94) por ejemplo, cita el año de 480, é Ibn-al-Cardebus *(Abbad.*, t. II, p. 23) el de 481. Es un fenómeno muy estraño, pues se trata de una batalla celebérrima y pues que en Andalucía se decia el año de Zallaca en lugar del 479 (2), pero el hecho es que en ninguna de las crónicas que nos quedan han sido compuestas por contemporáneos, son del siglo XIV, del XIII ó todo lo más del XII, y por consiguiente merecen poca confianza. Júntese á esto que en la época en que escribian, los retóricos se complacian en componer cartas que suponian escritas por personajes históricos. Este hecho no puede ser puesto en duda, pues existen pruebas concluyentes. El autor del *Holal* por ejemplo, trae la carta que Motamid escribió á su hijo Rachid la noche después de la bata-

(1) *Abbad.*, t. II, p. 8, 21, 23, 36, 39, 134, 136, 196, 201; *Cartás*, p. 94, 98: Abd-el-wahid, p. 93, 94; Abu-'l-Haddjadj *apud*, Ibn-Khallican Fasc. XII, p. 16, 17.

(2) Ibn-Khallican, Fasc. VII; p. 135.

lla. No tiene más que dos renglones (véase *Abbad.*, t. II, p. 199), pero el autor del *Raudh al-mitar* (*ibid.*, t. II, p. 248) la trae tambien y ya es diferente. Por último, otra tercera se encuentra en Ibn-al-Khatib (*ibid.*, t. II, p. 176) y esta no tiene menos de quince líneas. Es pues, absolutamente preciso que dos de estas cartas sean de fábrica moderna, acaso le sean todas tres. La prudencia ordena pues, estar prevenidos contra los pretendidos documentos oficiales que ofrecen estas crónicas; creo, deber confesar que dudo de la autenticidad de la mayor parte de las cartas que trae el *Holal* y que el boletin en que Yusuf refiere la batalla de Zallaca y que se encuentra en el *Cartás* me parece muy sospechoso.

NOTA F, pág. 278 y 282.

Tengo que justificar la cronología que he adoptado en este relato. A mi juicio Yusuf vino por segunda vez á España en la primavera del año 483 de la Hegila, 1090 de nuestra era, tres años y medio después de la batalla de Zallaca, sitió á Aledo durante el verano y se apoderó de Granada en Noviembre. Sin embargo, Abu-'l Haddjadj Baiyasi (citado por Ibn-Khallican en su artículo sobre Yusuf), el autor del *Cartás* y el del *Holal* traen otra cronología; suponen que Yusuf vino por segunda vez á España en el año de 481 (1088) que sitió á Aledo (1) en aquel

(1) *Alaet* en Pelayo de Oviedo (c. 11,) que cuenta esta ciudad entre las que conquistó Alfonso *Halaet* en los *Gesta Roderici*. En vez de: «Fué la batalla de Da-

año, que en el otoño volvió á África, que volvió á España por tercera vez el año 483 (1090) y que entónces se apoderó de Granada (2).

Contra esta manera de ver, debo observar, primero, que los autores que lo han adoptado no son muy antiguos (Abu 'l-Haddadj Baiyasi escribia en el siglo XIII y el *Cartás* lo mismo que el *Holal* son del siglo siguiente), luego están muy léjos de ser siempre exactos (3) y por último, que no están de acuerdo entre sí cuando tratan de señalar el mes. Así, el autor del *Cartás* afirma que Yusuf llegó por segunda vez á España en el mes de Rebi 1.° de 481 (Junio de 1088) miéntras que Baiyasi dice que llegó en el mes de Redjeb, es decir en Setiembre ú Octubre.

Por otra parte, los autores mas antiguos y los mas dignos de fé, los del siglo XII, están de acuerdo en poner el sitio de Aledo y la toma de Granada en el mismo año, es decir, en el de 483, (1090). Ibn-Casim de Silves, por ejemplo, que escribió una historia muy estimada de Motamid (4) de que Ibn-al Abbar nos ha conservardo fracmentos, dice expresamente que Aledo fué sitiado por Yusuf y los príncipes audalu-

---

laeden» que se encuentra en los *Annal. Toled.* I. (p. 386), creo deber leer: «Fué la batalla de Alaedo» ó bien «de Halaedo».

(2) El autor del *Cartás* hablaba con esta ocasion de un sitio de Toledo; creo que es un grave error.

(3) Esta censura cae especialmente sobre el autor del *Cartás*.

(4) Véase *Abbad*, t. II, p. 92.

cos en el año de 483 (1). Mohamed ibn-Ibrahim (2) atestigua que cuando Yusuf llegó á España por segunda vez, sitió á Aledo y se apoderó de Granada. Ibn-al-Cardebús en su *Kitab al-ictifá* (3) dice lo mismo y añade (4) que cuando Yusuf vino por tercera vez á España, se estaba en el año de 490. (1097). A estos testimonios ciertamente respetabilísimos podriamos añadir el de Ibn-al-Athir (5), solo que este historiador que escribía en Mozal y que por consiguiente no estaba siempre bien informado de la historia de España se equivoca cuando dice que el sitio de Toledo y la toma de Granada ocurrieron un año despues de la batalla de Zallaca, es decir en 480 (1087).

En cuanto á la fecha precisa de la toma de Granada, el historiador Ibn-az-Zairafi citado por Ibn-al-Khatib (10), dice que ocurrió este suceso el Domingo 14 de Redjeb del año 483. Esta fecha tiene dos objeciones: primero, el 14 de Redjeb (26 de Agosto) caia no en domingo, sino en juéves y en segundo lu-

---

(5) *Abbad*, t. II, p. 121 (cf. 122, l. 3).

(6) *Abbad*, t. II, p. 8, 9.

(7) *Abbad.*, t. II, p. 26, l. 12. Al publicar este pasaje, yo hecho mal en cambiar la leccion del manúscrito que es buena; en *alghazwa* debe entenderse la espedicion contra Aledo.

(8) *Man.*, fól. 162 v.

(9) *Abbad.*, t. II, p. 39.

(1) En sus artículos sobre Motamid (*Abbad.*, t. II, p. 179) y sobre Abdallah ibn-Bologguin.

gar, es imposible que Yusuf se hubiera apoderado de Granada en el mes de Agosto, porque habiendo llegado á España en la primavera sitió á Aledo durante cuatro meses (1) y hasta la aproximacion del invierno, como asegura el autor del *Cartás*. En vez de: domingo 14 de Redjed, creo que debe leerse: domingo 14 de Ramadhan, es decir, 10 de Noviembre. El 14 de Ramadhan cayó efectivamente en domingo, en el año de 483 y estos dos meses se confunden con frecuencia. Muchos autores por ejemplo, dicen que la batalla de Zallaca, ocurrió en el mes de Ramadhan de 479, mientras que se dió en el mes de Redjed. Podria suceder que en este tiempo se sirvieron tal cual vez de abreviaturas para indicar los meses, y en este caso podian facilmente confundirse los meses de Redjreb y Ramadhan que tienen la misma inicial. Nada se opone por lo demás al cambio que he propuesto. Baiyasí y el autor del *Cartás* dicen que Yusuf se embarcó antes del fin de Ramadhan, es decir, antes del 26 de Noviembre. Pero en el espacio de diez y seis dias bien podia recibir la visita de los príncipes andaluces y hacer el viaje de Granada á Algeciras.

---

(1) *Cartás*, p, 99. El autor del *Holal* dice, durante un mes; pero como se queria hacer sufrir hambre á los sitiados y hasta cierto punto se consiguió, el sitio debió durar mucho mas tiempo.

CRONOLOGÍA
DE LOS
PRÍNCIPES MUSULMANES
DEL SIGLO XI.

Sevilla.—Los Beni-Abbad.

Abu-'l-Casim Mohammed ibn-Ismael (el cadí) . . . . 1023—1042
Abu-Amr Abbad ibn-Mohammed (a)

(a) El distinguido profesor de Árabe de la Universidad Central, en su Estudio Histórico-Crítico sobre las monedas de los Abbadies de Sevilla, p. 122, dice así: «Hemos indicado al principio de nuestro trabajo, siguiendo á Mr. Dozy, que Al-Motadhid, despues de la toma de Algeciras, desembarazado de la guerra, habia hecho pública la muerte de Hixem II, y le habia dado honrosa y solemne sepultura; los autores no precisan la fecha de este suceso, como no determinan casi ninguna otra; Mr. Dozy ha creido deber referirlo hácia el año 450. Si el hecho hubiera tenido lugar en esta época, no se comprende cómo Al-Motadhid siguió acu-

Motadhid.	1042—1069
Abu-'l-Casim Mohammed ibn-Abbad, *Motamid*	1069—1091

Córdoba.—Los Beni-Djahwar.

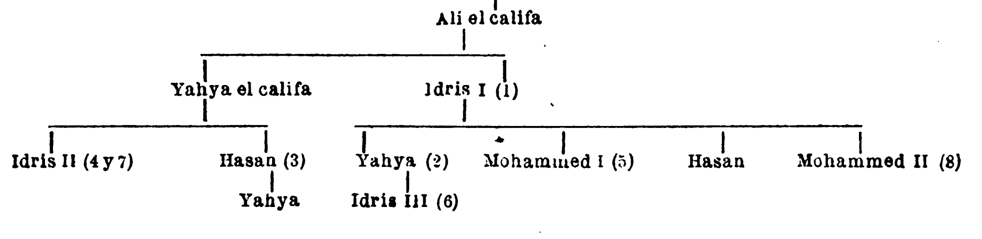
Abu-'l-Hazm Djahwar ibn-Mohammed ibn-Djahwar.	1031—1043
Abu-'l-Walid Mohammed ibn-Djahwar.	1043—1064
Abdelmelic	1064—1070

Se anexiona Córdoba al reino de Sevilla.

ñando moneda á nombre de Hixem: nos inclinamos á creer que la manifestacion de la muerte de éste no tuvo lugar hasta los últimos tiempos del reinado de Al-Motadhid: y para creerlo así, además del testimonio de las monedas, nos apoyamos en el de Ebn Al-Atsir, que termina la relacion del reinado de Al-Motadhid con estas palabras:

«*Y cuándo Ebn-Abbad hizo pública la muerte de Hixem Al-Mwayyad, y se ensoberbeció por el dominio de Sevilla y de lo que está unido á ella, permaneció de este modo hasta que murió de una angina que le sobrevino á dos noches pasadas del mes de Chumada postrero del año* 461.»

Los Hammuditas (b) de Málaga.



(b) Así, Dozy. La Academia ha aceptado, aunque no creemos que con buena eleccion, la palabra *Hammudíes*, que no es desinencia usada de patronímicos.

Mejor derivacion hubiera sido la de *Hammudez* ó Beni-Hammud por eso conservarnos la del texto, aunque tampoco nos satisface enteramente, en este y otros casos análogos hasta que el uso dé su supremo fallo.

ENEALÓ

cesion en el
es igual á m
Castiglioni,



Nasir lidin

Al-Motalí

14 á 427††
429†

azan Al-M
ó Al-Motalí

431 á 434

queño, qu

sinado.

1	Idris I.	1035—1039
2	Yahya, hijo de Idris I.	1039
3	Hasan, hijo del califa Yahya ibn-Alí	1039—1041
	El Eslavo Nadja.	1041—1043
4	Idris II.	1043—1047
5	Mohammed I, segundo hijo de Idris I	1047—1053
6	Idris III.	1053
7	Idris II, por segunda vez. . . .	1053—1055
8	Mohammed II, cuarto hijo de Idris I	1055—1057
	Málaga se anexiona al reino de Granada.	

Los Hammuditas de Algeciras.

Mohammed, hijo del califa Casim ibn-Hammud..	1035—1048 (9)
Casim, su hijo.	1048 (9)—1058
Algeciras se anexiona al reino de Sevilla (c).	

Granada. Los Beni-Ziri.

Zawi ibn-Zirí.	hasta 1019
Habbus.	1019—1038
Badis.	1038—1073
Abdallah.	1073—1090

(c) Para que pueda servir de objeto de comparacion á los estudiosos ponemos á continuacion el cuadro genealógico de los Hammudies de Málaga y de Algeciras tomado del Estudio-Crítico que sobre la Historia y Monedas de los mismos ha publicado el distinguido profesor de Árabe de la Universidad Central Don Francisco Codera: (Véase el cuadro adjunto).

Carmona. Los Beni-Birzel.

Segun Ibn-Khaldun (*Abbad*, t. II, p. 216), la lista de los príncipes sería:

Ishac.

Abdallah, su hijo.

Mohammed ibn-Abdallah. . . hasta 1042 (3)

Al-Aziz Mostadhhir. . . . . 1042 (3)—1067

Segun Ibn-Haiyan (*apud* Ibn-Bassam, t. I, fol. 78. r.)

Ibn-Abdallah (es decir, Mohammed ibn-Abdallah) gobernaba á Carmona cuando Hixem III reinaba en Córdoba. . . . . 1029—1031

y á creer al mismo autor (*ibid.* fol. 109 r.) que merece mucha más confianza que Ibn-Khaldun, Mohammed ibn-Abdallah tuvo por sucesor:

Isáhac su hijo que reinaba en 1050.

Parece que Ibn-al-Abbar (en mis *Recherches*, t. I, p. 286 de la 1.ª ed.) se equivoca cuando dice que Mohammed ibn-Abdallah vivia todavia en 1051.

Ronda.

Abu-Nur ibn-abi-Corra. . . 1014 (5)—1053

Abu-Nazr, su hijo. 1053

Ronda se anexiona al reino de Sevilla.

Moron.

Nuh.	1013 (4)—1041 (2)
Abu-Menad Mohammed, su hijo.	1041 (2)—1053
Moron se anexiona al reino de Sevilla.	

Arcos.

Ibu-Kazrun.	hasta 1053
Arcos se anexiona al reino de Sevilla.	

Huelva. Los Becritas.

Abud-Zaid Mohammed ibn-Aiyub.	después de 1011 (2)
Abu-'l-Mozab Abdalaziz. . .	hasta 1051
Huelva se anexiona al reino de Sevilla.	

Niebla. Los Beni-Yahya.

Abu-'l-Abbas Ahmed Ibn-Yahya Yahzobí.	1023—1041 (2)
Mohammed, su hermano.	
Fath ibn-Khalaf ibn-Yahya, sobrino de los precedentes. .	hasta 1051
Niebla se anexiona al reino de Sevilla.	

Ibn-al-Abbar (en mis *Recherches*, t. I, p. 287 de la 1.ª ed.) dá al último de los príncipes

de Niebla los nombres de Yahya ibn-Ahmed ibn-Yahya. Yo he creido deber seguir á Ibn-Khaldun (*Abbad.*, t. II, p. 211) Ibn-Haiyan (*apud* Ibn-Bassam, t. I, fol, 108 v.) lo llama: Fath ibn-Yahya.

Silves. Los Beni-Mozain.

Abu-Becr Mohammed ibn-Said ibn.-Mozain.	1028—1050
Abu-'l-Azbagh Isa.	hasta 1051 (2)
Silves se anexiona al reino de Sevilla.	

Santa María de Algarve.

Abu-Othman Said ibn-Harvon	1016—1043
Mohammed, su hijo	1043—1052
Santa María se anexiona al reino de Sevilla.	

Mértola.

Ibn-Taifur	hasta 1044
Mértola se anexiona al reino de Sevilla.	

Badajoz.

Sabur.

En seguida Los Aftásidas:

Abu-Mohammed Abdallah ibn-Mohammed ibn-Maslama *Almanzor* I.

Abu-Becr Mohammed *Modhaffar*	hasta 1068
Yahya *Almanzor* II.	
Omar *Motawakkil*.	hasta 1094

Toledo.

Yaich ibn-Mohammed ibn-Yaich.	hasta 1036
En seguida Los Beni-Dhi-'n-nun:	
Ismael *Dhafir*.	1036—1038
Abu-'l-Hasan Yahya *Mamun*.	1038—1075
Yahya ibn-Ismael ibn-Yahya *Cadir*.	1075—1085

Zaragoza.

Mondhir ibn-Yahya el Todjibí (1).	hasta 1039
En seguida Los Beni-Hud:	
Abu-Aiyub Soliman ibn-Mohammed Mostain I. . . .	1039—1046 (?)
Ahmed *Moctadir*.	1046 (?)—1081
Yusof *Mutamin*.	1081—1085
Ahmed *Mostain* II.	1085—1110
Abdelmelic Imad-ad-daula. .	1110

---

(1) Un relato muy circunstanciado de Ibn-Haiyan (*apud*, Ibn-Bassam. t. I, fól. 47 r. y v.) demuestra que he tenido razon en decir (véanse mis *Recherches*, t. I, Apéndice núm. XVII) que no hubo en Zaragoza mas que un solo rey de esta familia, Mondhir, y que fué este príncipe y no su hijo, el que fué asesinado en 1039.

La Sahla (su capital Albarracin). Los Beni-Razin.

Abu-Mohammet Hodhail I ibn-Khalaf ibn-Lope ibn-Razin despues de	1011
Abu-Merwan Abdelmelic I ibn-Khalaf, su hermano.	
Abu-Mohammed Hudhail II Izz-ad-daula, hijo del precedente.	
Abu-Merwan Abdelmelic II Hosam-ad-daula.	hasta 1103
Yahya.	

Alpuente. Los Beni-Casim.

Abdallah I ibn-Casim el Fihrita, Nidham-ad-daula. . .	hasta 1030
Mohammed Yomn-ad-daula.	
Ahmed Adhod-ad-daula. . .	hasta 1048 (9)
Abdallah II Djanah-ad-daula, hermano del precedente. .	1048 (9)—1092

Valencia.

Los Eslavos Mobarac y Modhaffar (d).

(d) Tomamos del Est. Crít. sobre la Hist. y Mon. de los Hammudies antes citado, los siguientes datos sobre estos monarcas, que, apesar de haber sido reyes al principio del sig'o V de la Hegira, apenas son mencionados por cási ningun historiorador: el único que hasta ahora sepamos que habla de ellos es Ibn-Bassam, en el M S. de D. Pascual Gallangos. Primero fueron esclavos de Mojarech el Amirí que á su vez debió serlo de Almanzor ó de su hijo Abdelmelic al-Mo-

El Eslavo Lebib, señor de Tortosa (e).	
Abdalaziz *Almanzor*. . . .	1021—1061
Abdelmelic *Modhaffar*. . . .	1061—1065
Reunion de Valencia al reino de Toledo.	
Mamun (de Toledo).	1065—1075
Valencia se separa de Toledo.	
Abu-Bcr ibn-Abdalaziz, . .	1075—1085
El cadi Othman, su hijo. . .	1085
Cadir (el ex-rey de Toledo). .	1085—1092
Valencia se constituye en re-	

taffir á cuyo poder pasaron luego. Antes del 401 en que entraron al servicio del wazir Abderraman ben-Yazir, parece, aunque de todo esto no hay gran seguridad por ser muy incorrecto el manuscrito, eran walís ó encargados de la acequia de Valencia. El año 407 ya debian haberse declarado señores de esta ciudad como consta de la moneda que con el núm. 8 aparece en dicho Catálogo, advirtiendo que en ella Mobarac ocupa el lugar preferente, siendo tambien citado antes por Ibn-Bassam, quien, en su Dzajira, t. III., trae unos versos del poeta Abu-Obeidah, dedicados á estos personajes, que, á ser cierta la interpretacion que los señores Gayango y Codera dán á uno de los epítetos que se le aplican, debian ser negros. No consta la fecha de su muerte, sabiéndose solo que los valencianos se rebelaron, robaron el palacio de Mobarac y proclamaron á Lebid el de Tortosa.

(e) En monedas de Zaragoza y Tortosa se leé el nombre *Lebil*, en Ibn-Khaldum, M S. del Sr. Gayangos, se leé *Nabil*.

pública. Ibn-Djahhaf presidente.	1092—1094

Dénia.

Abu-'l-djaich Modjehid Mowaffac.	hasta 1044 (5)
Alí Jebal-ad-daula.	1044 (5)—1076
Es destronado por Moctadir de Zaragoza. Reunion de Dénia al reino de Zaragoza.	
Moctadir (de Zaragoza). . .	1076—1081
Moctadir divide sus Estados entre sus dos hijos. El que se llamaba el *hadjib* Mondhir recibe á Lérida, Tortosa y Dénia.	
El *hadjib* Mondhir.	1081—1091
Su hijo bajo la tutela de los Beni-Betyr.	

Murcia.

Khairan (de Almería). . . .	1016 (7)—1028
Zohair (de Almería). . . .	1028—1038
Abdalaziz Almanzor (de Valencia).	1038—1061
Abdelmelic Modhaffar (de Valencia).	1061—1065
Bajo estos tres príncipes, Abu-Becr Ahmed *ibn-Tahir* es gobernador de Murcia. Muere en.	1063
Le sucede su hijo, Abu-Abde-	

ramen Mohammed. . . .	1063—1078
Motamid (de Sevilla).	
Ibn-Ammar.	
Ibn-Rachic.	hasta 1090

Almería.

Khairan.	hasta 1028
Zohair.	1028—1038
Abdalaziz Almanzor (de Valencia).	1038—1041
En seguida Los Beni-Zomadih:	
Abu-'l-Ahwaz Man. . . .	1041—1051
Mohammed Motacim. . . .	1051—1091
Izz-ad-daula.	1091

LISTA DE LAS OBRAS IMPRESAS Y MANUSCRITAS DE QUE EL AUTOR SE HA SERVIDO (1).

Abbad. Scriptorum Arabum loci de Abbadidis editi á R. Dozy, Leiden 1846.

(1) He creido deber poner esta lista, porque he citado mis documentos de una manera muy sucinta y muchos de ellos se hallan en colecciones. No nombro aquí los libros que no cito más que una ó dos veces, porque he tenido cuidado de indicar en el curso de la obra la edicion ó el número cuando se trataba de manuscritos.

Abd-el-wahid, The History of the Almohades etc., ed. by R. Dozy, Leiden, 1847.

Abu-Imael al-Bazri, Fotuh as-Cham, éd. Lees, Calcuta, 1854, en la Biblioteca Indica.

Abu-'l-mahasin. Annales, ed. Juynboll. Leiden, 1852 y sig.

Aghaní. Alii Ispahanensis Liber Cantilenarum magnus, ed. Kosegarten. Greifswalde, 1840.

Ahmed ibn-abi-Jacub, Kitab al-boldan, man. de M. Muchilinski en San-Petersburgo. M. Juynboll hijo, acaba de publicar una edicion de esta obra.

Akhvar madjmua, man. de Paris, n.° 706. Véase mi Introduccion á la Crónica de Ibn-Adharí, p. 10-12. Yo tengo una copia de este manuscrito.

Alvaro, Vita Eulogii, en la Esp. sagr., t. X: Epistolae, Indiculus luminsosus, en la misma obra, t. XI.

Annales Complutenses, en la Esp. sag., t. XXIII.

Annales Compostellani, en la Esp. sagr. t. XXIII.

Annales Toledanos, en la Esp. sagr., t. XXIII.

Arib. Historia de Africa y España, titulada al-Bayano 'l-mogrib, por Ibn-Adharí (de Marruecos) y fragmentos de la Crónica de Arib, puebl. por R. Dozy, Leiden, 1848 y sig.

Berganza, antigüedades de España. Madrid. 1719.

Cartás. Annales regum Mauritanice ab Abu-l-Hasam Alí ben-Abdallah ibn-abi-Zer' Fesano conscripti, ed. Tornberg. Upsal. 1846.

Cazwiní, Cosmografia, éd, Wüstenfeld. Gættingue 1848.

Chahrastaní, Historia de las sectas, éd. Cureton. Lóndres, 1842.

Chronicon Adefonsi Imperatoris, en la Esp. sagr. t. XXI.

Chronicon Albeldense, en la Esp. sagr. t. XIII.

Chronicon Burgense, en la Esp. sagr. t. XXIII.

Chronicon de Cardeña, en la Esp. sagr. t. XXIII.

Chronicon Complutense, en la Esp. sag., t. XXIII.

Chronicon Compostellanum, en la Esp. sagr., t. XXIII.

Chronicon Conimbricense, en la Esp. sagr., t. XXIII.

Chronicon Iriense, en la Esp. sagr., t. XX.

Chronicon Lusitanum, en la Ep. sagr., t. XIV.

Edrisi, Geografía, traducida por Jaubert.

España sagrada, por Florez, Risco etc 2.ª edicion. Madrid, 1754—1850. 47 vol.

Eulogio. Sus obras se hallan en Schot, Hispania illustrata, t. IV, p. 170.

Hamasa. Hamasœ Carmina ad. Freytag. Bonn, 1828.

Historia Compostelana, en la Esp. sagr., t. XX.

Holal. Historia de Marruecos, man. de Leiden n.° 24. Compárese con Abbad., t. II, p. 182 y sig.

Homaidí, Diccionario biográfico, man. de Oxford, Hunt 464.

Ibn-abi-Ozaibia, Historia de los médicos. He hecho copiar el capítulo relativo á los médicos árabes españoles por el manuscrito de París n.° 678, supl. ar. y M. Wright ha tenido la bondad de anotar

al márgen de esta copia las variantes de los dos man. de Oxford, Hunt. 171 y Pocock 356.

Ibn-Adhari. Véase Arib.

Ibn-al-Abbar, en mis noticias sobre algunos manuscritos árabes. Leiden, 1847—1851.

Ibn-al-Athir, man. de París. M. Tornberg ha tenido la bondad de prestarme su copia.

Ibn-al-Cutia, man. de París n.° 706. Véase mi Introduccion á la Crónica de Ibn-Adhari, p. 28—30. Poseo una copia de este manuscrito.

Ibn-al-Khatib, al-Jhata fi tarikhi Gharnata, y el compendio de esta obra: Marcaz al-ihata bi-odabai Gharnata. B. man. de Berlin; E. man. del Escorial (muchos artículos de este man. han sido copiados para mí por el Sr. Simonet); G. man. del Sr. Gayangos; P. man. de Paris. Véase Abbad., t. II, p. 169-172, y mis Recherches, t. I, p. 293, 294.

Ibn-Badrun, comentario histórico sobre el poema de Ibn-Abdun, publ. por R. Dozy. Leiden, 1846.

Ibn-Bassam, Dhakhira. T. I.° M. Julio Mohl posee este volúmen y ha tenido la bondad de prestármelo. Este manuscrito pertenece al mismo ejemplar del tercer volúmen que se encuentra en Gotha.—T. II, man. de Oxford, núm. 779 del Catálogo de Urí. —T. III, man. de Gotha, núm. 266. El Sr. Gallangos posee tambien un manuscrito de este volúmen del que M. Wright me he hecho el obsequio de coleccionar para mi los pasajes de Ibn-Haiyan citados por Ibn-Bassam.—Véase sobre Ibn-Bassam y en Dhakhira, Abbad., t. I, p. 189 y sig. y el Journ.

asiat., febrero-marzo de 1861.

Ibn-Batuta, Viajes, ed. Defremry y Sanguinetti. París, 1853 y sig.

Ibn-Cotaiba, ed. Wüstenfeld. Gœttingue, 1850.

Ibn-Habib. Véase Tarikh.

Ibn-Haiyan, man. de Oxford, Bodl. 509, Catal. de Nicoll, núm. 137. La copia que poseo de este man. ha sido hecha para mí por la de M. Wright. Véase tambien Ibn-Bassam.

Ibn-Hazm, Tratado sobre las religiones, man. de Leiden, n.° 480.—

Tratado sobre el amor, man. de Leiden, n.° 927.

Ibn-Khacan, Matmah, man. de Lóndres y de San Petersburgo.—

Calăyid, man. de Leiden, núms. 306 y 35.

Ibn-Kaldun, Prolegómenos, ed. de Quatremére, en las Notices et extraits des manuscrits de la Bibliothéque impériale, t. XVI, XVII y XVIII.—Tomo II. (Historia de los Omeyas de Oriente) man. de Leiden, n.° 1350, t. II.—Tomo IV (Historia de España) man. de París, n.° $\frac{742}{4}$ supl. ar., y de Leiden, n.° 1350. t. IV.—Historia de los Berberiscos, ed. de Slane; traduccion francesa del mismo.

Iztakhri, Liber Climatum, ad similitudinem Cod. Gothani exprimendum curavit Mœller. Gotha, 1839.

Idatii Chronicon en la Esp. sagr., t. IV.

Isidoro de Beja, en la Ep. sagr., t. VIII. Consúltense mis Recherches, t. I, p. 2 y sig.



Isidoro de Sevilla, Historia Gothorum, en la Esp. sagr., t. VI.

Khochahí, Historia de los Cadíes de Córdoba, man. de Oxford, n.° 127 del Catálogo de Nicoll. Tengo una copia de este manuscrito.

Llorente, Noticias de las tres Provincias Vascongadas. Madrid, 1806.

Lucas de Tuy, Chronicon mundi, en Schot, Hispania illustrata, t. IV.

Maccari. Analectas de la historia y literatura de los Árabes Españoles por al-Maccari, publ. por M. M. Dozy, Dugat, Krehl. y Wright. Leiden, 1855—61.

Manuscrito de Meyá en las Memorias de la Academia de la Historia, t. IV.

Masudi, Morúdj ad-dheheb, man. de Leiden núms. 127 y 537 *d*.

Mobarrad, Camil, man. de Leiden n.° 587. Véase mi Catálogo, t. I, p. 204, 205.

Mon. Sil. Monachi Silensis Chronicon, en la Esp. sagr., t. XVII.

Nawawi, Diccionario biográfico, ed. Wüstenfeld. Gættingue, 1842—47.

Notices sur quelques manuscrits árabes, por R. Dozy. Leiden, 1847—51.

Nowairí, Historia de España. Cito las páginas del man. de Leiden, n.° 2, *h*, pero he confrontado cuidadosamente el man. de París, n.° 645 que es mucho mejor y que llena muchas lagunas.

Paulus Emeritensis, De vita P. P. Emeritensium. en la Esp. sagr., t. XIII.

Pelayo de Oviedo, en la Esp. sagr., t. XIV.

Raihan al-albab, man. de Leiden n.° 415. Véase mi Catálogo, t. I, p. 268, 269.

Razi, traduccion española. Crónica del Moro Rasis, en las Memorias de la Academia de la Historia, t. VIII. Consúltese mi Introduccion á la Crónica de Ibn-Adhari, p. 24, 25.

Recherches sur l'histoire et la litterature de l'Espagne pendant le moyen âge, par R. Dozy. 1.ª edicion, Leiden, 1849, 2.ª edicion, Leiden 1860.

Rodrigo de Toledo, De rebus Hispanicis, en Schot, Hispania illustrata, t. II. La mejor edicion de su Historia Arabum se encuentra en Elmacini Historia Sarracénica, ed. Erpenius.

Sampiro, Chronicon, en la Esp. sagr., t. XIV.

Samson, Apologeticus, en la Esp. sagr. t. XI.

Sebastian. Sebastiani Chronicon, en la Esp. sagr., t. XIII.

Sota, Crónica de los príncipes de Asturias y Cantabria. Madrid, 1681.

Tabarí, Annales, ed. Kosegarten.

Tarik Ibn-Habib, man. de Oxford, Catálogo de Nicoll n.° 127. Consúltense mis Recherches, t. I, p. 32 y sig.

Vita Beatæ Virginis Argenteæ, en la Esp. sagr., t. X.

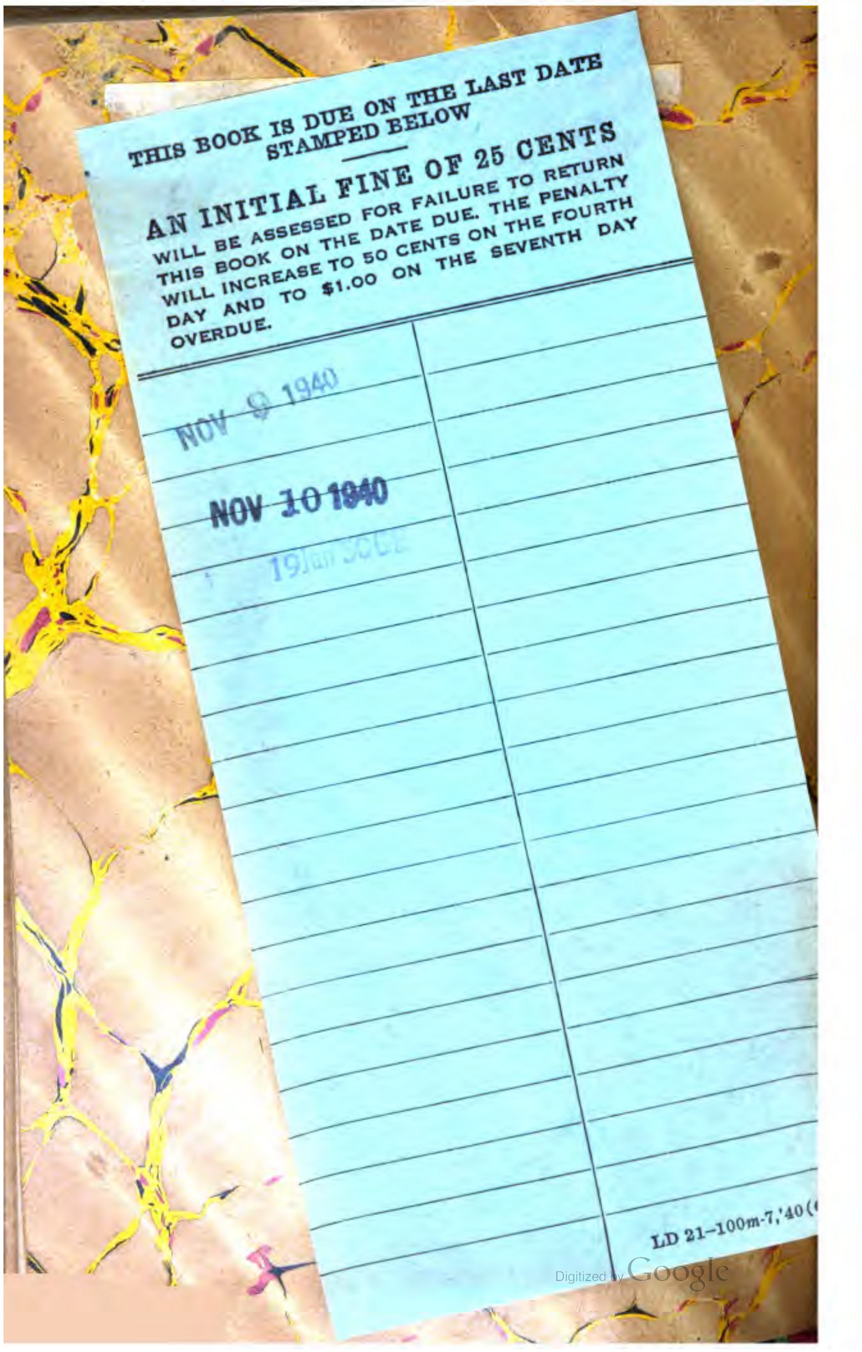
Vita Johannis Gorziensis, en Pertz, Monumenta Germaniæ, t. IV de los Escritores.

Zaid de Toledo, Estracto de su Tabacat al-omam, man. de Leiden, n. 159.



FIN DE LA OBRA.

SEVILLA: Imp. de Salvador Acuña y C.ª, Colon 25.


THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW
AN INITIAL FINE OF 25 CENTS
WILL BE ASSESSED FOR FAILURE TO RETURN
THIS BOOK ON THE DATE DUE. THE PENALTY
WILL INCREASE TO 50 CENTS ON THE FOURTH
DAY AND TO $1.00 ON THE SEVENTH DAY
OVERDUE.
NOV 9 1940
NOV 10 1940
19Jan'50CE
LD 21-100m-7,'40(
Digitized by Google


YB 29966
123419
DP 101
D6
v.4
Digitized by Google

